

*Al Señor Juan J. García Velloso
aprecio de su discípula*

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

¿EXISTE UNA LITERATURA AMERICANA?

TESIS

PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORA EN FILOSOFÍA Y LETRAS

POR

ERNESTINA A. LÓPEZ



BUENOS AIRES

783 — IMPRENTA **MARIANO MORENO**, CORRIENTES 829

1901



DONACION
DE
E. GARCIA VELLOSO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Académicos honorarios

SR. CARLOS GUIDO Y SPANO

DR. BERNARDO DE IRIGOYEN

» VICENTE FIDEL LÓPEZ

TTE. GRAL. BARTOLOMÉ MITRE

Académicos titulares

DECANO DR. MIGUEL CANÉ

» LORENZO ANADÓN

» BERNARDINO BILBAO

» FRANCISCO L. GARCÍA

» ENRIQUE GARCÍA MÉROU

» INDALECIO GÓMEZ

» JOAQUIN V. GONZÁLEZ

» MANUEL F. MANTILLA

» RAFAEL OBLIGADO

» CARLOS PELLEGRINI

» MANUEL QUINTANA

» RODOLFO RIVAROLA

» ERNESTO WEIGEL MUÑOZ

» ESTANISLAO S. ZEBALLOS

Secretario

DR. RAFAEL CASTILLO

CUERPO DOCENTE

Catedráticos titulares

- DR. FRANCISCO A. BERRA..... Ciencia de la Educación.
» JOAQUÍN CASTELLANOS Historia Argentina.
SR. CLEMENTE L. FREGEIRO..... Geografía.
DR. ENRIQUE GARCÍA MÉROU..... Historia Universal.
SR. JUAN J. GARCÍA VELLOSO..... Literatura Castellana.
» SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO. Arqueología Americana.
DR. JOSÉ N. MATIENZO Historia de la Filosofía.
» CALIXTO OYUELA Literatura de la Europa Meridional.
» RODOLFO RIVAROLA..... Psicología.
» JOSÉ TARNASSI..... Literatura Latina.

Catedráticos suplentes

- DR. ANTONIO DELLEPIANE Historia Universal.
» RÓMULO DE MARTINI..... Latín.
» DAVID PEÑA Historia Argentina.
-

MESAS DE TESIS

Primera mesa

- Presidente : DR. LORENZO ANADÓN
- Vocales » FRANCISCO A. BERRA
- » ANTONIO DELLEPIANE
- » JOSÉ N. MATIENZO
- » RODOLFO RIVAROLA
- » ERNESTO WEIGEL MUÑOZ

Segunda mesa

- Presidente : DR. ENRIQUE GARCÍA MÉROU
- Vocales SR. JUAN J. GARCÍA VELLOSO
- DR. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
- » RAFAEL OBLIGADO
- » CALIXTO OYUELA
- » JOSÉ TARNASSI

Tercera mesa

- Presidente : DR. ESTANISLAO S. ZEBALLOS
- Vocales » JOAQUÍN CASTELLANOS
- SR. CLEMENTE L. FREGEIRO
- » SAMUEL A. LAFONE QUEVED
- DR. DAVID PEÑA
-

A mi madre

INTRODUCCIÓN

Cuando se trata de estudiar literaturas europeas cuya existencia nadie discute, aun cuando sean muy prolijos los cuidados que en el examen de los elementos se impongan, la tarea se facilita por aquello de que, siendo ya un hecho aceptado que tales elementos existen, no hay necesidad de emprender un trabajo de construcción para demostrarlo. Basta entonces consagrarse á la recopilación de materiales, lo que por otra parte no es difícil, dado los innumerables tratados fundamentales de Historia Literaria, Monografías y Estudios críticos de toda clase, que sobre obras y autores se han publicado.

Pero si lo que se quiere analizar es la literatura americana, la tarea es muy distinta. En los países del Continente, aun cuando el movimiento literario no sea despreciable, ese movimiento no deja por regla general, ningún rastro fijo, ni en la crítica ni en el periodismo. La aparición de un libro importante, no va seguida como en Europa, de prolijos juicios; pocos son los que lo examinan con verdadero detenimiento, y los que de ello se preocupan, no tienen la precaución de publicar sus ideas al respecto, pero aun dado el caso de que alguno lo haga, esa obra crítica, que puede muy bien ser preciosa por su valor intrínseco, se agota muy pronto, y por efecto de un desdén incomprensible ó quizá más bien, debido á insalvables dificultades pecuniarias, no se la reimprime, viniendo á convertirse así á la vuelta de

unos diez ó quince años apenas, en un objeto raro que es casi imposible conseguir. Esto mismo pasa con las obras literarias de casi todos los escritores americanos, de los cuales la generalidad no conoce más que la fama y una que otra composición que tal ó cual Revista tuvo la feliz idea de reproducir en sus columnas. Esta escasez de publicidad es un inconveniente muy serio, para que se difunda entre nosotros el gusto por la lectura de las obras americanas; los libros de autores nacionales son de mucho costo, solo el que tiene que ocuparse de ellos los busca, mientras que la mayor parte de la juventud ilustrada prefiere recurrir para entretener sus ocios ó para deleitar su espíritu, á las obras francesas ó inglesas más fáciles de adquirir; y así muchas de esas inteligencias que podrían emplearse en el estudio de nuestras producciones, de las cuales un buen número puede sostener dignamente la comparación con las extranjeras, se ejercitan, por el contrario, en el análisis de éstas, lo que si es de provecho innegable para el progreso de la Crítica, contribuye poderosamente á alejarnos cada vez más de lo que nos es propio, dando por resultado final el que se desconozca y hasta se niegue la existencia de una literatura americana.

Aun cuando no hubiera de reputarse sino como esfuerzo patriótico, el que se empleara en el estudio detenido de las obras que se han producido en nuestra tierra y en la reimpresión y vulgarización de las más importantes y bellas, ese esfuerzo debiera ser intentado por parte de los que pueden hacerlo; pero no es ese el único valor que tendría un trabajo de tal naturaleza. Contraídas las inteligencias al estudio serio y desapasionado de las obras americanas, hallarían muy pronto, ó al menos este es mi convencimiento, méritos que no se sospechan, por lo mismo que solo se buscan en las de autores extranjeros. Aunque nuestra vida literaria sea pobre y accidentada con relación á la de los países europeos, no por eso es oscura y miserable; tiene también sus mo-

mentos de grandeza, y esto que aquí es solo una frase, se pone de manifiesto cuando se sacude el polvo que cubre las obras de nuestros padres, y se las interroga con cariño.

Felizmente este trabajo se empieza ya; es más: tiene algunos antecedentes honrosos en la crítica americana; pero todavía no ha cobrado suficiente vuelo, todavía hay cierta frialdad que pone un muro de hielo entre los literatos americanos y las clases ilustradas.

Esperemos que el siglo que comienza realice lo que no ha podido realizar el pasado; y que de aquí á veinte años nuestras bibliotecas, concedan un lugar preferente á la producción americana, no por mero patriotismo fanfarrón é inconsciente, sino porque su análisis inteligente y cuidadoso nos haya llevado al convencimiento de que hay en ella mucho de bueno, y de que no hace mala figura al lado de la producción europea.

Entre tanto, como dije al principio, el que quiere hacer, no ya una recopilación prolija, sino una ligera revisión de la literatura de las diversas repúblicas americanas, se ve en serios apuros, máxime si se propone llegar á una conclusión cualquiera, pues por una parte, debe hacer un trabajo de construcción y por otra, luchar con toda clase de inconvenientes, sobre todo con el de la falta de materiales.

No quiero decir con esto que yo haya pretendido realizar ese trabajo; además de que no estaría en relación con mis fuerzas, semejante propósito no puede abarcarse en los estrechos límites de una tesis. Mi deseo es más modesto; propóngome analizar las literaturas de las naciones americanas, con el fin de responder satisfactoriamente á la pregunta que constituye el epígrafe de mi monografía.

Tres cuestiones es necesario poner en claro para probar que existe una literatura cualquiera.

1° Si esa literatura cuenta con un número de obras suficientes en calidad y cantidad para representar la inte-

lectualidad, las aspiraciones y los sentimientos de la nación en lo que tienen de distintivo.

2° Si en ellas figuran los elementos constitutivos de los diversos géneros literarios, aun cuando no sean los géneros mismos.

3° Si esas obras son productos genuinamente nacionales, ó si han sido elaboradas sobre modelos suministrados por otros pueblos, averiguando en este caso que dosis de originalidad y de imitación contienen.

De acuerdo con esto he dividido mi trabajo en dos partes: La primera que se reduce á bosquejar ligeramente el movimiento literario en las diversas repúblicas, ó mejor dicho, á enumerar sus principales obras y autores; y la segunda que comprende algunos capítulos destinados á examinar qué desenvolvimiento han alcanzado en las letras americanas los elementos objetivo, subjetivo y científico, y si han llegado á condensarse en obras susceptibles de ser clasificadas genéricamente, así como á señalar la influencia que las diversas literaturas extranjeras han ejercido en las letras americanas. Este triple análisis me suministrará los argumentos necesarios para llegar á emitir mi opinión respecto á si existe ó no una literatura propia de América.

Como elemento que dé alguna unidad á las diversas partes de mi trabajo, he considerado el idioma, que por sí solo constituye un vínculo poderoso; y por tanto haré abstracción completa de aquellas fracciones del continente americano en las cuales no se habla el español, ocupándome solamente de lo que con propiedad puede llamarse literatura hispano-americana.

Convencida de que el movimiento intelectual del Continente está unido por razones históricas, al de otros países europeos, tendré que remontarme algunas veces á bosquejar el de estos para encontrar los orígenes de ciertas épocas literarias americanas; y por otra parte, ya que la producción artística de nuestras repúblicas está en relación precisa con los acontecimientos históricos en ellas producidos,

forzoso me será también conceder á estos algún espacio, siquiera sea para no descuidar ese factor tan importante en el estudio de las cuestiones sociales, y que se llama *el momento*.

Y por último, como no tengo pretensiones de hacer ni remotamente un bosquejo y análisis completos de la literatura americana, solo me resta aquí pedir indulgencia para este trabajo modesto é imperfecto, pero bien intencionado, y agradecer á los señores Profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, en general, la orientación que han dado á mis ideas y al señor Clemente L. Fregeiro, en particular, la generosidad con que ha puesto á mi disposición su valiosa biblioteca.

PRIMERA PARTE

Elementos para la Historia Literaria Americana

CAPÍTULO I

La Literatura aborigen en América

Intelectualidad de las razas indígenas. — Valor de las lenguas primitivas. — Desarrollo literario alcanzado por las diversas tribus. — Obras escritas. — La narración en sus varias formas. — La Historia. — *Los libros de Chilam-Balam: El Popol Vuh*. — Historiadores indígenas: sus obras. — La Oratoria: importancia concedida á ese género. — La Poesía: Nezahualcoyotl. — *Los yaravis*, la *quena*. — El Teatro: su probable existencia en América. — El *Ollantay*, debates sostenidos á cerca de su autenticidad. — Otras producciones de carácter dramático. — Conclusiones.

«Por no haber conocido más que puebladas caídas en el estado salvaje, embrutecidas por el contacto de los europeos ó degradadas á consecuencia de la conquista, la mayor parte de los viajeros no han reconocido á las razas americanas sino un mediano desenvolvimiento de las facultades intelectuales; pero esa inactividad habitual del espíritu que se reprocha al mayor número de las naciones americanas y que comunica algo de frialdad á su fisonomía, á su carácter, á toda su existencia, es tan solo aparente en aquellas que conservan un resto de la civilización antigua. (1)

Esta opinión del ilustrado americanista ha sido ple-

(1) BRASSEUR DE BOURBOURG. — *Popol Vuh*. — 1861, París.

namente confirmada por un crecido número de autores europeos, á quienes el estudio de la pre-historia americana ha llevado á las conclusiones más optimistas.

La razón de que se mire en general á las razas aborígenes del Continente, como poco aptas para seguir las huéllas del progreso, está quizá en que se ha notado un descenso en su intelectualidad, á partir de la conquista, fenómeno que se explica teniendo en cuenta la dispersión á que las condenó su lucha con los blancos.

El mismo Brasseur de Bourbourg dice al respecto :

«No es pues una inferioridad natural, y por decirlo así, innata, sino una educación social más imperfecta, la causa de la poca actividad del espíritu que las razas incultas han demostrado hasta ahora, comparadas con las de Europa ó Asia. En efecto, si se considera en qué vastas soledades se han visto desparramadas después del descubrimiento de América, á qué excesos de crueldad los conquistadores se entregaron en sus relaciones con ellas, diezmándolas por el hierro y por el fuego, por el trabajo de las minas y por la esclavitud, se asombra uno menos del descenso de su carácter. Si se reflexiona seriamente se verá que las poblaciones que se designaban como salvajes lo eran menos que lo que hoy nos las representamos.

En una y otra América había sin duda salvajes errantes, pero había también un gran número de pueblos agrícolas que vivían en vastas ciudades, mejor construidas que las que habitan en el presente, la mayor parte de los descendientes envilecidos de la raza conquistadora: los mestizos de Méjico y América Central.»

Las poblaciones aborígenes sorprendidas en el centro mismo de su poder, por hombres de raza distinta que venían á erigirse en sus señores, huyeron á las selvas y á los montes, aislándose por pequeños grupos; este aislamiento produjo, como se comprende, el debilitamiento intelectual, la corrupción de las lenguas y en consecuencia, un descenso en la civilización de aquellos pueblos

que algunos siglos antes causaban la admiración de los viajeros. Tribus que hoy viven en la barbarie más completa, descienden directamente de otras, para quienes la cultura fué la condición normal de su existencia.

Es incuestionable, numerosos escritores lo atestiguan, que las razas americanas estaban dotadas al tiempo de la conquista, de una organización mental nada rudimentaria.

Eran aptas para sentir y apreciar la belleza; su imaginación vivaz se revelaba en la avidez con que escuchaban las narraciones y en el adecuado lenguaje puesto á su servicio; poseían acabadamente la expresión figurada y la metafórica, así como una asombrosa facilidad para hallar analogías y para inventar historias fabulosas de dioses y gigantes, que constituyen el Folk-Lore de casi todas las tribus.

Algunos han sostenido que las lenguas americanas son premiosas y poco flexibles; sin embargo, esta opinión es la menos generalizada: la mayor parte de los que se han ocupado de cuestiones relacionadas con la Filología americana, están conformes en que ellas son de las más ricas y desenvueltas que se conocen.

El distinguido crítico colombiano D J. M. de Vergara y Vergara, dice lo siguiente:

«En medio de la inagotable riqueza de los trópicos americanos, encuentra el filólogo una riqueza no menor que la que cosecha el naturalista en nuestros inmensos bosques. Se considera que las lenguas raíces de todas las que se hablan en el continente europeo son diez y seis, y quince las del asiático, mientras que en América encontramos la enorme cifra de cincuenta y cinco lenguas matrices, que dan nacimiento á cerca de dos mil quinientas diferentes que se hablaban en el Nuevo Mundo». (1)

El desenvolvimiento de las lenguas americanas está

(1) *Historia de la literatura de Nueva Granada.*

demostrado por la abundancia de su vocabulario, su rara facilidad de expresión y la riqueza que en ellas alcanzó la sinonimia, llegando á contarse en algunas hasta treinta expresiones sinónimas, según lo afirma el P. Olmos. (1)

Autoridades eminentes en la materia, afirman que los indígenas tuvieron una facilidad lingüística admirable; muchos de ellos aprendieron, no solo la lengua española, sino también la inglesa y la latina; hasta se dió el caso de que un individuo llegara á hablar seis lenguas distintas, como lo atestigua Mr. Prowers, y como lo hacen constar Humbolt y D'Orbigny.

El P. Motolinia (2) asegura que algunos indígenas mejicanos manejaron hábilmente el español y el latín *en oraciones largas y bien autorizadas*. Iguales elogiosos conceptos merecieron los aborígenes de Guatemala á García Pelaez, quien afirma que muchos de ellos lograron altos honores en la Universidad, debido á su ilustración y talento.

Fácilmente se comprende que los que así conseguían dominar idiomas extraños con aplauso de los mismos españoles, debían haber llegado en lingüística á una altura considerable.

Parece fuera de toda discusión que existió en América, antes de la conquista, una literatura que con propiedad puede llamarse aborigen; del valor de esa literatura poco puede decirse hoy, que no se poseen sino algunos restos de ella; pero aun cuando después de un prolijo examen, resulte que no merece ser mencionada al par que la de otras naciones primitivas, su estudio será siempre importante, no solo como objeto de erudición, sino también como medio para penetrar en las costumbres, creencias y conocimientos de los pueblos que la produjeron.

(1) *Gramática de los aztecas*.

(2) *Historia de los Indios de Nueva España*.

Se explica que casi toda la literatura aborígen se haya perdido para nosotros: los soldados españoles que iniciaron la conquista, destruyeron todo lo que pudiera recordar la preponderancia de aquellos pueblos para ellos bárbaros é impíos, y como es natural las obras escritas sufrieron el sacrificio.

Seguramente fué gran parte, el que los primeros conquistadores españoles estaban muy lejos de representar el espíritu peninsular de la época, modificado en los hombres de pensamiento por las altas especulaciones intelectuales. No puede negarse que con el correr del tiempo, cuando el elemento pensador fué sustituyendo al militar en la conquista, la reacción se produjo, y se hicieron esfuerzos inauditos por recoger la voz de las razas que se perdían en la noche de las tumbas, pero desgraciadamente esa reacción llegó demasiado tarde y no sirvió mas que para hacer lamentar la torpeza de los soldados ignorantes y de las monges fanáticos.

Y no quiero hacer con esto un reproche á España; esta forma de conquista que destruye antes de crear, no es única en la historia, y sin hablar de las invasiones de las razas germánicas, cuya semi-civilización las pone muy por debajo de España en el siglo XV, muchas otras naciones europeas en sus conquistas á través de los mares, han sido impulsadas por ese mismo espíritu asolador qua ha llegado á mirarse, quizá no sin razón, como condición indispensable á todo sometimiento. Es necesario que hombres geniales dirijan la empresa, y que se reúnan ciertas condiciones sociales determinadas, para que al penetrar á un centro de civilización, siquiera sea rudimentaria, se haga otra cosa más útil que demoler. América, menos feliz que Egipto, no ha tenido aún un Champolion que recoja con cuidado los fragmentos de sus obras, para estudiarlos con espíritu de verdad; por el contrario, ellos yacen olvidados junto á los sarcófagos profanados más por la venalidad que por el interés científico. Las razas primitivas se han extinguido

casi completamente, perdiéndose el secreto de sus inteligencias robustas, como se pierde el sonido de un arpa cuyas cuerdas han sido violentamente arrancadas.

Otra de las causas que ha contribuido á privarnos de conocer la mayor parte de las producciones literarias indígenas, es la dificultad natural que los conquistadores encontraron en la interpretación de los manuscritos é inscripciones. Cada raza poseía una manera distinta de fijar sus ideas; y para llegar á conocer todos esos sistemas de escritura, se hubiera necesitado un estudio prolijo y de mucho tiempo.

De aquí que la literatura aborígen que conocemos, sea fragmentaria y de dudosa autenticidad, pues dada la poca preparación que en general tenían los traductores y copistas, no se está nunca seguro del valor real de las piezas que pasan por indígenas.

Con todo, solo sistemáticamente puede negarse que la Literatura fué cultivada en América antes de la conquista.

«No conocemos la literatura indígena — dice Vergara — ni la de las primeras naciones americanas, Méjico y Perú, que estaban muy adelantadas en el camino de una civilización relativa. Es indudable que hubo algún cultivo de las letras y esto se demuestra por varias razones: 1º Porque todos los pueblos forman naturalmente cuentos y leyendas, tan luego como tienen algunas cabañas y con ellas, una historia más ó menos fecunda en situaciones patéticas. 2º Porque se encuentra en algunos idiomas americanos, un principio de refinamiento que indica la labor de los hablistas. 3º Porque tenían algunos pueblos, como Méjico, Perú y Cundinamarca, ideas abstractas y en combinación (1).

La mayor parte de los que se han ocupado de estudiar la intelectualidad americana están conformes en

(1) Obra citada.

que deben haber existido entre los indígenas algunas producciones literarias, opinión que ha venido á ser corroborada por descubrimientos relativamente recientes.

Según Brinton (1) la narración debe haber sido una de las primeras formas literarias usadas por los indígenas: « Los incidentes de la caza han sido contados al regreso, la experiencia del pasado referida como guía para el presente. Los primeros esfuerzos de la imaginación son descripciones ó ficciones, tradiciones y mitos, fábulas é historias. En la literatura primitiva de América, la narración ocupa un lugar importante. Es una aspiración natural en los indígenas tan pronto como aprenden el arte de escribir, fijar en formas más ó menos auténticas, los hechos de sus tribus y antepasados » (2).

Boturini Benaduci, sabio arqueólogo italiano, reunió en 1736 todo lo relativo á la Historia mejicana anterior á la conquista, y aunque gran parte de la preciosa colección se ha perdido, nos quedan algunas obras que bastan para permitirnos apreciar el valor del resto.

Los mayas, que según parece poseyeron una lengua en extremo sintética, han dejado como obra en prosa, el monumento literario que se conoce con el nombre de *Libros de Chilán Balam*, nombre que se daba en la tribu, al sacerdote oráculo. Contiene dicha obra: Cronología, historia anterior y posterior á la conquista, recetas médicas, narraciones religiosas y calendario; algunos de sus libros son incuestionablemente modernos.

Después del maya, el dialecto más importante de Méjico es el catchiquel, hablado en Guatemala en cuya

(1) *Autores aborígenes y sus producciones*, Filadelfia, 1881.

(2) BRINTON. — Obra citada.

Universidad se dictó su enseñanza. Un largo debate se ha sostenido entre los estudiosos, respecto al verdadero carácter y valor que debe atribuirse á una obra catchiquel, el *Popol Vuh*, *Libro Nacional*. Las traducciones, comentarios y aclaraciones de Jimenez, Bourbourg y Brinton, parecen demostrar que se trata de una obra de Mitología, en forma de narraciones sencillas, familiares á los indígenas largo tiempo ántes de la conquista.

El estudio detenido de este libro ofrece un doble interés: por una parte es el único documento escrito en una lengua indígena rica y sonora, que todavía se habla en muchos puntos de Guatemala; y por otra, contiene la explicación de gran número de mitos y tradiciones que no han sido aún suficientemente aclarados.

Además de estas dos obras se encuentran en la colección de Boturini: los escritos de don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, descendiente directo de los soberanos de Tezcuco y autor de las *Relaciones Históricas* y de la *Historia Chichimeca*; la *Crónica Mejicana* de Tezozomoc; la *Historia de la Conquista*, obra de Antón Munnón Chimalpain, y de las más apreciadas por la crítica moderna. Uno de los documentos de mayor valor para estudiar la historia antigua y la mitología nahuatl, es sin duda la *Historia de los Reinados de Culhuacan*, obra anónima, traducida de una manera muy imperfecta por el licenciado Galicia y más tarde con el nombre de *Codex Chimalpopoca* por el abate Brasseur de Bourbourg.

A la literatura nahuatl corresponde también la *Historia de la Nueva España*, escrita por Sahagún y que se ocupa principalmente de mitología azteca, oratoria é historia antigua del reino.

En la América del Sud, los únicos autores aborígenes que escribieron en su idioma fueron según, parece, los del Perú. D. Luis Inca pasa por haber compilado una serie de notas históricas bajo el título de *Advertencias*, pero sus escritos no han podido encontrarse.

La historia es sin duda el género literario en prosa que se cultivó más en América. Se comprende que las ciencias debían haber alcanzado muy escaso desenvolvimiento en aquellos pueblos, cuando en Europa apenas tenían entrada los principios científicos propiamente dichos. Sin embargo, algunas tribus progresaron notablemente en astronomía, geografía y gramática, pero las obras en que fijaron los resultados de sus experiencias y deducciones, no han llegado hasta nosotros, si se exceptúan algunos fragmentos incluidos en obras de otros géneros.

En cambio tuvieron los aborígenes, gran facilidad para pronunciar oraciones y arengas, hecho que los críticos han comentado largamente. Se conservan varias piezas de oratoria, no todas de admitida autenticidad, pero que de cualquier modo demuestran que era universalmente admitida entre los conquistadores, la existencia en los indígenas de una facultad oratoria muy desarrollada. James Adair, competente autoridad en la materia, informa que los indios del Sud, estudiaban públicamente el arte de la palabra y que sus discursos abundaban en tropos y figuras retóricas. Los aztecas daban el nombre de *tlatoani*, que significa orador, al jefe que debía mandarlos en la guerra. Entre los araucanos era tenido en la mayor estima el que más fácilmente y con mayor perspicacia sabía hablar. Batres Jáuregui, refiriéndose á ese don tan vulgarizado entre los primitivos habitantes de América, dice: «Por lo que respecta á la oratoria, aún cuando los indios estuviesen muy lejos de conocer todas las ventajas que proporciona, se destinaban algunos, desde niños, á aprender á hablar con elegancia, y se les enseñaban las arengas famosas de sus antepasados, que la tradición conservaba transmitiéndolas de padres á hijos. Lucían su elocuencia principalmente en las embajadas, en los Consejos, y en los discursos que se dirigían á los nuevos reyes; y si bien es cierto que á sus más célebres arengadores no es dable compararlos

con los de las naciones cultas de Europa, no puede menos de reconocerse—dice el historiador Clavijero—que sabían emplear graves ratiocinios y argumentos revestidos de un lenguaje elevado y elegante, como puede verse en los trozos que se conservan (1).

El mismo autor cita como prueba de su aserto las elocuentes y conocidas palabras con que Atahualpa contestó á fray Vicente Valverde, cuando este lo conjuró á que se hiciera cristiano.

Otros historiadores hacen referencia á discursos más ó menos notables, siendo digno de mención el que el padre Cristóbal de Molina atribuye á un miembro de la raza nahualt; esa oración dirigida á Viracocha está escrita en un lenguaje conciso y vehemente.

Respecto á los poetas aborígenes, las noticias que se tienen son muy incompletas; algunos viajeros afirman que los indígenas poseían canciones habilmente combinadas, himnos y cantos fúnebres; otros piensan que tales composiciones eran pobrísimas, reduciéndose á veces á la repetición de unas pocas palabras.

Sea de ello lo que fuera, y aunque es indudable que muchos de los cantos que los españoles nos han transmitido, deben necesariamente haber sufrido interpolaciones y cambios, nada nos impide creer que debieron existir en la literatura aborígen composiciones poéticas, á la manera que han existido en todos los pueblos conocidos.

Entre las piezas que han llegado hasta nosotros debemos citar las *Canciones de Dakota*, conservadas por Riggs y que traducidas pierden completamente su mérito: sin embargo, la antología de América tiene producciones de más valor que esos cantos. En el libro de *Ritos* (Iroquois) hay canciones fúnebres de considerable extensión bastante expresivas y en el Algonkin hay partes de relativo mérito.

De composiciones análogas pertenecientes á los tupís

(1) *Historia de la Literatura Americana.*

habla largamente Montaigne en sus *Ensayos*, y su entusiasmo lo lleva hasta encontrar en ellas la forma suprema de la poesía.

D'Orbigny afirmó en nuestro siglo que la tribu de los guarayos, no puede ser sobrepasada en la gracia y delicadeza con que pinta sus impresiones.

Oviedo dice que los *arreytos* ó *mitotes*—asi se llamaban los cantos de los indígenas—iban casi siempre mezclados con la música y el baile y estaban destinados á solemnizar todos los acontecimientos de la vida pública (1).

La hermosa lengua nahuatl, se prestó más que ninguna otra á la forma métrica, y tocole á Nezahualcoyotl, soberano de Tezcuco hacia 1460, unir su nombre á la obra poética más vasta é importante de su tiempo.

En las sesenta odas que compuso inspirándose en asuntos elevados, revela una facultad de sentir, superior á lo que sería de suponer.

Fuera de esto nada se conserva de la poesía nahuatl, ni aun los *cantares mejicanos* de los siglos XVI y XVII que fueron conocidos por los españoles, según se desprende de algunas alusiones al respecto.

Los mayas escribieron también en forma métrica, pero no se conservan sino pocos fragmentos incluidos en los *Libros de Chilán Balam* y en el *Popol Vuh*.

Clavijero, hablando de la poesía entre los mejicanos, dice que en sus versos observaban bien el metro y la cadencia, siendo su estilo puro, ameno, brillante y lleno de comparaciones alegóricas.

Los argumentos eran muy variados: entonaban himnos en honor de sus dioses, imploraban sus favores en los templos, cantando versos al son de la música; componían también poemas heroicos, refiriendo las hazañas de sus héroes ó la historia de sus pueblos; y no faltaron tampoco piezas descriptivas, eróticas y morales. En general, eran tiernos y patéticos; se cuenta que un súbdito de

(1) *Historia de las Indias*.

Nezahuaicoytl, se hizo perdonar la vida gracias á la belleza de unos versos que había escrito en la pared de su prisión.

La raza quichúa no fué de temperamento menos poético que la mejicana; sin embargo, pocas son las composiciones que de ella se conservan. Garcilaso nos dice que entre los peruanos, los bardos formaban una alta clase social y que en sus composiciones la lengua quichúa ha sido llevada más allá de toda regla prosódica (1). El Perú no tiene la felicidad de poseer al par que Méjico un David poeta, guerrero y legislador como Nezahualcoytl; pero en cambio tiene el privilegio de sus *yaravis* y de su *quena*, dos manifestaciones artísticas originalísimas y características. Los *yaravis* son composiciones inspiradas en un sentimiento de tristeza infinita, sentimiento que en todo tiempo ha predominado en aquella raza sumisa y desdichada; parece que ese pueblo se complaciera en traducir su desconsuelo en las notas desgarradoras de su canción popular. Todas las naciones tienen sus cantos peculiares; los del mediodía poseen los romances; los del Norte, las baladas; el Perú reconoce como manifestación de su carácter y sentimientos, el *yaravi*, poesía compuesta para ser cantada al son de la *quena*. La *quena* en sí misma no es sino una flauta de caña, pero sus sonidos son modulados con tan profunda tristeza, que producen un sentimiento único en el que los escucha.

Existe una composición quichúa denominada *Manchaypuita* (canto aterrador) que es una verdadera elegía impregnada de desesperación byroniana, á cuya influencia desconsoladora no escapa nadie, si la oye acompañada por los acordes de la *quena*.

La poesía quichúa encontró desde luego á su servicio, una de las lenguas más onomatopeicas que se conocen, en la cual cada palabra es como una reproducción del objeto ó idea que representa.

(1) *Comentarios Reales.*

Los cantos peruanos se distinguen de los de las demás naciones americanas, en que nunca ofrecen la nota guerrera ó levantada; son siempre el reflejo de un sentimiento de postración y de miseria extremas.

Se ha discutido largamente sobre si la América primitiva poseyó ó no una literatura dramática; y si bien es muy difícil aseverarlo categóricamente, del testimonio de historiadores contemporáneos á la época y de algunos fragmentos de obras que por su forma y contextura parecen destinadas al teatro, surge la consecuencia de que probablemente existió entre las tribus aborígenes americanas, un cierto gusto por las representaciones, gusto que los poetas satisficieron con la producción de obras más ó menos dramáticas.

Cuando los españoles llegaron al continente nuevo, encontraron que los naturales sabían realizar festivales en que combinaban el canto con la danza; estas representaciones eran denominadas *areytos*, palabra derivada de *aririn* (recitar).

Los viajeros se ocupan casi siempre de describir esas danzas, que algunas veces revestían un carácter religioso, pero que más generalmente tenían por objeto divertir al pueblo con pantomimas, en que los autores aparecían vestidos de máscara. Como se ve, esas representaciones tuvieron el mismo carácter que afectaron las primeras manifestaciones del teatro romano, siendo semejantes en un todo á los *mimmos* y *atelas*.

Cortés afirma que, en la Plaza de Tlatcolco, tenían los mejicanos un edificio de cal y canto, con un terraplén descubierto bastante alto, local que servía para la representación de tales piezas. Parece que en otros puntos de América, existieron construcciones análogas.

El P. Acosta relata que el pueblo se reunía en el atrio de las Iglesias y que los cómicos hacían allí sus representaciones burlescas y sus bailes; esas representaciones eran á veces alternadas con ejercicios piadosos, y se las hacía en ocasión de festividades religiosas; otras reves-

tian un carácter puramente burlesco: el lugarteniente Timberlake refiere haber presenciado á mediados del último siglo, una de esas diversiones; los actores se hallaban cubiertos con las pieles de animales feroces, y los diálogos entre estos y los hombres, que suponían cazarlos, constitufan el argumento de la pieza.

El Dr. Justiniani, asegura haber visto cuando niño una tragedia quichúa, representada por indios en la ciudad de Tinta.

El autor nativo Salcamayhua atestigua también la existencia de antiguos dramas indígenas y aun dá los nombres de cuatro de ellos.

El gusto por las representaciones dramáticas no fué desvanecido en los naturales, una vez producida la conquista; por el contrario, los misioneros lo explotaron hábilmente para reducirlos al Cristianismo; convirtieron sus pantominas en *autos* y *misterios*, permitiendo á los indígenas más inteligentes que compusieran su texto.

Respecto al valor intrínseco de las composiciones indígenas, los historiadores han estado conformes en reconocerlo.

El apreciable cronista del Perú, Cieza de León, habla elogiosamente de los llamados *cantares* y *leyendas* de la Corte de los Incas, diciendo que los más instruidos eran elegidos para hacer conocer los hechos históricos por medio de canciones que eran trasmitidas de una persona á otra y conservadas en la memoria.

Garcilaso de la Vega, añade: «no les faltó á los *amautas*, que eran los filósofos, habilidad para componer tragedias y comedias que en días y fiestas solemnes representaban en medio de sus reyes. Los argumentos de las comedias, eran de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares. Todo era sobre cosas graves y honestas con sentencias y donaires permitidos en tal lugar».

«Se asegura, dice Prescott, que los peruanos manifestaban cierta disposición para las representaciones

teatrales, diferentes de esas estériles pantomimas que no regocijaban sino la vista y que han servido de pasatiempo á más de una nación bárbara. Las piezas peruanas aspiraban á los honores de la composición dramática, sostenidas por el carácter y el diálogo, fundadas unas veces en asuntos de interés dramático, otras en asuntos que por su naturaleza ligera y familiar, corresponden á la comedia. Hoy carecemos de los medios necesarios para juzgar de la ejecución de esas piezas; es probable, como lo exige el estado de una nación que no está completamente formada, que fuese grosera; pero de cualquier modo que sea, la simple concepción de la idea de una diversión de ese género, es ya una prueba de cultura intelectual, que distingue de una manera honrosa á los peruanos de las otras razas americanas, las cuales no conocían otra distracción que la guerra ó los juegos feroces que la representaban» (1).

En oposición con estos asertos, el General Mitre rechaza siquiera sea la hipótesis de que el drama pudiera existir en América antes de la conquista, basándose para ello en el estado de la sociedad indígena que psicológicamente no estaba preparada aun para concebir esa forma literaria, producto de elementos super-orgánicos, y síntesis que solo aparece en las sociedades llegadas á su plena madurez.

Entre las pérdidas mas sensibles que América ha sufrido, está la de los textos de los dramas nativos; si ellos existieron como tantos escritores lo atestiguan y como me inclino á creerlo, su sola presencia bastaría para que saliendo del terreno de las conjeturas pudiéramos entrar en el mas sólido de la verdad y discutir el valor de la literatura americana, con las piezas en la mano.

Sin embargo esa pérdida no es completa, algunas muestras han sido salvadas, debiendo mencionarse en

(1) *Conquista del Perú.*

primer término el drama *Ollantay* ú *Ollanta*, escrito en quichúa, del cual se han hecho no menos de ocho ediciones, y que ha despertado vivamente el debate.

Tal como existe hoy, el drama fué arreglado para la representación, dividido en escenas y perfeccionado con los conocimientos teatrales de la época hispánica; es indudable que los traductores y comentadores le hicieron interpolaciones más ó menos numerosas, que son precisamente la causa de que algunos críticos vean en la obra un producto de la imaginación española; pero ateniéndose á las copias más antiguas y á las traducciones hechas por quichuistas doctos, no es posible dejar de ver en el *Ollantay* una pieza de origen incano.

El doctor Vicente F. López en sus *Races aryennes du Perou* habla del drama quichúa en los siguientes términos:

«La tradición española nos ha conservado de esta literatura (incana) dos dramas probablemente alterados, pero que reposan sobre tradiciones célebres en la corte de los Incas: el *Apu-Ollantay* y el *Usca-Paucar*. El primero ha sido publicado por Tschudi, estudiado por Markham y traducido recientemente al español por Barranca. Se ha discutido mucho la autenticidad de esa obra que hasta se ha llegado á atribuir al doctor Valdez. Tengo algunas razones para dudar de la exactitud de este hecho. Sin embargo, estoy lejos de creer que la forma actual del drama sea anterior á la conquista. Encierra rasgos verdaderamente antiguos por la expresión, y ciertas ideas que se encuentran expresadas, son inspiración natural del ingenio de los indios. Los coros y los diálogos tienen ese color y esa fisonomía que la imitación reproduce siempre imperfectamente, y no se puede notar allí una sola vez, una alusión á una idea moderna.»

Barranca da como razones de la autenticidad del drama:

1° Que no se hace en él ninguna alusión al cristia-

nismo, ni á la sociedad de la época en que algunos suponen fué escrito.

2° Que encierra un gran número de cantos que se encuentran hoy en los labios de los indios de raza pura.

3° Que la lengua del drama presenta notables diferencias, si se la compara con la que se habla hoy, por ejemplo, cierto grado de aspereza propia del periodo primitivo del desenvolvimiento de una lengua.

Tschudi, uno de los traductores del *Ollantay* dice en su *Kechua Sprache* :

«La producción más importante de la literatura quichúa es sin duda el drama *Ollantay* ó el rigor de un padre y la magnanimidad de un rey. Faltan noticias del origen de obra tan notable y no sabemos si es del tiempo de los Incas ó si fué escrita en época más moderna. Sin embargo, algunos datos dan como representado el drama en tiempo de los Incas, en la plaza pública de Cuzco y en los años subsiguientes á la conquista, parece que se formó un manuscrito atribuido á un fraile. »

Otros autores, rechazan como imposible la existencia de tal pieza antes de la conquista hispánica; el General Mitre, nuestra gloria nacional más legítima, se expresa así en un opúsculo publicado sobre el asunto en 1881 :

«La única nación americana en que con algún acopio de crítica histórica y filológica se ha pretendido que haya podido existir una literatura dramática pre-colombiana, es la de los quichúas del Perú. Esta teoría literaria que pugna con la lógica y verosimilitud, y cuyos sostenedores se refutan á sí mismos sin saberlo, no tiene más documento en su apoyo, que un drama en verso, de formas españolas, que hace como un siglo apareció por la primera vez y poco más de cuarenta años que su texto se hizo público; ni le abona más que un historiador de dudoso crédito que ni dice tanto como se pretende y que más bien suministra pruebas conclu-

yentes en contrario. El drama á que nos referimos titúlase *Ollanta* ú *Ollantay* — que con los dos nombres es conocido — el cual está representado en la historia del Perú por las ruinas de una fortaleza pre-histórica, inmediata al Cuzco y un río que corre á sus inmediaciones, á cuya margen se ha formado un pueblo que existe aun. En torno de esa composición dramática, de origen no del todo desconocido se ha formado, á manera de vegetación parásita, una literatura artificial, que constituye todo lo que sobre el pretendido drama quichúa se conozca »

Las razones principales en que se basa para creer que el *Ollantay* es una producción española, son las siguientes: Que por su fondo y por sus menores detalles es un drama heroico de *capa y espada*; que los sentimientos que informan el drama son peculiares de la raza española, y por último, que circula en todas las escenas un soplo revolucionario que no parece pudiera tolerarse bajo un régimen tan despótico como el incásico. En el estilo y la pintura de los personajes, encuentra otras tantas razones para considerar al *Ollantay* como una pieza moderna.

Las conclusiones del eximio historiador argentino han sido rebatidas por Markham en un trabajo crítico no menos interesante ⁽¹⁾.

De la misma opinión del General Mitre participa el escritor peruano Ricardo Palma, quien la expresa en el juicio crítico que precede á la traducción del *Ollantay* hecha por Carrasco en 1876; y el colombiano Vergara y Vergara, quien refiriéndose á la literatura de las poblaciones aborígenes se pronuncia en estos términos: «No sabemos que ninguna nación americana poseyese el arte de escribir, y por lo tanto tendremos que ignorar su literatura culta ó escrita. Sospechan los historiadores que los peruanos escribían su historia en *quippus*, pero

(1) *El Ollantay*.

nadie pudo descifrarlos. Se decía también que tenían una comedia original (*Olluco*) que fué impresa por Tschudi en su Diccionario Quechjua, sacada de un antiguo manuscrito; *pero se me hace difícil creer que sea anterior á la conquista* (1).

Esta comedia designada por Vergara con el nombre de *Olluco*, denominación que no se encuentra en ningún otro texto, parece ser el mismo *Ollantay* que en realidad fué incluida y traducida por Tschudi en su *Kechua Sprache*, según lo hemos dicho más arriba.

Como se vé las opiniones están muy divididas y la crítica literaria no ha pronunciado aun su última palabra en este asunto. No he hecho estudios que me autoricen á señalar cual de las versiones me parece más aceptable, pero pienso que nada se opone á que consideremos al *Ollantay*, sino como un drama incano, a menos como un conjunto de cantos y diálogos que algún sacerdote español reunió en una sola pieza. De aquí que, mientras se reconozca á todas luces que la composición técnica de la pieza es eminentemente moderna, no se pueda menos que estar conforme en que hay en los versos, la ingenuidad, las imágenes y hasta el reflejo de los gustos y costumbres de una sociedad primitiva, tal como debió ser la peruana. El estudio de lo que ocurre en las literaturas extranjeras nos lleva á esta conclusión: muchos de los poemas griegos, franceses y españoles, no son sino conjuntos de cantares, diálogos y coplas reunidos habilmente por hombres más ó menos eruditos. Es probable que existiera entre los incas una tradición sobre la rebelión de *Ollantay* y la magnanimidad de Tupac-Yupanqui, tradición que muy bien pudo haber inspirado algunos cantos; uno de los tantos misioneros españoles, conocedor de las aptitudes que los indígenas poseían para las representaciones mímicas, coleccionó esos cantos, les interpoló otros de su propia invención necesarios

(1) *Historia de la Literatura de Nueva Granada.*

para conducir la acción, y formó así un drama del que se sirvió para catequizar á los indígenas por el halago que debía producirles necesariamente la rememoración de hechos pasionales y heroicos relativos á su raza. Esta podría ser la causa de que hoy sea atribuida la producción, ya á diversos monjes de la época de la conquista, ya á los mismos indios peruanos.

Sea como fuere, el *Ollantay* ha sido objeto de serios estudios basados en la Filología y en la Historia, tales como los de Markham, Tschudi, Mitre, López, Barranca y Zegarra.

Esperemos que el debate venga á ser auxiliado de un momento á otro, por uno de esos datos que determinan en la Literatura pre-histórica de todos los pueblos, la solución definitiva de problemas largamente discutidos.

Además del *Ollantay*, se mencionan, como composiciones dramáticas indígenas, el *Robinal Achi* escrito en quiché traducido por Brasseur de Bourbourg, las *loas* de América Central, de las cuales son muy conocidas: *La ollita ó El Cañahuate*, composición en lengua *mangue*, descubierta en 1820; el *Usca Pancar*, obra anónima, y algunas más de escasa importancia.

De todo lo que antecede se desprende que las razas aborígenes, ó por lo menos algunas de ellas, no carecieron de facultades literarias como lo han pretendido algunos autores. Su temperamento ardiente y al mismo tiempo dulce, su amor por los hechos heroicos, el orgullo de que dieron tantas pruebas durante la conquista, y al servicio de todas estas cualidades, lenguas flexibles y sonoras, aptas para expresar con sus modulaciones los afectos y las ideas, las hicieron indudablemente semi-artistas de la palabra. Que los manuscritos que han llegado hasta nosotros sean escasos y de poco valor, nada prueba, si se tiene en cuenta que la mayor parte debieron desaparecer en medio de las vicisitudes de

todo género porque tuvieron que pasar á través de tres siglos.

Estoy lejos de creer que España sea culpable de la pérdida de obras geniales debidas á la inteligencia indígena; ellas no debieron existir, no solo porque no lo permitía su grado de evolución, sino porque de haber existido tendríamos noticias de ellas siquiera fuese por la tradición que nunca ha dejado en el olvido las grandes producciones.

Si España, colocada frente á la semi-civilización americana, tuvo que aniquilarla en todas sus manifestaciones para conseguir imponerle las leyes de la cultura europea, la Historia no puede culpar á la nación más que á la época y á las circunstancias en que los hechos se desarrollaron; con razón ha dicho Quintana que:

Su atroz codicia, su inclemente saña,
Obra fueron del tiempo y no de España.

Pero aun cuando la literatura pre-colombiana no tenga sino un valor muy relativo, su estudio es de importancia para el conocimiento completo de la que se inicia á partir del descubrimiento, ya que la intelectualidad americana es producto de dos intelectualidades, de las cuales la más débil no ha sido anulada por completo. De aquí que haya creído necesario dedicar un capítulo de mi trabajo al estudio de las manifestaciones literarias que pueden llamarse genuinamente americanas.

CAPÍTULO II

La conquista y el coloniaje

Consideraciones generales acerca del carácter de la conquista española. — Las cuatro corrientes colonizadoras. — Centros á que dan origen. — Fisonomía peculiar de cada uno. — Elementos de cultura puestos al alcance de las colonias. — La Instrucción; la imprenta — Influencia de la literatura peninsular. — Las primeras manifestaciones de la intelectualidad criolla.

La conquista española, iniciada en el punto medio del continente americano, se distingue especialmente por su acción extensiva, á la inversa de la inglesa en que la concentración es la base de todo movimiento colonizador. Fundado el primer centro en la Hispaniola, parten de allí dos grandes líneas de conquista dirigidas á los dos centros americanos más importantes por su cultura aborigen; la una, tendiéndose hacia el N. va á Méjico y América Central; la otra, pasando por Nueva Granada, se corre á través del Perú, hasta desembocar por dos ramas, una de las cuales baja por la costa de Chile, mientras la otra se interna en la llanura que forma hoy el interior de nuestra república, hasta encontrarse con la extremidad de una corriente secundaria que después de haber fundado á orillas del Plata y sus afluentes las principales ciudades del litoral, se remonta hácia el N., procurando internarse con dirección al Alto Perú. Algunos años después, una cuarta corriente de colonización, extiende la conquista española á lo largo de la costa S. del Caribe, dando nacimiento á no pocos centros sociales de gran importancia.

Ochenta años después de fundada por Colón la primera colonia hispánica en América, la nación conquistadora había logrado sembrar de ciudades toda la extensión

del Continente, comprendida entre la antigua Tenochtitlan y el paralelo de Valdivia; había recorrido todo el litoral del Pacífico y el del Atlántico, desde Acapulco y Yucatan hasta el Estrecho de Magallanes, adosando su civilización á la de los centros más adelantados y suplantando la de aquellos menos preparados por su vida anterior, para seguir el movimiento del progreso.

Cuatro corrientes distintas pueden pues considerarse en la conquista de América, y á esas cuatro corrientes corresponden así mismo cuatro grupos de colonización: el de Méjico y el del Perú que corresponden respectivamente á las dos ramas que, partiendo de la Hispaniola, se dirigen la una al N. y la otra al S.; el de litoral del Plata y territorios adyacentes, y por último el de Nueva Granada, resultados ambos de las dos corrientes secundarias de que he hablado antes.

El primer grupo comprendía bajo el nombre de Nueva España, las actuales repúblicas de Méjico y América Central; el segundo abarcaba el Perú y la Capitanía de Chile; el tercero Buenos Aires, Tucumán, Paraguay y el Alto Perú; el cuarto las actuales repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador. Estas circunscripciones fueron constituyendo con el progreso de la dominación, centros más ó menos importantes y considerados, llegando á formar los cuatro virreynatos conocidos. Hay que tener presente que los límites de cada uno de esos grupos sociales, variaron constantemente, unas veces por razones de mejor gobierno, otras por exigirlo así, nuevas conquistas y sometimientos.

Las cuatro agrupaciones que se señalan desde principios de la conquista, corresponden como se vé á cuatro centros de sociabilidad indígena: el de los aztecas quichúas, chibchas y el de las tribus nómadas ó pastoras que habitaban las orillas del Plata y sus afluentes, esto hablando en términos generales, pues no es posible hacer una demarcación precisa cuando se trata de cuestiones etnológicas.

Aun cuando la conquista española fué lo suficientemente poderosa para imprimir su sello original en cada uno de los puntos en que se ejerció su acción, no pudo escapar á la influencia determinante del carácter y costumbres de las tribus que formaron la base de la población en todos ellos; de aquí que aunque uniforme en sus fundamentos administrativos, la colonización tuvo un carácter peculiar en cada uno de los cuatro centros creados, carácter que dependió también en gran parte de la naturaleza física local y de los elementos sociales que realizaron la conquista.

El estudio, aunque sea somero, de la fisonomía distintiva de cada una de las agrupaciones que han dado origen á las actuales repúblicas americanas, es de importancia cuando se trata de seguirlas en su desenvolvimiento intelectual á través de los siglos; vamos pues á decir cuatro palabras al respecto.

Doscientos años después de realizada la conquista de Méjico, el elemento español había operado ya el mestizaje, pero no de una manera tan absoluta que impidiera la división de la sociedad en tres clases, de las cuales los nueve décimos los constitúan las castas, elemento social destinado á las industrias, á la agricultura y á las ocupaciones domésticas, separado de los españoles (comprendiendo en esta denominación á los peninsulares y á sus hijos nacidos en América) por el abismo profundo que crea la lucha entre los que no tienen nada y los que lo tienen todo, colocado por el color, la miseria y la ignorancia á incalculable distancia de sus conquistadores; y destinado por su alejamiento de las clases superiores á perpetuar sus vicios y sus errores.

La clase blanca dueña de la tierra, que cultivaban para ella los indios encomendados, hizo causa común con los agentes del poder público; aliándose con el Alto Clero á quien lo unían vínculos de sangre, y el cual á su vez llegó á acumular en sus manos capitales enormes que lo erigieron en banca colonial. Este grupo so-

cial privilegiado vino así á estar en pugna con la inmensa muchedumbre de las castas y de los indios y por consecuencia con el bajo clero, que emanado de su seno y vinculado á ellos por intereses y simpatías, ejerció siempre en su favor los cargos de defensor legal, de custodio y de auxilio. De aquí un sentimiento latente de oposición entre las dos fracciones de la sociedad mejicana, oposición que debía ponerse de manifiesto en los últimos años del virreynato, con toda la violencia de una tempestad desencadenada.

El espíritu colonial de Méjico, ofrece por lo tanto, dos fases: por una parte la clase superior generalmente instruida, en íntima relación con la metrópoli, de la cual recibe sus influencias intelectuales, como lo veremos más adelante; por otra, las clases humildes, ignorantes y alejadas de todo contacto civilizador.

No pasaba lo mismo en el centro constituido por las colonias del Perú y Chile. Hay que hacer notar ante todo, que la primera fracción presentaba, como presenta hoy mismo, un carácter muy distinto del de la segunda. La naturaleza, rica en la una y avara en la otra, ha determinado géneros de vida distintos, y las razas completamente diversas que las poblaban, no podían por menos que dar características opuestas. Chile ha sido un esfuerzo de Valdivia y de los que le sucedieron en la empresa de conquistar aquel territorio, contra una barbarie heroica que poco á poco fueron arrollando. La base de la población chilena es el mestizaje operado por los españoles, en aquella tribu fuerte y vigorosa preparada para la resistencia por su educación física y por su exagerado amor á la libertad. Las colonias chilenas eran las más pobres y aisladas, sin más contacto con el Perú que el necesario para colocar sus productos en Lima, único mercado que les fué concedido.

En el Perú sucedía lo contrario: desde los primeros

tiempos de la conquista, Lima fué considerada como el asiento de los reyes en América; la vida fácil y abundante por las riquezas naturales que han hecho famosa esa tierra americana, se convirtió muy pronto para la clase privilegiada, en opulenta y cortesana.

Constituían el núcleo de la población los españoles, que se mezclaron muy poco con los indígenas, de los cuales los que no fueron exterminados en las mitas y encomiendas, huyeron á las montañas donde continuaron su vida silenciosa y apática.

El carácter de los quichuas, preparado por su mansedumbre para la sumisión incondicional, los hizo ser considerados como elementos inofensivos que no era necesario agitar ni tomar en cuenta. Prescindiendo pues de los indios puros, cuya existencia fué apagándose poco á poco durante la conquista, la clase social predominante en el Perú, fué la de los españoles y criollos.

Esta sociedad se constituyó en fiel reflejo de la de España, intelectual y materialmente hablando, y en lo moral, debido á las extremas facilidades y á la dulzura del clima, se dejó llevar de un refinamiento extremado á la más lamentable decadencia.

El tercer grupo social ó sea el que constituyeron las hoy repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador, presentó durante la conquista y el coloniaje caracteres muy distintos.

Existen grandes semejanzas entre éste grupo y el grupo alto del Virreinato del Río de la Plata. La base etnológica corresponde en aquel á los indígenas semi-civilizados, es decir á los *muyscas* en Nueva Granada y á los *Incas* en el Ecuador; Venezuela se asemeja más al litoral argentino, en cuanto á la naturaleza de las razas que la poblaron hasta la conquista.

Fuera de las luchas sangrientas producidas entre españoles y naturales, durante las primeras expediciones colonizadoras, esa fracción del continente americano tuvo

la felicidad de ser sometida por un grupo de los más cultos en sus relaciones sociales. Verdad es que los indios y los negros, poco mezclados con los españoles, vivían en los llanos ocupados en las faenas de labranza, mientras que los últimos se habían concentrado en las ciudades, verdaderos centros civilizados, como pudo verse al finalizar el siglo XVIII.

En Venezuela la distinción entre criollos y naturales era aún más señalada, pero los *mantuanos*, grupo selecto de la sociedad venezolana, no aprovecharon jamás de su prestigio para ejercer actos expoliatorios. La educación estaba muy difundida entre las clases superiores, las que además estuvieron en contacto con la civilización europea, principalmente con la francesa, hecho que se puso de manifiesto durante la guerra por la independencia.

Réstanos ahora decir algo respecto al cuarto y último grupo colonial.

He indicado más arriba que la sociabilidad venezolana era la más semejante á la nuestra, tanto por el carácter de las tribus indígenas que poblaban sus territorios como por la forma que asumieron las relaciones entre criollos y naturales.

En efecto, lo mismo en Venezuela que en el Río de la Plata, la base etnológica la formaban las tribus pastoras y labradoras, poco civilizadas, pero vigorosas é inteligentes. En una y otra colonia, la vida material era facil; aun el más ínfimo de sus habitantes, no siendo el esclavo, poseía sus tierras, pudiendo por lo tanto hacer una vida relativamente independiente que no conocieron jamás las clases sometidas de Méjico y Perú.

Es bien conocida la natural vivacidad de los criollos del litoral, condición que no deriva solo de la influencia española, sino también de la de las tribus indígenas que si no habían alcanzado el grado de progreso de las que

poblaban aquellos centros, eran por su virilidad las más aptas para recibirlo y continuarlo.

Hay que recordar que á nuestro suelo no afluyeron, como á las colonias ricas, los individuos de la clase noble que, junto con sus títulos y pergaminos, llevaron á menudo la corrupción y los hábitos de molicie; desprovista esta parte del continente americano, de riquezas naturales, fué mirada con poca codicia durante mucho tiempo. Al Río de la Plata solo vinieron á establecerse los hombres de la clase media; deseosos de hacerse un porvenir con su trabajo personal.

Todas las circunstancias apuntadas dieron por resultado que se formasen en las colonias del litoral, sociedades sanas en las que predominó pronto el elemento criollo, altivo é independiente, dotado de una inteligencia despierta, que lo hacía capaz de ponerse á la altura de cualquier civilización europea. Añádase á esto la magnífica situación de su centro principal, Buenos Aires, al que afluyeron muy pronto comerciantes, viajeros y hombres de ciencia, y se comprenderá porqué la mayor parte de las colonias que formaban ese grupo social, alcanzaron en poco tiempo un alto grado de prosperidad y cultura.

Tales eran los cuatro centros de colonización española en América, tales las condiciones sociales en que se desenvolvían. Veamos ahora cuales fueron los medios puestos á su alcance para realizar su desenvolvimiento intelectual.

Cuando se inició la conquista de América, España se encontraba en su época de mayor esplendor: realizada la unidad nacional, arrojados los moros del territorio de la Península, regularizada la administración interna, y colmadas las arcas públicas, todo hacía que, satisfechas las necesidades materiales, se pensase en mejorar la condición intelectual de los súbditos españoles; y en efecto, los Reyes Católicos se preocuparon de difundir la ense-

ñanza primaria y superior, y de dar mayor impulso á las letras nacionales. Así es como se inicia ese gran movimiento literario que va á tener su culminación en el siglo XVII, llamado con justicia *Siglo de Oro*, pues fué para las letras en general, y para la poesía en particular, el movimiento más feliz de su existencia en España.

El principio grandioso que sirvió de fundamento á la Reforma, reconociendo al espíritu el derecho de la libre interpretación en aquellos asuntos en que la inteligencia es parte, produjo sus naturales efectos en todos los órdenes de actividad mental; se discutieron las formas poéticas hasta entonces aceptadas, surgieron las diversas tendencias que se constituyeron muy pronto en escuelas y mientras las unas se apegaron á las tradiciones nacionales, otras fueron á buscar inspiración en las literaturas extranjeras antiguas y modernas. A las estrofas algo pesadas de Mena y de Mendoza, suceden las flexibles y contorneadas de Garcilaso y Figueroa, ó las profundas de Rioja y de Caro, ó las llenas de mistismo de Fray Luis de León.

El teatro sufrió también una profunda transformación: no se llevaron ya á la escena, solamente, las cuestiones ligeras, fué necesario ir mas allá, desentrañar problemas morales y poner en juego las pasiones y los caracteres; las prescripciones de escuela se rompen, es cierto, pero para bien del arte, y como en los cuadros animados de la vida, los dolores y las alegrías se suceden y se mezclan en las geniales concepciones de Alarcón y de Lope, de Moreto y Calderón.

Un poco más tarde, la Novela y la Historia encuentran sus más altos representantes en Cervantes y Mariana respectivamente.

En una palabra, los dos siglos siguientes al del descubrimiento de América, fueron en la Península, para la Poesía y la Historia, el Teatro y la Novela, de brillo excepcional.

Y se comprende que así fuera: España había llegado á un grado de evolución completa; su sociabilidad exquisita, los elementos diseminados de sus hazañas históricas, los trabajos literarios de los siglos precedentes que le prepararon un idioma riquísimo y sonoro, su estado económico, y ¿porqué no decirlo? las nuevas inspiraciones arrancadas á la naturaleza imponente y á las costumbres y tradiciones americanas, eran otros tantos escalones por los que debía ascender á la cumbre de su gloria literaria.

No hay que olvidar, sin embargo, que ni América estuvo en el contacto que sería de suponer con los principales representantes de la cultura española de aquellos tiempos, ni que, mal preparada para interpretar y asimilarse sus producciones, no supo escoger sus modelos, y de aquí que el mal gusto llegara á hacer estragos en la literatura del Nuevo Mundo antes de que se dominase en él, la cultísima lengua en que Boscán y Garcilaso tan larga y eficazmente trabajaron.

Por otra parte en las colonias no existían los elementos de cultura que son, por decirlo así, las materias primas sin las cuales es imposible elaborar nada. La instrucción encomendada casi siempre á sacerdotes, de los cuales si muchos fueron doctísimos y bien inspirados, muchos también constituyeron una rémora para el progreso, se difundió muy lentamente en las colonias. Los establecimientos de enseñanza secundaria y más aún las Universidades aparecieron ya bastante avanzados los tiempos de la dominación ibera. En Nueva Granada, por ejemplo, en el año 1784 se creó el primer colegio superior denominado del *Rosario*; en Chile, la *Universidad Real de San Felipe*, se fundó en 1747; más felices que estas colonias, las de Méjico y Perú tuvieron Universidades desde mediados del siglo XVI, mientras que en Buenos Aires no hubo colegio de enseñanza secundaria hasta la fundación del de *San Carlos*, bajo el gobierno de Vertiz.

Si bien es cierto que algunos monarcas, como Carlos III,

miraron como imprescindible la difusión de la enseñanza en las colonias de América, no lo es menos, que otros la consideraron como peligrosa al mantenimiento del orden y á los intereses de la monarquía; existe una Cédula Real prohibiendo la fundación de la Universidad de Mérida, en la que declaran los Ministros que S. M. el Rey Carlos IV no creía conveniente se propagase la ilustración en América. Morillo, que ahogó en sangre el movimiento revolucionario iniciado en Nueva Granada, se dirigía en estos términos á Ceruti, gobernador de la Guayana: «Haga Vd. lo que yo he hecho en Nueva Granada, cortar la cabeza á todo el que sepa leer y escribir, y así se logrará la pacificación de América».

La generalidad de los Virreyes y gobernadores, miraron con cierta desconfianza, las muestras de la intelectualidad americana, sobre todo, en los primeros años de la conquista. Velazco (1) refiere que el indiano Collahuaso, hombre de juicio y gran talento escribió, cuando joven, una obra sobre las guerras civiles sostenidas entre Atahualpa y Huascar, y que delatado por ello al Corredor de Ibarra, el libro fué quemado y el cacique apresado, *para escarmiento de los indianos que se atrevieran á tratar tales materias.*

Muchos otros testimonios podría citar, que prueban como en la mente de una gran parte de los hombres que constituían la clase dominante, existió siempre la idea de que no convenía á los intereses de la Nación, el que los colonos alcanzaran un alto grado de cultura.

Es cierto que muchísimos gobernantes se preocuparon seriamente de la instrucción pública y bastaría mencionar los nombres de Vertiz, Caballero y Góngora y el Príncipe de Esquilache, para probarlo; pero de todos modos, sea porque no vinieron á América sino muy pocos representantes de la verdadera cultura española, sea porque las luchas de la conquista y las vastas extensiones que era

(1) *Historia de Quito.*

necesario vigilar, contra cualquier sublevación posible, dejaran poco espacio que dedicar al fomento de la ilustración popular, el hecho es que las colonias americanas, tuvieron que vencer toda clase de obstáculos para adquirir un nivel intelectual que estuviera más ó menos de acuerdo con el de las naciones europeas.

La carencia de imprenta que, en colonias de la importancia de Venezuela, no hizo su aparición hasta 1808, la dificultad de comunicación entre los diversos centros americanos y la falta de contacto con las naciones europeas, eran causas mas que suficientes para que el pensamiento de los criollos no pudiera alcanzar todo el desenvolvimiento de que era susceptible.

Esfuerzos pues muy dignos de mención, son los que se hicieron en las colonias durante los primeros siglos de la dominación, para sacudir la atmósfera pesada de apatía intelectual, y los que en esas épocas difíciles no desmayaron ante los mayores obstáculos que puede encontrar el autor en su camino, bien merecen el aplauso y consideración de las generaciones.

Las sociedades nuevas que surgieron en América, de la fusión de dos razas distintas de las cuales tendió á predominar la vencedora, según leyes inherentes á la naturaleza, fueron desde un principio vigorosas intelectualmente hablando y aptas para asimilarse el progreso europeo y darle nuevo impulso. Muchísimos hombres nacidos en América durante la dominación española, han brillado en el Viejo Mundo, dejando pruebas elocuentes de su potencia intelectual.

En verdad, aunque pobre, la historia del pensamiento americano del siglo XVI al XVIII es digna de estudiarse porque en ella se ven aparecer las primeras figuras intelectuales que son nuestro orgullo.

El eminente hombre de letras argentino, D. J. M. Gutiérrez, en su estudio sobre Peralta Barnuevo, hace algunas consideraciones generales á cerca de la inte-

lectualidad criolla y pasa revista á un buen número de hombres que antes de la independencia se distinguieron en los diversos ramos de la actividad mental. De él tomo lo que sigue:

«Si la historia literaria de América estuviera escrita y pudiera estudiarse con facilidad, se sabría que en ella, más que en ninguna otra región del globo, se han repetido ejemplos de esa doble aptitud para las ciencias y las letras que distingue á las inteligencias ambiciosas y despejadas. En muchas páginas de Humbolt consta cuan rico fué el caudal de nociones que adquirió, tanto etnográficas como económicas, geológicas y de todo género, en el trato de los sábios criollos en las diferentes regiones que visitó. Igual constancia se halla en los escritos de la Condamine y de sus compañeros de tareas en los de J. J. y A. Ulloa, franceses los unos y peninsulares los otros.

En épocas posteriores á la de los célebres viajeros citados, se ilustraron en Méjico dos hombres cuya memoria conserva con orgullo la biografía de aquella república, á saber: D. Carlos Sigüenza y Gongora y D. Antonio Alzate, nacido el uno en 1645 y el otro en 1729. Ambos, por consiguiente, corresponden á los tiempos en que menos brillaron las ciencias en la metrópoli. Sin embargo, Sigüenza las cultivaba todas y en todas se distinguió, hasta por la audacia y la independencia con que su genio las encaraba. Ni el Tribunal del Santo Oficio ni la intolerancia férrea de los superiores de la Orden de San Ignacio, con la cual rompió abiertamente, pudieron contenerlo, y renegó de la filosofía peripatética para entregarse con fervor á las doctrinas de Descartes que enseñaba públicamente á sus discípulos.

Alzate, dice Arróniz, pasó su vida remontando su espíritu á la bóveda luminosa del cielo y observando los astros, ó paseándolo por los campos esmaltados de flores en busca de recreo y de adquisiciones nuevas para la ciencia.

La *Gaceta* de Alzate figura como una rareza que despierta vivamente el deseo de poseerla, porque es un riquísimo depósito de todo género de noticias relativas á la ciencia en general, y muy especialmente á los fenómenos de la naturaleza y del suelo de Méjico, á su meteorología, sus volcanes, sus auroras boreales y su botánica. Fué socio correspondiente de la Academia de París en cuyos Anales se reprodujeron muchos de sus escritos científicos.

El espíritu del siglo XVIII había penetrado en las colonias españolas, más todavía que en su metrópoli, por razón del alto grado de actividad intelectual y de amor desinteresado al estudio, que distingue á los naturales de América.

Descendiendo hacia el Sud y acercándose á la patria de Peralta, hallaremos muchos peruanos que pueden colocarse, por la variedad de sus conocimientos y por su aptitud para las ciencias y la literatura, al nivel de los mejicanos cuya biografía hemos hecho. Nos limitaremos á recordar un corto número de entre estos: El doctor don Eulogio Espejo, orientalista y helenista que, sin haber salido de la ciudad de Quito suministró á la Academia de Ciencias de París, varias memorias sobre materias relativas á la Física y la Medicina ciencias que profesaba con aplicación y talento.

Montúfar fué el digno acompañante de Humbolt y Bonpland en la famosa ascensión al Chimborazo hasta la elevación de 20.000 pies sobre el nivel del mar.

Don Francisco Dávila se granjeó durante los últimos veinte años de su vida, la admiración de los sabios europeos por la vasta colección de objetos preciosos relativos á las Ciencias Naturales y bellas artes, que había reunido personalmente y á sus expensas.

Bajo los auspicios del Rey Carlos III fundó el Museo de Historia Natural de Madrid, del que fué el primero e los directores ».

A los nombres mencionados por don J. M. Gutiérrez

debemos añadir los de Olavide, el Padre Molina, Cosme Bueno, Peralta Barnuevo, Unanué y otros que hicieron honor por su ciencia y talentos, á la capacidad mental de los colonos españoles.

La *Academia Pichinchense*, fundada por los reverendos padres jesuitas en el siglo XVII, la Expedición Botánica de Mutis, los trabajos cosmográficos de Caldas, el *Semanario* de Nueva Granada y el *Mercurio Peruano* de Lima, son otras tantas pruebas del desenvolvimiento que la inteligencia americana había adquirido durante el período de la dominación española, no por su sola virtud, como algunos pretenden, sino bajo la influencia de la civilización ibera.

CAPITULO III

· · La Revolución y las luchas por la organización nacional

Carácter jurídico de la Revolución americana.—Su influencia en la dirección del espíritu. — La Literatura de la Independencia: consideraciones generales. — Las luchas civiles en las diversas repúblicas del continente, su efecto en el desenvolvimiento y fisonomía de las letras. — La organización.

Desde el momento en que los pueblos americanos levantan su bandera de combate en contra de la dominación española, un cambio profundo se efectúa en la política de estos pueblos, que pasan de la dependencia extranjera á la vida libre.

Pero ese cambio, ¿produce también una revolución completa en el orden intelectual? He aquí lo que importa saber. No faltan quienes llevados por un americanismo intransigente, pretendan demostrar que la historia del pensamiento americano comienza á partir del año 10 y se basan para ello en que, cambiando completamente el escenario político en que los hombres figuraban, modificados sus sentimientos é ideas, las manifestaciones intelectuales, productos de esos factores, tenían que cambiar necesariamente.

Pero, por una parte, es indudable que en las cuestiones morales, no pueden hacerse divisiones tan terminantes: cada progreso, cada evolución, tienen sus antecedentes indispensables en momentos anteriores; y por otra, un examen juicioso de los hechos basta para hacer comprender que tal apreciación no está sólidamente fundada.

Ante todo, la Revolución americana no fué el estallido

de los sentimientos de independencia ya muy sublimados en los poco antes colonos sumisos; no niego que este sentimiento existiera ya definido más ó menos, pero las causas locales que habrían determinado la ruptura, no habían adquirido aún en 1810 la intensidad suficiente para producir por sí solas la Revolución, y muchos de los hombres más notables que en ella figuraron, no creyeron que había llegado aún el momento de romper los lazos que nos unían á España.

La Revolución fué en un principio, un acto legal consagrado por los códigos de Castilla y de León; en todos los casos cuando el monarca perdía el poder que ejerciera por delegación del pueblo, ó mejor dicho, de los municipios, correspondía á estos reasumir ese poder. Operando en esa forma, una vez restablecida la monarquía, los Municipios ó Juntas cesaban en su misión y volvía á prevalecer el Rey. Tal sucedió en América: prisionero Fernando VII, correspondía á los Municipios de las colonias reasumir su poder, hasta que aquel fuera libertado, pero habiéndose establecido la Junta de Cadiz que pretendió abrograrse derechos análogos á los del Monarca, con respecto á las colonias americanas, estas se sintieron lastimadas en sus atribuciones; agréguese la influencia de la Revolución Norte-americana y de la francesa, la distancia á que las colonias se hallaban de su metrópoli, y ciertamente también el anhelo de todos los pueblos por la independencia, y se comprenderá fácilmente porqué, el acto legal que pudo conservar las colonias para el Monarca, se transformó en una Revolución sangrienta, durante la cual se fueron acentuando más y más las causas locales, que á no haber tenido lugar la invasión napoleónica en el territorio hispánico habrían retardado quizá por mucho tiempo el rompimiento entre España y sus colonias.

Ahora bien, si la revolución política no fué un hecho premeditado, ó el resultado de la larga evolución de ideas definidas al respecto, se comprende fácilmente que la

revolución intelectual, no pudo ser un hecho; tal revolución supone un cambio de costumbres, de ideas, de creencias y de gustos, cambio que no se experimentó ni podía racionalmente haberse experimentado en 1810, ni muchos años después. Que se diga que la literatura tomó en América un carácter distinto al que hasta entonces había tenido, nada más cierto; los colonos cantaban solamente asuntos sencillos en que la descripción de la naturaleza era gran parte; á veces se elevaban á referir hechos gloriosos, pero esos hechos no podían interesarles desde que no los habían presenciado y sus actores les eran desconocidos. Los patricios de 1810 por el contrario, cantaban hechos en que ellos mismos habían tomado parte, y miraban las cosas que les rodeaban con otros ojos, desde que luchaban por conservarlas para ellos únicamente.

Pero que se diga que esta literatura no tiene nada que ver con la española, nada más falso; si no fuera más que la comunidad de idioma existente entre ambos pueblos, ello bastaría para hacer imposible una completa divergencia; pero hay más: los americanos de la Revolución se habían formado en establecimientos muy á menudo dirigidos por españoles; españoles eran casi en absoluto sus modelos literarios, española era su sangre, pues la mezcla con los elementos indígenas apenas llegó á modificarla, y por lo tanto, españolas eran sus ideas, sus creencias, sus costumbres y sus aspiraciones, escasamente alteradas por la influencia del medio físico.

No quiero decir con esto que aquellas piezas admirables de Olmedo, de López, de Heredia y de Mármol no sean americanas; nada de eso: son todo lo americanas que pueden serlo, tanto como lo son nuestras instituciones políticas. Si las sociedades americanas son originariamente españolas, y si la influencia de su conquista, realizada cuando la Península era ya una nación, es imborrable en 1810, y aun hoy en cierto modo, nada cambiamos á los hechos con negarlos sistemáticamente llevados por

un falso patriotismo. En nada desmerecen nuestras heroicas jornadas en pro de la Independencia, el que los mismos que las realizaran fuesen más españoles que indígenas, como nada pierde en sus virtudes un individuo, porque tales virtudes las haya recibido en herencia directa de sus padres. Otro tanto podemos decir de nuestra literatura: ella es nuestra, es decir, de los españoles modificados un tanto en América por la influencia del medio físico y por el género de vida, y es nuestra porque canta nuestros hechos y describe nuestra naturaleza, sin que pierda un ápice de su mérito al servirse para esos fines de una lengua y de modelos entregados generosamente por España á los hijos de sus hijos nacidos del otro lado del Atlántico. De aquí que, aunque nuestras canciones tengan rasgos comunes con las españolas, aquellas más que estas nos conmueven hondamente, merced á las asociaciones que en nosotros despiertan los hechos referidos.

No hay pues que perder de vista este hecho: la literatura que se desenvuelve á partir de la Revolución en América, es una continuación de la del coloniaje, y si cambia en sus asuntos y forma es porque son otros los hechos que la inspiran. Después vendrán otras influencias extranjeras, vendrá la labor y el esfuerzo por nacionalizarla y tal vez lleguen á producirse piezas de fondo eminentemente americano; pero pretender que en virtud del levantamiento de 1810 y de sus consecuencias inmediatas, la literatura se torna un espécimen único, independiente de la española, es á mi parecer, inadmisibile. El nombre de *literatura americana* que emplearé en adelante para rotular todas las producciones escritas en el Continente, no deberá tomarse por lo tanto, como un término absoluto, sino como una simple indicación de procedencia, que de ningún modo excluye la influencia española.

Aparte de esto, es un hecho á todas luces admitido, que las letras americanas, reciben con la revolución un

poderoso impulso en el sentido de su desenvolvimiento; pero este hecho no es único en la historia. Sabido es que en los períodos revolucionarios, ó mejor aun, en los que les siguen inmediatamente, las literaturas se enriquecen en alto grado; el patriotismo es la cuerda más rica en vibraciones, por lo mismo que las arranca de todos los sentimientos; y aun cuando no todo lo que bajo su inspiracion se produzca, sea bueno literalmente hablando, no puede negarse que la exaltación ocasionada por la lucha, las pasiones irritadas ó satisfechas, los intereses comprometidos ó lastimados, son otros tantos agujones poderosos que despiertan las inteligencias y las llevan á ensayar nuevos rumbos. Si en esas circunstancias aparecen hombres de verdadera educación artística y dotados de una chispa de genio, las producciones literarias suelen ser de aquellas que á través de las edades y de los pueblos resuenan sin envejecer jamás.

Eso mismo ha pasado en América, donde además de los estímulos anotados, han contribuido á su desenvolvimiento intelectual, otros factores eficientes de progreso. La difusión de la imprenta, la aparición de una juventud ilustrada que acababa de egresar de los seminarios y universidades, y la introducción de las ideas filosóficas modernas, debían naturalmente operar la evolución de nuestras sociedades, en el sentido de hacerlas más aptas para la producción literaria. En los capítulos siguientes veremos si esa producción correspondió á la importancia que las antiguas colonias debían alcanzar, como naciones libres.

Razones políticas inherentes á la naturaleza misma de las cosas, han hecho que América haya gozado muy pocos días de paz, en el espacio de casi un siglo transcurrido desde el reconocimiento de su independencia. Los antiguos límites administrativos han sido infinitamente variados. Nueva España dividida en dos fracciones, da nacimiento á la república mejicana y á las cinco.

autonomías centro-americanas; el Virreinato del Perú, queda reducido á la nación de este nombre, mientras que al Norte de ella surgen por iniciativa de Bolívar las tres repúblicas conferadas de Colombia, Venezuela y Ecuador; Chile logra su independencia, y el vasto Virreinato del Río de la Plata sufre sucesivamente las disgregaciones del Uruguay, Bolivia y Paraguay. Para llegar á estos resultados se necesitan largos años de luchas incesantes. Pero no son tan solo las luchas contra España y las que las fracciones del continente mantienen entre sí, las que ensangrientan el suelo de América. La guerra se enciende también en cada república; en todas partes aparecen los caudillos, abanderados de tal ó cual doctrina política, tras de quienes se desencadenan los partidos encarnizados en inacabables contiendas civiles.

Un desgarramiento continuo de las fuerzas vivas hace imposible á veces por largo espacio de años, consagrar alguna atención á las instituciones pacíficas á cuyo amparo medran las sociedades. La juventud es arrancada de las aulas y forzada á ejercitarse en las rudas faenas del soldado; se vive al día, sin pensar en otra cosa que en el ataque ó la defensa, sin respirar otro ambiente que el de los odios políticos y el afán del desquite.

Nada extraño es que á esos hechos acompañe un estancamiento de las manifestaciones intelectuales que no sean la válvula de escape para las pasiones enardecidas por los azares de la guerra; y así es como se encuentran en la Historia Literaria de los países americanos, largos períodos durante los cuales, el ejercicio del pensamiento está apenas representado por algunas producciones ocasionales, más importantes como documentos que como manifestaciones artísticas.

Cuando se dice que la literatura americana es pobre, es necesario recordar que ese hecho tiene una causa que lo justifica. Apenas en el presente las luchas por la organización se han apaciguado, pero todavía queda

en el fondo de nuestras nacionalidades, aun no del todo estratificadas, un fermento que de vez en cuando sube á la superficie, produciendo en los elementos constitutivos del progreso, el trastorno consiguiente.

Si á pesar de los inconvenientes apuntados, la intelectualidad americana, ha conseguido marcar su huella en algunas obras literarias que merecen la consideración de propios y extraños, no estamos autorizados á juzgarla severamente, sino antes bien á consagrarle nuestro elogio

Hechas estas consideraciones históricas, que considero indispensables para el estudio consiente del asunto que me propongo tratar, procuraré bosquejar en los capítulos restantes de la Primera Parte, la evolución literaria americana, tomando á las naciones del continente desde que aparecen como simples colonias españolas, y siguiéndolas hasta la época contemporánea.

CAPITULO IV

La Literatura en Méjico

(PERÍODO COLONIAL)

Importancia social de Méjico durante el coloniage.—Sus vinculaciones con España.—El siglo XVI en Méjico.—Desenvolvimiento que en él alcanzaron las letras.—Difusión de la enseñanza.—La Universidad.—Eslava y Saavedra Guzmán.—Méjico en el siglo XVII.—Preponderancia del gongorismo.—Sor Juana Inés de la Cruz.—Sigüenza y Góngora.—Ruiz de Alarcón y el teatro en Méjico.—La Historia.—Clavijero.—Épocas posteriores.—Navarrete.

Aventureros que cruzaron atrevidamente los mares en busca de fortuna y una población semi-civilizada que se mezcló con ellos, tales son los elementos que formaron la sociedad mejicana. La conquista, realizada completamente gracias á los medios poderosos que la civilización había puesto á su servicio, pudo muy pronto hacer sentir su influencia á lo largo del vasto territorio que limita al Norte con California y Tejas y al Sud con el Nuevo Reino de Granada. En pocos años, antes de transcurrido un siglo desde la fundación de Méjico por los españoles, la colonia presentaba ya un cierto aspecto de civilización, haciéndose en ella sensible el movimiento industrial y el del comercio. Las luces intelectuales eran sin embargo patrimonio de una minoría privilegiada por su color y por su origen, la cual estuvo así mismo en la más estrecha vinculación con la Metrópoli: los movimientos de cualquier orden, producidos en la Península tenían muy pronto su repercusión en Méjico; se comprende pues que la historia literaria de la colonia debe estar muy vinculada con la de España.

En Méjico se siguieron fielmente las escuelas poé-

ticas más caracterizadas en España y como es natural, la imitación se hizo muchas veces de una manera exagerada y viciosa.

El siglo XVI fué para Méjico de activísimo movimiento intelectual según lo hace notar Fernández Guerra en su biografía de Alarcón: «Nunca hubo como entonces en la Nueva España tan pasmosa multitud de varones doctísimos en cuantos ramos abarca el humano saber, nacidos allí, avecindados españoles ó procedentes de Alemania, Italia y Flandes, que hacían de Méjico, la Atenas del Nuevo Mundo».

Méjico fué el primer país de América donde hubo un establecimiento tipográfico y una escuela de enseñanza primaria, esta abierta en Tezcuco por Fray Pedro Gante, y aquel fundado en 1535 durante la administración de Mendoza. Tres años después de realizada la conquista española de Méjico, se fundó el célebre convento de franciscanos, despues Colegio de Santa Cruz, donde se formaron algunos indígenas notables en la historia literaria de Méjico. Allí se dictaban cátedras de Latín, Retórica, Filosofía y Medicina; y por último, en 1551 fué erigida la Universidad de Méjico que llegó á tener hasta doscientos doctores.

Agréguense á estos elementos de progreso intelectual, los certámenes literarios que venían á servir de ensanchamiento á los estudios reglamentados, y las representaciones públicas de que habla Balbuena y que prueban hasta que punto el pueblo estaba preparado para comprender y estimular la producción literaria, y se tendrá una idea del desenvolvimiento que el pensamiento mejicano había alcanzado por entonces.

Sin embargo, pocas son las noticias y menos las obras que nos quedan de los autores mejicanos que sin duda escribieron en aquel siglo. De Eslava, por ejemplo, solo sabemos que escribió en verso *Coloquios espirituales y sacramentales*, y *Canciones divinas*, según lo dicen Beristain, Icazbalceta y Eguara.

Algo mas conocido es Saavedra Guzmán, hijo de uno de los primeros pobladores de Méjico, que se aficionó al estudio de las letras y al de la Historia y que fué un hábil poseedor de la lengua mejicana. La obra por la cual se le conoce generalmente es *El peregrino indiano*, acopio de datos sobre la conquista mejicana recogidos durante siete años. Esta obra mas de cronista que de poeta, según el crítico Prescott y que ha sido ensalzada por muchos, hasta el punto de que Lópe de Vega llamara á su autor «El Lucano de Cortés», revela un hecho importante en la vida literaria de la colonia, á saber, que ya en el siglo XVI los escritores, aun cuando siguieran fielmente los modelos españoles, daban cabida en sus obras á elementos tomados de las cosas relacionadas con el Nuevo Mundo.

Esto, que por entónces no pasa de un incidente, será con el tiempo lo que constituirá la originalidad de la producción americana.

De las pocas producciones literarias pertenecientes al siglo XVI en Méjico, que han podido recojerse, y entre las cuales figuran además de las mencionadas, las de Terrazas, Juan Diego, y Plácido, puede inferirse que la poesía, género casi exclusivamente cultivado, asumió formas poco artísticas, pero al mismo tiempo sencillas y naturales.

No pasó lo mismo en el curso del siglo XVII y principios del XVIII. El primero de estos siglos es para España el de su apogeo en las letras, pero así mismo el de su iniciación en escuelas originadas por el mal gusto, y caracterizadas por lo escueto de las formas y el amontonamiento á veces abigarrado de las falsas galas. Si España no pudo escapar á la influencia corruptora del gongorismo y de sus diversas derivaciones, á pesar de contar por entonces con poetas de la talla de Lope, de Herrera y de Quevedo, fácil es comprender que la colonia mejicana, fiel reflejo de su metrópoli, debía ofrecer los mismos síntomas, aún agravados, por razones de

cultura literaria muy inferior, y por aquello de que la imitación es siempre de menos valor que el original. No hay pues que extrañar que las personalidades intelectuales que caracterizan este siglo en Méjico, sean con excepción de una sola, modelos de dudoso y aun de mal gusto, á pesar de que por sus facultades literarias hubieran podido constituir eminencias indiscutibles..

Tres figuras de primer orden llenan la historia literaria de Méjico durante el siglo décimo séptimo: Sor Juana Inés de la Cruz, D. Carlos Sigüenza y Góngora, y D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. . .

Sor Juana Inés de la Cruz, llamada por sus contemporáneos *la décima musa*, en cuyo elogio no desdeñaron escribir largamente Feijóo, Arroniz y Gallegos, autora fecundísima cuyos sonetos, redondillas, villancicos y autos, acusan profunda erudición á la vez que vivísimo ingenio, sufrió la contaminación gongorina que viciaba el ambiente literario de su época, y de aquí que, como dice el último de los criticos citados, sus versos duerman en el polvo de las bibliotecas, desde la restauración del buen gusto.

De todas maneras es en América la primera mujer cuya sabiduría y talento hayan alcanzado el respeto y la alabanza. Dedicó toda su existencia al estudio, abrazando el vasto campo de las ciencias: la Lójica, la Retórica, las Matemáticas, la Historia, el Derecho, la Filosofía, la Astronomía, la Arquitectura y la Música le fueron familiares; y todos esos conocimientos los adquirió por sí misma, siendo su maestro un libro y su compañero de estudios un tintero insensible, según sus propias palabras.

Escribió sobre asuntos religiosos y morales, saliendo airoso de los peligros que estos géneros ofrecen y especialmente de la trivialidad y el ridículo. Levantando su espíritu á la contemplación de las cosas grandes y superiores, expresa la impresión que le causan, en un lenguaje digno, sin afectación, poniendo en sus escritos toda la terneza de su alma.

De sus producciones, las famosas redondillas, *A los hombres que hablan mal de las mujeres* y los sonetos de intención moral, son los más justamente celebrados.

D. Carlos Sigüenza y Góngora, fue uno de los poetas mejicanos más estimados en su tiempo, aun cuando en realidad su verdadero mérito no es el que corresponde al poeta, sino el que deriva de su consagración á los estudios filosóficos, matemáticos, artísticos é históricos. Se tienen pocas noticias de este escritor, y de sus obras solo se conoce la *Primavera indiana*, poema histórico-religioso, escrito con bastante maestría pero no exento de resabios gongóricos.

D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza es sin duda no solo la figura mejicana de mayor relieve en las letras, sino uno de los más grandes dramaturgos del mundo. El introdujo en el teatro las piezas de tendencia moral, pero tales como puede admitirlas el Arte, es decir, presentando las acciones humanas virtuosas ó depravadas, no con el propósito aparente de moralizar, sino como consecuencia del desenvolvimiento de la acción dramática.

Aunque menos fecundo que Lope ó Calderón, tiene sobre el primero el mérito de ser más profundo y aun más gran poeta, y sobre el segundo, el de ser su antecesor y en cierto modo su maestro. Y no ejerció su acción tan solo en España, pues sabido es que Molière imitó su comedia *Las paredes oyen* y Corneille, otra de sus mejores producciones, *La verdad sospechosa*.

Alarcón ha sido objeto merecidamente de elogiosos conceptos por parte de críticos tales como Hartzembusch, Eguilaz, Gutiérrez y otros. La circunstancia de haber vivido y producido sus piezas dramáticas en España, hace que se le incluya en la Historia literaria de ésta, no quedando en realidad para Méjico, mas que la gloria de haberle dado la existencia.

El género dramático tendió á adquirir en la colonia mejicana mayor desenvolvimiento, á partir del siglo XVII.

Ya desde principios de la conquista habían notado los religiosos, el gusto de los indígenas por las representaciones, gusto del que procuraron sacar partido para los fines de su conversión al cristianismo, favoreciendo sus naturales tendencias y estimulándolos á producir pequeñas piezas que ponían en escena con motivo de las fiestas religiosas: parece así mismo que en muchas ocasiones los mismos religiosos fueron autores de composiciones de ese género.

Tal es el origen de muchos autos de la época, de los cuales solo pocos son conocidos por el nombre; Brintom cita *La danza de Güegüenza* y el *Zacicoxolt ó drama de Cortés y Motezuma*, escrito en quiché y que posiblemente es la obra de un indio.

Pero el teatro, en el verdadero sentido de la palabra, alcanzó su mediano florecimiento en el siglo en que Alarcón produjo sus famosas piezas dramáticas.

La creación de un teatro principal en Méjico, circunstancia que permitió hacer las representaciones con mayor decoro, fué un estímulo para la juventud que se conocía con disposiciones para cultivar género tan difícil.

Entre los ensayos dramáticos de la época, deben mencionarse, además de los de Sor Juana, los de Eusebio Vela que Beristain considera superior á Moreto y Montalbán; á su ingenio se deben las siguientes producciones: *El Asturiano en las Indias*, *Las constantes españolas* y *Por engañar engañarse*. Alonso Ramírez Vargas, mereció también como dramaturgo elogiosos conceptos de sus contemporáneos, y principalmente de Sigüenza y Góngora, que habla largamente de él en su *Triunfo Parténico*: el auto titulado *El mayor triunfo de Diana*, es la única pieza dramática que de Vargas se conozca.

Pero es en la Historia en lo que realmente se hacen notar algunos escritores mejicanos del siglo XVII; á sus obras debemos los principales datos que hoy poseemos á cerca de la conquista española, así como del carácter y costumbres mejicanas de la época.

Basta citar los nombres de Veytia, investigador de las antigüedades nacionales, que con documentos en la mano ha reconstruido los hechos que se sucedieron en Méjico desde la primera ocupación del Anahuac hasta mediados del siglo XIV; de Clavijero, autor de la *Storia Antica del Messico*, que lo ha erigido en autoridad reconocida por el mundo entero y que ha merecido el honor de ser traducida á las lenguas más cultas de Europa; y el de Gama, que dió noticias curiosísimas sobre el sistema astrológico de los primitivos habitantes de Méjico, así como sobre sus usos, lenguas y mitología, para comprender la importancia que ya en el siglo XVII concedía aquella colonia á los estudios históricos.

En las épocas que siguen á aquella en que florecen los escritores citados, las letras mejicanas decaen sensiblemente, siendo quizá la causa principal de ese decaimiento, el que por entonces sufría la literatura española.

Cuando al finalizar el siglo XVIII se inicia en la Península la saludable reacción operada en las letras por Moratín, Jovellanos, Cienfuegos y demás salmantinos, vense reaparecer en Méjico algunos destellos del buen gusto, que tuvo su campeón más denodado en el fraile Navarrete, orador encomiado, poeta de dicción pura y fácil aunque de escasa inspiración, autor de églogas, sonetos y epigramas, y profundo conocedor de los clásicos latinos, á los cuales imitó muchas veces.

Tal es á grandes rasgos y en sus personalidades más caracterizadas la literatura colonial de Méjico.

CAPÍTULO V

La Literatura en Méjico y Centro América

(PERÍODO CONTEMPORÁNEO)

Méjico. — Las letras mejicanas á partir de la Revolución. — Influencias extranjeras. — La poesia lirica; sus principales cultivadores; Prieto, Pesado, Acuña, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Flores, Peza, Riva Palacio, Sierra, Montes de Oca y otros. — Esfuerzos por nacionalizar la Novela y el Teatro; ensayos mas importantes. — La Oratoria: Ramirez y Sierra. — Otros géneros. — Su menor desenvolvimiento.

Centro América. — Generalidades acerca de su movimiento literario. — La poesia lirica en Guatemala: Batres y Montúfar, y Juan Dieguez. — Otros autores de menor importancia en el resto de las repúblicas centro-americanas.

Tarea superior á las fuerzas de los hombres de letras americanos que escribieron á raíz de la Revolución, hubiera sido sustraerse á la influencia de los modelos españoles, cuya hegemonía venia siendo reconocida desde tres siglos atrás. Tratándose de Méjico, se explica que esa dificultad fuera mucho mayor, si se tiene en cuenta que durante el coloniaje, existió entre esa fracción del Continente americano y su metrópoli la estrecha vinculación literaria de que hemos hablado en el capítulo anterior.

Pero á medida que la independencia produjo sus naturales efectos, permitiendo que las inteligencias bebiesen en otras fuentes distintas, á medida que los ingenios mejicanos pudieron ejercitarse en el estudio de producciones inglesas, alemanas, italianas ó francesas, cuya existencia no sospechaban, un nuevo horizonte se abre para las letras nacionales, y las composiciones que se escriben bajo la influencia de los varios modelos, pre-

senta con todo, un carácter más original á las que hasta entonces habian visto la luz en la colonia.

Sucede en todas las cosas que cuando es uno solo el objeto que ha de imitarse, todas las imitaciones se parecen fielmente, ó al menos se procura que así sea, al modelo propuesto, aun cuando se llegue á resultados grotescos; más cuando para producir un objeto, se tienen en lugar de un modelo, tres ó cuatro distintos, pero cuyos elementos pueden combinarse libremente, el espíritu es llevado por la observación de la variedad á introducir modificaciones que muchas veces deciden del carácter de la obra.

Es esto lo que sucedió en la literatura mejicana, y en general en la de América; cuando solo se conocían los modelos españoles, los escritores se afanaban por imitarlos, y si rara vez producían obras de valor análogo, el corte, la factura, la dicción, la tendencia eran las mismas; pero cuando reconocida y afianzada la independencia, se estableció el libre comercio intelectual con los pueblos europeos, los modelos para la producción literaria fueron varios y de ahí que los poetas fueran llevados por conocimiento de las diversas escuelas y formas artísticas á introducir elementos propios, tomados de la naturaleza física local, de los hechos nacionales y de las costumbres sociales del país.

La literatura mejicana del siglo XIX, aunque muy rica, no abarca sino unos pocos géneros; casi podría reducirse su estudio al de un número de poetas superiores, fuera de los cuales apenas se hacen notar algunos oradores, novelistas y críticos. Comenzaré pues la revista de las obras literarias en Méjico, por las que pertenecen á la Poesía, mencionando aunque sea en cuatro palabras á los hombres que han cultivado la lirica en esa República.

El primer lugar entre los hombres de letras mejicanos, corresponde indudablemente á Guillermo Prieto, especie de pontífice del progreso, cuya vida está unida á todos los acontecimientos políticos del país y con cuyas com-

posiciones es raro el periódico que no ha engalanado sus páginas. Conocedor profundo de la sociedad en que vive, Prieto ha tenido la inspiración de cantarla, lo mismo en canciones graves que en versos eminentemente populares, destinados por su forma y por su asunto á sér en Méjico lo que los de Beranger en Francia. Un distinguido crítico mejicano ha dicho lo siguiente de la poesía de Prieto: «El ha pintado nuestro retroceso de la libertad á la opresión en *Los cangrejos*, las atrocidades de Santa Anna en *Los viajes de orden supremo*; los partidos reaccionarios y liberales en *Los moños verdes*, los sufrimientos y esperanzas de los peregrinos de Paso del Norte, en tiempo de la intervención, en *Recuerdos de la frontera*, y al pueblo en toda su audacia, graceo y arrojo en *La musa callejera*. »

Prieto es el hijo de sus obras, como dice Caicedo, que elogiado unas veces y vituperado otras, se ha mantenido siempre inalterable y modesto, dedicado al trabajo y teniendo como único ideal el bien de su patria, á cuyo servicio puso sus talentos.

A otra escuela literaria pertenece Pesado, perfecto conocedor de las letras latinas é italianas, á cuyos representantes más notables imitó con acierto. Aun cuando el hebreo y las lenguas primitivas de América le eran desconocidas, Pesado vertió en magníficos versos, fragmentos de los Salmos y aun el inimitable *Cantar de los cantares*, y escribió *Los aztecas*, composiciones en que glosa pensamientos de los escritores pertenecientes á la importante rama nahualt que lleva ese nombre. Sin entrar á discutir el mérito que como traducciones pueden tener esas poesías, que no fueron leídas en el original por Pesado, sino en versiones intermedias, podemos decir que tanto las que se refieren á los libros hebraicos como las que se inspiran en las tradiciones mejicanas son modelos de clasicismo y buen gusto. Pesado conocía perfectamente á Horacio y muchas veces lo imitaba con elogiabile acierto.

En su poema *Revelación*, manifiesta su trato íntimo con el autor del *Infierno*; *Prendas de amor* es un soneto que recuerda los mejores de Garcilaso; y *Mi amada en la misa de alba*, sale airoso de la comparación con *Mi Elisa en la Primavera*. Su clasicismo se revela aun más en sus sonetos, alguno de los cuales son del cuño de los de Petrarca; *La tempestad* es quizá uno de los mejores.

Ha escrito también romances y descripciones de costumbres populares que le han dado un justo renombre, no solo en América sino también en Europa. En unos como en otros pinta de mano maestra con cuatro pinceladas, cuadros animados de escenas campestres y de costumbres de aldea.

Pesado tiene en muchas de sus composiciones un dejo tierno que recuerda á los poetas italianos del Renacimiento.

A la inversa del de Olmedo, su estilo no es sonoro ni rotundo, pero en cambio sus versos son de corte armonioso; las palabras fluyen naturalmente y no se nota en las estrofas estorsión alguna producida por las exigencias de la rima ó del metro. En suma, la poesía de Pesado es magnífica, como decía Montes de Oca, y tan original como puede pedirse, dadas sus vinculaciones con los vates europeos.

Un poeta mejicano notabilísimo es Manuel Acuña, cuya fama reposa sobre dos composiciones que representan dos fases distintas de su carácter. *Nocturno* es un poemita de ternura y candor, del que rebosa el sentimiento que hace perdonables sus defectos de ejecución; en sus estrofas se revela el poeta dolorido, pero también el poeta creyente. *Ante un cadáver* es el producto de las doctrinas materialistas aceptadas por su espíritu, en el estudio de la Medicina á que se había dedicado. Este canto á la indestructibilidad de la materia, es el que hace conocer mejor la potencia lírica del genial suicida; más adelante me ocuparé de analizarla.

En ambas composiciones tiene Acuña descuidos técnicos; se ve claramente que no estaba aún bastante familiarizado con el lenguaje de la poesía; así y todo puede y debe ser considerado como uno de los poetas más eminentes de América por la concepción y el vigor de la frase. Las pocas piezas que de ese niño extraordinario nos quedan, bastan para hacer comprender todo lo que hubiera sido capaz de dar aquella inteligencia de primer orden que comprendió tan bien el verdadero espíritu de la civilización y que expresó su pensamiento en las dos líneas insuperables:

Yo canto á Atenas enseñando á Roma
No canto á Roma conquistando á Atenas.

Gutiérrez Nájera es uno de los poetas más conocidos en América, aunque su fama reposa principalmente en sus artículos periodísticos donde luce un estilo castizo y ameno. Tiene, sin embargo, un número de composiciones poéticas que merecen mencionarse por su carácter tierno y sentido; gusta mucho de pintar pequeños cuadros del hogar en los que emplea tintas finas y claras.

Su estilo es ligero, parece que sus versos aletearan: tal es su ritmo cadencioso y su factura sutil; así en su celebrada composición *Las mariposas* hay tan acertada elección de las palabras, tal distribución inteligente de los acentos y tal soplo de tenuidad corre á través de las estrofas, que estas se adaptan de una manera perfecta al asunto que cantan.

En contraposición con Gutiérrez Nájera está el poeta Díaz Mirón, de cuyos versos dice Calcedo que tienen la grandilocuencia de los de Víctor Hugo, la filosofía de los de Campoamor, las vagas melancolias de los de Becquer y la corrección de los de Nuñez de Arce (1).

Las circunstancias de haber tenido una juventud muy

(1) TORRES CALCEDO. *Ensayos biográficos y de crítica literaria.*

agitada y de haber pasado largos años en prisiones de Estado, han impreso á su talento poético un carácter profundo y serio. Los asuntos ligeros no le seducen; todas sus composiciones escritas en un estilo vigoroso y enérgico están destinadas á cantar objetos grandes y sentimientos elevados. *A la gloria, Sursum* y sobre todo su composición dedicada á Byron, escrita en cuartetos que alguien ha llamado esculturales, le han hecho digno del renombre de que goza.

En la lírica, Méjico cuenta con muchos otros poetas que, aunque no pueden confundirse con los hasta aquí nombrados, tampoco pertenecen al número de los versificadores adocenados que no se elevan gran cosa sobre el nivel de la mediocridad. De entre ellos merecen mencionarse:

Manuel Flores, el Tibulo americano según su biógrafo, cuyas *Pasionarias* respiran un soplo eminentemente meridional y ardoroso, el primer poeta erótico de Méjico, que aunque bastante incorrecto en la forma y algo vulgar en las éxpresiones é imágenes, logra, cuando trata asuntos de la índole para que tiene especiales dotes, dar una nota alta y original. Cuando pretende abordar cuestiones más serias, tales como las Ciencias ó las aspiraciones nobles, decae lamentablemente, tornándose su poesía fría y molesta.

Juan de Dios Peza, el cantor de los coloquios infantiles, á quien nadie ha superado y muy pocos alcanzado, como poeta del hogar. Sabe escoger las situaciones y dirigir los diálogos con una verdad asombrosa, sin forzar la naturaleza de la infancia ni caer en lo enfadoso y trivial. Sus principales composiciones de ese género son: *Cesar en casa, Reyerta infantil, El cuento de Margot*. Tiene también algunas de tono elegiaco muy sentidas, como aquella tan conocida, *En mi barrio*, notable por su ejecución y delicadeza.

Vicente Riva Palacio, veterano y poeta, cuya musa es optimista y alegre. Cultiva con especialidad el romance,

y la tradición colonial, á la manera de Palma. *El Chimaco* y *El Escorial* son sus producciones poéticas más bellas.

Justo Sierra, escritor de relevante mérito á quien imitó nuestro Andrade; como Prieto posee una imaginación fecunda y una ilustración acabada, divide su tiempo entre la poesía y la filosofía positiva, siendo los asuntos que más le seducen aquellos que las reunen en amigable consorcio. Su estilo es ampuloso y ataviado.

Montes de Oca, más conocido por el pseudónimo de Ipanandro Acaico, sacerdote amante de las letras clásicas y eminente traductor de las Eglogas griegas; sus poesías originales no valen tanto como esos ensayos por los cuales tiene justo renombre; su dominio de la métrica no le salva de ser á veces algo amanerado; en suma: es mejor traductor que poeta.

Ignacio Ramírez, enemigo formidable del clericalismo, contra el cual ha fulminado siempre, es así mismo un gran poeta: sus versos están vaciados en moldes clásicos y aunque á veces resultan un tanto áridos, otras se elevan á la altura de la mejor poesía castellana. Su composición mas notable es una titulada: *Por los muertos y por los desgraciados*, cuyo carácter filosófico coloca á su autor entre los discípulos mas aventajados de Manrique y Andrada. Hizo también epigramas en los que se acerca á Anacreonte y á los poetas griegos que cultivaron ese género.

Arróniz, cuyo *Manual de biografía mejicana* ha prestado tantos servicios al estudio de la Literatura, de la Historia y de la Ciencia en su país, fué un jóven de carácter aristocrático y melancólico; sus composiciones ó son apasionadas y vehementes ó sombrías hasta la exageración, como puede verse en aquella dedicada *A un ciprés*. Su estilo es en general cuidado y fluído.

En los demás géneros literarios, Méjico no ha producido obras de importancia. Es cierto que se han hecho grandes esfuerzos por crear la Novela y el Teatro nacio-

nales, pero no han pasado de tentativas sin resultado. Ha escrito novelas, Payno, uno de los que más se han esforzado por vulgarizar en Méjico, los conocimientos literarios. Mateos es autor de *El Sol de Mayo*, *El cerro de las Campanas*, *Sacerdote y caudillo*, y *Los insurgentes*, novelitas de escaso valor que solo pueden mencionarse como ensayos.

Chavero ha tratado de nacionalizar el Teatro, escribiendo dramas en que los personajes principales son tomados de la historia indígena de Méjico; esto es sin duda un loable esfuerzo, y aunque el éxito no lo haya coronado, debido al poco amor que los pueblos americanos tienen por sus tradiciones, no puede desconocerse la buena intención que lo inspira.

Peon y Contreras ha sido más feliz en la empresa; sus dramas, *Maria la loca*, *Un odio de la niñez*, *Hasta el Cielo* y *La hija del Rey*, le han valido nutridos aplausos, tanto por la naturaleza de los asuntos elegidos, cuanto por el cuidado con que el autor lima su estilo.

Mateos ha procurado el mismo objeto que Contreras, llevando al teatro los tipos populares, tales como los del guerrillero.

Rodríguez Galván es el primero que ha puesto en escena el drama de asunto histórico nacional; antes que Calderón, ya había escrito composiciones de ese género, tales como, *Muñoz el visitador de Méjico*, y *El privado del Virrey*.

Fernando Calderón es un poeta dramático de bastante mérito, aun cuando á sus composiciones faltan ciertas condiciones de vida.

Sus piezas *Ninguna de las tres*, crítica de costumbres é imitación de la *Marcela* de Bretón, *Ana de Bolena*, y *Hernán ó la vuelta del cruzado*, son ventajosamente conocidas en América.

Manuel E. de Gorostiza, es el digno cooperador de D. Leandro de Moratín, en su obra de restaurar el teatro español, decaído completamente después del siglo

de Oro. Aun cuando se educó y escribió en España, es mejicano por su nacimiento. Escribió: *Indulgencia para todos, Contigo pan y cebolla, Don Dieguito, Las costumbres de antaño* y otras piezas no menos célebres.

Méjico cuenta con algunos oradores de mérito, tales como Guillermo Prieto, cuyo verbo se desata á la manera de un torrente, cuando el asunto que lo ocupa tiene alguna relación con los intereses de la patria y Manuel Payno, orador celebrado que ha recibido grandes plácemes; pero corresponde el primer lugar en la Oratoria mejicana al malogrado Ignacio Ramírez, el más popular y solicitado, el orador obligado de las fiestas cívicas, cuya palabra es á veces irónica hasta rayar en volteriana, otras vehemente, como lo demuestra en su oración patriótica pronunciada en el aniversario del Grito de Dolores, pero siempre elocuentísima.

La Historia y la Arqueología han tenido algunos cultivadores del valor de Chavero. La Crítica literaria, género muy poco cultivado en América, ha sido una de las principales ocupaciones de Sosa, que ha escrito más de setecientas biografías de hombres célebres en las letras mejicanas, estudiando al mismo tiempo sus producciones á la luz de la más sana crítica: el poeta Arróniz ha bosquejado un gran número de figuras notables en la milicia, en las artes y las ciencias, y V. Riva Palacio, en su *Libro de los ceros*, obrita de crítica festiva, concede un sitio á casi todos los escritores mejicanos, cuyos estilos parodia sin caer jamás en la inconveniencia y sin abandonar el tono lleno de picante donaire, por el de la burla impertinente.

Al desenvolvimiento de las letras mejicanas, ha contribuido poderosamente la Academia de San Juan de Letrán, institución benéfica en la cual se formaron casi todos los hombres que constituyen el orgullo de aquella

República, cuya literatura es sin duda, una de las más ricas é importantes de América.

No faltan, como algunos creen, en las repúblicas centro-americanas, ingenios de relevante mérito que hayan hecho de las letras la ocupación principal de su vida. Sin duda que no poseen un Olmedo ni un Heredia, pera á falta de verdaderas glorias americanas, pueden presentar un número crecido de poetas de sentimiento delicado, en cuyos versos hay tonos verdaderos, obtenidos por la observación de la naturaleza. A pesar de los esfuerzos de sus propios hijos por dar á conocer su literatura propia, ella es en general poco estudiada y por lo mismo poco apreciada. No es de extrañar que se produzca este fenómeno en Centro América, desde que ocurre lo mismo en el resto del continente, de cuya literatura es sensible no se haya hecho hasta ahora una historia completa.

Me limitaré pues aquí á mencionar los nombres de los principales escritores centro-americanos y á dar algunas noticias acerca de sus producciones.

El género más cultivado por éstos, como por los del resto del continente, es la poesía lirica, y corresponde á Guatemala el primer lugar en el Parnaso de las cinco repúblicas.

Guatemala ha sido favorecida desde la época del coloniaje con la residencia de hombres de talento, que han dejado en sus obras una especie de herencia literaria recogida por los independientes. Baste recordar en ese número al Padre Landivar, autor de la *Rusticatio Mexicana*, poema lleno de colorido y de verdad.

En la época moderna, Guatemala tiene la gloria de ser cuna de dos escritores que, por sí solos demuestran qué grado de desenvolvimiento ha alcanzado la poesía en aquella región de América. El primero de ellos es don José Batres y Montúfar, autor de algunas composiciones líricas, á cuyo escaso valor no debe sin duda el

renombre de que goza, sino más bien al de sus tres relaciones: *Don Pablo*, *El reloj* y *Falsas apariencias*; llámolas Montúfar, tradiciones guatemaltecas y son todas ellas pinturas animadas de escenas y costumbres de la época colonial. La lectura de esas narraciones arrastra al lector, por la fluidez del estilo, al que nada falta para ser perfecto; escritas en octavas reales, combinación de suyo pesada y expuesta á ser ripiosa, los versos y las estrofas se suceden naturalmente, sin que pueda decirse que una sola está demás, ni que falta nada á la claridad del concepto.

Es de sentir que Montúfar, á imitación de Casti, haya escogido asuntos que por su naturaleza repugnan á la moral y al decoro. La obra literaria no ha de tener un fin eminentemente moralizador, es cierto; pero aun cuando su valor intrínseco no dependa del de las teorías que sostenga, es más, aun cuando pierda gran parte de su mérito, si bajo las formas estéticas se ve la intención interesada, siquiera sea el loable interés del moralista, aun cuando suceda así, repito, el arte no debe nunca bajar á ciertos terrenos en los que sus purísimas alas se manchan sin remedio; mucho tiene que ganar en cambio si se envuelve naturalmente en una atmósfera de decoro y dignidad, no para hacerlos deliberadamente fines de la belleza, sino para servirse de ellos como de un pedestal incorruptible. He aquí lo que falta á la poesía de Montúfar; es cierto, como dice Menéndez y Pelayo, que si en algún caso se puede ser tolerante en esta materia, uno de esós casos rarísimos es sin duda el de Montúfar, con cuya lectura ni el moralista más severo puede contener la risa; y no es menos cierto que esa virtud proviene del donaire y del prestigio de la forma elegantísima que hace olvidar lo prosaico y hasta indecoroso del fondo (1). Pero de todos modos, es de sentir que quien como el celebrado poeta guatemalteco poseía

(1) *Antología de poetas hispano-americanos.*

una imaginación riquísima y un estilo gráfico exquisito, no haya buscado para objetos de su inspiración, asuntos que estuvieran más en armonía con tales cualidades.

Las narraciones mencionadas, y de ellas la ya muy popular, *El reloj*, constituirán siempre pruebas elocuentes de lo que el ingenio y la inventiva de los americanos son capaces de producir en materia literaria.

El otro poeta que honra á Guatemala es Juan Dieguez, escritor melancólico á la manera de Víctor Hugo, que se inspira en la contemplación de la naturaleza, razón por la cual sus poesías son espontáneas y sentidas, comunicando al lector un encanto indefinible, semejante al que comunica el perfume de las flores silvestres ó el canto de las aves en los bosques solitarios. Sus composiciones más notables son: *La garza*, y *Las Tardes de Abril*. Ambas pertenecen á diferentes géneros literarios, pues aunque la descripción es en ambas el principal objeto, mientras en ésta se pinta á la naturaleza tal como se presenta á la vista, en una apacible tarde, cuando á la dulzura que proviene de los elementos pictóricos y acústicos dispersos en una inmensidad agreste, se une el espectáculo de la vida animal, que comunica al cuadro un no sé qué de sensible y delicado, en aquella la misma descripción del objeto de suyo regio, es realizado por la reflexión y las comparaciones que nos impiden en cierto modo, gozar de la naturaleza en todo su encanto.

La opinión general está acorde en conceder el primer lugar á *La Garza*; en cuanto á mí, no puedo menos de colocar á *Las Tardes de Abril* por encima de la composición antes nombrada. Hay en aquella un sabor profundamente clásico que recuerda á Virgilio, y no es posible negar que ya es un gran mérito, el lograr imitar lo inimitable. Más adelante me extenderé algo sobre este mismo punto.

Guatemalteco es también D. Antonio José de Irisarri que tomó parte en la guerra por la independenciam de

Chile. Es autor de algunas poesías muy inspiradas y de una novela: *El Cristianismo errante*, así como de la *Historia crítica sobre el asesinato del gran Mariscal*.

Manuel Dieguez, es un poeta sentimental, fácil y tierno, autor de: *Un adiós* y traductor de *La lámpara* de Chenier.

Rafael García Goyena, se ha hecho notar en la Fábula para la que tiene especiales condiciones.

Por lo que respecta á la literatura del resto de las repúblicas centro-americanas, me limitaré á decir que en ellas no aparecen escritores de gran talla. No les falta un crecido número de literatos, tales como J. J. Cañas (salvadoreño) cuya principal composición es una ardiente y vigorosa, *A los paraguayos*; Joaquín Palma, cubano de origen, pero radicado en Honduras, de la que ha celebrado los principales hechos, y donde ha escrito sus *Tinieblas del alma*; J. de la Rosa Ramírez, orador de gran fama en Nicaragua, Tomás Ruiz, descendiente de la raza indígena y como el anterior, de palabra fácil y expresiva; Francisco Zamora, uno de los poetas más tiernos y elevados; Pío Vázquez, costa-riqueño, cuya musa melancólica ha hecho á Batres Jáuregui comparar sus cantos con el arrullo de la torcaz (1).

Tal es, en resumen, el movimiento literario de las repúblicas de Centro-américa.

Como se ve, en ella se ha cultivado de preferencia, el género lírico, llegándose en él á una altura considerable si bien en muy corto número de poesías.

Las demás formas literarias, tales como la Novela, la Historia, la Crítica y el Teatro, aun esperan allí, como en casi todas las repúblicas de América, á los que han de darles su forma definitiva y original.

(1) BATHES JÁUREGUI. *Revista de la literatura americana*.

CAPÍTULO VI

La Literatura en Cuba

Carácter y tendencia de la literatura cubana en la presente época. — Movimiento intelectual. — Luz y Caballero. — La poesía lírica, su desenvolvimiento — Heredia, Plácido, Milanés, Luaces, Baróla, Mendive, del Casal. — La Novela: Villaverde y la Avellaneda. — La Oratoria, la Historia, la Crítica principales cultivadores. — Ensayos dramáticos.

El movimiento intelectual cubano va unido al que le ha impulsado á la independencia política: los hombres más descollantes en las letras han sido también los más fieles sectarios del partido separatista, y sus mártires más abnegados. La hermosa perla de las Antillas ha merecido sin duda una suerte más risueña, por la gloria y el martirio de sus hijos muertos en la proscripción ó en el cadalso.

Muchos de ellos han preferido hacer para su patria una obra más fructuosa que la de la lucha armada; ellos han arrojado al mundo sus hermosas composiciones llenas de pasión, que han sido tal vez más útiles al mejoramiento social, que sus revoluciones sangrientas. D. Juan M^a Gutierrez en un artículo sobre *Cuba y sus poetas* ha dicho lo siguiente:

«Cuba merece ser libre por el esfuerzo de sus poetas. Contaría entre su hijos, guerreros y oradores, como los cuentan en crecido número los pueblos de nuestro continente. Pero donde no hay tribuna parlamentaria, donde la palabra y la conciencia están atadas, donde la espada no es del pueblo sino del condecorado con las insignias militares de la Corte de Madrid ¿qué otra manifestación puede quedarle á la actividad del espíritu y al fervor de

la sangre, sino la que toma la imaginación y el sentimiento dentro del molde poético esencialmente multi-forme y dúctil? Militan como pueden, y á fe que no manejan un arma sin filo. Ellos reclutan á favor de su país, numerosos soldados para el ejército que jamás perdió una batalla, el de la opinión. Donde quiera que una página de Foxá, de Mendive ó de Milanés es leída, allí se conquista la causa de la libertad cubana, una voluntad y un corazón; es decir, un anhelo generoso que se incorpora como partícula de vida á la atmósfera de lo opinión propicia á la independenciá de aquella hermosa isla.

Heredia no ha consagrado sus pensamientos en un libro de publicista, como pudo hacerlo, demostrando los títulos que por derecho asistían á favor de Cuba para que se la reconociera independiente, y justificar así las aspiraciones revolucionarias de sus hijos. Con un libro semejante habría hablado á la razón solamente. El tomó el camino del corazón y sedujo por consiguiente á las masas, al mayor número, sin cuyo concurso no triunfan jamás los propósitos arduos y las causas desesperadas. Escogió por teatro de su predicación las eminencias, creadas por la mano de Dios, ó consagradas por la gloria humana. Cantó como nadie hasta aquí, las maravillas del Niágara, contempló desde la pirámide de Cholula, la extinción de su pueblo bajo la cuchilla de los soldados de Carlos V y miró de hito en hito al sol, y pintó las tempestades del océano, y la intensidad de la luz del día en el Ecuador, asociando en todas ocasiones, las palpitaciones de su alma con la idea de la degradación y apocamiento social de la isla hermosa donde había amado por la primera vez».

Y en efecto, los poetas cubanos han hecho de su misión una misión social; han recorrido los pueblos de su destierro y aún han subido al patíbulo, entonando sus versos cuya dulzura los embriagaba menos que la idea de que eran fecunda semilla de donde, con el tiempo,

debía brotar el gigantesco árbol de la libertad, á cuya sombra esperaban dormir el último sueño. Digna de reverenciarse es la convicción de esos espíritus fuertes; la historia política dirá de los cubanos lo que ellos fueron en el terreno de los hechos públicos, y si tuvieron ó no las condiciones necesarias para triunfar de sus dominadores y para regirse con honor en el concierto de las naciones civilizadas; pero la historia literaria de América, no podrá nunca negar sus primeros puestos entre los poetas y los espíritus superiores, á los que tuvieron junto con la fé más inquebrantable en una causa, la audacia de cantarla con acentos exquisitos y el heroísmo de pagarla al precio de su sangre.

La literatura cubana no tiene existencia antes del siglo XIX, empezando á desenvolverse bajo la influencia de un hombre ilustradísimo, muy dado á los estudios sociales y filosóficos, y consagrado al deseo de preparar la independencia de su patria, por el mejor de los medios, cual es el de formar una generación de robusta inteligencia y sólidos conocimientos, penetrada de los principios que es necesario sostener para llegar al fin deseado. Ese hombre verdaderamente genial, abnegado hasta el punto de hacer abstracción de su persona en favor del bienestar de la patria, llamose Luz y Caballero. Comprendiendo que las instituciones libres no merecen el nombre de tales, si el espíritu que las anima no se ha inspirado en la más sana filosofía y si los que las dirigen no están preparados para comprender los arduos problemas relacionados con sus múltiples intereses, Luz y Caballero hizo mas de lo que puede imaginarse, pues provocó el movimiento revolucionario de las inteligencias, mil veces mas fecundo que el de las masas inconscientes. A su influencia se debe, no la aparición, pero si el encarrilamiento de las inteligencias cubanas mejor equilibradas.

Hecho este paréntesis en honor de Luz y Caballero, en razón de ser su figuración en Cuba, el punto de

arranque de todas las manifestaciones literarias posteriores, vamos á hacer ahora una ligera revista de los poetas mas importantes de la isla durante el siglo décimo noveno.

D. José M^a. Heredia, el primer representante de la literatura cubana, es así mismo una de las figuras mas simpáticas por su carácter y por sus infortunios. Cuidadosamente educado por su padre que, según sus propias palabras, le infundió *amor á todos los hombres, temor á Dios y odio á la atroz tiranía y á las intrigas infames*, fué uno de los espíritus más rectos y nobles, condición á que unió una ilustración esmerada y un alma exquisitamente dotada para comprender todo lo bello y lo grande.

Amante apasionado de su patria y condenado á huiría constantemente como un criminal, sufrió la nostalgia de sus palmas y de su cielo tropical, no teniendo para consolarse otra cosa, que la satisfacción de vivir libre y de poseer una lira armoniosísima donde hacer resonar los acentos de su ternura y de su dolor.

El mismo ha dicho refiriéndose su vida estas palabras que nos ahorran una larga biografía: «El torbellino revolucionario me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera y con más ó menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, magistrado, historiador y poeta á los veinticinco años».

Encontraremos esa misma universalidad de acción en casi todos los hombres de letras americanos.

De inteligencia despierta para el estudio de los asuntos serios y filosóficos, tuvo sin embargo un carácter esencialmente poético, inclinado á la melancolía y muy afecto á la contemplación de la naturaleza; estas condiciones acusan al poeta, y en efecto Heredia es en la poesía americana uno de sus más eximios representantes.

El genio poético de este ilustre cubano deriva por su tendencia original, del de uno de los más distinguidos poetas españoles que contribuyó junto con Morantín, Jo-

vellanos y Meléndez, á la restauración de las letras peninsulares, á fines del siglo XVIII; ese poeta es el inolvidable Cienfuegos, tan notable escritor como valeroso patriota, cuya actitud enérgica durante la dominación napoleónica en España lo ha hecho justamente célebre.

La melancolía á veces dolorosa que fluye de sus versos y la fantasía colorista de sus descripciones magistrales, lo han hecho objeto de los más calurosos elogios, sobre todo por parte de la juventud de su tiempo, de entre la cual se ha reclutado un crecido número de discípulos entusiastas.

Por la naturaleza de su genio, Heredia debía encontrar su molde preciso en la musa del cantor del *Otoño*: pero á las cualidades que brillan en la poesía de Cienfuegos, unió Heredia las que derivan de un corazón sensible, apto para comprender los tormentos de las clases oprimidas; en su poesía tienen lugar también el lamento del esclavo y la desolada tristeza de las razas condenadas á la desaparición, por la fuerza ineluctable del progreso triunfante. En una palabra, el alma de Heredia es un instrumento encordado con todas las cuerdas del sentimiento; ninguna pasión noble está excluida, ninguna ternura le es desconocida: la familia, la patria, la naturaleza, la humanidad, son el fondo sobre el cual se desarrollan las ondas imponentes de su poesía fúlgida y sonora. Posee acabadamente el secreto de personificar, de dar forma á los sentimientos de su pueblo, arrancando sus melodías de todos ellos; esto explica el culto casi religioso de que ha sido objeto por parte de los cubanos.

Heredia no tiene predilección por ningún género, pero en todas sus composiciones imprime el mismo sello de melancolía y de pasión que le es propio. Ha descollado en los cuadros descriptivos y es en ellos donde se nota todo el vigor de su inteligencia y toda la fuerza de su inspiración sentimental. Dos son las piezas que por sí

solas bastarían para constituir su gloria: *En el Teocalli de Cholula* y *Al Niágara*. Lo primera es todo un poema filosófico descriptivo; la segunda, el esfuerzo más considerable que se haya hecho entre nosotros para poner la palabra humana á la altura de una de las gigantescas creaciones de la naturaleza. La verdad más profunda campea en aquellos versos fluidos y sonoros que, como las aguas del Niágara, corren mansamente unas veces y se precipitan otras en un torrente de colores. En ambas piezas luce Heredia sus poderosas facultades de pintor del conjunto, al par que revela toda su alma capaz de remontarse á la contemplación de las grandes maravillas.

Las demás composiciones de Heredia, tales como: *Al sol*, *En una tempestad*, *A mi caballo*, *Placeres de la melancolía*, *Silva á Elpino*, nada agregan á su gloria; aunque bien versificadas y nutridas en sentimientos verdaderos, ninguna de ellas ha alcanzado el mérito de las dos producciones por las cuales vive en las letras de América.

Se ha reprochado á Heredia que á veces descuidó la factura exterior de sus versos; y en efecto, no fué un cultor de la forma á la manera de Quintana, á quien sin embargo imitó en su *Oda á los griegos*; no obstante, tuvo el talento suficiente para adaptar sus ideas á las formas métricas que manejó con indiscutible elegancia: si algunas de sus poesías resultan algo desmañadas, ó si llevado por el arranque de la pasión, deja que se pierda en ellas la coherencia, estas incorrecciones de que raras veces se salvan los poetas de gran vuelo lírico, no bastan á deslustrar su merecida gloria literaria, asentada sobre las producciones mencionadas que constituyen timbres honrosos, no solo para las letras cubanas, sino también para las de toda América. Así lo han reconocido distinguidos críticos tales como Bello y Amunátegui en el continente, Menéndez y Pelayo, Martínez de la Rosa y Gallegos en España, quienes están de acuer-

do en que es el poeta americano mas altamente con-
ceptuado, y el que ha sabido ser tan original como
Cienfuegos y Quintana, á pesar de haber sido discípulo
de sus respectivas escuelas.

Colocar al lado de la figura de Heredia, el príncipe
de los poetas tropicales, la humilde y obscura de Gabriel
de la Concepción Valdés (Plácido) parece á primera vista
una profanación literaria; y sin embargo, tal sucesión
se impone porque después de Heredia, á Plácido corres-
ponde el cetro de la poesía inspirada, ya que no el de la
erudita.

Valdés no constituye el tipo del poeta popular como
algunos han pretendido; su poesía es ilustrada, aunque
su ilustración se reduzca á los rudimentos de la ense-
ñanza común y al conocimiento de unos pocos autores
españoles; es indudable que esos elementos no hubieran
sido suficientes para constituir al poeta, si la época en
que le tocó vivir, su condición humilde, y sus infortu-
nios, unido todo á la vivacidad natural de su intelligen-
cia, no hubiesen sido otras tantas fuentes de donde debía
brotar la poesía de que estaba llena su alma ardorosa y
sensible.

No es, pues, un poeta de ocasión, y aunque impro-
visador abundante, no es en sus improvisaciones donde
descuella principalmente.

Apesar de las pocas composiciones perfectas que en
su obra se encuentran, ellas bastan para dar á compren-
der lo que debiera haber sido aquel poeta, si á sus
facultades naturales, hubiera correspondido una ilustra-
ción metódica que hubiera hecho de él, algo mas que
un *guajiro*, y si su condición social no le hubiera colo-
cado á tanta distancia de la clase ilustrada en Cuba.

Plácido fué una naturaleza ardiente como todas las
que nacen bajo los trópicos, idólatra de la libertad y
poseído de una imperiosa necesidad de venganza contra
todo lo que se oponía á su consecución; vivió señalado
por su origen y por su color, despreciado por los que

no veían en él más que un vulgar peinetero, perseguido por la clase gobernante de quien fué un furioso opositor; murió fusilado cumpliendo así aquel juramento suyo de

.... morir á las manos de un verdugo
Si es necesario, por romper el yugo,

solo que no tuvo la felicidad de hacer nada por la independencia positiva de su país.

Nada mas digno de estudio que esta figura en la cual se une al hervor y la pasión salvaje de la raza africana, la inteligencia despierta y la ternura mística de la española; llevado por aquella, llega á veces hasta proferir en gritos de ódio contra los dominadores, y hasta desear que surja de entre los cubanos quien como Guillermo Tell ó como Bruto se glorifique con la aureola del tiranicidio. Amunátegui, en sus *Ensayos criticos* publicados en Chile hacia 1861, dice al respecto lo que sigue:

«Gabriel de la Concepción Valdés es el poeta de la venganza; cuando habla de tiranía ve siempre colorado. La sangre africana que circulaba por sus venas, circula también en sus versos. La rabia que lo agita es tremenda, una verdadera tempestad del corazón. Las que lo inspiran no son las musas sino las furias. Es el tipo del esclavo á quien la servidumbre ha irritado mas bien que envilecido».

En cambio cuando cede á las sugerencias de sus sentimientos tiernos y levantados, llega á producir notas purísimas en la lírica afectiva y aun en la mística.

Sobre cuatro composiciones descansa principalmente la fama de Valdés; son estas, una letrilla *La flor de la caña*, un romance *Jicontecal*, un soneto *La muerte de Jesler*, y una *Plegaria á Dios*. Hablando de ellas Menéndez y Pelayo ha dicho, que quien las ha escrito no necesita ni ser mulato ni haber sido fusilado para que la posteridad se acuerde de él (1). En efecto esas cua-

(1) Obra citada.

tro piezas, que reflejan cuatro fases distintas de la musa de Plácido, son por raro caso todas ellas inspiradísimas y llenas de sentimiento.

Sin entrar á hacer aquí un análisis detenido de cada una de las composiciones citadas, pues me ocuparé de todo lo que á crítica se refiere en la segunda parte de mi trabajo, diré algunas palabras acerca de ellas.

La flor de la caña es una poesía que á la armonía de su forma, une la dulzura de una intención amorosa muy tierna, y esto expresado de la manera mas sencilla y graciosa que puede imaginarse; las comparaciones son naturales y suaves las tintas como conviene al corte de la pieza. Añádase á lo delicado del asunto, un lenguaje fluido, sembrado de expresiones sentidas y lleno de color local, y se tendrá una idea del mérito de esta joyita literaria.

Estilos completamente distintos campean en *La muerte de Jesler* y *Jicontecal*. El primero es un soneto de tintas sobrias pero enérgicas, es todo un cuadro que invita á la reflexión y que infiltra algo del frío de los estoicismos heroicos. La figura de Tell, *la frente coronada por un disco de fuego y reclinada la diestra en el arco*, mientras á sus pies, en la playa *yace el déspota con férrea vira clavada al corazón*, llevado por las olas y arrojado nuevamente por ellas como para demostrar *que hasta los insensibles elementos lanzan de si los restos del tirano*, tiene todos los rasgos de uno de aquellos héroes de la antigüedad, á quienes los oráculos impusieran el cumplimiento de ciertos destinos, ante los cuales la propia personalidad se anula y desaparece.

El *Jicontecal* pertenece á la familia tan numerosa de los romances, género que tuvo momentos verdaderamente felices en la Edad Media y más tarde en la poesía de Góngora y Morantín.

Esta piecita pinta con admirable sencillez y facilidad la entrada á Tlascala del vencedor Jicontecal, enemigo de Motezuma á quien envía un reto con sus propios

soldados, perdonados en momentos en que iban á ser sacrificados según los usos de la guerra.

Por último la *Plegaria á Dios* es el último grito de aquel corazón que en marcha hacia el patíbulo podía decir como Chenier.

(Au pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre).

Esa composición es universalmente considerada como una de las mejores que se hayan escrito en lengua castellana.

Plácido escribió, además de las citadas, muchísimas otras poesías, pero fuera de aquellas y de sus sonetos, *La muerte de Bruto*, *El Juramento*, *A mi madre*, y *Fatalidad*, las demás no merecen los honores del recuerdo; aparte de aquellos momentos en que sus sentimientos de hombre y de poeta fueron sacudidos fuertemente por las borrascas de su corta pero trabajosa vida, Valdés no pudo hacerse superior á las dificultades naturales que le creaban para la producción literaria, su escasa preparación y reducidos conocimientos.

De los poetas que vienen en seguida, Milanés, Luaces, Barola, Mendive y del Casal, merecen mencionarse especialmente.

El primero, inclinado por carácter á los asuntos tiernos, pulsó la lira de Anacreonte, y á la manera de Villegas y de Francisco de la Torre, buscó su inspiración en asuntos sencillos y de suyo poéticos. Las canciones *La fuga de la tórtola* y *La madrugada*, conmueven dulcemente por la delicadeza que de ellas emana. Fue Milanés un cultor celosísimo de la forma, que estudió, principalmente en Garcilaso; pero aunque gustó de la pureza del lenguaje, llevado del deseo de contribuir á formar una literatura nacional, abusó en sus composiciones de los provincialismos cubanos.

De sus versos ha dicho Zenea que son « como las perlas desprendidas del hilo en que estaban ensartadas y que caen sobre un plato de oro »: esta bellísima comparación da idea de la fluidez con que las estrofas se desenvuelven y de la armonía con que están combinadas.

Luaces es precisamente la antítesis de todos los poetas cubanos hasta ahora mencionados. Aunque separatista, al igual de Heredia, no hace jamás en sus poesías alusión directa á las cosas y hombres de su país y de su tiempo, prefiriendo hacer propaganda en favor de las ideas revolucionarias, en una forma distinta: en lugar de predicar abiertamente los preceptos políticos y de elevar cánticos en honor de los soldados caídos en los campos de batalla, Luaces escogió como tema de sus composiciones, los nombres de héroes extranjeros y la pintura de hechos gloriosos realizados en pro de la libertad de Grecia, Polonia ó Irlanda.

Esto dá á su poesía un carácter exótico y la hace menos accesible y popular, pero no le quita su mérito á los ojos de los que conocen su patriotismo y ven bajo la máscara con que las encubre, las facciones de los hombres de acción en Cuba.

Luaces es admirador de la forma oratoria en la poesía; él mismo la ha empleado y aunque á veces se eleva á una altura considerable, llevado otras por el abuso de la metáfora y amplificaciones, peca de oscuro y enfático. Sus principales composiciones son: *La caída de Misso-longhi*, *La Oración de Matatias* y *El último día de Babilonia*.

Barola es el poeta filosófico que trata de preferencia asuntos de interés social. Si en la versificación y vuelo lírico no tiene la fuerza de Valdés, en cambio es maestro en la profundidad del concepto.

Mendive, el celebrado autor de la composición: *A un arroyo*, une á la elegancia de la forma, la naturalidad y sencillez de la expresión.

Del Casal representa la transición entre el romanticismo y los nuevos rumbos revelados en literatura durante estos últimos años. Sus poesías tienen un dejo realista muy aceptable en general.

Y por último Zenea, el aventajado discípulo de Musset, cuyo estro poético tiene grandes semejanzas con el del

eximio maestro francés, es el primer poeta elegíaco de Cuba y uno de los más notables cultivadores de ese género en toda América.

Lo mismo en Cuba que en el resto del continente, la Novela ha sido objeto de muy escasa preocupación. Echevarría, los dos hermanos Betancourt y algunos otros hombres de letras han producido ensayos de mérito relativo, pero solo corresponde con justicia el título de novelistas cubanos á Cirilo Villaverde y á Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Villaverde debe sin duda al medio en que vivió y á su educación literaria, hábilmente dirigida, así como á los modelos que escogió para la formación de su gusto y tendencias, el haber logrado legar á la posteridad una novela que como *Cecilia Valdez* es la pintura más viva que se haya hecho en América de sus costumbres locales. Testigo durante largos años de la abyección y miseria de la clase esclavizada, tuvo la rara felicidad de poseer las dotes de sensibilidad y de talento, para fijar en páginas realistas las impresiones de su juventud. Su obra, que bien puede ser considerada como un documento histórico y social de primer orden, desborda de colorido y de verdad y añade á este atractivo el de estar escrita en un estilo purísimo, animado y característico.

Además de la novela citada, escribió Villaverde, *La joven de la peineta calada*, *El guajiro*, *El penitente* y *La flecha de oro*.

Después del escritor mencionado, la Señora de Avellaneda es la más afamada novelista cubana.

Autora de un inmenso número de poesías inspiradas y eruditas, la Avellaneda no ha conseguido por ellas tanto renombre como por sus ensayos novelescos, en los que ha demostrado mayor originalidad é independencia.

De sus romances, *Espatolino* y *Sab* son considerados generalmente como los mejores; el primero se reduce á la pintura del carácter del famoso bandido cuyo nombre le sirve de epígrafe; y el segundo está inspirado en una

noble tendencia social y humanitaria, cual es la de producir un movimiento de reacción á favor de la raza esclavizada.

Escribió además las novelitas: *Dolores*, *La Ondina del Lago Azul*, *Guatimosin*, y *La Baronesa de Joux*.

El género literario que después de la Poesía ha alcanzado mayor desenvolvimiento en Cuba, es la Oratoria. Aun cuando en épocas anteriores ha contado la Isla con oradores de mérito como Cernadas, Molina, Escobedo y Luz y Caballero, es desde el momento en que empiezan los trabajos por la independencia que la Oratoria alcanza su más alto grado de esplendor. Entonces aparecen: Ignació Agramonte que después de haber incitado á las masas á que se levantaran contra las autoridades constituidas y de haber sido uno de sus más heróicos campeones, se dió á sí mismo la muerte, incapaz de sobrevivir al Pacto del Zanjón firmado por los independientes. Si el mérito de un discurso ha de juzgarse por el efecto que produce en el auditorio, Agramonte fué sin duda uno de los más grandes oradores: se dice que á una proclama pronunciada desde la silla de su caballo, se debió uno de los levantamientos de mayor importancia.

Manuel Sanguily, orador sobrio que sabe sin embargo cuando quiere halagar la imaginación de sus oyentes, con figuras llenas de brillo y comparaciones atrevidas; con razón se ha dicho que no hay discurso suyo que no participe del carácter de la *causerie*, de la oración tribunicia y de la conferencia. Su pieza maestra es la oración que pronunció en los funerales de unos jóvenes estudiantes de Medicina fusilados por haber sido sorprendidos con las armas en la mano, en momentos que se trataba de sofocar un alzamiento popular. Sanguily es un orador filosófico de gran fuerza, como lo pone de manifiesto en su discurso sobre Heredia: su palabra es, sin embargo, sencilla, vibrante y muy conmovedora en ocasiones dadas.

Martí es el orador cubano por excelencia; vivió exatriado, pronunciando lejos de su suelo natal los mejores

discursos en favor de la causa revolucionaria, en cuya defensa murió durante uno de los últimos combates. El estilo de Martí es abundante en metáforas y en imágenes, sin que llegue á degenerar en ruidoso y hueco, pues por rara circunstancia en este cultor de la palabra, á la brillantez y el colorido de la expresión, se une la profundidad del pensamiento y la intensidad de la emoción.

Para evitar los inconvenientes que la oratoria política ofrece en los países sometidos, y para dar al mismo tiempo algún medio de acción á la inteligencia cubana, se ha establecido en aquella importante fracción del Continente, el llamado sistema de Conferencias, que consiste en el desenvolvimiento de temas sociales, históricos, literarios, etc., que no tengan la actualidad suficiente para sacudir las pasiones del pueblo. En ese género se han distinguido sobre todo Enrique Piñeyro y Rafael M^a. de Labra; el primero ha pronunciado discursos admirables sobre Bolívar, San Martín, Los Estados Unidos, Mme. Roland, La Divina Comedia, etc., poniendo en todos ellos de manifiesto, sus admirables cualidades de crítico y de sociólogo. El segundo es paladín del autonomismo cubano, erudito en cuestiones históricas y habilísimo político, cuya palabra sin tener el aticismo de la de Piñeyro, es enérgica y convincente, condiciones apropiadas á los asuntos que trata: *Lisboa y los portugueses* es uno de sus trabajos más característicos.

En los demás géneros literarios Cuba ha producido mucho, pero todo ello fragmentario y desparramado en periódicos y revistas.

Los únicos trabajos completos son los histórico-críticos de Saco, entre los cuales debe colocarse en primera línea su *Historia de la esclavitud*, obra que acusa una erudición vastísima y un propósito social levantado; los *Estudios literarios* de Piñeyro que juntos con los de del Monte forman elementos poderosos para constituir la Crítica americana; los del publicista Aragon y Parreño, uno de los hombres más influyentes en la política cubana, á la vez

que uno de sus mayores benefactores como estadista; los de Betancourt Cisneros, miembro distinguido del periodismo; los de Sanguily, y algunos otros.

Como en el resto de América, el teatro no ha tenido en Cuba notables cultivadores.

Algunos poetas líricos, tales como Luaces y Milanés, escribieron unas pocas piezas dramáticas que, ó no se representaron, ó que de alcanzar este honor, no lograron con todo arrojar los cimientos de un teatro nacional.

Tal es á grandes rasgos la literatura cubana del período revolucionario que, según puede notarse, tiene derecho á ser considerada como una de las más ricas y brillantes de América. Diríase que todo el vigor intelectual que no ha podido ser desplegado en las faenas de un gobierno autonómico, hubiérase utilizado en el noble ejercicio de las letras, las cuales han constituido para los cubanos la más libre y hermosa de las repúblicas ideales.

CAPÍTULO VII

La Literatura en Nueva Granada

(PERÍODO COLONIAL)

La conquista de Nueva Granada. — Jiménez de Quesada. — Las primeras producciones literarias, su caracter y forma. — D. Juan de Castellanos. — Importancia y valor de su obra. — Juicio de sus contemporáneos. — La Instrucción primaria y superior en Nueva Granada. — Movimiento literario que á su amparo se produjo. — Principales hombres de letras durante los siglos XVI y XVII: Fray Pedro Simón, Fresle, Piedrahita, Ocariz, Zamora, Oviedo de Baños y otros cultivadores del género histórico. — La Poesía hasta el siglo XVIII: Camargo, Alvarez y Zorrilla, etc. — Estudio de la lengua muysca. — Movimiento científico; Mutis, el P. Jullán, Nariño, Caldas y el *Semanario de Nueva Granada*. — Lozano, Camacho y Ulloa. — La poesía á fines del siglo XVIII. — Rodríguez, su acción; Valdés, Manrique, Salazar y otros. — Estado intelectual de la colonia al comenzar el nuevo siglo.

Realmente puede decirse que fué Nueva Granada, la única colonia cuya conquista se inició por hombres de mediana cultura intelectual; Jiménez de Quesada, jefe de la expedición que traía como propósito el de explorar las maravillosas comarcas de la costa Sud del mar Caribe, y que consiguió anexar esa próspera fracción del Continente, á la corona de España, trájole junto con la sumisión á un amo extranjero, la primera semilla literaria que con el correr del tiempo debía fructificar largamente.

Por otra parte, el suelo era propicio y la simiente no cayó en surco estéril, pudiendo notarse á la vuelta de unos cuantos años que la cultura se había hecho general en la clase media de la población.

«Cuarenta años después de la fundación de las dos principales ciudades, Bogotá y Tunja, dice Vergara y

Vergara (1), comenzaron á publicarse versos hechos entre nuestras selvas. La incipiente y corta sociedad de nuestros padres cultivaba las letras; pero las letras clásicas. Un epigrama latino, numeroso y sonoro, trabajado en obsequio de algún ilustre varón, una octava real ó un mal soneto, fueron los primeros ensayos de los pocos hombres de letras que vinieron á la colonia, ó de los hijos de los rudos conquistadores, á quienes sus padres hicieron aprender Gramática Castellana y Latina».

Y más adelante agrega :

«Cultivaban las letras, pero las letras clásicas, hemos dicho; y lo dijimos como una inculpación á los aficionados de entonces. Si Miguel de Espejo, Cristóbal de León, Sebastián García y otros ingenios que rimaban en aquel tiempo, en lugar de hacer versos eruditos, ya que tenían imaginación y gusto, se hubieran lanzado por el camino de los romances, para los que tenían un modelo en los del Cid; si en lugar de celebrar sucesos comunes, tales como la publicación de un libro, hubieran cantado las hazañas de los conquistadores, las de los indios, ó las bellezas de este suelo, habrían fundado una literatura nacional y rica, en la cual hubieran recojido todas las tradiciones que entonces estaban frescas, como que vivían los héroes españoles ó los hijos de los héroes chibchas.

Cuando luchaban en España las dos poesías, la del pueblo y la erudita, era natural que el pueblo se hubiera desquitado entre las selvas de América, de la pedagogía que lo tiranizaba en Madrid, y que hubiera cantado libre y espontáneamente aquí, lo mismo que cantaba por lo bajo en España, teniendo aquí, más que en España, materia para sus cantos, en el género hazañoso que tanto le gustaba. La misma colonia con su vida pintoresca se prestaba y se presta todavía al romance.»

He citado estas palabras del eminente crítico colombiano para hacer notar que en Nueva Granada, lo mismo

(1) *Historia de la literatura de Nueva Granada.*

que en el resto de América, la literatura colonial tuvo un carácter derivado directamente del de la metrópoli: y no encuentro en esto, como el autor citado, motivo para dirigir un reproche á los escritores de entonces: por una parte la naturaleza y los asuntos americanos no estaban del todo excluidos de la literatura neo-granadina, lo que puede comprobarse leyendo las *Elegias de varones ilustres* de don Juan de Castellanos; y por otra, no es de extrañar que se ciñera á las escuelas que por entonces florecían en España, si se tiene en cuenta que la sociedad que la producía era por sus tradiciones, su raza y sus costumbres, más española que americana, aun cuando actuara momentáneamente en un teatro americano. Que con el andar del tiempo, la sociedad aquella, influida por el medio ambiente en su descendencia, pudiera ser capaz de dar nacimiento á una literatura cuyo fondo fuera absolutamente americano, nada más aceptable; pero que no se pretenda gozar de esos frutos cuando apenas ha brotado la semilla.

Con solo citar la obra de Castellanos y examinar en ella, al par que la exactitud histórica de sus noticias, la galanura de sus frases, que revelan al poeta sino al literato, basta para tener una prueba acabada de que la colonia fundada por el valiente capitán, al par que ameno escritor de *Los ratos de Suesca*, concedió desde un principio, alto interés á la cultura intelectual, y de que en la alborada de su vida, ya se vió envuelta por los cálidos efluvios de la poesía heroica.

Los ensayos fueron sin duda pobres: dos sonetos de Cristobal de Leon, en honor de Castellanos, otro de Sebastian García sobre el mismo asunto, piezas que prueban el concepto honroso en que sus contemporáneos tuvieron al autor de las *Elegias*, tres epigramas muy elegantes escritos en latín, por el doctor Miguel de Espejo, y el título de una obra: *Coloquios de los ociosos* obra de Nuñez de Aguila, son los únicos restos que nos quedan, además del poema antes citado, de la litera-

tura colonial de Nueva Granada, durante el primer siglo de su existencia.

El siglo XVI, que fué en España de prosperidad para las letras, marcó también en la colonia un período de progreso. Fundáronse en ella un número de colegios dirigidos por sacerdotes; á principios de 1600 ya existían dos universidades, la *Javeriana* y la de *Santo Tomás*, cuyas luchas debían ser un poderoso estímulo para la formación de generaciones ilustradas en casi todos los ramos que por entonces eran considerados indispensables, y principalmente en el arte del buen decir.

La juventud se ejercitó entonces en las letras; pero desgraciadamente sus manuscritos se han perdido y solo nos quedan algunos nombres relacionados con hechos históricos de la conquista, lo que aumenta el deseo de conocerlos por sus obras.

Entre ellos podemos mencionar *La Crónica de los Agustinos* por Alfonso de la Cruz, las *Noticias históricas* de Fray Pedro Simón, obra en que se relatan hechos puramente locales y que quizá señala el nacimiento de una literatura más genuinamente americana, que es como el punto de arranque de las composiciones basadas en asuntos nacionales.

« De aquí para adelante hallaremos más abundancia de escritores y más difundidas las letras en nuestra naciente colonia. Como solemne aniversario de su fundación, encontramos el manuscrito que bajo el nombre de *El Carnero*, circuló durante doscientos veintiún años por todos los senos de nuestra sociedad » (1).

Preocupóse D. Juan Rodríguez de Fresle, autor de la obra mencionada, de historiar los hechos de su tiempo, entrelazándolos con los de su propia vida, y aunque muy inexacto en lo que se refiere á la historia antigua neogranadina, no tiene precio en la pintura de la sociedad de su tiempo.

A la misma época pertenece *La Historia General del*

(1) VERGARA Y VERGARA. — Obra citada.

Nuevo Reino de Granada, por Lucas Fernández de Piedrahita, escritor descendiente de la raza indígena, que ocupa un lugar distinguido entre los cultivadores de la Historia.

Su obra es una fuente de información mucho más segura con relación á los hechos producidos en Nueva Granada, que la de Garcilaso respecto á los que ocurrieron en el Perú; puede más bien comparársela con la de Ixtlilxochitl.

Igual servicio prestan las *Genealogías* de Juan Flores de Ocáriz, español, radicado en Nueva Granada; su obra es una galería en la que casi no falta ningún hombre notable en cualquier clase de actividad mental.

Mientras los historiadores hasta aquí citados se ocuparon principalmente de relatar los hechos referentes á la conquista militar de la colonia, Zamora escribió también la Historia de Nueva Granada, pero en lo que se relaciona con la conquista religiosa de la Orden de Santo Domingo. D. José Oviedo de Baños y Sotomayor es autor de una historia particular de Caracas; y un buen número de miembros del clero dedicaron infinidad de páginas á narrar los acontecimientos más notables de la vida colonial; entre ellos merecen mencionarse el P. Rivero y el Presbítero Andrés Calvo.

La poesía es durante los dos siglos XVI y XVII un género poco cultivado; y por otra parte, dada la influencia gongórica que la contamina, lo mismo que en España, las producciones destinadas á honrarla, contribuyen más bien á su decadencia. Dos poetas principalmente se ejercitan en la composición lírica. D. Hernando Domínguez Camargo, autor de un poema dedicado á glorificar la vida y muerte de San Ignacio de Loyola, que á pesar de pagar su tributo al mal gusto reinante, logra salir airoso en muchas ocasiones de las dificultades naturales del asunto; y D. Francisco Alvarez y Zorrilla, hábil versificador, conocido generalmente por las estrofas que dedicó á Sor Juana Inés de la Cruz.

Hay que señalar por ese tiempo un hecho muy significativo, cual es el de que en los Colegios se estudiara la lengua *muysca*, y se dictaran en las Universidades, cátedras del mismo idioma. Muchos españoles, principalmente sacerdotes, dominaron completamente el idioma de los nativos y llegaron hasta utilizarlo en la composición de Gramáticas y poesías.

El siglo XVIII se caracteriza en la Historia intelectual de Nueva Granada, por la iniciación de un movimiento científico y literario hasta entonces desconocido en la colonia.

Encabeza ese movimiento el célebre gaditano Mutis, incorporado á la comitiva que acompañó al Virrey de la Cerda. Mutis se dedicó durante años á la exploración de las selvas, realizando expediciones botánicas, que arrojaron muchísima luz sobre el estado de las ciencias en la colonia; fundó cátedras de Matemáticas y Astronomía en el colegio del Rosario, y difundió las verdades racionales de Copérnico y Galileo. Su acción fué secundada por la de La Condamine en Quito, así como por la de los sabios compañeros de Humbolt y Bompland.

En Nueva Granada, Mutis logró formarse un círculo de hombres de talento que como él se dedicaron principalmente á las cuestiones científicas.

Realizóse por ese tiempo la expedición botánica, bajo la protección del Gobierno, lo que permitió utilizar los conocimientos de un gran número de jóvenes, empleados como auxiliares, coleccionadores ó escritores. Este círculo tuvo la felicidad de recibir al comenzar el siglo, una visita que debía abrirle nuevos caminos. la del Barón de Humbolt y sus eminentes compañeros, todos los cuales estuvieron conformes en conceder un lugar distinguidísimo entre los cultores de la Ciencia, á la juventud neo-granadina.

Al hablar del círculo científico, deben mencionarse algunos de sus miembros más caracterizados. El primer puesto corresponde sin duda á Caldas, conocido sobre

todo por sus estudios astronómicos y físicos, pero que fué también un insigne escritor y el fundador del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Estudió largamente la naturaleza de los bosques neo-granadinos, la geografía del Virreynato con relación á la economía y al comercio, y escribió un interesante trabajo: *Influencia del clima en los seres organizados*.

Como cooperadores de Caldas y de Mutis figuran: Lozano, notable por sus trabajos zoológicos; Camacho, hombre de vasta erudición y abogado distinguidísimo; Restrepo que publicó en el Semanario varios artículos sobre Geografía, producción é industrias del departamento de Antioquia, y Ulloa, autor del *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre del Nuevo Reino de Granada*, obra puramente científica que puede sufrir la comparación con la de Caldas.

Aparte de estos escritores se ocuparon también de asuntos científicos el P. Julián, á cuya pluma se debe la *Historia Geográfica del Magdalena y de todas las provincias que por una y otra banda le tributan sus rios*, obra que, observa Vergara, puede muy bien haber servido para una de las tantas relaciones de viajes escritas por autores ingleses ó franceses que no se han movido de sus *boulevares*; y el célebre Nariño que preparó el movimiento de la independencia traduciendo los *derechos del hombre*, lo que le valió largas persecuciones por parte del partido conservador.

Lo que fué Mutis para el progreso científico de Nueva Granada, llo fué para el de las letras, D. Manuel del Socorro Rodríguez, bibliotecario de la primer biblioteca bogotana, que se consagró á estimular á la juventud estudiosa. Fundó el *Papel periódico de Santa Fe de Bogotá*, en 1791, publicación que prolongó su existencia seis años.

La acción de este hombre infatigable, junto con la de los que constituían el círculo científico, contribuyeron á producir la aparición de algunos poetas de bastante mérito.

Desde 1790 se fundaron centros literarios que compendian la historia literaria de Nueva Granada durante el siglo XVIII y principios del XIX; de esos centros, el denominado *Tertulia eutropélica* es uno de los más importantes.

En ella se hicieron notar D. José M^a. Valdez, poeta epigramático muy festivo que hacía las delicias de toda reunión intelectual, pero cuyas obras se han perdido en su mayor parte; José Angel Manrique, autor en extremo mordaz, á veces sangriento como lo probó en su *Tocaimada*; D. José M^a. Salazar, autor del *Soliloquio de Eneas* y del *Sacrificio de Idomeneo*, ensayos dramáticos representados en el teatro de Bogotá; Montalvo, poeta improvisador de mucho mérito, autor del *Zagal de Bogotá*, otra pieza dramática muy aplaudida; Grueso, escritor melancólico y hasta lúgubre en ocasiones, pero bastante correcto en sus versos; y en fin, Fernández Madrid, de quien me ocuparé en el capítulo siguiente, á causa de ser más bien un poeta de la independencia.

Al comenzar el siglo XIX el estado intelectual de la colonia no podía ser más próspero.

Habíase operado un cambio saludable en los métodos de enseñanza, introduciendo el libre estudio de la naturaleza, lo que favoreció grandemente el progreso de las ciencias; una pléyade brillante de hombres notables dedicados al estudio de la Geografía, de las ciencias Sociales, de la Literatura, hacía oír sus opiniones en las columnas del *Semario*, verdadera Enciclopedia cuyo mérito es incalculable; se estudiaban con ardor los modelos españoles y se hacía ejercicio de las formas poéticas empleadas por los más afamados literatos peninsulares; en fin, en

todas las esferas del trabajo mental, se notaba una actividad poderosa, fecunda en obras y rica en promesas para el porvenir.

Las luchas sangrientas por la emancipación, vinieron á detener ese movimiento; la juventud estudiosa se anquiló en los campos de batalla; prodújose el silencio más completo sobre todas aquellas cuestiones no relacionadas directamente con los problemas de la política nacional. Y cuando los hombres de pensamiento volvieron á reanudar los trabajos de sus antecesores, inmolados en servicio de la patria, había comenzado ya para Nueva Granada el segundo período de su vida literaria.

CAPÍTULO VIII

La Literatura en Colombia

(PERÍODO CONTEMPORÁNEO)

Colombia después de la Revolución,—movimiento intelectual, sus causas.—El periodismo; los poetas de la Revolución: Madrid, Salazar, Urquinaona.—La literatura colombiana á mediados del siglo.—J. E. Caro como hombre de acción y como escritor,—carácter de su poesía, escuela, estilo, etc.—I. Arboleda y sus principales producciones.—G. Gutiérrez González: su sentimiento lírico.—Importancia de su *Memoria sobre el cultivo de maiz*,—otras composiciones.—J. J. Ortiz, R. Pombo, D. Fallón, M. A. Caro, J. M. Marroquin, J. P. Posada, M. Rivas, como poetas secundarios.—La Historia en Colombia; J. M. Restrepo, J. A. de la Plaza, J. M. Samper.—La Crítica: Vergara y Vergara.—La Novela: J. Isaacs, E. Díaz Castro, Ortiz, Samper, F. Pérez.—El Teatro: Vargas Tejada, Fernández Madrid, L. M. Pérez y otros.—Trabajos filológicos: Rufino J. Cuervo y J. M. Marroquin.

Antes de comenzar el desarrollo de este capítulo debo hacer presente que en él he tomado á Colombia como si hubiera figurado bajo esa denominación desde el momento en que se produjo la Revolución separatista, es decir, haciendo abstracción de los acontecimientos políticos que dieron por resultado en el transcurso de algunos años, el fraccionamiento del antiguo reino de Nueva Granada en tres Repúblicas, primero confederadas y luego independientes. El único motivo que tengo para proceder así es la claridad de la exposición que no creo tenga porqué ser sacrificada, en obsequio á la Historia.

Colombia puede sin duda reclamar un puesto de los más importantes entre las Repúblicas americanas, en lo que á producción literaria se refiere, tanto por el número, como por las condiciones superiores de los que en ella se han dedicado al cultivo de las letras.

Pocos años después de producido el primer levantamiento separatista, se nota en esa importante región del Continente, un despertar de las inteligencias que, convencidas quizá de los escasos beneficios que la independencia material produce, sino la acompaña la de los espíritus, se lanzan con ardor al campo donde se logran triunfos tan positivos y duraderos como los de las armas. Se equivocaría, sin embargo, quien quisiera ver en ese movimiento un fenómeno sin antecedentes, que se produce aislado por la sola virtud de la libertad conseguida, no siendo, por el contrario, más que la continuación de aquel otro gran movimiento literario y científico que se inicia en Nueva Granada al finalizar el siglo XVIII, prolongándose hasta los albores de la Revolución. Esa cadena que, á no haber sobrevenido las luchas políticas se habría continuado sin interrupción, fué cortada violentamente á la muerte de Caldas, Mutis y tantos otros, de cuyos nombres y trabajos están llenas las páginas de ese documento que se llama el *Semanario de Nueva Granada*, y no volvió á reanudarse hasta que pasadas las agitaciones que produjo la guerra por la independencia, el reposo tornó á los espíritus y con él la necesidad de verter en ideas tanto como se había vertido en sangre y en odio.

Es necesario recordar que la inteligencia de los colonos neo-granadinos había sido espléndidamente alimentada, no tan solo con las obras españolas del siglo XVIII sino también con las francesas del mismo tiempo, introducidas sigilosamente y leídas con la fruición que causa lo prohibido. Los hombres que actuaron en la Revolución estaban preparados por su ilustración y talento para regir los destinos del país, cuando la guerra hubiera terminado, pero desgraciadamente fueron las primeras víctimas de su furor y solo pudieron legar á su patria, el recuerdo de sus trabajos y dejar señalados sus pasos en el camino por donde se va al progreso de los pueblos.

En los primeros tiempos de la emancipación, allí como en los demás países americanos calló la literatura propiamente dicha, para dar lugar á la política del momento; las únicas cuestiones que entonces se trataron fueron las más relacionadas con los problemas que absorbían los espíritus de la época.

El Diario político fundado para sostener los principios del gobierno de 1810, y de cuya redacción se hicieron cargo Caldas, Camacho y Gutiérrez; *La Bagatela* fundada por Nariño en 1817, *El anteojo de larga vista* dirigido por Lozano y Manrique, *La Gaceta Oficial de Cundinamarca*, órgano del gobierno, un sinnúmero de hojas políticas, folletos sobre la situación, proclamas y constituciones, actas de los cuerpos electorales: tales son las producciones literarias que, durante los primeros años de la Revolución, cruzan el ambiente intelectual de la colonia; pero al mismo tiempo se nota en ellas que el espíritu colombiano ha penetrado ya en los graves problemas de la historia y de la política, se ha puesto en contacto con el pensamiento europeo y ha adquirido para manifestarse, una forma apropiada y correcta.

En los periódicos y revistas de la época, muchos hijos de Colombia publicaron artículos menos relacionados con la política de esos momentos; á ese número de trabajos corresponden los de Zea: el elocuente discurso á los gobiernos de Europa, sobre la Revolución colombiana, y varias monografías que tratan de asuntos científicos y que merecieron el honor de ser reproducidos en el *Mercurio de Agricultura* de Madrid. . .

En cuanto á la literatura propiamente dicha, ella estuvo representada en Colombia por unos cuantos poetas de mediano mérito, entre los que merecen citarse; Fernández Madrid, autor de varias poesías fáciles, de las cuales *La hamaca*, es una de las más celebradas, y de dos tragedias: *Atala* y *Guatimosin*; Salazar, que tradujo *El arte poética* de Boileau y redactó en Cartagena *El Men-*

sagero, periódico lleno de noticias históricas importantísimas; á su estro se debe también *La Colombiada*, poema heroico de escaso mérito, lo mismo que el *Canto á Boyacá*.

Urquinaona, improvisador fácil y elegante, no dejó sin embargo ninguna pieza de valor: su mismo soneto á Miralla no tiene otra importancia que la de darnos á conocer hasta que punto el poeta argentino mereció el aprecio de los colombianos.

La producción literaria de Colombia, á partir del primer tercio del siglo XIX es muy abundante y entre sus cultivadores hay hombres de verdadero mérito. Dada la naturaleza de mi trabajo, hecho con el propósito de llegar á probar si existe ó no una literatura americana, es claro que, lo mismo tratándose de este país que de los del resto del continente, solo deberé ocuparme de aquellas producciones de verdadera importancia que son, por decirlo así, el exponente de su literatura.

A la cabeza de los hombres de letras colombianos, merece colocarse á don José Eusebio Caro, escritor casi siempre inspirado y de mérito reconocido aun en la misma Europa. Caro es una de esas figuras bastante generales en los primeros tiempos de las repúblicas americanas: hombre ilustrado, de carácter recto, dotado de una alma sensible y poética; tomó parte en los negocios de su época, pero bien pronto la viveza de su carácter lo hizo sospechoso á las autoridades y tuvo que emigrar, sin tener el consuelo de morir en el suelo en que naciera. Sus viajes por América del Norte le fueron sin embargo fructíferos, pues le proporcionaron la ocasión de dedicarse al estudio, cosa imposible en los centros conmovidos por el fragor de la lucha.

Considerado como poeta, Caro pertenece á la escuela de los clásico-filosóficos, sin que pueda señalarse su derivación precisa de un autor determinado. Sus propias desdichas y las de sus hermanos de causa, unidas

á su naturaleza seria y dada á la investigación de los fenómenos morales, le llevaron á hacer en sus versos largas consideraciones, que si no son siempre del mejor gusto ni de la más sana filosofía, acusan el estado de su espíritu investigador.

Don J. J. Ortiz ha hecho una recopilación completa de las obras de Caro, dividiéndolas según sus argumentos; en efecto, en el poeta que nos ocupa pueden distinguirse, el granadino, el desterrado, el hombre con sus afectos naturales y el moralista

Caro tiene composiciones destinadas á poner de relieve sus sentimientos patrióticos, tales son: el *Himno Granadino*, *A Maracaibo, ¡Guerra!*, *En visperas del combate*; y si en ellas tiene notas de alto valor lírico, no le faltan acentos de honda ternura y sentimiento exquisito, en las que consagra á asuntos más sencillos relacionados con los afectos humanos que inspira la familia; prueba de ello son: *En el bautismo de mi hijo* y *Una lágrima de felicidad*, quizá su más legítima gloria. Además de las poesías citadas merecen serlo: *Mi hacha*, *En boca del último Inca*, *Mi suerte* y algunas otras.

Se han señalado á Caro algunos defectos como poeta, y no sin razón: en muchas de sus composiciones sobran los conceptos filosóficos y faltan la sencillez y naturalidad; así, aunque casi todas ellas sean modelos de corrección, en general dejan frío al lector, á fuerza de solicitar más su razón que sus sentimientos. Además hay en su poesía, como dice Amunátegui, cierta exageración en la expresión de los afectos y una metafísica indigesta y vaga de que hace alarde para explicar las cosas más comunes y vulgares. (1)

Caro pule su estilo y lo transforma en un algo dúctil capaz de plegarse según sus deseos y de admitir las formas más variadas; el fondo de sus composiciones es sólido y los asuntos que lo inspiran, nobles y elevados.

(1) *Juicios críticos de algunos poetas hispano-americanos.*

No es un poeta brillante, á la manera de Heredia ; sus cualidades son más bien interiores, y las bellezas de su estilo no se descubren sino después de un examen prolijo ; de él se ha dicho que se *asemeja al fuego oculto por las cenizas, que no despide chispas ni llamas, pero cuya proximidad se siente por el calor.*

Contemporáneo de Caro y como él político y poeta es Julio Arboleda ; pero á diferencia de aquel, el genio poético de este es apasionado y vehemente como apasionado y vehemente fué su carácter, puesto á prueba por las luchas civiles en que tomó parte activísima. Arboleda estudió las Ciencias y el Derecho al par que las letras, sobre todo las inglesas, francesas y españolas. Conocedor profundo de la lengua de Cervantes, es uno de los mas eminentes poetas americanos por la sonoridad y elegancia de sus versos, así como por el alto pensamiento que en ellos campea.

De entre sus varias composiciones poéticas, la mas justamente celebrada es *Gonzalo de Oyón* basado en una tradición obscura del siglo XVI ; de esta producción, de la cual no se conservan sino fragmentos que bastan para dar idea de su valor, ha dicho Martínez de la Rosa que es la primera epopeya escrita en lengua española.

Arboleda vive en la Historia de Colombia, no sólo como uno de los ciudadanos mas valientes y patriotas que le hayan prestado sus servicios en las sangrientas contiendas civiles de que ha sido teatro, sino también como uno de los hombres mas inteligentes é ilustrados. Se hizo notar igualmente como orador irresistible cuando ocupó un puesto en la Cámara de Representantes, que como periodista oportuno y poeta egregio:

Después de una vida consagrada al servicio de su país, murió asesinado, dejando el recuerdo de sus virtudes y un número de poesías que aseguran su fama ; tales son : *Estoy en la cárcel, Al Congreso Neo-Granadino, Me ausento.* etc.

Colombia tiene un poeta que por sí solo bastaría para constituir su gloria literaria: me refiero á Gregorio Gutiérrez González, el poeta lírico mas renombrado en América por su sencillez y naturalidad. La poesía parece ser para este espíritu privilegiado, la manifestación espontánea de sus ideas y sentimientos; se identifica con la naturaleza á tal punto que sus cuadros no parecen descriptos sino reproducidos por la linterna mágica; ningún detalle, ningún colorido escapa á su observación, y cosa extraña, aun en la pintura de objetos que á primera vista parecen insignificantes y prosaicos, encuentra González un filón de bellezas que explota delicadamente.

Nacido para la vida sosegada en el retiro de su querida Antioquia, los azares de la época le hicieron abandonar el dulce plectro de sus afectos para pulsar la lira de los dolores profundos; pero aun á través de sus versos mas sombríos corre como un aroma de frescura que los remozca. Sus composiciones mas celebradas son: *A Julia, Por que no cantó?*; *Aures y Memoria sobre el cultivo del maiz en Antioquia*. Las tres primeras son tiernas y melancólicas; sus asuntos son simples afectos personales expresados de una manera delicada y original, como tendremos ocasión de hacerlo notar mas adelante. Sin embargo, la fama de Gutiérrez González reposa en la *Memoria sobre el cultivo del maiz*, poema que junto con la *Silva* de Bello constituye una parte considerable de nuestra poesía bucólica. La obra de González tiene un espíritu didáctico que no presenta la del maestro venezolano; con todo, no es propiamente una geórgica, pues también participa del carácter de la égloga. Describe el trabajo del campo con frases pintorescas, pero tiene también pasajes dedicados á glorificar la naturaleza, así como á recordar las escenas de la infancia feliz y despreocupada.

Este poema original ha de contribuir, no lo dudo, á formar la literatura propiamente americana. Gutiérrez comprendió que esa literatura no sería reconocida como

tal, solo porque empleara una lengua caprichosa llena de términos indianos y de expresiones rústicas, elemento que aunque constituye la originalidad de una parte de nuestro pueblo, no puede ser tomado como base estética en que se funde el arte literario de sociedades en las cuales la cultura europea hace cada día nuevas conquistas, conquistas que acaban poco á poco con esos centros poéticos, pero semi-salvajes, llenos de vivacidad y sentimiento, pero sobre los que no tiene ascendiente la civilización, necesidad imperiosa de la época en que vivimos. Por el contrario, nuestro poeta ha querido hacer algo mas importante: inspirar á los americanos el amor por los trabajos sanos del campo, unirlos con la esencia de la sencillez y la pureza y por último señalar una vía donde la imaginación de los hijos de América pueda encontrar un venero casi inexplorado y riquísimo en elementos artísticos originales y propios. La obra de Gutiérrez González es pues al mismo tiempo, la del literato de raza y la del sociólogo convencido.

Después de este autor pueden y deben mentarse algunos otros que, aunque no han alcanzado su altura, cultivaron las letras con gran honor para estas J. J. Ortiz á quien algunos han pretendido comparar con Heredia, sin que para ello les asista otro motivo que el haber compuesto un canto *Al Tequendama*, similar por el asunto al que Heredia consagró al Niágara; pero, en verdad, aun cuando Ortiz tiene muy buenas cualidades como versificador, no puede sostener tal comparación con el príncipe de los poetas cubanos; en otro capítulo me ocuparé de esta composición que hace el renombre de Ortiz.

Rafael Pombo, colorista delicado y ardoroso, inteligencia clara y cultivada, cuyas estrofas recuerdan á veces las de Musset. Sus dos poesías, *Mi amor* y *Elvira*

Tracy son muy gustadas por los amantes de las musas. La primera ha dado la vuelta á América, cosechando gran cantidad de aplausos. La segunda es una elegía inspirada y candorosa de corte nuevo y dicción apropiada.

Diego Fallón, uno de los pocos poetas que en América han cultivado el género científico en la poesía: por sus eminentes cualidades de imaginación ha logrado evitar la aridez, así como caer en la vulgaridad y el prosaismo; *Las rocas de Suesca* y *La luna*, merecen figurar en la Antología mas selecta de América. Miguel A. Caro, poseedor de una cultura clásica poco común, se ha hecho notar en las letras por sus impecables traducciones de Virgilio, que Menéndez y Pelayo, y Cañete elogian calurosamente.

José M^a. Marroquín ha cultivado la musa festiva con notable propiedad, siendo una de sus piezas mas celebradas, *La perrilla*, modelo de gracejo muy natural.

También poeta festivo, pero más epigramático es Joaquín Posada, autor de los *Camafeos*, y muy celebrado por su facilidad para encontrar el lado ridiculo de las cosas y los hombres, así como por la finura de sus burlas y sátiras.

Medardo Rivas es poeta de mediano mérito, y autor de diferentes artículos sobre cuestiones filosóficas.

Colombia tiene la felicidad de contar entre sus hombres de pensamiento, no pocos que se han dedicado al difícil cultivo de la Musa histórica. A este respecto debemos mencionar á J. M. Restrepo, autor de la *Historia de la Revolución colombiana*, obra que no solo es toda lo verdadera que puede serlo, dada la circunstancia de ser su autor actor de los hechos que narra, sino que es un estudio serio de los hechos que presidieron y acom-

pañaron el movimiento separatista de aquella importante colonia. La circunstancia de ser muy delicado el hablar de períodos en los cuales figuraron hombres que vivían aún en la época en que se escribió la Historia á que hago referencia, así como el peligro de levantar la opinión muy apasionada de los partidos que aún estaban en pie, fueron causas de que ella se extendiera solo hasta los primeros años de la revolución.

D. J. Antonio de la Plaza, escribió unas *Memorias para la Historia de Nueva Granada, desde su descubrimiento hasta el 20 de Julio de 1810*, obra basada en documentos fehacientes de la época colonial.

José M. Samper, uno de los hombres más reputados dentro y fuera del continente, es autor de los *Bocetos biográficos* y de los *Apuntamientos para la Historia de Nueva Granada*, donde se hace notar por sus inducciones que á véces llegan hasta la videncia. Sus cualidades brillantes de orador, su prosa robusta y llena de vida, realzan notablemente el mérito de sus producciones.

En cuanto á la *Crítica literaria*, en Colombia, lo mismo que en el resto de América, no ha tenido aún notables cultivadores. Puede mencionarse, sin embargo, como una excepción honrosa, á José M^a Vergara y Vergara, fundador de la Academia Americana correspondiente de la Española, y uno de los hombres que más se han ocupado de promover el desenvolvimiento de las letras en Colombia. Su trabajo de más mérito es la *Historia de la Literatura de Nueva Granada*, preciosa en datos, sobre todo en lo que se refiere á la época colonial, y de la cual desgraciadamente no se ha publicado más que el primer volumen.

En la Novela, Colombia puede ostentar algunas obras que harían honor á cualquier literatura. El primer lugar corresponde sin discusión á la *Maria* de Isaacs idilio trágico, pintura tocante de afectos tiernos que tienen por

teatro los risueños valles del Cauca. *Maria*, como novela, es superior á *Grassietta* y á *Pablo y Virginia* por que es más real y, por así decirlo, más vívida. El estilo purísimo como el fondo de los sentimientos que pinta, el aroma moralizador que se desprende de sus páginas y la pintura natural de los afectos en su forma más delicada, le dan alguna semejanza con *Spirita* teniendo sobre ésta la ventaja de ser más verdadera.

La pintura de costumbres es una de las ocupaciones favoritas de los escritores colombianos. Eugenio Díaz Castro, ha hecho todo lo más que en ese sentido puede hacerse en su *Manuela*, novela ó mejor aún, traslado de la vida real en lo que se refiere al lenguaje, costumbres y personajes que en ella se mueven.

Además de estas dos novelas se han escrito otras de menos valor, pero así mismo dignas de ser recordadas: J. J. Ortiz es autor del *Oidor de Santa Fe*, J. M. Samper, de *Martin Flores*, F. Perez, de *Atahualpa*, producciones todas ellas bien intencionadas que contribuyen á enriquecer la literatura de Colombia.

En la dramática, el país que nos ocupa no ha producido obras de aliento: fuera de la popular comedia *Las convulsiones* de Vargas Tejada, *Atala* y *Guatimosin* de Fernandez Madrid, *Gonzalo Pizarro* de Pérez, *Sulma* de Ortiz, *La Pola* de Rivas y algunos otros ensayos del mismo género, nada puede citarse de verdadero mérito en la historia dramática de Colombia.

En cambio muchos hijos de esa floreciente república se han dedicado al estudio de cuestiones de gran trascendencia, tales como las que se relacionan con los progresos del idioma.

A la cabeza de los que se consagran á tan noble tarea está D. Rufino J. Cuervo, autor de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de una *Gramática latina* y de un notable *Diccionario de regimenes de la*

lengua castellana, obra que supone una labor impropia y un profundo conocimiento del idioma. José M^a. Marroquin ha contribuido también al mejor conocimiento de la lengua castellana en América, merced á sus tratados de Ortología, Ortografía y Métrica, muy consultados.

Tal es á grandes rasgos y tomada en sus representantes mas característicos la Literatura colombiana del siglo XIX.

CAPÍTULO IX

La Literatura en Venezuela y Ecuador

(PERÍODO CONTEMPORÁNEO)

Venezuela al comenzar el siglo XIX.—Elementos Intelectuales con que cuenta — Bolívar.— Su acción como político, reformador y hombre de letras.— D. Andrés Bello.— Algunos juicios sobre sus condiciones de escritor.— Sus obras en prosa.— La *Gramática de la Lengua Castellana*.— *El Cid*, etc.— Bello en la Poesía.— Traducciones y poemas originales: valor de unos y otros.— Propósitos que persigue.— El estilo y la ejecución.— Baralt, sus obras filológicas y poéticas.— García de Quevedo: principales producciones.— Otros escritores: Abigail Lozano, Maitín Camacho, Toro, Calcaño y Pardo.— Cuadro general de la Literatura venezolana.

El Ecuador después de la Independencia.— Su escaso desenvolvimiento literario: razones que lo justifican.— Cruz y Espejo, su acción en la educación del Ecuador.— D. J. J. de Olmedo: sus tendencias literarias, producciones principales, asuntos y forma.— Juicios críticos.— D. Juan Montalvo y García Moreno como hombres de acción y como escritores.— Numa P. Llona y otros autores de menor importancia.

« La antigua Capitanía General de Caracas, hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado á América española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello ». (1).

Estas dos figuras de primer orden que serán siempre timbres honrosos para Venezuela, constituyen respectivamente el alma de su vida política y de su vida intelectual.

Antes de la Independencia, las condiciones de la colonia no eran las más favorables al desenvolvimiento de las letras; compuesta de elementos etnológicos muy diferentes, careciendo de Universidad hasta 1721 y de imprenta hasta

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO.—*Antología de poetas hispano americanos*.

1808, ocupada la inteligencia de su juventud en el estudio de los cánones y de la lógica aristotélica, gobernada casi siempre por hombres poco ilustrados, Venezuela no pudo conceder mucha atención á las nobles tareas del espíritu. La aparición de Bolívar cambió la situación; apenas producida la Revolución, allí lo mismo que en Colombia la prensa adquirió un notable desenvolvimiento: circulan en abundancia papeles volantes, proclamas y noticias sobre los asuntos que preocupan á todos. Bolívar, así que consigue hacer de la colonia en que había nacido, una nación libre, quiere completar su obra, contribuyendo á consolidar su independencia por la ilustración y el progreso. Con ese fin, y alentado por el entusiasmo que por los trabajos intelectuales habían despertado en la juventud, á raíz de producidos los acontecimientos políticos que cambiaron la suerte de América, reorganiza los estudios universitarios, confeccionando nuevos planes de enseñanza, y Venezuela sabe que es de esa Universidad, tal como la encaminó el libertador, de donde ha salido toda una pléyade brillante que dejó huellas profundas en la magistratura, en las ciencias y en las letras del país.

Bolívar mismo fué un distinguido escritor, ó mejor dicho, tuvo como escritor, dotes admirables. Lo que el ilustre caraqueño era capaz de hacer en el campo de las letras, lo prueban su carta á Olmedo, agradeciéndole que le hubiera dedicado el *Canto á la Victoria de Junin*, que es una obra maestra de Crítica Literaria, y su *Delirio sobre el Chimborazo*, poesía en que parece vislumbrarse en toda su ansiedad, el alma inquieta y ambiciosa del libertador de tres repúblicas.

En cuanto á la primer gloria literaria de Venezuela, D. Andrés Bello, su nombre está unido, no solo á los progresos de su patria, en la cual residió muy poco tiempo, sino también á los de Chile, que consagra una de las páginas mas extensas de sus fastos literarios á tributarle frases elogiosas de justo reconocimiento. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, dice de Bello lo siguiente;

«La gran figura literaria de este varón memorable, basta por sí sola para honrar, no solo á la región de Venezuela que le dió cuna, y á la República de Chile que le dió hospitalidad y le confió la redacción de sus leyes y la educación de su pueblo, sino á toda la América española, de la cual fué el principal educador por enseñanza directa en la más floreciente de sus repúblicas, indirecta y por sus escritos en todas las demás; comparable en algún modo con aquellos patriarcas de pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta á la vez como filósofos y poetas, atrayendo á los hombres con el influjo de la armonía, para reducirlos á cultura y vida social, al mismo tiempo que levantando los muros de las ciudades y escribiendo en tablas imperecederas, los sagrados preceptos de la ley. Acerca de Bello se han compuesto libros enteros no poco voluminosos, y aun puede escribirse mucho más, porque no hay pormenor insignificante en su vida, ni apenas materia de estudio en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de pedagogo, de jurisconsulto, de publicista, de gramático, de crítico literario, no han oscurecido (por raro caso) su gloria de poeta, vinculada no en raptos pindáricos ni en creaciones muy originales, sino en unas cuantas incomparables traducciones y en un número todavía menor de fragmentos descriptivos de naturaleza americana, donde el estudio de la dicción poética llega á un grado de primor y perfección insuperable, y en las cuales renace la musa virgiliana de las Geórgicas para cantar nuevos frutos y nuevas labores y consagrar con su voz las vírgenes florestas del nuevo mundo (1).

Estas elocuentes palabras sintetizan de un modo admirable la acción de Bello en la república de las letras.

El ilustre venezolano dividió la actividad de su espíritu, en dos campos distintos: fue tan correcto y admirable prosista, como elegante y cultísimo poeta.

(1) Obra citada.

Como escritor en prosa, su obra es mas vasta y su acción mas positiva. Los trabajos que lo acreditan en ese orden son: *La Gramática Castellana destinada al uso de los americanos*, el tratado de *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*, la *Teoría del entendimiento*, los *Principios de Ortología y métrica*, *El Cid*, estudio prolijo del poema que publicó depurado é ilustrado con preciosas notas históricas, filológicas y críticas; el *Proyecto de Código Civil*, los *Principios de Derecho Internacional*, y un sin número de artículos literarios que aparecieron desparramados en los principales periódicos de Chile, pues fué en ésta república donde produjo casi todas sus obras.

Aunque su prosa no es brillante, ni la elocuencia su mérito principal, el valor de estos trabajos dirigidos todos á la enseñanza y destinados á satisfacer las necesidades de una sociedad culta, cuales son las de preparar su idioma y organizar sus instituciones, no puede ser desconocido por nadie; los mismos europeos le han tributado elogios y concedido justos honores.

Pero donde Bello descuella es en la poesía. Cánovas del Castillo, hablando de las condiciones de Bello como poeta, decia que era uno de los más grandes que hayan pulsado la lira castellana y uno de los mayores maestros de la lengua y del estilo que puedan señalarse en la antigua y moderna literatura española.

Y en efecto: Bello derrama en sus composiciones todas las exquisiteces de su inteligencia privilegiada, revisitando con el mas galano de los estilos, las más bellas concepciones.

Sus producciones poéticas son, sin embargo, muy pocas: ellas se reducen á algunas traducciones de Horacio y de Victor Hugo, y á cuatro composiciones originales, pero bastaría una sola de ellas para inmortalizar su nombre.

En sus traducciones se mantiene siempre al nivel del poeta que vierte, que es lo más que puede hacerse, por

que ello supone una interpretación clara y por decirlo así, una identificación del traductor con el autor, cosa que rara vez se consigue; el insigne venezolano es más bien el imitador independiente que el traductor de sus modelos.

Bello, que había residido diez años en Europa (1810-1820) justamente cuando estaba en su apogeo la escuela romántica, se apasionó por ella, aunque estuviese poco de acuerdo con su carácter, circunstancia que junto con su talento le salvó de ir muy lejos en ese camino.

Su amor por la tendencia nueva, que rompía con las prescripciones de escuela, se deja ver en sus traducciones de Victor Hugo, al cual sigue á veces hasta en sus extravíos y trivialidades.

De las piezas traducidas, las más bellas son la de Victor Hugo *A Olimpio*, composición en que personifica á uno de esos patriotas que sufren los embates de la calumnia, y que se consuelan en la meditación filosófica y en el retiro; Bello, nacido y formado en una época en que las luchas políticas producían más de un mártir á quien podía aplicarse el nombre de Olimpio, tuvo, para hacer suya esa producción del maestro francés, una fuente de inspiración inmediata.

La Oración por todos, imitación del mismo autor, y en la cual luce sus condiciones de pintor de la naturaleza, así como la magnanimidad y nobleza de su alma, es justamente reputada como una de las piezas más acabadas de la lírica americana.

Entre sus composiciones originales, la que dedica *Al Incendio de la Compañía*, algunas de cuyas estrofas fueron calificadas de sublimes por Sarmiento, y la *Oda al 18 de Septiembre*, uno de los cantos patrióticos más vibrantes y al mismo tiempo más perfectos que se hayan escrito en América, colocan á Bello á una considerable altura como poeta; pero su gloria más legítima descansa sobre dos obras magistrales, destinadas por su autor á formar parte de un poema desgraciadamente incon-

cluso: me refiero á la *Alocución*, á la *Poesía* y á la *Silva á la Agricultura de la zona tórrida*.

La primera es una invitación á la Poesía para que abandone los países de Europa que *desaman su nativa rustiquez, donde la Filosofía, su rival ambiciosa que somete á cálculo la virtud, le ha usurpado el culto de los mortales y dirija su vuelo al mundo de Colón que le abre su grande escena*.

La segunda es un producto de su educación eminentemente clásica, de su compenetración con los autores griegos y latinos, y sobre todo con Virgilio y Horacio. *La Silva á la Agricultura de la zona tórrida* es una pieza que participa del carácter didáctico de las *Geórgicas* y de la virilidad de las *Odas*; sin embargo, Bello es más virgiliano que horaciano en esa composición. El argumento es la descripción animada y verdadera de las riquezas que encierran las selvas tropicales americanas y una exhortación á la juventud para que se arranque á la vida vanidosa y mal sana de las ciudades y vaya á buscar la paz, la salud, y la alegría bajo el humilde techo del labriego, donde ni los placeres tienen mezcla, ni la belleza afeites mentirosos.

Respecto á la composición misma de estas piezas citaré las palabras de Menéndez y Pelayo.

«La poesía de Bello — dice el autorizado crítico — es reflexiva y no solo artística sino en alto grado artificiosa, pero con docto, profundo y laudable artificio, que en un espíritu tan cultivado venía á ser como una segunda naturaleza. Más que el título de gran poeta que con demasiada facilidad se le ha adjudicado y que en rigor debe guardarse para los ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto dentro de su género y escuela y en dos ó tres composiciones únicamente» (1).

Miguel A. Caro agrega:

«Hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena.

(1) Obra citada.

majestad, solemne y suave melancolía y ostenta él, más que nadie, pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito, las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo».

Baste con lo que antecede para cerrar este cuadro en que he pretendido bosquejar la obra de uno de los hombres de pensamiento, más notables en América. Solo agregaré que en todas sus producciones, Bello tuvo siempre un objetivo único: el de mejorar la condición de los pueblos americanos y el de inspirarles amor hacia lo propio, único medio de hacer de la nacionalidad, un hecho y no una palabra.

Más adelante me ocuparé detenidamente de algunas de sus composiciones, lo que me dará ocasión de volver sobre ese punto.

«El nombre de Bello suscita inmediatamente en la memoria, el de otro venezolano. D. Rafael M^a Baralt, también filólogo y poeta, honra de América por su nacimiento y educación, benemérito de España por haber escrito y publicado allí sus principales obras» (1).

Al igual que Bello, Baralt escribió obras poéticas y tratados fundamentales; sin embargo, como poeta no tiene más mérito que el que deriva de su perfecto conocimiento del idioma y de su preparación clásica, pues su misma *Oda á Colón* premiada por el Liceo de Madrid en 1849, es fría, muy extensa y sin aquel encanto que comunica á la palabra, el verdadero arrebató lírico.

El renombre que ha adquirido lo debe más bien á sus cualidades de hablista y de gramático; su obra maestra en ese sentido es el discurso de recepción en la Academia, uno de los mejores que se hayan pronunciado con tal motivo. El *Diccionario de Galicismos* en que campea el gracejo más culto y natural, ha merecido elogiosos con-

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO.—Obra citada.

ceptos de Hartzembuch; y por último, la *Historia Antigua y Moderna de Venezuela*, aunque no es completamente imparcial, luce uno de los estilos más castizos y apropiados que puedan exigirse.

- Como Baralt, Heriberto García de Qüevado poseyó una cultura muy esmerada; como aquel, viajó largamente y estudió gran número de lenguas vivas y muertas; junto con él escribió en los más importantes periódicos de España. Fué también un escritor purista que hizo del idioma castellano un instrumento dócil á todos los acordes; pero á diferencia de Baralt, tuvo un alma de poeta y una fecunda inspiración lírica. Mereció en España los aplausos más entusiastas, y el honor de que Zorrilla lo asociara á la composición de tres poemas; *Maria*, *Un cuento de amores* y *Pentápolis*. Es autor de varias obras dramáticas, *Nobleza contra nobleza*, *Un paje y un caballero*, *D. Bernardo de Cabrera*; y de las novelas: *El amor de una niña*, y *Dos duelos á diez y ocho años de distancia*. Entre sus poesías líricas las más renombradas son: *A Italia*, *A Colón* y *La Libertad*, todas inspiradísimas y escritas en estilo correto y elegante.

Fuéra de estos tres eminentes escritores, Venezuela tiene algunos otros de mediano mérito, de los cuales me ocuparé brevemente.

Abigaíl Lozano, poeta de juventud agitada, ha cantado sus desdichas en composiciones que á veces tienen demasiadas tintas sombrías, defecto que si bien es indisculpable, se atenúa un tanto cuando es producido por males reales que determinan un cierto estado de ánimo concorde con la melopea que lo pinta. Lozano es un poeta afecto á los asuntos románticos, como puede verse por los títulos de sus libros: *Horas de Martirio*, *Tristezas del alma*.

De entre sus composiciones merecen citarse dos de las más populares: *A la noche*, en que tiene expresiones felices y adecuadas; y aquella otra *A Dios*, cuya forma rotunda

y armoniosa se adapta muy bien á la magnificencia del asunto tratado.

José A. Maitín, el cantor de Choroni, para quien la naturaleza fué una fuente de inspiración más fecunda que la que fluye de los sentimientos humanos, es otro de los poetas venezolanos. Sus producciones son algo frías, por ese carácter impersonal que les comunica la naturaleza de los asuntos tratados; una de las pocas verdaderamente sentidas, es la que escribió con motivo de la muerte de su esposa, en la cual saca partido para la poesía de cosas tan triviales y prosaicas como la descripción del desorden y abandono en que ha quedado la estancia mortuoria.

Lo mismo Lozano que Maitín, fueron apasionados discípulos de Zorrilla, cuya escuela siguieron, muchas veces exageradamente.

Juan Vicente Camacho, hombre que prestó grandes servicios á su patria como periodista y como político, miembro correspondiente de la Real Academia Española, es justamente el reverso de la medalla. Mientras Lozano y Maitín lloran muchas lágrimas sin causa y se desengañan á sí mismos de las glorias y placeres mundanos, Camacho, condenado á once años de padecimientos físicos de los más crueles, hace vibrar los acentos de la fe y de la conformidad, aun en sus más melancólicas poesías. Enemigo de la afectación y el artificio, tiene una linda sátira contra los que él llama *poetas llorones* que es quizá de sus composiciones la más estimada.

Fermin Toro, uno de esos hombres civilizadores que empiezan por formarse á sí mismos, es uno de los más versados filólogos y elocuentes oradores venezolanos, cuya palabra ática y elocuente arrebató los espíritus. Es autor de la novela: *La Sibila de los Andes*, de un poema inédito *Hecatonfonía*, que puede clasificarse en el número de las elegías destinadas á lamentar el exterminio de las razas indígenas, por la conquista europea.

Escribió además un romance muy celebrado, *Los Már-*

tires, un opúsculo *América y Europa* y muchos artículos sueltos que vieron la luz en *El Correo de Caracas*.

José A. Calcaño, joven de los más ilustrados en Venezuela, Francisco G. Pardo, premiado en concurso por su oda *La gloria del libertador*, Juan V. Gonzalez, autor de una excelente *Gramática castellana* y de las *Lecciones de elocuencia*, Heraclio de la Guardia, cuya comedia *Fabricar sobre arena* le ha valido justos elogios, Eloy Escobar, también poeta dramático, y algunos autores más, constituyen la galería literaria venezolana del siglo XIX, en lo que tiene de más característica.

La República del Ecuador es una de las primeras en que se producen movimientos separatistas. Como en Cuba, ellos fueron preparados por un precursor de las ideas modernas que determinaron la independencia americana: don Francisco Eugenio de la Cruz y Espejo, notable enciclopedista que dedicó toda su atención á la enseñanza de la juventud para cuyo uso escribió el *Nuevo Luciano ó Despertador de los ingenios*, crítica del sistema educacional establecido por España en la colonia.

Por sus ideas, Espejo puede y debe ser considerado como un espíritu revolucionario; su acción en el levantamiento de Quito en 1809 acaba de colocarlo en el número de los pocos americanos que concibieron el cambio administrativo de las colonias como el punto de arranque de su independencia. La acción de Espejo en el movimiento literario ecuatoriano es solo indirecta, pues en realidad el Ecuador intelectual de la Revolución produjo muy pocos frutos, sin duda porque las luchas civiles absorbieron allí más que en ninguna otra parte, toda la actividad de los hombres de pensamiento.

La literatura ecuatoriana, en el verdadero sentido de la palabra, empieza con Olmedo, poeta que junto con Heredia y Bello constituye una trilogía eminente en las letras hispano americanas.

«Glorioso es para el Ecuador — dice Cordero — sea cual

fuese su actual progreso literario, el hecho de que al resonar en la inmensidad de los Andes el último estampido de la tempestad de Ayacucho, anunciando á las naciones del Orbe la independencia del continente americano, haya sido D. José Joaquín de Olmedo, quien á fuer de gran poeta, se levantase á interpretar en épicas estancias, la magnitud y trascendencia de la emancipación y á ensalzar la gloria de sus adalides. Cantor que no fuese de su talla no era el llamado por el destino para trazar con rasgos de fuego, el sublime cuadro en que la posteridad había de ver unirse las huestes de Bolívar y San Martín, cual trombas que arrancasen de opuestos polos, aniquilar con sus postreros rayos el formidable poder de la metrópoli».

Y en efecto, con ser la literatura ecuatoriana, de las más pobres del continente, ella merece uno de los primeros lugares en la historia literaria americana, por el solo hecho de ser patria del más eximio poeta heróico de cuantos haya producido el Continente.

Nacido en el siglo XVIII y educado bajo el régimen colonial en la Universidad de San Marcos, Olmedo no pudo añadir á su educación científica el conocimiento de las cuestiones sociales, ni pudo ponerse en contacto con los filósofos y pensadores modernos, sobre todo con los franceses. Su espíritu se apasionó por el estudio de los escritores latinos, á quienes siempre tuvo muy presentes en sus producciones; Olmedo es clásico, pero en el verdadero sentido de la palabra: sus fuentes son las obras mismas de la antigüedad griega y sobre todo romana, á las cuales suele tomar no solo las ideas, sino también las expresiones y las imágenes.

Como poeta, Olmedo es de los menos fecundos: «Escribió — durante treinta y seis años solo quince piezas, contando en ellas algunas traducciones, y si embargo su nombre pasará de generación, en generación, envuelto entre perfumes y armonías, inmortal como los altos hechos que cantó; no quiso nunca vivir á crédito, ha-

ciendo pasar composiciones destituidas de genio á la sombra de su fama. Como La Bruyere y Espronceda dej6 poco, pero como ellos se levant6 en sus cortas producciones sobre un pedestal eterno de gloria» (1).

La musa de Olmedo es revolucionaria; no tiene rival como cantor de los grandes hechos nacionales. Es cierto que su pluma produjo tambi6n obras de otro g6nero, tales como: *Mi retrato*, romance ligero muy original, *En la muerte de Maria de Borb6n*, composici6n de la cual dice Amunátegui que ni Gallegos, ni Lista, ni Quintana, la habrian considerado indigna de figurar en la colecci6n de sus respectivas poesias (2); *Al General Flores, vencedor en Miñarica*, silva que seria her6ica, si su argumento no fuera el triunfo de una guerra civil y el h6roe cantado un caudillo de esos que han sido el azote de Am6rica; la traducci6n de un fragmento del *Anti-Lucrecio*, y de la primera parte del *Ensayo sobre el hombre*, as6 como algunas otras piezas bien escritas y pensadas; pero fuera del *Canto á la Victoria de Junin*, ninguna de ellas hubiera sido suficiente para conceder á Olmedo el t6tulo de primer poeta americano que autorizados cr6ticos le han acordado.

Esa composici6n que constituye por si sola la gloria del vate ecuatoriano, triunfa por su belleza de todos los defectos que se le han se6alado: los espa6oles podr6n reprocharle el que haya ido muy lejos en la apreciaci6n del valor americano, los ecuatorianos podr6n decir que ha sido injusto en la repartici6n de los m6ritos, los argentinos que no ha dado importancia á la personalidad de San Mart6n, para considerar tan solo la de Bol6var, podr6n encontrarse en el poema algunos versos flojos; podr6 creerse con algunos que es innecesaria la 6ltima parte en que se refiere la aparici6n de Huayna-Capac; pero todos estos reproches desaparecen ante el conjunto de bellezas

(1) TORRES CAICEDO.—*Ensayos biogr6ficos y de Cr6tica Literaria*.

(2) *Juicios cr6ticos de algunos poetas hispano-americanos*.

que la composición ofrece ; con razón se ha dicho que en ella se hermana lo épico con lo lírico y que la anima un robusto soplo pindárico.

D. Andrés Bello decía que el *Canto á la Victoria de Junin*, debiera llamarse más bien *Canto á la libertad del Perú*, y en efecto: cantar la batalla que inicia la liberación de esa república y poner en boca del Inca, la predicción de la que había de terminarla, es el objeto de esa notable composición destinada por su autor á Simón Bolívar. Sin entrar á hacer aquí un análisis del argumento, me limitaré á decir que no se ha hecho en América una pintura más viva y animada de actos guerreros.

Se ha dicho que Olmedo procede menos por el arrebató lírico que por el estudio prolijo del asunto que trata y el esmero en la combinación de los elementos de que dispone ; Amunátegui conforme con esta opinión dice :

« Olmedo hace con sus ideas y con sus frases, lo que hace un general con sus cañones, sus caballos y sus hombres ; pero todo eso lo ejecuta con talento : sabe su arte con perfección, es un Sucre, un San Martín, un Bolívar en la poesía. La poesía de Olmedo es erudita, académica ; los literatos la admirarán siempre, los individuos del profano vulgo no la aplaudirán mucho, ni menos la aprenderán de memoria » (1).

La verdad es que Olmedo no ha dejado un momento el buril mientras ha escrito sus poesías, y por eso ellas aparecen como piezas de pureza perfecta, á las que nada falta para ser clásicas. El estilo es cuidado y pulido, condición que desgraciadamente no es muy común en los escritores americanos ; ha sabido matizar sus animadas descripciones con máximas morales de una filosofía profunda ; conoce perfectamente el manejo de las figuras que realzan el estilo y si á esto se agregan las dotes poéticas que nacen de una imaginación vivaz, se tendrá una idea aproximada del valor de Olmedo como poeta.

(1) Obra citada.

Después de Olmedo pueden mencionarse en el Ecuador como hombres de letras á García Moreno y Juan Montalvo; el primero dotado de múltiples talentos, orador eminente, escritor virulento y satírico, fué también gran político y consiguió apoderarse del gobierno de su patria, haciendo de él uso análogo al que hicieron Rosas y Francia; no carece, sin embargo, de partidarios, sobre todo entre los jesuitas, que lo presentan como un héroe y un mártir de su causa. Sea como fueré, nadie puede poner en duda su claro talento; poeta, ha dejado su *Epístola á 'Fábic*, crítica notable de las vanidades de que el mundo se paga y cuya lectura hace sentir que su autor no haya tenido tiempo de escribir con más abundancia; político, ha producido un gran número de artículos vigorosos y llenos de elegancia.

Reverso de la medalla, es D. Juan Montalvo, artista consumado y sobre todo hombre de pasiones ardientes, que consagró su vida á combatir el poder de García Moreno.

Las luchas civiles han sido sangrientas en el Ecuador, motivo principal quizá del poco interés con que se han mirado en esa república, los estudios literarios; muchos escritores desperdiciaron sus talentos en polémicas agresivas, que son con respecto á las letras, sus frutos más áspersos. «Raro es el escritor ecuatoriano, poeta á pro-sista, que haya dejado de mojar su pluma, alguna vez á lo menos, en la *tinta corrosiva* del agrio debate político. La literatura, al servicio de un partido ó facción, viene á ser un arsenal de guerra y las palabras ardientes, las frases enherboladas, son verdaderos proyectiles con que se trata de postrar exánime al adversario. Pero nadie en el Ecuador, ninguno tal vez en la América española, ha competido en este linaje de polémica con el ya célebre D. Juan Montalvo. Por el vasto caudal de su erudición clásica, la profundidad de sus conceptos, el nervio del estilo, el giro original y bizarro de la expresión, la limpieza y gala de la frase, la singular

estructura de la cláusula y aun la genial propensión de traer á nueva vida donosos arcaísmos que acrecientan la copia y el lustre del lenguaje, es de estricta justicia asignar á este fecundo escritor, uno de los puestos mas prominentes entre los maestros de la prosa castellana. Ciertó que casi siempre fué acre, no pocas veces cáustico, y que agrediendo á sus enemigos con implacable saña, se propuso condenarlos como el Dante á los suyos, á la negra inmortalidad del vituperio; pero sean cuales fueran los defectos que se tachen al hombre, quedará siempre ileso el artista y admirable la obra» (1).

Aun cuando este juicio pueda ser considerado como algo exajerado, no es posible desconocer que Montalvo es uno de los prosistas mas eminentes de América. Como Bilbao luchó contra las ideas añejas de la sociedad chilena, así Montalvo luchó contra el despotismo de un hombre, y como aquel, vivió expatriado haciendo en el extranjero, durante muchos años, una activa propaganda que dió por resultado la caída del tirano.

Montalvo es de un genio semejante al de Sarmiento, fué también como él educador de las masas, pero quizá tuvo más método con menos poder intelectual.

En cuanto á su estilo tiene grandes analogías con el de Martí, á pesar de ser más sólido.

Sus obras principales se refieren á asuntos políticos á los cuales dedicó casi toda su vida; sus célebres *Catilinarias* contra García Moreno son un modelo de elocuencia; *Los Siete tratados* han merecido elogiosos juicios de Cantú y Amicis. Con motivo de una polémica sostenida entre Montalvo y un obispo, escribió aquel sus célebres *Cartas* que algunos han llegado á comparar, sin duda exajeradamente, con las de Pascal. Es autor también, de una parodia del *D. Quijote*, titulada *Un capítulo que se le olvidó á Cervantes, Imitación de un libro inimitable*, en que ha conseguido acercarse tanto al estilo cervantino

(1) LUIS CORDERO. *Antología Americana*. LAGOMAGIORE.

que si uno y otro no se confunden, por que hay cosas que no pueden confundirse jamás, no aparece tampoco indigno de la empresa.

Aunque romántico por carácter, Montalvo procuró siempre en sus escritos ceñirse á los modelos clásicos. Emplea un estilo conciso, vibrante y por decirlo así, luminoso.

Otros representantes de las letras en el Ecuador son: Numa Pompilio Llona, á quien corresponde el primer lugar en la lírica, después de Olmedo; es autor de la sentida composición *Odisea del alma* y de los inspirados *Cantos Americanos*; D. Juan Leon Mera, á cuya pluma se debe la preciosa novelita *Cumandá*, y algunas poesías en que no ha sido nada feliz, quizá por el afán extremado de producir composiciones nacionales, lo que lo ha llevado á plagarlas de términos indianos, que en nada influyen en el carácter de las mismas; Cordero, Carvajal, Castro, Avilez y algunos otros de escasa importancia cuyas producciones no agregan nada al valor de la literatura ecuatoriana.

CAPITULO X

La Literatura en el Perú y Chile

(PERÍODO COLONIAL)

El Perú durante la dominación española,—condiciones sociales,—cultivo de las letras.—La erudición y el mal gusto.—Principales escritores peruanos D. Juan Caviedes, fondo y forma de sus composiciones.—Fray Juan de Ayllón, principal representante del gongorismo en América.—El Dr. D. Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides, naturaleza de su genio ilustración.—Obras más importantes.—Juicios que ha merecido.—D. Pablo de Olavide y el espíritu nuevo, su acción en Europa y América.—Sus escritos—Otros autores.

Chile.—Elementos que aportaron á la Literatura, las luchas de la conquista.—Los poemas heróicos chilenos.—Osorio, Toledo, Oña, Mendoza.—La Crónica y la Historia en Chile: el P. Ovalle, Aguirre, Rosales, Tessillo y Molina.—Otros géneros literarios.—El P. Escudero, D. Lorenzo Mujica, Núñez de Pineda, etc.

Establecido en un capítulo anterior que existe profunda diferencia entre las colonias que forman el tercer grupo de colonización española, constituido por el Perú y Chile, vamos á estudiar separadamente la literatura que corresponde á cada una de ellas.

La existencia fácil, originada en la colonia predilecta de los españoles, por la naturaleza del suelo y por las riquezas metalúrgicas, formó en Lima una corte elegante, dada á las fiestas y regocijos y muy afecta á lucir sus talentos en pomposas composiciones, entonadas casi siempre en honor de los funcionarios públicos. La entrada de un nuevo Virrey, la exaltación de un obispo, una solemnidad religiosa ó cualquier otro hecho de esta naturaleza, bastaba para que la juventud limeña se convocara á certámenes poéticos, en los que se hacía gala de la erudición y del mal gusto literario, elementos constitutivos

de la intelectualidad peruana en ese tiempo, lo mismo que de la del resto de las colonias españolas.

No obstante, esta es la faz menos bella de su existencia literaria, y en honor de la verdad sea dicho, no es la única que ofrece. Triunfando de la mala dirección, luchando con la escasez de elementos de que la colonia podía disponer, no pocos ingenios salidos de la Universidad de San Marcos, ó formados en la escuela del pueblo, llegaron á adquirir cierta celebridad aun en la misma Europa.

Pertenece al número de los últimos nombrados, es decir, al de los que se formaron sin estudios literarios ni dirección escolar alguna, D. Juan Caviedes, autor de un volumen de poesías titulado *Diente del Parnaso* que no ha merecido los honores de la publicidad y del cual conocemos solo pocas composiciones. El fondo moral, que fué muy profundo en Caviedes, está disimulado y á veces hasta desmentido aparentemente, en sus escritos, por la forma satírica en que va envuelto, circunstancia que según D. J. M. Gutiérrez la afilia á la escuela de Horacio y Juvenal (1). En efecto, como los autores citados, Caviedes dirige sus invectivas contra la vanidad y la hipocresía, contra la ignorancia y la inhumanidad, contra los vicios, en fin, que habían adquirido ya en su tiempo, un considerable desenvolvimiento en Lima.

Fustiga á los falsos devotos y los pinta con pinceladas que recuerdan á Molière y á Moratín. Como hombre de condición humilde tuvo ocasión de alternar con los tipos más característicos del pueblo, y de estudiar sin quererlo sus costumbres, su temperamento y sus miserias.

En el libro que contiene las poesías escritas con motivo de un certamen poético celebrado en 1689 por la Universidad en honor del conde de Monclova, figura una de las composiciones más originales de Caviedes: es un diálogo sostenido por dos pobres de solemnidad, *capitanes del pobrismo*, según la expresión del poeta, y campea

en todo él, junto con la agudeza y el donaire, aquella filosofía popular que como por instinto poseen los desheredados de la fortuna.

La ignorancia natural de un hombre que jamás estudió ni siquiera los elementos de una literatura, ni el arte de la métrica, salvó así mismo á nuestro poeta de la corrupción que acusaban en su tiempo las producciones literarias, aun las de los grandes ingenios españoles como Lope y Quevedo, los cuales como es sabido, no pudieron escapar á la influencia deletérea de la literatura puesta de moda por el poeta cordobés.

Las producciones de Caviedes no pueden citarse ciertamente como modelos de pureza y corrección, hay sin duda en ellas mucho que pulir, pero así y todo acusan un espíritu observador, un ingenio agudo y una admirable independencia de carácter.

Al mismo siglo de Caviedes pertenece otro poeta que forma con él, en cierto modo, el reverso de la medalla: me refiero á Fray Juan de Ayllón, autor de un poema en honor de veintitrés sacerdotes mártires canonizados. Este poema que su autor decía estar escrito en *estilo nuevo*, es un producto genuino del gongorismo peninsular, y su argumento no pudo ser más trivialmente desenvuelto; Ayllón necesitaba para dar cabida á sus metáforas y exajeraciones, un cuadro lujoso que las contuviera, y escogió largas descripciones de fiestas religiosas y de pompas de Iglesia, donde abunda mucho el oro, las sedas adamas-cadas, el incienso y las filigranas. Sin embargo, las pocas noticias que nos quedan del sacerdote limeño, dan como un hecho, el que no careciera de ingenio y el que poseyera una vasta erudición, que por otra parte, derrama inopinadamente en sus versos, contribuyendo así á hacerlos más prosaicos y fríos.

Esta circunstancia no es de extrañar, ya que el gongorismo hizo estragos, justamente en aquellos que se distinguieron por su preparación é inteligencia. Prueba irrecu-

sablé de esto tenemos, en lo que al Perú se refiere, en D. Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides, algo así como un *fenix de los ingenios*, en cuyo honor casi no hay escritor peruano del siglo XVIII que no haya escrito elojiosos conceptos, «la honra del Perú», «el que todo lo sabe», «crédito y lustre de su patria» y cuyo nombre ha atravesado el océano yendo á ser ensalzado en la misma Europa, por hombres como Feijóo, La Condamine, Frezier y otros.

Tanta fama debió sin duda corresponder á un mérito positivo; en efecto, fué Barnuevo una de esas inteligencias ávidas y bien orientadas, universalistas en sus conocimientos, pues lo mismo estudió Letras que Filosofía, Matemáticas que Historia, versadísimo en lenguas é inagotable versificador.

El conocimiento profundo de las costumbres de los Incas y de sus luchas contra los conquistadores, debieron sugerir á Peralta el deseo de inmortalizar en un poema heróico, de que hasta entonces careciera el Perú, la empresa genial de Pizarro y Almagro, coronada por el triunfo más completo. Para ilustrar ese poema, podía fácilmente recurrir á su archivo, notable en detalles de la antigüedad más remota en lo que á la colonia se refiere.

Lima fundada, título de la composición que me ocupa, es una pintura exacta de la naturaleza y de las costumbres peruanas, y un himno elevado en honor del Eneas español que afrontó la empresa de someter esa fracción del continente americano á la corona de Castilla.

La ejecución del poema no es perfecta, ni mucho menos; sus versos son muy á menudo ásperos y duros al oído, falta la armonía que se desprende de las estrofas de Ercilla, pero en cambio es superior á este en la pintura de la naturaleza y de las costumbres, donde el pincel de Peralta luce sus mejores matices.

Todo el poema gira alrededor de la persona de Piza-

rro, al cual sigue desde que parte de Panamá, hasta que vencidos los obstáculos que se le oponían, logra levantar en el valle del Rimac, la pintoresca ciudad de los reyes. El elogio del héroe que, á la manera de Eneas lo subordina todo á la realización de una misión que ha recibido del cielo, le hace olvidar que allí mismo en esa tierra sometida por él, hay una raza desdichada condenada á la humillación y al exterminio, y no tiene una sola palabra de compasión para su suerte. En resumen, la obra que hace la fama de Peralta, es una de las crónicas más exactas y eruditas que de la historia colonial se hayan escrito, y si no es propiamente un poema heroico, tal como lo pretendió su autor, es á lo menos uno de los panegíricos más entusiastas que se haya consagrado en América, á la gloria de sus conquistadores.

Los defectos de ejecución y el resabio gongórico que apunta en sus versos, encuentran natural disculpa en la época en que la composición fué hecha.

Peralta es también autor de una Memoria sobre el gobierno del Marqués de Castel Fuerte, ó mejor dicho, se constituyó en vocero del Virrey, como dice Gutiérrez; habla en su nombre, pasando revista á los hechos de su administración y apuntando ideas filosóficas que acusan sus estudios históricos.

Las demás obras de Peralta son: *España vindicada*, crónica á la manera de las que se escribían en la Península, y la comedia *Triunfo de amor y poder*.

Los autores peruanos hasta aquí estudiados, representan el espíritu añejo de la conquista española, sus tradiciones y costumbres: el espíritu nuevo inspirado en las reformas liberales de los filósofos del siglo XVIII, tuvo también su representante, en la persona de don Pablo de Olavide.

Espíritu cultísimo y selecto, pretendió imprimir á la sociedad en que viviera algunas direcciones científicas,

lo que le atrajo el disfavor de los retrógrados que eran los más numerosos, lo mismo en la colonia que en España, razón por la cual se vió obligado á emigrar de su patria.

Por fortuna, Olavide debía encontrar un consuelo á la injusticia de que era objeto, en el trato con una sociedad superior, de la que éran miembros principales Diderot, D'Alembert y Voltaire, quienes reconocieron en él los talentos que le adornaban, llegando el último á honrarle con palabras como estas: «Sería de desear que España tuviera cuarenta hombres como vos.»

Más tarde, cuando lucieron para la Metrópoli días de mayor felicidad, en los que se permitió á las inteligencias su más completa explanación, haciendo á un lado las rancias preocupaciones del fanatismo, gozó Olavide sus años de mayor prosperidad, y el recuerdo de los servicios que prestó á la colonización de Sierra Morena, no podrá borrarse de entre los más grandes que registra la historia pacífica de España, durante el reinado de Carlos III. La reacción no tardó sin embargo en producirse, y las más encarnizadas persecuciones hicieron imposible á Olavide permanecer en la Península. En Francia tuvo la satisfacción de saludar la Revolución que debía restaurar el imperio de la justicia y la razón, pero víctima de ella, ó mejor dicho, de los extravíos que la siguieron, sufrió desengaños desalentadores.

Una existencia tan accidentada, una lucha tan constante, sostenida contra las trabas y los prejuicios coneventuales, debió producir necesariamente en su espíritu una trasgresión dolorosa; el espectáculo de la Revolución falseada en sus fines por la exacerbación de las pasiones políticas, le llevó á concebir una obra inspirada en el deseo de restablecer la fe, sobre los fundamentos olvidados de la humildad y de la pureza de conciencia. Titúlase su obra: *El Evangelio en Triunfo ó Historia de un filósofo desengañado*, y no parece ser otra cosa que el relato de las vicisitudes á que él mismo

se vió expuesto, cuando abandonando la fe de sus primeros años, pretendió llegar al bien por el camino de una filosofía que había producido los desaciertos de los jacobinos y los crímenes del Terror.

No desdeñó tampoco Olavide ensayar sus facultades en el verso y compuso sus *Poemas cristianos*, en los cuales se encuentran trozos que recuerdan, aunque á gran distancia, la pintura de la vida sosegada y tranquila hecha por Horacio y de León.

Es indudable que abrumado Olavide por el pensamiento de que había errado el camino, se propuso rescatar sus faltas dedicándose al cultivo de la musa mística, ansioso de *lavar con llanto, lo que el pecado había manchado*, según sus propias palabras.

El teatro le tentó también durante su estadía en Europa; tradujo varias tragedias francesas y él mismo compuso algunas originales, tales como *Celmira é Hipermenestra*.

Como poeta fué fluido y elegante, dominó poderosamente la métrica y supo comunicar á sus versos la profunda melancolía que había dejado en su alma la lucha estéril de toda su vida.

Con el bosquejo hecho hasta aquí en el presente capítulo, queda manifestado el carácter de las letras coloniales peruanas, en lo que se refiere á la producción popular, á la erudita y eminentemente española y por último á la que reconoce como origen, el contacto de la colonia con los países europeos donde el movimiento filosófico había producido sus primeras florecencias.

Fuera de Caviedes, Ayllón, Peralta y Olavide, han escrito en el Perú numerosos poetas y prosistas de entre los cuales merecen citarse el Príncipe de Esquilache, virrey español de gran talento y preparación; Aguilar, autor del poema épico *El Marañón*, y D. Luis del Monte también poeta.

Pasemos ahora á estudiar la literatura colonial de Chile.

Hablando del desenvolvimiento social que los aborígenes habían alcanzado en Arauco, un crítico chileno, se expresa en estos términos:

«Nada tuvieron que aprender los invasores del pueblo que venían á conquistar. Al revés de lo que sucedió en Europa, cuando el imperio romano comenzó á segregarse en diversas nacionalidades, en que los conquistadores encontraron en su camino pueblos mas civilizados que ellos, adoptaron sus costumbres, se impregnaron de la civilización mucho mas adelantada que hallaron, y poco á poco su bárbaro idioma se fué transformando para dar origen á las diversas lenguas de las naciones modernas, los españoles nada recibieron de los hijos de Arauco, á no ser una que otra voz que vino á aumentar el castellano» (1).

En efecto, aquella sociabilidad indígena es una de las que menos recuerdos literarios posee, y su misma civilización es de las más ínfimas que en América se hayan desenvuelto. Existe sin embargo un hecho que ha venido á producir en la literatura colonial chilena un movimiento particular: es la lucha que durante tanto tiempo sostuvieron los conquistadores contra los naturales, lucha que debía tener su reflejo en la literatura de la época. «Donde ha habido tanta bravosidad de armas no faltará la suavidad y belleza de las letras en sus propios hijos», decía Garcilaso de la Vega, hablando de Chile, y así ha sucedido; la crónica de los hechos de armas, y los cantos heroicos inspirados en las glorias militares, llenan las páginas de su literatura colonial. En el resto de las colonias hispánicas, la pintura de la naturaleza, ó los asuntos propios de la paz, fueron los temas que inspiraron de preferencia á la mayor parte de los escritores; fuera de una que otra crónica rimada y de alguna canción en honor de los héroes españoles, casi todas las composiciones fueron sobre cuestiones natu-

(1) MED NA. *Literatura colonial de Chile.*

rales ó sentimientos personales; en Chile pasó precisamente lo contrario: por excepción se compusieron piezas descriptivas ó pinturas de afectos sencillos; el rumor de los campos de batalla, las virtudes heroicas de aquella raza de hierro, el arrojo y la victoria de los capitanes iberos, tales fueron los númenes que inspiraron á los vates é historiadores, suministrándoles materiales abundantes para sus relaciones y epopeyas. Los autores fueron casi siempre actores en los dramas que cantaron y esto contribuyó así mismo á dar un carácter distintivo á la producción chilena.

«Los poemas que se fundan en los hechos históricos del Nuevo Mundo—dice Ferrer del Río—la mayor parte son admirables, pues sin faltar á la verdad tienen en sí bastante caudal de lo maravilloso y de lo grande».

«Seducidos los poetas españoles por el ejemplo de Lucano, han aspirado á hacerse los poetas de la veracidad histórica», agrega A. Nicolás.

Estas opiniones dicen todo lo que podríamos desear acerca del valor histórico y literario de las obras escritas en Chile durante el coloniaje.

La Araucana de Ercilla, es sin duda el punto de arranque de esa literatura. No corresponde aquí apuntar opiniones al respecto, ni hacer el análisis de esta obra, que aun que chilena por el asunto que trata es eminentemente española por su carácter y elementos constitutivos. Quede pues para Chile únicamente el hecho de que *La Araucana* fué como el sonido del timbre eléctrico que puso en vibración la atmósfera literaria hasta entonces tranquila. Apenas publicado el poema, Santistevan Osorio le agregó la cuarta y quinta parte, pues de agregado y nada más puede calificarse la producción de este poeta, ya que no trajo á la composición de Ercilla un átomo de belleza ó de espontaneidad.

Continuador de Ercilla fué Alvarez de Toledo, autor del *Puren Indómito*, crónica histórica de los hechos de que fué parte. Su libro es precioso como fuente de infor-

mación sobre las creencias, costumbres, táctica militar, conocimientos y diversiones de los araucanos. Es cierto que á veces falta á la verosimilitud, haciendo actuar á los indios como hombres cultos y delicados; es cierto también que la versificación es incorrecta, pero en cambio fluye de toda la obra un sentimiento honrado y valeroso que la hace fuertemente simpática. Un notable progreso en el estilo acusa un poema inédito atribuido á D. Juan Mendoza y titulado *Las guerras de Chile*; hay en él concisión y se nota la huella de los preceptos aceptados por los codificadores doctrinarios en lo que á la epopeya se refiere.

Pero el que sin duda alguna llena con su figura el ciclo de los poemas heróicos en Chile, es el licenciado Pedro de Oña, que consagra su obra *El Arauco domado* á reivindicar la gloria de Mendoza, cuyo nombre había sido silenciado por Ercilla en su poema. La obra es inestimable como fuente histórica y en ella han bebido muchos de los que posteriormente han hecho relaciones verdaderas de costumbres araucanas. El mismo dice de su poema que: *no es fábula ni poética figura, ficción artificiosa ni ornamento, sino verdad patente.*

Su musa es á veces juguetona y traviesa, cuando describe los solaces de los indios en medio de la naturaleza que pinta de una manera magistral. A veces también se torna grave y filosófica, cuando enumera los tormentos á que son sometidos los indios condenados al trabajo de las mitas, ó cuando discurre sobre la vanidad de las cosas humanas y la inestabilidad de la fortuna.

Ciertamente que Oña ha sufrido muchas veces la influencia del mal gusto reinante y que muchos pasajes de su obra son oscuros y llenos de ambigüedades, pero de todos modos, el espíritu general del poema es de profunda verdad y sentimiento, condiciones preciosas y mucho más cuando se trata de poemas de esta clase. Así lo han reconocido Ternaux Compans, Francisco Figueroa, que le dedicó una canción, y Lope de Vega, quien dicho sea en honor del

poeta chileno, puso en escena los principales episodios que el poema relata.

La Crónica y la Historia han tenido en Chile sus altos representantes durante la Colonia.

El conquistador Valdivia, autor de sus Cartas al monarca español dándole cuenta de la marcha de la conquista, ha sido puesto, como escritor, á la altura de Cortés. Entre los chilenos, el P. Ovalle es autor de la *Histórica relación*, obra sincera en que se propuso dar á conocer la geografía é historia de Chile.

Méritos no tan relevantes pero considerables sin embargo se encuentran en la *Población de Valdivia*, producción de Fray Miguel de Aguirre; en la *Historia General del Reino de Chile*, debida al misionero Rosales: y en la que Tesillo dedicó á examinar las causas que hacían interminables las guerras en Chile.

Pero entre todos los cronistas chilenos merece especial mención el abate Ignacio Molina, jesuita que expulsado de Chile por el decreto de Carlos III, se refugió en Bolonia, donde preparó su *Compendio de historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, obra que mereció los honores de la reproducción en varios idiomas europeos. De ella decía Humbolt que era, para su tiempo, un monumento elevado á la gloria de Chile.

Las calidades de filólogo y naturalista que adornaban al ilustre sacerdote, le hubieran asignado un lugar prominente en las letras de su país, á haber podido desenvolver en él sus múltiples talentos. - Sin embargo, ellos fueron causa de muchas de sus desgracias; habiendo asegurado que no existe una diferencia fundamental entre los animales y las plantas, y establecido la escala en cuyos extremos se confunden los dos reinos, fué acusado de hereje y destituido de sus funciones eclesiásticas, suerte que cupo á más de un hombre de inteligencia superior, en aquellos momentos en que libraban batalla reñidísima, el espíritu retardatario, apegado á las

viejas fórmulas escolásticas, y el espíritu nuevo que hacía su aparición radiosa iluminado por la antorcha del libre examen y de la observación de la naturaleza.

Aun cuando la poesía heroica y la Historia fueron los dos géneros literarios más cultivados en Chile durante los siglos que precedieron al de su independencia, no dejaron de hacerse algunos ensayos de poesía lírica propiamente dicha.

La musa satírica inspiró al festivo P. López sus improvisaciones ligeras y llenas de donaire, y á D. Lorenzo Mujica, autor fecundísimo de epigramas y cántares, de los cuales muy pocos han llegado hasta nosotros.

La poesía mística tuvo su principal cultivador en Nuñez de Pineda, cuyo *Cautiverio Feliz*, relación de una estadía entre las tribus indígenas de que había sido cautivo y cuya colección de himnos religiosos muy fervientes, acusa sino al poeta fácil, al menos al versificador ingenioso.

Fuera de estos escritores podrán citarse muchos otros que florecieron por el mismo tiempo, pero siendo sus producciones de las menos características é importantes, considero para mi objeto inoficioso traerlos á cuenta.

Baste, pues, por el momento, y para cerrar este capítulo, hacer presente que la Literatura colonial chilena es una de las mas ricas y de más valor que bajo la dominación hispánica hayan florecido en América.

CAPÍTULO XI

La Literatura en el Perú y Chile

(PERÍODO CONTEMPORÁNEO)

- El Perú. — Caracteres generales de las letras peruanas en el siglo XIX. — Principales escritores: Pardo y Aliaga, Segura, Soldán Unanue, Cisneros Salaberry, Corpancho, Fuentes, Palma y otros. — Importancia concedida á las letras. — El periodismo. — La Oratoria.
- Chile. — Fisonomía de las letras chilenas. — Géneros literarios que se cultivan con preferencia. — Epocas que pueden considerarse en la literatura contemporánea de Chile. — Escritores más notables en cada una de ellas. — Henríquez y los primeros años de la Independencia. — Acción de Mora y Bello. Los enigrados argentinos. — Movimiento literario del año 42. — Principales literatos: Sanfuentes, Lillo, Blest Gana, Matta, Bilbao y Lastarria. — Epoca posterior.

Producido en el Perú el movimiento popular en favor de la Independencia, allí, lo mismo que en el resto del continente, las contiendas políticas absorbieron por completo la actividad de los hombres de pensamiento, dejándoles poco espacio para el noble cultivo de las letras. Esta circunstancia que determinó en todas las naciones americanas un estancamiento momentáneo de las letras, es la causa principal de la indigencia literaria del Perú, quizá porque allí revistió caracteres más determinantes que en ninguna otra parte.

No les ha faltado á los escritores peruanos, como lo veremos enseguida, ni el ingenio que da vida á las concepciones artísticas, ni la cultura literaria que las reviste de galanura y dignidad; pero la mayor parte de las veces, ese ingenio y esa cultura han sido empleadas en asuntos de escaso valor literario ó han sido derrochadas en escritos ocasionales, gustados únicamente en la época de su producción.

Al corto número de hombres de letras, que escapan á esta regla general, es á los que dedicaré algunas líneas en el presente capítulo.

Entre los que han cultivado el género poético, figuran: Felipe Pardo y Aliaga, formado en España bajo la dirección del gran maestro Lista, y que escribió casi todas sus composiciones en forma satírica para la que tuvo especiales disposiciones y elegante verba; sus sátiras no fueron nunca acres ni licenciosas, pudiendo ser comprendidas más bien en el género humorístico, muy cultivado en el Perú; su *Corrida de toros* es una bella poesía; Luis Benjamín Cisneros y Manuel Ascencio Segura, poeta fluido el primero, autor de una hermosa composición elegiaca á la muerte de Alfonso XII, y el segundo escritor festivo, imitador de Bretón de los Herreros; este último tiene una porción de poesías fáciles y festivas en las que pinta de preferencia las costumbres peruanas.

Pedro Paz Soldán y Unanue, también cultivador del género satírico, pero cuya sátira, lejos de ser alegre y ligera como la de los latinos, tiene un dejo de amargura que la hace más semejante al *humeur* de los ingleses. Sus principales composiciones son el *Canto á Lesseps* y los *Días turbios*, que el inspirado poeta firma con el pseudónimo de Juan de Arona.

Carlos Augusto Salaberry, autor de composiciones poéticas muy sentidas y del drama *Atahualpa*, uno de los mejores ensayos hechos en América; es digno de especial mención su canto *A la locomotora*, cuyas últimas líneas constituyen un himno al progreso americano.

Manuel N. Corpancho, uno de los poetas mes verdaderos y sentidos del Perú, que se inspira en la naturaleza y en los sentimientos personales que agitan al hombre. Es autor de un tomo de poesías *Las brisas del mar* y de los *Ensayos poéticos* publicados en París, donde fueron muy bien conceptuados por las principales autoridades en la materia. Compuso también los dramas: *El poeta cruzado* y *El Templario*, así como un canto épico

á Magallanes, composiciones todas que se distinguen por el estilo cuidado y la versificación fácil y armoniosa.

Ricardo Rossel, premiado en Chile por su leyenda *Catalina Tupac Roca*, y autor de varias poesías muy estimadas.

Clemente Althaus, José A. Márquez, Constantino Carrasco y algunos nombres mas completan el cuadro de los poetas peruanos del siglo XIX.

Aquietadas las pasiones políticas que las luchas por la organización levantaron, los hombres dirigentes del Perú, se han preocupado de difundir en la juventud los conocimientos literarios, deseosos de dar impulso á la producción nacional. *El Ateneo de Lima*, *El Circulo literario* y la *Academia de la Lengua* contribuyen poderosamente al mismo fin.

Algunos escritores han iniciado ya la verdadera literatura nacional, inspirada en la naturaleza y en los hechos del Perú. A la cabeza de esos escritores, debe colocarse á Ricardo Palma, poeta distinguido, autor de varias composiciones festivas que aunque recomendables no constituyen el pedestal de su gloria, mantenida por sus famosas y populares *Tradiciones Peruanas*, en las cuales tienen cabida la historia y las costumbres coloniales de la Ciudad de los Reyes. Palma es el verdadero creador de ese género, que muchos han pretendido imitar en América, sin lograr colocarse á su altura. Escoje como argumentos para sus narraciones, asuntos, unas veces tomados del Archivo, y por lo tanto reales, y otras, puramente imaginarios, pero perfectamente acomodables á la época que trata; todas ellas están escritas en una forma castiza y al mismo tiempo nacional, descollando en el estilo la facilidad y el gracejo.

Fuera de los escritores que cultivan los géneros literarios citados hasta aquí, existen otros cuya actividad se ejercita en el campo del periodismo, la oratoria, las

ciencias sociales, etc. Al primer grupo pertenecen : Unanue, Ulloa, Quesada, Cándamo, Paz Soldán y otros, escritores todos de primer orden, cuyos artículos revelan la importancia que de un tiempo á esta parte se viene concediendo á las letras en esa república americana.

En la elocucióñ sobresalen Carós, Huerta y Tovar, orador político de gran fuerza el primero, y sagrados los dos últimos.

Para concluir con esta breve reseña citaré á Manuel A. Fuentes, cuya erudición le ha conquistado uno de los primeros puestos entre los hombres influyentes del Perú; á Mariano Rivero y Pacheco Zegarra, quichuistas ambos y versadísimos en arqueología americana; á Mariano F. Paz Soldán, dedicado durante gran parte de su vida á la ciencia geográfica; á Francisco Garcia Calderón, á Miguel A. de la Lama, y á Guillermo A. Seoane, competentes autoridades en materia de legislación; cuyas obras demuestran á la vez que una labor asidua y una ilustración completa, las dotes literarias de sus autores y ponen de manifiesto una vez mas, el constante empeño de los hombres de pensamiento en América, por constituir una literatura propia.

Con estas pocas noticias acerca del movimiento literario del Perú, durante el siglo pasado, terminaré la reseña al respecto, pues dadas las proporciones poco considerables que hasta el presente ha asumido ese movimiento, creo del todo innecesario extenderme en mayores consideraciones.

La república de Chile, más feliz que las del resto del Continente, no se ha visto envuelta con tanta frecuencia en esas luchas intestinas que han sido motivo de rémora para muchas de ellas y que han impedido á otras desplegar por completo, en las ciencias y en las letras, sus poderosas facultades. La nación trasandina no ha experimentado más sacudimiento de importancia que el que originó su separación de la Metrópoli, pasado el cual

gozó casi siempre de la tranquilidad que hace fecundo el trabajo.

Al estudiar la literatura chilena se observa sin embargo que no es, ni tan rica ni tan importante, como la de otros países americanos, tales como Colombia, la Argentina ó Cuba, y que los géneros literarios puros, generalmente cultivados con preferencia en América, no tienen en aquella, representantes de valor, si se exceptúan unos pocos escritores. ¿A qué se debe este fenómeno? A mi ver, no es agena á ello la naturaleza física del país: diferentemente á las demás naciones americanas, Chile posee un territorio pobre y estrecho que obliga á sus pobladores á dedicarse á cierta clase de trabajos, merced á los cuales puede suplirse en parte la riqueza del suelo: sus costumbres y sus instituciones políticas, reflejan esas necesidades sociales, y como consecuencia natural, el espíritu chileno se ha formado en la escuela de la reflexión y el cuidado.

La literatura, al igual de la riqueza, no es en Chile, en la generalidad de los casos, una producción espontánea como en Cuba, donde con la misma facilidad crecen bosques de palmeras que generaciones de poetas. El cultivo es la primera ley del pueblo chileno: el resultado de esa dedicación son las obras serias: históricas, sociológicas, en que han descollado más los escritores chilenos, que en los géneros genuinamente literarios. De aquí que, aunque no puede decirse que la literatura chilena es pobre, ella tiene una tendencia que afecta más á las ciencias que á las letras propiamente dichas, las cuales solo tienen unos pocos representantes en Chile.

Tres momentos distintos conviene distinguir en la historia literaria de la vecina república. El primero que sucede al reconocimiento de la Independencia, y en el que solo pueden mencionarse autores de escaso valor, tales como Vera Pintado, argentino residente en Chile y autor del primer himno chileno; y Camilo Henríquez ó el *Fraile de la buena muerte*, nombre con que se le conoce más

generalmente, apóstol de la causa revolucionaria, que derramó sus escritos, todos de ocasión, en periódicos y panfletos; ninguno de ellos merece sobrevivirle por su valor artístico, aunque todos están inflamados de un acendrado patriotismo.

De él dice Valderrama que *empleó la poesía como San Martín la espada* (1), es decir como arma de combate esgrimida á favor de la independencia. El sentimiento que inspira á Henríquez es el de toda la juventud chilena de esa época eminentemente revolucionaria, generación agitada por una verdadera ansia de difundir sus ideas patrióticas. El *Semanario republicano*, *El Duen-de*, *La Aurora*, y un gran número de hojas sueltas, circulaban entonces de mano en mano y sus artículos candentes eran leídos con la avidez imaginable.

Pero este período en que el tiempo y el reposo faltaban á los hombres de letras, es en Chile, como en las demás repúblicas, el de menos valor para la historia literaria de América. Las composiciones de Henríquez, de Irisarri y de otros poetas, eran bellas solo en atención á los conceptos que encerraban; pero examinadas hoy que los asuntos que cantan son más lejanos, no merecen elogios sinceros muy entusiastas. Quizá la única excepción que pueda hacerse, sea en favor de la Sra. Mercedes Marín del Solar, autora de una correctísima poesía elegíaca compuesta con motivo de la muerte de don Diego Portales.

El segundo período de la literatura chilena es el más importante y la influencia de los hombres que en él figuraron no ha sido solamente inmediata. Prepararon ese momento, dos extranjeros: el español don José J. de Mora que estableció en Chile una escuela donde se formaron los principales literatos del país, y el venezolano don Andrés Bello, de cuyas obras me he ocupado ya y del que solo diré aquí que sus enseñanzas fueron de incal-

(1) *La Poesía chilena*.

culable provecho para la formación de una falange de escritores, quizá los más notables de Chile, cuyo renombre no depende tanto de la inspiración que arde en sus composiciones, como de la pureza y corrección en la forma que emplean y del habilísimo manejo del idioma. En ese estado de cosas, hacia 1842, fueron á establecerse en Chile varios emigrados argentinos que huían de las persecuciones de la tiranía, y entre los que figuraban hombres de la talla de Sarmiento, Mitre y Alberdi. Este hecho debía imprimir un vigoroso movimiento á las letras chilenas.

Después de los trabajos por la organización del país, era necesario que se emprendieran los trabajos por la completa cultura del espíritu en el refinamiento de las letras; esta fué, en parte, obra de los emigrados argentinos, cuyo *elegante despejo y clara ilustración* dice Lastarria (4) excitaron los celos de la juventud chilena que era ya materia preparada por los hombres más eminentes de la época, para lanzarse de lleno en la vida literaria. Todos esos argentinos radicados en Chile, hombres de talento superior al nivel común chileno, ejercieron gran influencia en la política y la cultura del país que escogieron como asilo, y podemos decir sin jactancia, que los argentinos completaron en Chile, de esta manera, los trabajos que en su favor iniciaron al llevarles la independencia política.

Fundáronse por entonces dos hojas literarias: *El Museo de Ambas Américas* y la *Revista de Valparaíso*, dirigida la primera por el colombiano García del Río y la segunda por don Vicente F. Lopez, con la colaboración de Alberdi y de Gutiérrez principalmente.

Establecióse la *Sociedad Literaria* con el fin de ejercitar á la juventud en el trabajo de traducción y producción; y en el acto inaugural, don Victorino Lastarria

(4) *Recuerdos literarios.*

pronunció un discurso que será siempre oportuno, no solo, como su mismo autor lo dice, porque es un documento histórico que da idea del estado de las letras chilenas y de los problemas relacionados con ellas que en la sociedad se agitaban, sino porque sus pensamientos tienen el privilegio de no haber envejecido hasta la fecha, sin duda porque son verdaderos y perfectamente adaptables á cualquier época en que se trate de fijar los rumbos que ha de seguir la literatura americana. Dice en él que, América no debe imitar á ningún pueblo para formar su literatura, *aún inexistente*; critica el afán de algunos escritores por ceñirse á tal ó cual escuela, principalmente á la francesa; y opina que si de algo deben cuidarse los escritores americanos, es de mantener en toda su pureza la lengua patria, uno de los mejores dones que debemos á España; para conseguirlo aconseja el estudio de los clásicos españoles, fuera de lo cual, la naturaleza y los hechos americanos deben suministrar todos los elementos á la literatura americana. Las advertencias del ilustrado y patriota chileno no eran vanas: la mayor parte de los escritores jóvenes de su tiempo, deslumbrados por el esplendor del romanticismo que hacía crisis en Europa, especialmente en Francia y España, seguía fascinada aquella estela de luz no pocas veces fatua y se lanzaba á imitar servilmente á Espronceda, á Zorrilla, á Victor Hugo ó á Lamartine, no en lo que la escuela romántica tiene de bueno, sino en sus exageraciones sentimentales. Ese exotismo no podía ser de provecho para un pueblo nuevo que, como Chile, se abría por primera vez á la vida y que por lo tanto, no podía aún estar mortalmente desengañado de las ficciones mundanas; sentaba mal á los labios juveniles que su primer himno fuese á la desesperación. Lastarria atacaba de frente la enfermedad literaria que más estragos ha hecho en América, no porque la escuela que los ha producido no haya tenido excelentes cualidades y eximios sostenedores, sino por aquello de que cuando se quieren expre-

sar cosas no sentidas y mal comprendidas, se está expuesto á caer en exageraciones, á menudo ridiculas.

El establecimiento de la *Sociedad Literaria*, fué pues un hecho importante en la vida intelectual de Chile, hecho al que debía seguir de cerca otro no menos interesante, cual es la polémica iniciada por Sarmiento en *El Mercurio de Valparaiso*. Sostenía el brillante publicista, que los chilenos erraban el camino dedicando su preferente atención al estudio de la lengua castellana, en lugar de consagrarse á la producción espontánea, sin cuidarse tanto de la pureza del idioma en que se expresaran. No pretendía, sin embargo, nuestro ilustre estadista, que fuera despreciable ese estudio del purismo castellano: lo único que afirmaba era que, siendo Chile una sociedad nueva que aún no había producido nada notable en materia literaria, no era llegado todavía el momento de conceder mayor importancia á un idioma que no demostraba cómo sabía emplearlo. El debate se prolongó largo tiempo y no fué infructuoso; hostigados por ese acicate, algunos jóvenes aventajados y suficientemente preparados para abordar la tarea difícil del escritor de profesión, se propusieron volver por lo que consideraban su honor lastimado. El decano de estos jóvenes fué Salvador Sanfuentes que publicó en *El Semanario*, revista fundada en el año 42, un buen número de poesías y leyendas, más tarde coleccionadas en una obra. «Desde la aparición de Sanfuentes—dice Amunátegui—dejamos de estar expuestos á la vergüenza de tener que quedarnos callados, cuando se nos exigiese que nombrásemos un poeta nacional. (4)

Afecto á las tradiciones y asuntos históricos, el joven chileno publicó una serie de leyendas cuyos argumentos son tomados de la historia araucana y principalmente de la de la época colonial; tales son: *El bandido*, *Inami* ó *La laguna del Ranco*, *Huentemagu*, y *La destrucción de la Imperial*, que es la menos bella de todas. Tradujo la

Ifigenia y el *Británico* de Racine y escribió un drama, *Juana de Nápoles*, composición sumamente defectuosa, tanto en lo que se refiere á la pintura de los personajes que intervienen la acción, como en cuanto al estilo y la trama.

• *El Campanario*, tradición de asunto colonial es lo mejor que produjo. La pintura de las costumbres propias de la época á que se refiere el poemita, es verdadera y los tipos aparecen de cuerpo entero. Su estilo es sencillo y su dicción no se halla afeada por palabras extranjeras, siendo por el contrario muy castiza, lo que prueba que Sarmiento era injusto cuando pedía para Bello la *pena del ostracismo*.

La iniciativa de Sanfuentes fué pronto seguida por algunos otros poetas; entre ellos debemos mencionar á Eusebio Lillo, no porque haya roto entonces sus primeras lanzas en el campo de las letras, sino porque en ese tiempo es cuando produjo sus mejores poesías. En efecto, Lillo era ya poeta desde tiempo atrás, pero ofuscado por su poca orientación literaria y falto del lastre que da una buena preparación científica, marchó largo tiempo en completo extravío; afiliado á la escuela romántica fué uno de sus más denodados discípulos, como lo prueba su composición *El Angel y el Poeta*. Defectos que nacen de las causas apuntadas, desmerecen así mismo su poesía, *Al Sol del 18 de Septiembre* y su *Canto á Caupolicán*.

Con la acción de las buenas lecturas á que Lillo fué siempre muy afecto y con el reposo que nace de la madurez, adquirió mucho de lo que le faltaba para ser un gran poeta y perdió sus resabios románticos, si bien se conservó siempre en sus versos, melancólico y extremadamente tierno. En 1847, es decir, cuando estaba en su plenitud el período que nos ocupa, Lillo escribió la nueva *Canción Nacional*; produjo luego *El Junco*, *Deseos*, algunos sonetos muy bellos y los *Fragmentos de los recuerdos de un proscrito*, composiciones en que se revela un escritor de nota y un poeta bastante inspirado.

Después de Lillo debe mencionarse á Guillermo Blest. Gana, autor que puede ser clasificado en la misma escuela á que aquel pertenece: romántico extremado al principio, se moderó más tarde; el fundamento de su gloria es un tomo de poesías breves y elegantes, entre las cuales *Blanca* es una de las mejores; en ellas no se encuentran esos rasgos de inspiración que hacen el mérito de las composiciones de Valdés, de Gutierrez González, de Nájera y de otros poetas americanos, pero fluyen un encanto tierno que nace de la misma sencillez. El principal carácter que distingue la poesía de Gana, es la subjetividad, lo que por otra parte constituye una peculiaridad de los poetas chilenos, quienes poco atraídos por el espectáculo de la naturaleza, sin duda porque la del país que habitan carece de aquellos panoramas que hacen de los de las zonas tropicales, fuentes de inagotable inspiración, prefieren pintar los afectos humanos.

Blest Gana ha escrito un drama: *La conjuración de Almagro*, ha fundado la *Revista del Pacífico*, ha comenzado una novela, *El número trece*, que no alcanzó á concluir, y ha engalanado, en fin, con varias producciones, las columnas de los principales periódicos chilenos.

Guillermo Matta es, sin disputa, el poeta más fecundo de Chile: excelente colorista, sobre todo de las pasiones humanas, ha empleado sus versos como un medio para propagar ciertas ideas filosóficas. *Un cuento endemoniado* y *La mujer misteriosa*, leyendas, y dos tomos de poesías publicados en 1858, son los principales títulos que tiene Matta á la consideración de que es objeto.

Matta no es un poeta americano, ni por sus ideas ni por sus versos. Por su pensamiento es un descendiente de los filósofos que prepararon la revolución francesa, y por sus producciones un romántico, en el verdadero sentido de la palabra, es decir, no un poeta escéptico á la manera de Byron, como algunos han sostenido, sino un enemigo de las prescripciones de escuela, un decidido

partidario de la libertad practicada en las letras, al igual que en la política. En este sentido nadie puede negar su influencia benéfica en la moderna literatura chilena.

Sus composiciones ponen de relieve un cabal conocimiento del arte métrico, así como un gusto formado en la lectura de los buenos modelos; *El arpa de Eurípides* es perfecta en su forma y conceptos.

Los cuatro poetas citados son los únicos que pueden ocupar, sino los primeros, al menos puestos de importancia en el Parnaso americano.

Arteaga Alemparte, poeta moral, Wálker Martínez, Puelma Tupper y algún otro cultivan la poesía con alguna felicidad, pero no agregan nada al valor de la Lirica chilena.

He dicho que los trabajos serios han preocupado especialmente á los escritores de Chile y voy á hablar de dos de ellos que á la par de Bello y Sarmiento han trabajado ardientemente por el bienestar social de su patria. El primero es D. Francisco Bilbao, figura original y brillante, personalidad compleja cuya vida agitada ha sido fecunda en propagandas civilizadoras. La fisonomía intelectual de Bilbao, ha sido descrita así por Lastarria: «Era un espíritu ardiente y poético, pero su poesía brillaba como una manifestación del acendrado misticismo que formaba el fondo de su sentimiento; no podía dejar de ser creyente, y faltándole su antigua fe en el catolicismo, se asilaba en el Evangelio para condenar aquella creencia y buscaba la satisfacción de su misticismo, en la metafísica meseniana de Lamennais y otros socialistas teológicos». (1)

Bilbao no fué propiamente un político, pues solo se mezcló en las cuestiones de ese género cuando se agitaba en ellas algún problema que interesaba sus ideas revolucionarias; no fué tampoco un filósofo, pues sus escritos no contienen ideas ó sistemas que lo revelen

(1) Obra citada.

como tal; fué más bién un hombre de acción y el título que le corresponde es, sin duda, el de apóstol.

Para comprender la acción de Bilbao, hay que tener en cuenta el carácter de la sociedad chilena de su tiempo, apegada como la del Ecuador y Perú á ciertas ideas rancias de un ultramontanismo retrógrado. En esa, como en otras repúblicas americanas, han debido librarse reñidas batallas en contra de verdaderas tiranías religiosas.

Penetrado de los principios de *libertad, igualdad y fraternidad*, que los filósofos de la Revolución habían proclamado como lemas, Bilbao se propuso regenerar á la sociedad en que vivía, y para conseguirlo escribió su *Sociabilidad chilena*, obra que iba á chocar precisamente con todas las preocupaciones [hasta entonces respetadas. Bilbao fué acusado de *inmoral y sedicioso*, destituido de sus cargos en la enseñanza y condenado á vivir en destierro perpetuo, único medio de escapar á persecuciones incesantes. De la influencia que el ultramontanismo ejercía en la sociedad chilena de ese tiempo, da idea el hecho de que la obra de Bilbao fuera quemada públicamente por la mano del verdugo (¡ 1844 !).

El eminente pensador viajó por América, residiendo largo tiempo en Buenos Aires, donde fué objeto de grandes demostraciones que su talento merecía; su muerte dió lugar á una de las manifestaciones más sentidas, llegando á decirse sobre su tumba que fué el más grande hombre de América.

Por el martirio que sufrió viviendo constantemente emigrado y por el calor con que defendió sus ideales generosos, Bilbao es acreedor á la admiración y al respeto de los pueblos americanos.

Sus ideas fatalistas en la apreciación de los hechos históricos están puestas de manifiesto en *La ley de la Historia*, de la cual dice Lastarria :

« Jamás hemos leído un cuadro tan completo ni una crítica más filosófica y elevada de las teorías que com-

templan la evolución histórica de la humanidad, como la obra del fatalismo, de la voluntad de Dios ó de leyes providenciales» (1).

Bilbao prepara pues en el orden social una revolución cuya importancia no ha sido desconocida sino por los espíritus menguados; esa revolución no afecta solo al orden social chileno sino que contribuye también á la independencia de sus formas literarias. Por su estilo, que al principio fué de una concisión casi enigmática y parabólica y que se tornó después más claro, sin dejar de ser profundo, Bilbao es quizá uno de los primeros prosistas chilenos: introdujo la feliz innovación de espresar las ideas en una forma acorde con el fondo del pensamiento, sin rebuscamientos forzados ni adornos inútiles. Todo el calor de su alma apasionada por la misión social que se creía llamado á cumplir, brota de sus expresiones sencillas, pero verdaderas, y esto es precisamente lo que hace la belleza de los escritos que su pluma produjo.

El segundo de esos hombres que hicieron del mejoramiento chileno su preocupación de todos los momentos, es Victorino Lastarria, autor de las *Lecciones de política positiva*, obra en que descansa principalmente su renombre: Funcionario público en Chile, fundador y colaborador de varios periódicos, predicador de reformas políticas y literarias, profesor consagrado á la formación de la juventud útil y progresista, autor de la novela *El mendigo* y de varias obras importantísimas, tales como *La Historia de medio siglo* y la *Revista de los progresos del sistema representativo en Europa y América, durante los primeros cincuenta años del siglo XIX*, fué sin embargo, desconocido en su país, castigo reservado á todos los que logran elevarse sobre el nivel general, teniendo que emigrar y publicar en el extranjero la mayor parte de sus obras.

Lastarria es un escritor fácil, pero su estilo algo seco, impide que sus escritos sean completamente gustados.

(1) Obra citada.

Tal es el movimiento literario y tales los hombres que figuran en el segundo período de las letras chilenas, si bien algunos aparecen aún en el tercero, que tiene su punto de arranque en la iniciativa de los hermanos Alemparte, fundadores de *La Semana*, revista en la cual colaboraron los Amunátegui, que se ocuparon de crítica literaria, Barros Arana, autor de la conocida *Historia de América*, Alberto Blest Gana, que empieza entonces á distinguirse por sus novelas llenas de colorido local, Valdés, célebre por sus estudios de economía, y el mismo Lastarria, ya citado.

A ese tercer momento iniciado en 1859 pertenecen las poesías de Blanco Cuartín y sus dos leyendas *Blanca de Lerma* y *Muckandal*; en unas y otras se manifiesta Cuartín dotado de una esquisita sensibilidad y decidido partidario de los restauradores del buen gusto, depravado por la imitación poco juiciosa de los románticos españoles y franceses.

La fundación del *Círculo de Amigos de las Letras* y más tarde la de la *Academia de Bellas Letras*, contribuyó aún más al perfeccionamiento literario en Chile.

A las dos últimas épocas pertenecen algunos ensayos dramáticos, tales como: *Los amores del poeta*, de Carlos Bello, *Caupolicán II*, *El mal pagador* y *El castillo de Mazini*, de Sanfuentes, *El embrollón*, de Mora.

La crítica literaria adquirió algún desenvolvimiento en el tercer período: Sarmiento, Mora, Bello y otros hombres de alta reputación en las letras les consagraron también particular atención.

En los demás géneros, Chile ha sido muy poco fecundo, si se exceptúa en el histórico, en el que descuellan, Vicuña Mackenna, el escritor más fértil de toda la América latina y el más original de sus historiadores; y Barros Arana, cuya sólida preparación enciclopédica, muy pocos han logrado igualar en el Nuevo Mundo.

CAPITULO XII

La Literatura en el virreynato del Río de la Plata

El virreynato del Río de la Plata: países que lo componían; su progreso relativo. — Las primeras manifestaciones literarias. — Las Crónicas de Schmidel y Barco de Centenera. — los *Comentarios* de Cabeza de Vaca. — Las Historias de Lozano y Díaz de Guzmán. — *Viajes a la América Meridional*, de Azara, importancia de esta obra. — Movimiento intelectual de la colonia á fines del siglo XVIII. — Vertiz, su aclón. — Fundación del Colegio de San Carlos. — El Dr. Maciel como Rector del Colegio y como hombre de letras. — Los primeros escritores criollos; Lavardén; sus producciones. — Estado intelectual de la colonia al comenzar el siglo XIX. — Iniciación del periodismo. — Las invasiones inglesas. — López y Planes: *El Triunfo Argentino*.

El Virreynato del Río de la Plata creado por real cédula de Carlos III en 1777, abrazó dentro de sus vastos límites, por espacio de treinta y tres años, toda la parte del territorio americano comprendida entre la vertiente oriental de los Andes y el Océano Atlántico, desde Buenos Aires hasta el Cabo de Hornos. En esa dilatada extensión pueden reconocerse diferentes fracciones que hoy constituyen países independientes, á saber:

El Alto Perú (hoy república de Bolivia), Buenos Aires y el Tucumán (hoy la Argentina), el Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay.

Ninguna de esas fracciones alcanzó antes del Virreynato un desenvolvimiento intelectual, ni menos literario, digno de mención; apenas si Buenos Aires tuvo algunos cronistas y un solo poeta.

Esta es la razón de que en el presente capítulo me limite á hacer una breve reseña del movimiento literario en el Río de la Plata, desde que se inicia la conquista española en esta importante región americana, hasta

aquellos momentos que preceden inmediatamente al de la independencia.

De lo dicho no hay que deducir, sin embargo, que la literatura de los primeros años del coloniaje haya estado en el Río de la Plata, á la altura de la del resto de América; lejos de eso, fué escasa y de poco valor, lo que se explica por la doble circunstancia de haberse radicado en nuestro suelo, colonizadores que representaban la parte menos ilustrada de la sociedad española, y por la inferioridad intelectual de las razas aborígenes que habitaban el territorio, antes del descubrimiento.

Las manifestaciones literarias del Río de la Plata se reducen, durante los primeros tiempos de la conquista, á unas cuantas crónicas y á algunas producciones poéticas, de las cuales solo una merece mencionarse. Diré cuatro palabras de unas y otras.

Puede decirse con verdad que la literatura hace su aparición en estas regiones, con la obra de Ulrico Schmidel, soldado alemán que tomó parte en la expedición de Mendoza y que, habiendo presenciado los hechos ocurridos en el Río de la Plata, durante una estadía de veinte años, los refirió en un libro que ha sido mirado por los que se ocupan de Historia Argentina, como un documento de primer orden.

Considerada del punto de vista literario, la *Historia verdadera de un viaje curioso*, tiene los méritos que derivan de la sencillez y de la concisión mas perfectas.

Completando esta obra de crónica, aparece años más tarde, *La Argentina*, de Barco Centenera, arcediano extremeño que acompañó á Ortiz de Zárate en su viaje á Buenos Aires y que fijó en el poema de ese nombre, todos los hechos realizados en estas tierras desde su descubrimiento hasta 1592.

Aunque muy distante de poseer las dotes literarias de cualquiera de los poetas que siguiendo el ejemplo de Ercilia, quisieron inmortalizar su recuerdo junto con el de las hazañas que narraron, Centenera tiene el mérito

de la veracidad, sobre todo en la relación de aquellos sucesos que presenció. Su estilo es pesado y prosaico, y la larga extensión del poema, sembrado de reflexiones ridículas y de figuras del peor gusto, hace poco atractiva su lectura. Sin embargo, *La Argentina* á la que D. Juan M. Gutiérrez dedicó un estudio prolijo, constituye una fuente de información de valor incalculable, á la cual hay que recurrir á cada momento, cuando se quieren conocer hechos ocurridos durante los primeros tiempos de la conquista.

Aunque de mucha menor importancia que las dos obras citadas, merece ser mencionada la de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, los *Comentarios*, escritos con el objeto de levantar las acusaciones hechas al adelantado, por sus enemigos de la colonia y de la metrópoli. En ella se concede mayor atención á los hechos en sí, por lo cual el estilo se resiente de notorio descuido; además, la verdad histórica está á menudo falseada, lo que se explica por el carácter mismo de la obra.

El nombre de historiadores, con mas propiedad que el de simples cronistas, corresponde á dos escritores también españoles: el Padre Lozano y Ruy Diaz de Guzmán, autores de las conocidísimas obras: *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, y de la *Historia Argentina*, respectivamente.

Dos siglos después de aquel en que figuran estos historiadores, D. Felix de Azara, miembro de la comisión designada por España para entender en la demarcación de límites entre los dominios de aquella y los del Portugal, tuvo ocasión de recorrer nuestras selvas, recogiendo en ellas infinidad de datos con que compuso una obra monumental, titulada: *Viajes á la América Meridional*, y en la cual tienen cabida multitud de cuestiones relacionadas con la Historia Natural, la Etnografía, Climatología y Estadística americanas. El libro de Azara vino á ser, en la época de su aparición, un verdadero

foco de luz cuyos rayos debían disipar las tinieblas con que hasta entonces se envolvían los hechos verdaderos. Bien pensaba nuestro ilustre Rivadavia cuando tradujo aquella obra del francés, en que había sido escrita por su autor, afirmando que la difusión de los conocimientos en ella contenidos, se imponía en nuestro pueblo, como una necesidad científica.

Hasta aquí el movimiento literario del Río de la Plata, se reduce á muy escasas producciones, todas debidas á la pluma de escritores europeos. Esta es la razón de que su estudio sea para nosotros, de poco interés.

Es á fines del siglo XVIII, justamente en la época en que Azara escribe su obra, cuando empieza para la colonia un período de progreso que debía ser continuado después, en el siglo XIX, y desenvuelto plenamente por la independencia política.

Desde 1765, año en que Carlos III permitió que los mercados de Buenos Aires pudieran ser frecuentados por comerciantes extranjeros, llevando á la colonia objetos manufacturados y cargamentos de negros, á cambio de igual cantidad de frutos del país, abrióse esta importante parte de América, á una nueva época, acrecentose su población, la vida se hizo más fácil, y como consecuencia del contacto de los criollos con los europeos que les traían nuevas miras, comenzó á hacerse notar entre aquellos, cierto anhelo por los estudios superiores.

Los gobiernos acertados de Cevallos y Vertiz los pusieron en el camino del mejoramiento, y aun cuando los sucesores de estos virreyes no se distinguieron por sus medidas en pro del progreso, una buena parte de la población mantuvo, ya para siempre, en la colonia el espíritu de cultura.

Entre las muchas mejoras que se deben á la iniciativa del Virrey Vertiz, una de las más considerables es la que introdujo en la educación secundaria de la juventud, creando el célebre Colegio de San Carlos, centro que muy pronto debía ser superior á la misma Universidad

de Córdoba, pues mientras ésta había sido organizada sobre las bases de la Escolástica, aquel lo había sido sobre las de principios más liberales y progresistas.

Los primeros años del Virreynato se señalaron pues, por un movimiento intelectual, digno de ser apuntado. A la cabeza de los que provocaron ese movimiento debemos colocar al Dr. D. Juan Baltasar Maciel, sacerdote ilustradísimo que había hecho serios estudios de Cánones y Derecho en Córdoba y Chile, y que desempeñó durante diez y siete años el cargo de maestrescuela, es decir, de director general de la enseñanza, en toda la extensión de la diócesis y más tarde el de Rector del Colegio de San Carlos, primer instituto de enseñanza superior en el Río de la Plata.

El espíritu liberal de Maciel que sostenía, no ya la sujeción á los principios aristotélicos, en lo que se refiere al estudio de la Filosofía, sino la libre aceptación de las ideas proclamadas por Descartes, Gassendi y Newton, que habían elevado á la categoría de principios, las verdades descubiertas en el terreno de la ciencia, es tanto más de señalar, cuanto que los doctores de Salamanca, invitados por Carlos III á que entraran por el camino de reformas análogas, habían respondido que nada tenían que reformar y que los estudios de la Universidad española se basarían siempre en los preceptos de Aristóteles «Qué contraste—exclama el Dean Funes—entre la fuerza de la inercia salamanquesa y el arranque innovador del discípulo americano de la Pagoda de Monserrat».

La instrucción que en el Colegio de San Carlos recibió la juventud criolla, le dió un vasto y bien distribuido caudal de conocimientos sobre Gramática, Retórica, Filosofía, Teología y Cánones, haciéndola sobre todo, apta para estudiar por sí misma con provecho, todo cuanto interesa al espíritu humano. Es así como á la vuelta de algunos años, el colegio de San Carlos produjo hombres de la talla de Basavilbaso, García, López y Manuel Moreno, que han brillado en las letras y en el foro de Buenos Aires.

La enseñanza de la Literatura entraba por gran parte en el plan de estudios del Instituto dirigido por Maciel, quien era á su vez un cuidadoso cultor de las letras, aun cuando en ellas no demostrara grandes dotes naturales; verdad es que por entonces las letras peninsulares estaban en completa decadencia, de la que no salieron hasta fines del reinado de Carlos III.

Los escritos de Maciel adolecieron de defectos de mal gusto; sus poesias á Cevallos y Loreto, de prosaismo y vulgaridad; y su estilo, en general poco elegante, llegó á veces hasta afearse con expresiones del mas acabado culteranismo.

Su obra menos imperfecta es el *Manifiesto histórico legal*, destinado á presentar los descargos contra las acusaciones de que fué objeto por parte de Loreto, quien movido de sentimientos mezquinos y rivalidades rencorosas, ordenó su destierro del país en que había nacido y al que había consagrado sus servicios hasta la avanzada edad de sesenta años.

Los honores y la gloria que los enemigos de Maciel no quisieron acordarle, no podían sin embargo serle negados: recibíolos de manos de los que mas amaba. Su nombre estará siempre unido al de los discípulos de que logró hacer hombres eminentes, y no podrá nunca recordarse á López ó á Moreno sin que detrás de sus sombras veneradas, surja la del maestro que los iniciara en el ejercicio de sus talentos.

Nuestro primer poeta, cronológicamente hablando, es sin duda D. Juan Manuel de Lavardén, contemporáneo de Maciel pero que, á diferencia del digno sacerdote, poseyó en el más alto grado los dotes del escritor. D. Juan M^a. Gutiérrez, hablando de la indiferencia con que en América se dejan en el olvido los nombres de algunas inteligencias privilegiadas que han sido su lustre en épocas anteriores, dice lo siguiente con respecto á Lavardén: «También nosotros, sin podernos eximir en nada de los destinos de la América, de que somos parte, deja-

mos desde mucho tiempo atrás, arrojadas algunas perlas poéticas entre las arenas de nuestro Río. Y debe tanto mas admirarnos este despego por tamaña riqueza, cuanto que siendo pobres en caudal literario, no hemos sido ingratos ni olvidadizos con méritos de otro género.

Algo falta á la corona de la gloria de un pueblo, cuando á sus laureles no se entreteje el mirto, y cuando en el blasón de su alcurnia (permitásenos esta figura aristocrática) no se hermanan en significación elocuente la espada con la lira, pudiéndose decir de las sociedades, lo que del individuo decía un noble castellano del siglo XV: *la ciencia no embota el fierro de la lanza, ni hace floxa la espada en la mano del caballero.*

Entre los que así yacén olvidados, merece mencionarse á D. Juan Manuel de Lavardén, que murió en visperas de la Revolución ».

En efecto, el nombre de Lavardén que durante el gobierno de Vertiz fué de la mayor resonancia, ha pasado luego á través de los años envuelto en una atmósfera de indiferencia inconcebible, hasta que en nuestro siglo, un hombre que ha hecho obra de patriotismo bien entendido, ha reivindicado para el ilustre porteño, la gloria de haber sido nuestro primer poeta lírico y dramático, al par que un espíritu superior altamente cultivado. Así lo presentan sus contemporáneos que le han dedicado páginas elogiosas y junto á los cuales dividió su vida entre sus empleos públicos, sus trabajos literarios y sus estudios agrícolas é industriales á los que fué muy afecto.

Como escritor Lavardén es un discípulo de la escuela neo-clásica francesa del siglo XVI, introducida en España durante el reinado de la Casa de Borbón y sostenida por Cadalso, Iriarte y Moratín. Conocía perfectamente los clásicos griegos y sobre todo los latinos, como puede verse leyendo sus cartas al Dean Funes, pero aunque rindió su parte de tributo á la costumbre de la época, consistente en matizar las composiciones poéticas de nom-

bres tomados á la mitología griega, jamás se sujetó á ella de una manera servil.

Sus principales composiciones son la *Oda al Paraná*, y la tragedia *Siripo*.

La primera es un verdadero acontecimiento en la literatura colonial de Buenos Aires. Centenera consagró una parte de su *Argentina*, al mismo asunto, pero lo hizo de una manera prosaica y sin novedad. Lavardén por el contrario, no solo se inspira en la contemplación de la naturaleza que describe de mano maestra, sino que también hace concurrir al engrandecimiento del objeto que canta, los progresos de las industrias y del comercio que las ondas del magestuoso río presencian en las orillas que bañan.

El estilo de esta composición es elegante, pero natural, no observándose en él la violencia ni el esfuerzo. Sus conceptos valen quizá más que la forma, sin duda porque ellos encierran un pensamiento patriótico y progresista, y ya que de patriotismo se habla, conviene hacer notar que, aun cuando no existía en esos tiempos una patria Argentina propiamente dicha, el sentimiento cívico agitaba ya el alma de Lavardén, como puede verse en estos versos de una sátira escrita por él en 1786.

El pueblo que de libre se gloria
Produce nobles almas, que á ninguna
Quisieran conceder la primacía.

La producción de *Siripo*, obedeció á una tendencia del espíritu de Lavardén, quien tenía verdadera inclinación por el género dramático, que se proponía cultivar extensamente; fué escrita para ser representada en 1789 en la *Casa de Comedias* fundada por Vertiz.

Es digno de elogio el propósito de Lavardén, en un tiempo en que para el teatro no se producían en América sino piezas de argumentos extranjeros; Lavardén buscó para la suya, el desenvolvimiento de un hecho histórico ocurrido en el territorio americano, cual es el suceso

siempre emocionante y en alto grado trágico ocurrido en el Fuerte de Sancti Spiritu:

La versificación del drama es buena, y las escenas, muy hábilmente dirigidas, mantienen el interés del lector durante toda su lectura; puede juzgarse el entusiasmo que despertaría én el público de Buenos Aires, poco habituado á presenciar en el teatro, la representación de hechos nacionales.

La influencia del vate porteño fué mayor de lo que se cree generalmente; D. Juan M^a. Gutiérrez le asigna nada menos que el decanato de la escuela que ha producido entre nosotros esa serie de poetas que comienza con él y acaba con la aparición de Echeverría. A Lavardén corresponde la gloria de ser nuestro primer escritor nacional.

Al comenzar el siglo XIX podía notarse ya en la capital del Plata un notable progreso en el orden intelectual y literario, representado principalmente por la juventud egresada del Colegio de San Carlos y de las Universidades de Charcas y Córdoba. La fundación del *Consulado* y la aparición del primer periódico, *El Telégrafo Mercantil, rural, político, económico é historiográfico del Rio de la Plata*, redactado por D. Francisco A. Cabello, y reemplazado después por *El Semanario de Agricultura y Comercio*, fundado por D. Hipólito Vieytes y D. Gregorio Cerviño, así como la creación de escuelas de Bellas Artes y de Náutica, de sociedades de Agricultura y de Industria, son pruebas suficientes de que el espíritu liberal y reaccionario, que por entonces reinaba en Europa, había hecho su entrada triunfal en la humilde colonia.

Todo esto ocurría en los albores mismos del siglo XIX, cuando aun no se hablaba de independencia. Las invasiones inglesas acabaron de agitar los espíritus ya muy conmovidos por las doctrinas de la Revolución francesa y les dieron ocasión de manifestarse con mayor vehemencia. A esa época pertenece Don Vicente López

y Planes, una de nuestras glorias más legítimas, como hombre político y como literato; dejando á un lado lo que concierne al primero, aquí de orden secundario, podemos decir que como hombre de letras merece muy bien el prestigio de que goza. Aun cuando su composición más afamada fué escrita en el periodo que sigue al que venimos estudiando, ya en este dió pruebas de lo que era capaz de producir su talento, en su brillante poesía *El Triunfo Argentino*, en la cual asoma el sentimiento que inspiró la Revolución de 1810.

La Historia de la literatura colonial en el Río de la Plata, se cierra pues con esa soberbia composición que es, al mismo tiempo, como un presagio feliz de su porvenir.

CAPITULO XIII

La Literatura en Bolivia y Uruguay

(PERÍODO CONTEMPORÁNEO)

El virreynato del Río de la Plata fraccionado después de la independencia: perjuicios producidos por ese fraccionamiento. — Bolivia, su cultura intelectual antes de la Revolución. — Escaso valor de su Literatura en la época contemporánea. — Principales poetas, historiadores, novelistas, oradores, etc.

La República Oriental del Uruguay, después de su independencia, su estrecha vinculación intelectual con la Argentina. — La Poesía: Hidalgo, Bermúdez, Figueroa, Berro, Pacheco López, Lamas, Gómez, Magariños Cervantes y Zorrilla de San Martín. — Otros géneros literarios.

Una vez producida y consolidada la Independencia, el Virreynato del Río de la Plata, lo mismo que los demás virreynatos existentes en América, sufrió el fraccionamiento producido por las luchas civiles en su vasto territorio; el Alto Perú, el Paraguay y el Uruguay, después de pasar por diversas alternativas, se constituyeron en tres repúblicas independientes las unas de las otras, lo mismo que la Argentina que históricamente debió ser la más importante fracción de un Estado considerable, constituido sobre la base del antiguo Virreynato. Los acontecimientos dispusieron, sin embargo, que las cosas pasaran de otra manera, quizá más para mal que para bien de tres de las secciones independizadas. En efecto, ni Bolivia, ni el Uruguay, ni mucho menos el Paraguay, han recojido ningún beneficio de la autonomía que conquistaron después de crueles guerras intestinas, ó de tratados caprichosos: por el contrario, las que antes de su erección en Repúblicas, dieron algunas pruebas de su vigor intelectual, sufrieron con ese hecho un

estancamiento del que aun no han salido; el Uruguay es quizá la única de esas tres fracciones que ha ido en progreso, pero si se mira bien, se verá que ello se debe precisamente á que ninguna república ha estado como ésta, en tan íntima vinculación con la Argentina, á tal punto, que sus historias literarias casi podrían reducirse á una sola, tan de acuerdo marchan á través del tiempo.

De todos los pueblos americanos de origen español, ninguno ha mantenido menos comercio de ideas con el resto de las naciones, que el Alto Perú, hoy república de Bolivia; segregada como el Paraguay del antiguo Virreynato del Río de la Plata, y erigida en nación independiente, por obra de Bolívar, ha venido á quedar privada de litoral en sus últimas luchas con Chile, asemejándose en un todo á Suiza por su posición en el continente y por la naturaleza de su suelo. Aun cuando el pueblo boliviano es esencialmente intelectual, no tiene literatura, á tal punto que es, después del Paraguay, el país americano más pobre en materia de letras.

Esto es tanto más de extrañar, cuanto que el Alto Perú fué durante el coloniaje, un foco de luz vivísima, especialmente en el siglo XVIII, después de fundada la Universidad de Charcas, una de las más célebres en América y donde se formaron las principales personalidades políticas del Virreynato. Ingenios españoles del mayor renombre residieron y escribieron allí, no faltando quienes hayan querido probar que Cervantes escribió en el Alto Perú, su *Don Quijote*, fundándose para hacer tal afirmación, en que existe una solicitud del afamado escritor español, en la que pide á los Reyes católicos, se le confie un puesto de importancia en dicha colonia; parece lo más seguro, no obstante, que nunca llegó á obtenerlo.

Producido el movimiento separatista, no se encuentran en Bolivia poetas dignos de cantar hecho tan trascendental, y si bien hacen oír su voz, Calvimonte, Salas, Cortés, Ramallo y Bustamante, sus versos no pueden mencionarse

como notables, pues aunque los inspira el talento, se resienten de los estragos del romanticismo lacrimoso, escuela que ha ejercido en Bolivia una verdadera dictadura.

Las luchas civiles ensangrentaron por largo tiempo el suelo de la infortunada república, y no produjeron, como en Colombia ó la Argentina, ardientes pensadores y poetas valerosos, que hicieran de sus palabras acerados látigos para fustigar con ellos á los enemigos de la patria.

Pasados los malos días, una generación de jóvenes formados todavía en la escuela de Hugo y de Musset, hizo algo por el desenvolvimiento de la poesía boliviana.

Pocos son los que se han dedicado á la producción de poemas de grande aliento; la leyenda aparece rara vez, habiéndola ensayado, sin embargo, con bastantè éxito: Calvo en *Ana Dorset*, Blanco en *Venganza de una mujer* y Campos en algunas composiciones sobre asuntos nacionales. La obra poética de mayores proporciones que se haya producido en Bolivia, es sin duda el poema *La Creación*, del malogrado Tovar, en el que hace gala de estilo elegante y de vivo colorido.

Aun cuando el espíritu de la escuela romántica inspira casi todas las composiciones poéticas de Bolivia, lo que no tiene en la tendencia á la imitación, su única causa explicativa, sino también en la conformidad en que ese espíritu se encuentra con el carácter boliviano de suyo melancólico, algunos poetas han ensayado la sátira y la poesía jocosa, no sin resultados.

De los poetas que mas se han distinguido en los últimos tiempos, merecen mencionarse María J. Mujia, ciega de nacimiento, que canta sus tristezas con un sentimiento natural y sencillo, y Rosario Orrego de Uribe, mujer dotada de una cultura exquisita y escritora relativamente notable.

Pero no es en el verso en lo que la literatura boliviana puede alcanzar algún título á la consideración del mundo; en la prosa es precisamente en donde algunos hijos de ese suelo han lucido sus dotes literarias.

El género histórico es uno de los mas cultivados en Bolivia. Urcullú ha escrito sus *Apuntes para la Historia*, reseña de los acontecimientos ocurridos hasta 1809, año en que se dió el primer grito de libertad. Cabrera preparó *La guerra de quince años*, de la que solo se ha dado á luz el primer tomo; es esta una de las obras más serias que se han escrito en Bolivia, aun cuando adolece de algunos errores de documentación; Cortés, que en poesía es autor de una estimable composición *Al Illimani*, ha adquirido sin embargo mayor renombre, como autor de la *Historia de Bolivia*, relación de los hechos más notables de la independencia y de los que se producen hasta 1857; esta obra que no es sino un ensayo, prueba un criterio histórico muy juicioso y buenas dotes de estilista. Vaca Guzmán ha escrito su *Historia de la Literatura boliviana*, en que examina todos los elementos con que cuenta esa rama de la cultura intelectual, en el territorio de que es hijo. Su trabajo es tanto mas de elogiar, cuanto que lo mueve un interés puramente patriótico, ya que como hemos visto la literatura boliviana se reduce á unas cuantas manifestaciones de escaso valor.

En la novela, *Isla*, de Caballero, *El mulato Plácido*, ensayo muy imperfecto de Lemoine; en el drama, *Odio y Amor* de Ortiz y *Victimas y favoritos de Rosas* de Jofré, son las únicas producciones que pueden mencionarse.

La primera personalidad en la oratoria boliviana es Olañeta, de cuyos discursos solo se conserva la memoria junto con la de su vida accidentada y valerosa; empeñado en la lucha política, usó de todas las astucias imaginables para conseguir lo que conceptuaba el bien de su patria. Cuéntase que en cierta ocasión, sus enemigos políticos se opusieron á que entrase al Congreso, temiendo que con su presencia quedasen frustrados los planes del partido que Olañeta combatía; el decidido tribuno fingiose entonces gravemente enfermo y pidió se le llevara ante los

representantes del pueblo á objeto de pronunciar lo que creía su última oración patriótica; trasladado con todos los cuidados que el caso requería, Olañeta ya en la sala se desbordó en un elocuente y fogoso discurso, con el que decidió el triunfo de la causa que defendía.

Esto es cuanto de las letras bolivianas puede decirse, si no se quiere tomar en cuenta sino aquellas producciones que merecen algún interés, siquiera sea relativo.

He dicho que la existencia intelectual de la República del Uruguay está ligada á la de la Argentina, como su historia política, y se explica; en la Banda Oriental han residido muchísimos ingenios argentinos á quienes la tiranía hizo imposible la vida independiente en su patria, y no pocos literatos uruguayos se han formado y han producido sus principales obras en nuestro país.

En cuanto al movimiento literario de la vecina república, considerado fuera de esas concomitancias, no ha sido ni es de los más activos. Continuamente empeñada en luchas civiles que la desgarran y que alteran profundamente los espíritus, no ha podido mantener nunca por largo tiempo, esa atmósfera de paz que favorece la aparición de los grandes ingenios. Sus escritores han sido pocos y casi siempre de ocasión, salvo un reducido número de que me ocuparé en seguida.

En lo que se refiere á la poesía, uno de sus cultores más populares en el Plata es Bartolomé Hidalgo, el creador del género criollo en literatura, y á quien imitaron más tarde, Ascasubi, Hernandez y del Campo; conocedor de la vida de las poblaciones rurales, observador atento de las costumbres más genuinas de los habitantes de las pampas, se propuso reflejar una y otras en sus versos; las descripciones de las fiestas del 25 de Mayo en Buenos Aires, hecha por un gaucho y matizada con colores locales, es de una superioridad incontrastable, descartando naturalmente lo que se refiere á la forma gauchesca, que

puede producir mal efecto en los espíritus demasiado susceptibles y amantes de la pureza del idioma.

El mismo propósito de nacionalizar la poesía indujo á Pedro Bermúdez á escribir su tragedia *El Charrúa*, obra más estimable como tentativa, que como producción literaria.

Pero la figura más característica entre las de los poetas uruguayos de una época, algo anterior á la presente, es la de Francisco Figueroa, á quien sus compatriotas llaman, por autonomasia, *el poeta*. Un escritor oriental, ha hecho la apología de Figueroa en estas expresivas líneas: «Un poeta hubo que creó el himno nacional de la patria: *Orientales, la patria ó la tumba* etc, que compuso en toda suerte de rima, toda especie de canto, desde el que divierte en los carnavales, trivial y opulento de vulgaridades, hasta el que levanta el alma á lo místico; que tradujo en versos magistrales, los más bellos y tristes asuntos de la Biblia y las Odas mejores de Horacio, que no dejó pasar un defecto sin un epigrama, ni una fealdad sin una sátira leve, que dirigía á D. Juan Manuel de Rosas, con motivo de un impuesto á los perros, representaciones burlescas á nombre de las diversas familias caninas, que tras de consignar día por día, los episodios y hazañas de Montevideo, sitiada por los patriotas, con recto criterio para no ser injusto con los españoles, sus paisanos, dejando el sendero de la Epica. se entraba en los andurriales del *rabelaismo*... al que algunos comparan hoy con Quevedo y otros quieren ver parecido á Marcial. Este poeta, ese monopolizador del parnaso era Acuña Figueroa, á quien no se le puede comparar con ninguno de los dos, por la razón de tener personalidad genuinamente propia» (1).

Adolfo Berro tuvo también como poeta gran resonancia, tal vez, más que por sus méritos, por la circunstancia de haber muerto joven, por la aureola de prestigio que

(1) VICTOR ARREGUINE, *Poetas uruguayos*.

rodea siempre á los que caen al principio de la jornada, tronchando justas esperanzas.

Sus composiciones, en realidad, no son más que las de un niño inteligente; en ellas suelen notarse sin embargo, de vez en cuando, rasgos que anuncian al verdadero poeta. Entre sus poesías merece mencionarse el bello romance *Yandubayú* y *Liropeya*, en que hace gala de sentimiento y buen gusto.

Pero la época de mayor actividad y brillo para las letras orientales es aquella en que se realiza la inmigración argentina, es decir, hacia 1842.

El mismo fenómeno que hemos visto producirse en Chile, tiene lugar en el Uruguay, con la única diferencia de que, mientras á aquella República pasaron en mayor número los publicistas y periodistas, en ésta fijaron preferentemente su residencia los poetas y literatos, propiamente dichos. En el Uruguay vivieron y escribieron: Florencio Varela, distinguido cultor de la lengua, y autor de la *Odá á la libertad de Grecia*; Mármol, Rivera Indarte, Alsina y nuestro inmortal Echeverría, que dió á luz en Montevideo la mayor parte de sus obras.

La inteligencia de los hijos del Uruguay produjo por esa época sus frutos más lozanos, siendo los principales cultores de las letras, Melchor Pacheco López, militar y poeta, de quien se cuenta que volviendo de un triunfo guerrero, pronunció en mitad de la calle, un elogio fúnebre magnífico, inspirado por la presencia del convoy que conducía á su última morada los restos de Esteban Echeverría; Andrés Lamas, hombre político y publicista de nota, autor encomiado de numerosos opúsculos históricos; Juan Carlos Gómez, que vivió en la Argentina y que sostuvo siempre la anexión de su patria á la nuestra, motivo por el cual sus conciudadanos le guardaron secreto rencor; tuvo acción más extensa que intensa; sus obras

de publicista se hallan dispersas en varios periódicos, lo que por otra parte es una característica de esos espíritus *sui generis* que estando dotados de gran influjo, no dejan huellas de su acción más que en la civilización de los pueblos.

Como poeta, Gómez escribió poesías muy notables, tales como *La Libertad*, de la cual dice Caicedo que « más que un canto, es la historia de la libertad. »

«El poeta es más que un cantor, un publicista, y pone su lira al servicio de una fecunda y elevada idea, de una santa causa. Su verso es armonioso, su dicción pura, su entonación atrevida: tiene el fuego del profeta y la palabra de la sibila. (1)»

Lamentó también en bellísimos versos, la muerte de Berro, y escribió las sentidas composiciones: *Agua dormida*, *Ida y vuelta* y *Gotas de llanto*.

Juan Carlos Gómez tiene también gran renombre como jurisconsulto y periodista, no menos que como poeta: ha colaborado en *El Mercurio* de Valparaíso y en *La Tribuna* de Buenos Aires; sus artículos políticos han sido ávidamente leídos, no solo por la profundidad y nobleza del concepto, sino por su forma llena de amenidad.

En épocas posteriores, el literato de mayor autoridad en el Uruguay, es Alejandro Magariños Cervantes, uno de los que ocupa mayor espacio en la literatura de su país y el que ha merecido más aplausos de sus contemporáneos; viajó muy joven por toda Europa, siendo admirado en España como el representante de la cultura americana; se preocupó como Bermudez de nacionalizar la poesía; pero sus composiciones, aunque de asuntos americanos, están escritas en un español muy castizo. *El Celiar*, poema que vale más como tentativa patriótica

(1) *Ensayos biojráficos y de crítica literaria.*

que como obra artística, es una de sus producciones más encomiadas.

Los dos volúmenes de Magariños Cervantes *Palmas y Ombúes* y *Brisas del Plata* tienen mayores bellezas, lo mismo que la novela histórico-romántica *Caramurú*, asunto que ha sido explotado también por el numen brasileiro.

Pero la mayor gloria literaria del Uruguay en estos últimos tiempos es D. Juan Zorrilla de San Martín, autor de varias composiciones líricas de carácter *becqueriano* y de dos poemas: *La leyenda patria* y *Tabaré* — De todas estas composiciones escritas en una forma elegantísima, la más notable es la última, en la cual algunos han creído ver el poema realmente americano, si bien para serlo le falta el interés provocado por la narración de hechos vivaces por decirlo así; en efecto, *Tabaré* es la pintura de una raza desaparecida y que por lo tanto no tiene sino un valor arqueológico, que le impide ser el argumento apropiado para una obra nacional propiamente dicha.

Por lo demás, el poema es bellissimo, lo mismo como concepción que como pieza artística. Zorrilla de San Martín sabe ser psicólogo sin caer ni en el pedantismo ni en la obscuridad. «Ni el poeta penetra en lo profundo del alma de *Tabaré* y se pone á analizarla, como haría un novelista psicológico, ni *Tabaré* habla ni se explica á sí mismo, lo cual sería inverosímil. Y no obstante, el lirismo de Juan Zorrilla, como un ensalmo, como un conjuro mágico, evoca el espíritu de *Tabaré* y nos lo deja ver claramente en su vida interior, en el móvil oculto de sus acciones, en sus defectos, en su vago pensar y en su complicada naturaleza (1).

En cuanto á la forma externa, *Tabaré* es por todos conceptos digno de los mayores elogios. Sus descrip-

(1) *Nuevas Cartas Americanas.* — JUAN VALERA.

ciones son tomadas de la naturaleza local, su estilo e impecable y sus expresiones del más buen gusto.

Otro autor uruguayo también digno de mención es Marcos Sastre, cuyo libro *El Tempe Argentino*, comprende un buen número de descripciones típicas americanas; pinta una zona que no se parece á ninguna otra esa especie de Venecia selvática que forma el más extenso de nuestros ríos al desembocar en el Plata. Sus cuadros son admirables y llenos de colorido local.

Fuera de estas personalidades, la República del Uruguay no tiene en su literatura ninguna figura de importancia.

CAPITULO XIV

La Literatura en la República Argentina

(DESDE LA REVOLUCIÓN HASTA EL MOVIMIENTO ROMÁNTICO)

La Revolución de Mayo, sus efectos en el orden intelectual. — Primeras manifestaciones literarias: *El Himno Nacional Argentino*. — Los escritores de la Revolución; D. Mariano Moreno, figura política y escritos. — Principales poetas: Lafinur, Luca y Miralla. — Ventura de la Vega y su teatro. — La Literatura durante el gobierno de Rivadavia. — J. C. Varela, obras literarias, su carácter y valor. — Florencio Varela, su genio poético, Monteagudo y Rojas.

El romanticismo en las letras argentinas. — Esteban Echeverría, propósitos que persigue, principales producciones. — *La Cautiva* como obra literaria; otras composiciones poéticas; escritos en prosa. — Acción de Echeverría en la literatura patria.

La Revolución de Mayo, producida al comenzar el siglo XIX, cuando la colonia se abría á un período de actividad mental, hasta entonces desconocida, vino á imprimir un nuevo carácter á la naciente literatura argentina, carácter que deriva de los elementos que la lucha pone en juego, y que en nada difiere del que distingue á las producciones similares del resto del Continente.

«La Revolución — dice el señor García Mérou, pasó sobre todos los espíritus, como una ráfaga de fuego, enardeciendo los ánimos y haciendo resonar los ecos de la lira á compás del cañón de las batallas. *La patria es una nueva musa*, decía Fray Cayetano Rodríguez. El carácter de la poesía empeñada en el éxito de la magna campaña emancipadora, fué puramente guerrero. Podría añadirse que ese carácter se imprimió en ella, desde antes de la Revolución, en las épicas jornadas de las invasiones inglesas, que iniciaron á nuestros padres en el arte

temible de la guerra, haciéndoles conocer el vigor y alcance de sus fuerzas. La transformación del *Colegio de San Carlos en Cuartel de Patricios*, es el simbolo gráfico del cambio que desde entónces se efectúa en las preocupaciones de la sociedad adolescente » (1).

En efecto, el ardor de la lucha arrancó los espíritus á la meditación y al estudio, para emplearlos en el servicio de la guerra; las escuelas superiores fueron casi completamente abandonadas por la juventud que se refugió en los campamentos, y las tareas pacíficas del gabinete se cambiaron por las arduas del campo de batalla.

Se comprende que en esas circunstancias, la Literatura no pudiera producir, en los primeros años que siguieron al movimiento revolucionario, sino muy escasos frutos; solo el género poético alcanzó algún desarrollo, sobre todo en su forma patriótica ya que como dice el autor mas arriba citado, en todas las composiciones de ese tiempo predomina la nota heróica con cierta monótona sublimidad, de que no están excentos los literatos de la Península, que en la misma época, maldecían á Napoleón y entonaban cantos al *Dos de Mayo* (2).

De todas las poesias patrióticas con que se inicia nuestra literatura independiente, *La Canción Nacional* de López y Planes, es sin duda la mas importante, no solo por la alta significación que tiene como Himno de un pueblo libre, sino por la inspiración que la anima y el sentimiento con que vibra.

El nombre de López, venerado por muchos conceptos, se inmortalizaría entre las generaciones argentinas, aun cuando no tuviera otro mérito que el de estar unido á las estrofas de esa canción que, desde 1813, acompaña nuestros triunfos é inspira arrebatos de civismo á millares de héroes desconocidos.

Al hacer un análisis paciente de la composición, se

(1) *Ensayo sobre Echererra.*

(2) Obra citada.

encuentran en ella algunos defectos de prosodia y métrica, pero tal observación me parece nimia y hasta irreverente, cuando se trata de una obra que, como la que nos ocupa, no vale como expresión del arte, tanto como vale como expresión del sentimiento, incorrecto si se quiere, pero espontáneo y verdadero.

Nuestro Himno nació como *La Marsellesa*, de la inspiración de un hombre que en un momento feliz, consiguió interpretar fielmente los anhelos y el orgullo de una nación exaltada por la victoria.

Se ha dicho que algunas de sus estrofas son ofensivas para España, pero tal juicio proviene de no haber tenido en cuenta que el espíritu que las anima es el mismo que dió impulso á la lucha. El apasionamiento y el odio son sentimientos indispensables á toda guerra por la independencia; hasta podría decirse que bien entendidos, son sentimientos nobles, pues ellos suponen un amor patrio incondicional y una decisión incontrastable de consagrarse á su servicio; ningún pueblo ha conseguido su libertad sino mediante el fanatismo político, no el que enceguece y perturba, sino el que hace los héroes y los mártires.

El *Himno Nacional Argentino* es una reliquia histórica de nuestro pueblo, como lo son la Pirámide de Mayo y las banderas tomadas al enemigo; no debe pues verse en él la expresión de los sentimientos actuales, sino la de los de otro tiempo, sentimientos que serán todo lo violentos y apasionados que se quiera, pero que labraron nuestra independencia; hoy que la lucha ha concluido, que la libertad ha sido conseguida, los mismos que guerrearon, no contra España, sino contra su régimen colonial, han reconocido con orgullo los vínculos de sangre que á ella los unen; las estrofas del Himno que recuerdan aquellas horas de sangre, no debieran ofenderla más que los hechos que cantan, pues en nada aumentan su crudeza, ni comprometen en nada las actuales relaciones de dos naciones amigas.

El valor del *Himno Nacional*, es más bien histórico que artístico; más que como obra literaria, vale como condensación de ideales y de afectos.

Por eso, aún cuando la forma sea á veces incorrecta y descuidada, circula por los versos un hálito de inspiración y de vida que les comunica indecible encanto. No hay que olvidar, sin embargo, que la literatura no había alcanzado aún entre nosotros suficiente desenvolvimiento por ese tiempo, reconocido lo cual, la canción de López aparece revestida de mayores méritos como obra poética.

Para concluir diré que el *Himno Nacional Argentino* abre gloriosamente una era brillante á la poesía de la República, considerada como nación independiente.

Corresponde hablar ahora de los que con razón pueden llamarse escritores de la Revolución, ya sea por que trataron asuntos con ella relacionados, ya por que escribieron y figuraron durante ese período.

Tres jóvenes son los que con mayor lucimiento representan la intelectualidad porteña de la época: D. Mariano Moreno, D. Juan Crisóstomo Lafinur y D. Esteban de Luca; el primero es nuestro primer gran orador y publicista; en cuanto á los dos últimos, sostienen el honor de la poesía argentina, haciéndola crecer en brillo y elegancia.

D. Mariano Moreno, cuyo espíritu formado en la lectura de los principales filósofos del siglo XVIII, estaba preparado, quizá mejor que el de ningún otro de los hombres de su tiempo, para encanar la revolución separatista, una vez aceptada como un hecho irreparable, actúa como López antes que la Revolución se produzca y se revela ya como orador insigne en su *Representación de los Hacendados*, sosteniendo y haciendo triunfar una de las causas más nobles y justas que se haya defendido entre nosotros.

De palabra elocuente y de espíritu luminoso, Moreno dejó correr su pluma rápidamente sin someter sus escri-

tos al buril de la crítica, y de ahí que muchos de los más notables con que llenó las columnas de *La Gaceta* periódico fundado por él para sostener los principios revolucionarios, sean incorrectos y se resientan de la poca importancia que el autor concedió siempre al estilo.

En cambio, cada una de sus obras, la traducción de *El Contrato social* de Rousseau, hecha con el fin de difundir en el pueblo las ideas modernas que habían inspirado el gran movimiento francés, los artículos escritos con motivo de la independencia de Chile, ó los dirigidos á los que debían formar el Congreso Constituyente y dictar las bases de la organización del país, recordándoles la trascendencia de su misión y la responsabilidad que asumían ante el pueblo argentino y ante las naciones, todas, son piezas llenas del espíritu enérgico y profundo de aquel patricio incomparable á quien corresponde el justo título de primer tribuno argentino, y en quien se unen felizmente el ardor humanitario y patriótico con las más bellas dotes del talento.

Como todos los hombres de la época, Moreno fué una personalidad cuya actuación política no le permitió tomarse todo el reposo que el cultivo de las letras requiere; no podemos, pues, pedirle que sea el literato, tal como más tarde aparece entre nosotros: las épocas de transición son para los individuos, lo mismo que para los acontecimientos.

No obstante, Moreno, como escritor, tuvo las cualidades que derivan de la elevación de los conceptos y de la amplitud de las miras: su palabra fácil y galana, vibrante de verdad y de patriotismo, levantó el entusiasmo del pueblo, lo mismo desde la tribuna que desde las columnas de *La Gaceta* y encaminó muchas veces los destinos de la nueva nación con su solo prestigio.

Su corta figuración en el escenario político é intelectual del país, le impidió producir todo lo que su inteligencia hubiera sido capaz de dar.

Junto á la figura imponente y grandiosa del estadista

Mariano Moreno, debemos colocar la de don Juan Crisóstomo Lafinur, que es un tipo característico de esa vida atorbellinada de los países en formación; muerto en plena juventud, fué todo lo que un hombre puede ser en las humanas manifestaciones; profesor de filosofía, soldado, revolucionario clarovidente, periodista y escritor.

Verdaderamente no se alcanza como en una existencia tan corta y tan accidentada pudo aún encontrar tiempo para dedicarlo al cultivo de las letras; verdad es que escribió muy poco, pero bastan los tres *Cantos fúnebres* compuestos con motivo de la muerte de Belgrano, de quien fué discípulo y admirador entusiasta, para reconocer en Lafinur, no al improvisador oportuno, sino al verdadero poeta y al artista consumado; nótase en las composiciones mencionadas el conocimiento de los modelos aunque sean vistos al través del neo-clasicismo francés; la forma es correcta, las imágenes oportunas, y el tono melancólico y severo que no las abandona ni un momento, acaba de hacerlas apropiadas y estimables.

Con más tiempo para escribir, D. Esteban de Luca, que por rara coincidencia murió también joven, aunque no tanto como Lafinur, y que como este actuó diversamente en el periodismo, en la diplomacia y el ejército, nos ha dejado algunas poesías muy dignas de ser leídas y estudiadas detenidamente, porque ellas revelan á qué grado de desenvolvimiento habían llegado las letras argentinas, en el corto espacio de diez años.

Dotado de un espíritu juicioso y elevado, supo expresar en formas poéticas llenas de mérito las ideas que lo ocupaban, y aunque á veces en sus versos falte la inspiración ó sobren las reminiscencias clásicas, otras se eleva en ellos un pedestal de gloria incorruptible.

Cuando en 1822 se formó la *Sociedad Literaria*, á objeto de promover el progreso con la difusión de las ideas por la prensa, Luca escribió infinidad de poesías y artículos que vieron la luz en *La abeja argentina*, órgano principal de la asociación. Merece citarse, entre

esos trabajos, uno titulado *Al pueblo de Buenos Aires*, composición poética estimable por la sanidad de las ideas que en ella desenvuelve. Como Bello, se propuso Luca en esa poesía, despertar el amor por la naturaleza, en los hijos de América, pintando la campaña, asilo de la paz y el bienestar, en contraposición con el lujo y los vicios de las ciudades. «A la manera del Mantuano—dice don Juan M. Gutiérrez—el entusiasmo de la oda brota en el corazón del patriota, y la gloria, la independencia se mezclan en sus versos á la plácida libertad de los campos, embellecidos en lo futuro por una población laboriosa sometida al yugo de leyes sabias y generosas» (1).

El *Canto á la libertad de Lima*, que es la obra maestra de Luca, merece así mismo, por su entonación vibrante y por la visión profética que parece ocupar el espíritu del poeta, el título de primer canto heroico, después del Himno Argentino; es el origen de toda una larga familia de canciones destinadas á celebrar el triunfo de las armas revolucionarias en el Continente, y una de las composiciones más valientes é inspiradas de la Revolución.

Luca, que vinculó su vida á casi todos los hechos memorables de la época, tuvo también para cada uno de ellos, palabras de enaltecimiento; tales son sus cantos á la rendición de Montevideo y al héroe de Maipo, ambos de innegable valor literario é histórico.

La figura de Luca en las letras argentinas es de las más venerables, y su intención de las más patrióticas; por eso Andrade llega hasta considerarle el Homero argentino, y apasionado por su acción benefactora, le consagra una de sus más caras poesías.

Más ó menos por el mismo tiempo en que estos escritores florecían en Buenos Aires, arrastraba su existencia muy lejos de la patria, otro poeta también inspirado en

1) D. ESTEBAN DE LUCA.

las ideas más nobles : me refiero á D. J. Antonio Miralla, que habiendo hecho sus primeros estudios en la capital del Virreynato, los concluyó en Lima, de donde pasó á Cuba, teatro principal de su acción, y más tarde á los Estados Unidos de América, en persecución de lo que fué el ideal de toda su vida : la independenciam de Cuba.

La personalidad de Miralla está más ligada pues á la historia de otros países americanos en los cuales residió; sus amistades fueron las de Baquijano, Fernández Madrid y otros colombianos, mejicanos y yankees; sus producciones vieron la luz en Cuba; pero con todo, su nombre nos pertenece como una gloria nacional; así lo ha comprendido el infatigable publicista D. Juan María Gutiérrez quien, con un afán digno de encomio ha buscado los datos relativos á la vida del poeta argentino y los ha consignado en su artículo: *Un extranjero en su patria*. Miralla fué poeta muy apreciado, según se desprende de diversos juicios debidos á escritores colombianos; pero de sus obras, que debieron ser numerosas, solo conocemos, además de varias poesías sueltas de escasa importancia, dos traducciones, la una de *Las últimas cartas de Jacobo Dortis*, novela italiana de Hugo Foscolo, y la otra de *El cementerio de la aldea*, poesía del autor inglés Tomás Gray. Siendo la primera muy fiel y correcta, la segunda ha merecido mayores elogios por ser una traducción en verso, que por raro caso, se ajusta con entera precisión al original; críticos eminentes la han reconocido como la más perfecta que existe en idioma español, de entre las muchas que se han intentado, y poniendo el original frente á la versión de Miralla han hecho notar en ambas, la misma concisión, iguales giros y á veces idénticas expresiones para los mismos pensamientos.

Esas dos piezas bastan para darnos idea de lo que el genio poético de Miralla hubiera sido capaz de producir si su vida agitada y su muerte prematura no hubieran impedido que llegase á su pleno desenvolvimiento.

Miralla solo puede ser considerado entre los escritores

de la Revolución, en razón de haber figurado durante esa época; su acción ejercida lejos de la patria, no lo hizo como á López, Lafinur y Luca, el cantor de sus hechos gloriosos; con más justicia debe ser mirado como un desprendimiento del espíritu culto argentino, arrojado por los azares de la vida práctica lejos del suelo en que naciera y se educara, en tanto que en el seno mismo de esta Buenos Aires, tan agitada entonces por las sacudidas del acontecimiento más trascendental de nuestra existencia política, lucían sus talentos literarios otros jóvenes de la misma generación que Miralla y que he mencionado más arriba.

Antes de ocuparnos de nuestro primer hombre de letras, propiamente dicho, debemos decir siquiera sean dos palabras acerca de otro poeta argentino que, como Miralla, vivió y escribió fuera de su patria, con la sola diferencia de que no fué América, sino Europa, el teatro de su acción lo que hace que sea mirado como más extranjero que Miralla, puesto que sus obras no tienen ni el más leve reflejo de la naturaleza y costumbres, ni ya argentinas, pero ni siquiera americanas: quiero hablar de Ventura de la Vega, nacido en Buenos Aires pero educado y radicado desde niño en la Península.

Este ingenio ha sido altamente considerado por los críticos de España, en cuya literatura ocupa un honroso puesto. Escribió frecuentemente para el teatro, aunque tiene algunas composiciones líricas, de las cuales *La Agitación* es casi perfecta.

El hombre de mundo pintura de costumbres modernas y la tragedia *La muerte del César* son las más importantes de sus piezas dramáticas, que han merecido ser imitadas por autores franceses y elogiadas por críticos de nota.

El último representante del clasicismo en nuestro país, y el primer literato argentino en el sentido estricto de la palabra es D. Juan Cruz Varela: á diferencia de los poetas

de la Revolución que escribieron por accidente, recibió una educación literaria de las más completas y tuvo tiempo, aunque tomó parte en la política de su país, para dedicarse á la lectura de los modelos clásicos.

Fuera de las composiciones ligeras de su juventud, en las cuales si no se vé tanto al literato, se revela mejor el poeta, casi todas las de Varela son de carácter social, fenómeno que no es de extrañar, si se tiene en cuenta que escribió durante la administración de Rivadavía, época en que la vida política se hallaba estrechamente vinculada con la intelectual; los hombres que dirigían los destinos de la patria, penetrados de la necesidad de favorecer los progresos del pensamiento para completar la obra de la Revolución, en el convencimiento de que la independencia de un pueblo no puede ser un hecho, mientras dependa intelectualmente de otro, hicieron lo posible por fomentar entre la juventud ilustrada, el noble afán de la producción original.

Varela, á quien podríamos llamar *el poeta del partido unitario*, estaba penetrado de esa misma convicción y puso todas sus ideas al servicio de ese fin. La penetración de su espíritu con el del gobierno es tal, que una de sus poesías está destinada á cantar las obras hidráulicas realizadas en la ciudad, y que cuando se publicó el decreto reconociendo la libertad de imprenta, habló de ello en una composición notable, no obstante la dificultad que el tema ofrecía después de haber sido tratado por Quintana.

A su vez el gobierno premió los servicios de Varela concediéndole toda clase de honores y recibiendo como verdaderos acontecimientos sociales, sus triunfos de poeta.

Uno de los mayores esfuerzos de Varela como literato, es el que hizo con objeto de crear el teatro nacional, institución que ha sido considerada en todos los tiempos y países, como un elemento de cultura y moralidad sociales. Sabido es, sin embargo, el recelo con que su establecimiento fué mirado en América por parte de los

espíritus timoratos y devotos que formaban la gran mayoría de la sociedad criolla. El Virrey Vértiz logró abrir una *Casa de Comedias* en la que durante muchos años se representaron piezas españolas y traducidas del italiano, así como el *Siripo* de Lavardén. Durante el período revolucionario, la idea de establecer un teatro independiente y fijo, preocupó á los espíritus elevados; por último, y debido á la iniciativa de Rivadavia, se organizó una *Sociedad del buen gusto* que acogió con entusiasmo la idea que inspirara su fundación y se preocupó, como era natural, de favorecer el desenvolvimiento de la literatura dramática nacional; sin embargo, el estado de la sociabilidad y el grado de desenvolvimiento de las letras en esa época no eran aun capaces de producir la aparición de ese género literario, de suyo tan complejo y que requiere para prosperar ciertas condiciones de conjunto y de individualización que solo aparecen en las sociedades plenamente desarrolladas. No se logró crear un teatro nacional, pero por lo menos, los poetas más notables de la época, ensayaron sus fuerzas y no sin cierto éxito. Lafinur tradujo á Alfieri con bastante discreción, y á la representación de sus piezas y de algunas otras, escritas en Méjico y Nueva Granada, siguieron bien pronto las dos producciones de J. C. Varela: *Dido* y *Argia*.

En ellas ensayó el poeta la musa trágica, de la que demostró no ser indigno cultor, y aun cuando por el asunto de que se ocupan, ellas puedan carecer de interés, para los que como nosotros estamos tan distantes de los hombres y de los hechos que pintan, el mérito de las piezas no disminuye en nada, artísticamente consideradas.

Por lo demás, *Dido*, la más perfecta de las dos, basada en el IV libro de la *Eneida*, no tiene para nadie, el escaso valor que nace de lo lejano y lo extraño, pues justamente el pasaje elegido, pintura de sentimientos comunes á todas las épocas, interesa siempre por lo dra-

mático de las situaciones y por lo intenso de las pasiones. Seguramente hubiera sido de desear que Varela ocupara sus brillantes facultades en la producción de obras genuinamente americanas, pero aún no había llegado el momento de que tal evolución se cumpliera y hay que tener en cuenta que los mejores poetas de la época, no solo americanos, sino europeos, no podían arrancarse entonces todavía á la sujeción de la escuela clásica, cuyos modelos se tenían siempre ante la vista y cuyos cánones nadie hubiera osado quebrantar impunemente. Ya hemos dicho que Varela había recibido una educación clásica y que amaba á los maestros de la antigüedad con un culto reverente, como lo prueban sus traducciones de Horacio y Virgilio, siendo unas y otras de las más exactas que se hayan hecho en castellano; no es pues extraño que eligiese para sus piezas dramáticas, asuntos tomados de los libros que, por otra parte, eran los más apropiados á la naturaleza de su espíritu.

Las producciones hasta aquí nombradas, no debían ser, sin embargo, las que constituyeran la gloria de Varela. En la última época de su vida, escribió las poesías más serias y estimadas, nacidas al calor de sus sentimientos personales y al de su entusiasmo patriótico.

Obligado á desterrarse de su patria para escapar á las persecuciones del tirano, tradujo la amargura de su alma en una elegía bellísima en versos sáficos y titulada *Sobre mi muerte*, en la que asoma ya un reflejo de la revolución romántica que debía iniciar Echeverría: en ella parece querer realizar el pensamiento de Chenier: «Hagamos versos nuevos en moldes antiguos», pues recoge de la poesía clásica la belleza de la forma y acomoda en ella los sentimientos que llenan su alma.

Al 25 de Mayo de 1830, encierra ya todos los elementos de una obra maestra y se acerca más y más á la tendencia que debía adquirir la literatura argentina, algunos años después.

Dedicada á comparar los festejos y alegrías con que

en otro tiempo era recibido el aniversario de nuestra independencia, con la indiferencia en medio de la cual transcurría ese año, y á evocar las sombras de los héroes para hacerlos testigos del estado en que yace la patria bajo la opresión, esa poesía ha sido mirada con justicia como el origen de toda la literatura anti-rosista que vino después. Su estilo es armonioso y su forma atrevida para la época en que fué escrita.

Pero la obra por la que generalmente se recuerda el nombre de Varela, es la Oda destinada á cantar el triunfo de Ituzaingo; más adelante me ocuparé de ella detenidamente, limitándome por ahora á decir que esa composición une el nombre de Varela al de Alvear, como el *Canto á la victoria de Junin* une el de Olmedo al de Bolívar.

En resumen: podemos decir que Juan Cruz Varela es intelectual y moralmente, el tipo acabado del porteño, nuestro primer literato, y el representante genuino del espíritu argentino durante un largo período de nuestra vida intelectual.

Poeta de menor importancia fué Florencio Varela, tipo completamente distinto del anterior, pues fué más político que literato. Es el prototipo del unitario; expatriado á Montevideo redactó el diario más opositor de Rosas, *Río de la Plata*. Pasó luego á Francia, donde obtuvo grandes pruebas de simpatía; al volver á Montevideo cayó asesinado, según se dice, por uno de los sicarios de Oribe.

Sus mejores composiciones poéticas son: *A Buenos Aires* y *A la libertad de la Grecia*, admirablemente versificadas

Otro poeta que al igual que Luca vivió muy poco tiempo y murió en un naufragio es Rojas, soldado de la Independencia y cantor lírico de no escaso mérito. Don Juan M^a. Gutiérrez le ha dedicado un estudio crítico.

Andando así á grandes pasos, mencionando apenas los nombres de algunos de nuestros literatos, llegamos al primer gran poeta argentino. Hemos visto que durante la Revolución, la literatura no gozó de todo el reposo que los espíritus necesitan para cultivarla; los asuntos militares, la organización del país, eran motivos mas que suficientes para absorber la atención de los hombres que por sus dotes intelectuales hubieran sido el honor de las letras, si la época en que les tocó vivir no los hubiera forzado á distraer su atención en otras cuestiones; en esos momentos no se conocía el tipo del hombre consagrado á las letras, sino el de los tiempos heróicos, el tipo griego por excelencia; pero á medida que los problemas políticos van resolviéndose, el espíritu argentino tiende á aprovechar con fruto, el reposo que el estado de las cosas le concede. Ya en Juan Cruz Varela tenemos al hombre inteligente que condensa con preferencia su actividad en la labor del pensamiento; un grado más alto en ese perfeccionamiento está Esteban Echeverría, que no fué un hombre de acción, porque no se mezcló en los asuntos militantes, pero que tuvo en nuestro país una de las influencias más decisivas. Como Mariano Moreno, Echeverría fué un revelador, un revolucionario en el orden intelectual, solo que su arma de combate fué á menudo la más galana de las formas artísticas.

El valor de Echeverría como literato, no está solamente en que dedicó á las letras las mejores horas de su vida, uniendo á una inspiración fecunda una ilustración considerable: su verdadero mérito consiste en que es, en nuestro país, el introductor de la libertad en materia literaria; representa para nosotros, lo que Mme. Staël para Francia; ambos son los porta voces de una escuela que pasa á Francia de Alemania y á la Argentina desde Francia.

El romanticismo que importado á América produjo opimos frutos, ha sido también muchas veces, la bandera

bajo la cual se han cobijado poetas de gusto dudoso, empeñados en dar al mundo el espectáculo de sus dolores verdaderos ó ficticios. Esta es la razón de que al solo nombre de romanticismo, muchos se alarmen y crean ver brotar con esa sola palabra, como por la virtud de una varilla mágica, una literatura enfermiza y enojosa; pero es que tratándose de ciertos ingenios que han seguido fielmente esa escuela, es necesario hacer una salvedad.

El romanticismo, para Echeverría como para Victor Hugo y Musset, es el desconocimiento de los estrechos preceptos académicos con que se ponían ligaduras á la inspiración, y la introducción en literatura de todos los elementos al alcance del buen gusto, provengan estos de la naturaleza física que rodea al artista ó del mundo psicológico.

Teniendo esto en cuenta, se comprendé todo el valor que el romanticismo debía tener en América, cuyos tesoros de belleza estaban aún inexplotados. Así lo comprendió Echeverría y por eso, al regresar de su viaje á Francia, donde había bebido en las fuentes mismas de la nueva escuela, dominando ya completamente el arte literario español, se propuso encauzar las letras de su país en el sentido de su nacionalización. No se crea, sin embargo, que pretendió romper por completo los naturales lazos que unian la literatura argentina á la peninsular; por el contrario, convencido de que etnológica, filológica y hasta socialmente, nuestra patria está unida á España más que á ninguna otra nación, creyó y sostuvo siempre que la literatura realmente argentina, sería la que resultase del consorcio entre la libre interpretación de nuestra naturaleza física y moral y el clasicismo español. Trató de realizar esa fusión en todas sus producciones y aunque en las *Ilusiones*, colección publicada en París, y en

el poema *Elvira ó la novia del Plata*, escrito apenas llegó á Buenos Aires, no haya conseguido realizarla aún por completo, esas composiciones sin añadir mucho á la gloria del poeta, tienen el mérito del nobilísimo esfuerzo que las inspira, aunque acusen también al discípulo todavía no independizado de su escuela.

Igual juicio puede hacerse de *La guitarra*, poema que por lo demás carece de inspiración y está medianamente versificado.

A partir de la publicación de *Consuelos*, el nombre de Echeverría se hace más querido y respetado en América. La expresión de los dolores que le ocasionaban las realidades crudas de la patria, que pasaba en los momentos en que nuestro poeta estaba en la fuerza de su inspiración, por una de las pruebas más difíciles, así como la de sus sufrimientos personales, para los que solo encontró alivio en el cultivo de la poesía, son los asuntos que informan este libro. *Consuelos* es una colección de poesías melancólicas, á veces elegíacas, en que campean todas las formas métricas, manejadas con la mayor habilidad y soltura, y en que se hermanan la inspiración y el esmero. Las poesías breves son las más bellas ó importantes: en ellas está la historia del poeta con sus dolores, sus esperanzas y sus desilusiones.

Aun cuando *Consuelos* fué recibido con grandes aplausos, la verdadera fama de Echeverría descansa sobre sus *Rimas*, colección de cantos, entre los cuales se encuentra su mayor esfuerzo poético y su gloria más legítima: *La Cautiva*.

Echeverría, consecuente con su idea de que la poesía está llamada á desempeñar un papel civilizador en los pueblos y de que para conseguirlo debe ser el reflejo de sus peculiaridades, se propuso en *La Cautiva*, como él mismo lo dice, «pintar algunos rasgos de la fisonomía

poética del desierto y para no reducir su obra á una mera descripción, ha colocado en las vastas soledades de la pampa, dos seres ideales ó dos almas unidas por el doble vínculo del amor, y del infortunio» (1).

Es indudable que como acción dramática falta mucho á *La Cautiva* para ser un verdadero poema; los caracteres son poco sostenidos; María y Brian son más que seres vividos, sombras esfumadas; no hay que considerar, pues, el trabajo de Echeverría, sino como un cuadro descriptivo del mayor mérito, al que no faltan tonos sentimentales, arranques patrióticos, ni digresiones filosóficas.

En cuánto á la forma métrica y al estilo, Echeverría ha logrado sacar del humilde octosílabo, todos los tesoros de poesía imaginables, desenvolviendo sus gallardos pensamientos con la facilidad más perfecta y con la armonía más grata y seductora.

Echeverría escribió algunos poemas, de los que los dedicados á Avellaneda, y á la Revolución del Sud, son los más importantes. El primero, aunque de mérito desigual, tiene pasajes hermosísimos, tales como aquellos en que pinta la naturaleza, el tipo de Oribe, ó el nobilísimo del héroe y mártir en cuyo honor escribe. El segundo hace sonar muy alto la nota patriótica y la de la indignación más santa ante el ultraje de la demagogia.

El Angel caído es un fracaso literario del que solo se salvan las estrofas dedicadas *Al Plata*.

Don Juan, y *Carlos*, poemas que no concluyó, lo mismo que sus dramas, *Mançoré*, y *El Fusilamiento de Policarpa Salabarrieta*, no tienen gran valor literario.

En cambio, tiene composiciones líricas breves de una belleza perfecta; tales son: *Al 25 de Mayo*, *El poeta enfermo*, *Himno al dolor*, *El crepúsculo*.

Echeverría no es solo nuestro primer gran poeta: es

(1) Advertencia á *La Cautiva*.

también apóstol de una causa social de las más nobles. Presente á una época que fué para la República la de sus mayores tribulaciones, su espíritu generoso no podía permanecer indiferente al abatimiento que pesaba sobre hombres destinados á ser obreros del progreso nacional; pensó que era necesario hacer algo para levantar el nivel de la juventud, decaído por efecto de las luchas civiles; su firme creencia era que se necesitaba inspirar más altos ideales, poniendo como culminación de ellos, las leyes prácticas de Moreno y Rivadavia.

Promovió con ese objeto la fundación de un centro denominado *Asociación de Mayo*, donde se reunió la juventud deseosa de dedicarse al trabajo intelectual. El discurso de apertura, pronunciado por Echeverría, puede ser considerado como una proclama patriótica siempre oportuna.

Ese mismo discurso fué desenvuelto después ámpliamente en el *Dogma Socialista*, al cual se debe la idea de las cruzadas contra la tiranía.

Disuelta la *Asociación de Mayo*, cuando Rosas hizo imposible su existencia, Echeverría emigró á Montevideo donde no se afilió á la propaganda de Rivera Indarte Mármol y Varela, pues consideró siempre contraproducente enardecer las pasiones populares con las prédicas de la prensa. Su acción se dirigió en otro sentido: el *Manual de enseñanza moral*, abrió nuevos rumbos á la educación y aunque los resultados de sus esfuerzos no pudieran notarse inmediatamente, Echeverría sembró en el pueblo parte de las semillas que habían de producir la reacción vigorosa contra el estado de cosas entonces reinante. En ese sentido la influencia del estadísta es tan eficaz en la regeneración social, como en el progreso de las letras argentinas lo es la del cantor de nuestras pampas.

Como producciones en prosa pueden mencionarse *La apología del matambre* y *El matadero*, cuadro de costumbres locales, el primero, y el otro alegoría de los crímenes que por entonces se cometían á nombre de la *Santa causa de la federación*.

Echeverría abre en las letras argentinas un nuevo período que se caracteriza por la introducción del romanticismo, considerado como libre interpretación de la naturaleza y del hombre.

En el capítulo siguiente veremos como se aplicaron los principios de esa escuela, y cual fué la influencia del poeta porteño, sobre la literatura que se desenvuelve en la Argentina, á partir de la tiranía.

CAPITULO XV

La Literatura en la República Argentina

(CONCLUSIÓN)

La poesía argentina después de Echeverría: Rivera Indarte, Mármol, Domínguez, Godoy. — La poesía gauchesca. — Ascasubi, del Campo y Hernández. — Epoca posterior: Andrade, Encina, Ricardo Gutiérrez, Chassaing, Guido y Spano. — La Oratoria: Rawson, Vélez Saarsfield, Avellaneda, Mitre, Goyena, Estrada, del Valle. — La Historia: J. M. Gutiérrez, Domínguez, Saldías, López y Mitre. — Otros géneros literarios: Sarmiento, Alberdi, Juana M. Gorriti.

La acción de la tiranía que disgregó los miembros de la sociabilidad argentina, dispersando á los más ilustres de sus hijos, fué así mismo fuente fecunda en que se inspiraron, aunque casi siempre con la esencia acre del odio, infinidad de escritores, de los cuales dos personifican, por decirlo así, esa literatura que se ha denominado *anti-rosista*: Rivera Indarte y Mármol.

Rivera Indarte es uno de esos hombres de vida compleja que abundan en el período de nuestras luchas por la organización. Literato y periodista, desterrado como Echeverría y Mármol, mantuvo en Montevideo un periódico de oposición á la dictadura, siendo el hombre más caracterizado entre los unitarios. - -

En literatura fué un *dilettanti*, pues careciendo de tiempo para dedicarle toda la atención necesaria, no le fué posible producir nada notable; escribió, sin embargo, algunas composiciones breves y dos poemas en que celebra batallas ganadas por los unitarios. En sus versos no se encuentra, ni la profundidad filosófica de los de Echeverría, ni el vuelo imaginativo de los de Mármol, y esto ni aún tra-

tándose de sus mejores composiciones: *El Rosario* y *El festin de Baltasar*.

Indarte tenía un concepto especial de la poesía: decía que ella no vale más que como instrumento social y sostenía que las facultades del poeta no son patrimonio de algunos hombres, sino comunes á todos, de donde sacaba en consecuencia que bastaba el estudio y la paciencia para la producción de obras poéticas geniales; la naturaleza se encargó de desmentirlo en su propia persona, pues Indarte no fué nunca un gran poeta, aunque sí, un corrector versificador; más generalmente conocido es como prosista, autor de *Las tablas de sangre*, relato rojo de los crímenes cometidos bajo la tiranía de Rosas, que concluye con un elogio del regicidio; es sin duda la obra más sangrienta que contra el tirano se haya escrito.

Para concluir, diré que con Indarte sucede lo que con muchos hombres de su época: por falta de tiempo no pudieron dejar sino obras esparcidas y no una obra sintética que permita estudiarlos mejor; hay pues que tomarlos en el conjunto de su acción, sin perder de vista el momento en que vivieron.

José Mármol es la antítesis de Echeverría, aún cuando poéticamente procede de su escuela; mientras en el último predomina la razón, en aquel prima la fantasía, al estilo de los poetas tropicales de Cuba y Méjico y al estilo de Zorrilla en España. Mármol estaba dotado de una gran sensibilidad intelectual, que herida por los acontecimientos sociales, se desborda en armonías y colores. Todo lo que en Echeverría es reflexión, es expansión en Mármol; todo lo que en aquel es rumbo definido, es en este, desorden, pero al mismo tiempo intensidad en las impresiones de carácter óptico; á la manera de Víctor Hugo presenta la naturaleza, siempre iluminada, aún cuando en medio de ella haya de pintar sus propios dolores. El genio de Mármol tiene mucha semejanza con el de Heredia, aunque este es más cuidado en su exteriorización. Como los poetas de casta, se reveló muy joven aún, en unos

versos escritos sobre la pared de su prisión. Emigrado á Montevideo produjo allí sus mejores obras: *El Poeta*, y *El cruzado*, composiciones dramáticas y los *Cantos del Peregrino* colección de piezas líricas en que campea la imaginación más vigorosa. En esta producción, Mármol se ciñe al *Child Harold* de Byron; su libro no es más que el relato de los viajes realizados por un joven, á través del continente americano, lo que le da motivo para describir su naturaleza física, haciendo un verdadero derroche de colores.

De los *Cantos del Peregrino*, dice Caicedo: « Esta obra lleva el sello de la América latina, tiene todo el espíritu que debe dominar en la poesía de esas regiones: es un ramillete de fragantes y magníficas flores. El lirismo se eleva al más alto grado y el mayor poder descriptivo se revela en esas estrofas vibrantes y cadenciosas que seducen y arrebatan. » (1)

Juan María Gutiérrez expresa así su juicio al respecto: « Carlos (nombre del peregrino) es el Harold de la patria y de la naturaleza. El héroe del poeta inglés arrastra su melancolía entre sepulcros y recuerdos; el Peregrino solo baja la vista al suelo para admirar las flores la mantiene á la altura de las montañas, en el zenit para cantar la luz en las horas de su esplendor; en el horizonte para contemplar el nacimiento y el declinar de día, en las nubes, para encontrar en ellas mineros inagotables de la más lujosa poesía. El peregrino consulta sin cesar, dos mundos de misterio, dos fuentes que jamás se agotan: el corazón y la naturaleza. » (2)

Gran número de las composiciones de Mármol, se reducen á fustigar la tiranía; de sus apóstrofes se ha dicho que equivalían á los hechos de Rosas, pues hacia con la palabra lo que este con el poder.

Del punto de vista literario, el apóstrofe de Mármol es

(1) *Ensayos biográficos y de crítica literaria.*

(2) Introducción á los *Cantos del Peregrino.*

imitación del de Zorrilla, solo que mientras el poeta español lo empleaba por mero lujo imaginativo, el argentino, se servía de él para satisfacer sus justos rencores.

Mármol es también autor de una novela: *Amalia*, pintura de la época de la tiranía, y en la cual, si bien es cierto que á veces se exageran los hechos, se recomiendan su colorido local y la vida con que se desenvuelve la acción dramática.

En general el estilo de Mármol es brillante; está bien colocado entre Zorrilla y Victor Hugo, si bien un grado más abajo que ambos en la escuela del genio.

El conocimiento de los clásicos no se pone de manifiesto en Mármol, como en los poetas anteriores á Echeverría; se nota bien en él, el nuevo carácter que la literatura argentina ha adquirido; con él se cierra durante algún tiempo el cuadro de nuestros poetas más inspirados y patriotas y el de los genuinos representantes del romanticismo en la República Argentina.

Contemporáneo de Rivera Indarte es Luis Domínguez, que ha tenido la modestia de hacer olvidar á las generaciones nuevas las calidades de poeta que lo adornaron durante su juventud; fué también emigrado, escribiendo en Montevideo algunas producciones realmente bellas, de las cuales merecen citarse sobre todo su *Canto al Arte*, premiado en un certamen patriótico. Poeta de mediana inspiración, supo sin embargo mantenerse discretamente en un justo medio que lo honra sobremanera.

De un valor poético más ó menos análogo es D. Juan Gualberto Godoy, natural de la provincia de Mendoza, donde hizo sus primeras armas como periodista; obligado á emigrarse por razones políticas, se refugió en Chile, mostrando allí las varias aptitudes que lo adornaban. Cultivó las letras, no con mucho éxito, pero fué poeta discreto como Domínguez; cantó los sentimientos comunes á los emigrados argentinos; es autor, también de varias composiciones descriptivas, tales como: *La Palma*, *El ciprés* y *La Cordillera de los Andes*, poesía esta

última en que campea una inspiración elevada que no le es frecuente á Godoy. Su principal fama reposa en su abundantísima vena para la poesía satírica; durante las luchas políticas, redactó periódicos en versos improvisados, los cuales, si tienen mucho de vulgar, suelen ofrecer novedad y belleza. Los biógrafos de Godoy están conformes en que su abundancia para la versificación era tal, que podrían hacerse de sus versos diez ó doce volúmenes; pero desgraciadamente solo se conserva parte de ellos. Godoy no merece ciertamente el abandono en que vive su nombre: cuando se haga un estudio serio de nuestros poetas nacionales, ha de ser colocado, sino entre los primeros, al menos entre los buenos poetas argentinos.

Más ó menos por la misma época en que figuraron los dos últimos poetas citados, empezó á actuar otro, cuya vida y carácter reflejan la situación de nuestra patria: Hilario Ascasubi que formó parte del grupo de emigrados á Montevideo, y que volvió á Buenos Aires como ayudante de Urquiza, ocupando después elevados puestos.

Es el continuador del género gauchesco, iniciado por Hidalgo en el Uruguay; como viajó mucho por nuestras campañas, tuvo ocasión de estudiar el tipo característico de ellas; con esos elementos escribió varios tomos de poesías, empleando en ellas el dialecto gaucho. Las obras de Ascasubi son extensas, no pintan, como las de Hidalgo, grandes cuadros en un pequeño espacio; hay en sus composiciones mucho que es de Echeverría y de Godoy, hay también mucho que es redundancia y que no aumenta nada á la belleza de la obra, pero considerados por trozos aislados, sus poemas tienen un sabor local que encanta, pudiéndose decir, y esta vez con verdad, que ha trasladado á ellos, la vida de nuestros campos.

El género introducido por Ascasubi en la literatura argentina, se fué perfeccionando poco á poco, y uno de los jóvenes más distinguidos de su tiempo, después de haber escrito varias composiciones de estilo culto y de fondo

romántico, después de haber sido viajero y soldado, y de haberse asimilado el espíritu de las campañas argentinas, en un momento feliz, encontró un tema que desarrolló con admirable gusto; titúlase su composición: *Fausto—Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo, en la representación de esta ópera.*

El estilo empleado en ella, es imitado del estilo criollo y digo imitado porque es más culto que el que emplea el gaucho; por eso no nos da del Campo, como Ascusabi, la medida exacta de la capacidad del hombre semi-civilizado que habita nuestras pampas.

No puede decirse lo mismo de José Hernández, autor de *Martin Fierro*, el mayor esfuerzo que entre nosotros se ha hecho por dar una expresión exacta de las costumbres, ideas y lenguaje del gaucho. Mientras del Campo coloca al gaucho en situaciones artísticas que lo favorezcan, Hernández lo toma en los accidentes vulgares de la vida diaria, y sabe sacar de ellos, raudales de poesía.

El argumento de *Martin Fierro* está tomado de la vida del gaucho perseguido por la justicia, hecho víctima de las arbitrariedades y abusos más groseros, y que conserva con razón un justo rencor en el fondo de su alma rústica, pero dotada de recto criterio y de sanas ideas. Pintalo, no en sus triunfos de payador, sino en sus mayores infortunios, en su vida de soldado constreñido al servicio aún contra su voluntad, en sus correrías á través del desierto para escapar á la autoridad que lo persigue, privado de refugio y de medios. Los cuadros que se suceden en el poema son del mayor interés: unas veces dramáticos en alto grado, otras salpicados de la gracia propia de esos hijos del desierto, y todo esto escrito en una forma apropiada, con figuras imaginativas perfectamente naturales en los personajes que en aquellos figuran.

Martin Fierro será siempre un poema de interés histórico, porque es, como ha dicho Santiago Estrada, «el ruto de la observación de las costumbres campesinas en la estancia, en la pulpería, que es el club del gaucho»

á la luz del fogón alrededor del cual improvisa todas las noches su hogar, aquel que no tiene un palmo de tierra propia en la ilimitada extensión que riega con su sangre. Por eso la expresión es vigorosa, original el giro de la frase, y nueva y hasta sorprendente la imagen con que, al parecer, se dan formas tangibles al pensamiento (1).

Del punto de vista poético, una de las figuras de mayor significación que América ha producido, es sin duda, la de Olegario V. Andrade, natural de Entre Ríos, educado en el colegio del Uruguay y consagrado al periodismo durante una gran parte de su vida, tarea en la que ha ejercido una acción determinante que, hasta cierto punto, le ha impedido consagrarse á las letras con todo el detenimiento que hubiera sido de desear.

Como poeta habrá sido superado por otros, en cuanto al sentimiento y la intensidad, pero no en cuanto al esplendor y brillo. Se ha caracterizado como poeta objetivo; la indole de su inteligencia no es de aquellas que se recojen dentro de sí mismas para exteriorizarse después en el análisis de la psicología personal; tiene la visión de los objetos exteriores, á los cuales no los ve, como Bello y Olmedo, en sus verdaderas proporciones, sino agrandados, embellecidos y magnificados; de aquí nace su preferencia por todo lo grandioso y lo solemne que hay en la historia y en la vida humana. Con razón se le ha llamado el poeta de las cumbres, porque no tiene la visión del detalle, de los accidentes en pequeño, sino abarca siempre un conjunto; es el poeta de las grandes síntesis históricas y de las grandes condensaciones objetivas, teniendo, como todas las inteligencias de esa clase, grandes cualidades y así mismo, grandes defectos.

Pertenece á la escuela poética de Víctor Hugo y especialmente á la de su última época, cuando el genial escritor francés se dedicó á la exaltación de los hechos

(1) *Miscelanea.*

históricos más notables, á la pintura de los grandes espectáculos de la naturaleza.

Algunas veces ha pretendido cultivar los géneros más sencillos en composiciones de asuntos delicados y tiernos; pero en ese terreno ha fracasado, casi siempre, porque su índole poética no le permite tratar sino los temas grandiosos y magníficos: En cambio, cuando elige los asuntos apropiados á su naturaleza literaria, produce la obra pindárica por el arranque lírico, que muchas veces hace pasar desapercibidos defectos de ejecución, prosaismos y exajeraciones muy frecuentes en Andrade.

Sus principales trabajos son: *Prometeo*, canto á la libertad del pensamiento, en el cual están de relieve, mejor que en ningún otro, las cualidades y los defectos del autor que venimos tratando; hay el buso de sus grandes cualidades imaginativas y al mismo tiempo la grandilocuencia de la frase, el atrevimiento de la expresión y la novedad de los conceptos.

La *Atlántida*, himno levantado en honor de la raza latina; *San Martín*, una de las composiciones patrióticas más brillantes y entusiastas que se haya escrito en la Argentina, especie de símbolo en que se propone personificar la independencia americana; *La Creación*, parodia del *Paraiso Perdido* de Milton. *El Nido de cóndores*, *El Arpa perdida*, *A Paisandú* y *El astro errante*. Las demás composiciones son de menos valor, aunque no desprovistas de bellezas.

Para concluir diremos que Andrade fué un artista en cuya paleta no faltaron jamás los colores más vivos, ni las tintas más acentuadas. Su estilo, salvo los giros á veces extravagantes, fué elegantísimo y opulento, pudiendo ser considerado por todas estas razones, si no como uno de los poetas más correctos de América, al menos como uno de los más inspirados. Pelliza concluye su juicio crítico sobre Andrade diciendo, que su poesia no es de las que juzga el criterio de un gramático, sino de las

que se sienten cuando el espíritu del hombre se cierne en las esferas más elevadas del pensamiento (1).

Posteriores á Andrade son otros poetas, no menos inspirados que el cantor de San Martín, y entre los cuales merecen citarse:

Carlos Encina, cuyo espíritu al parecer ocupado únicamente en las cuestiones matemáticas, que fueron su pasión dominante, consagró, sin embargo, un espacio al cultivo de las letras. Consideró siempre á la poesía como un instrumento de progreso, empleándola en ese sentido; el *Canto al Arte* es la piedra fundamental de su justa gloria.

Ricardo Gutiérrez, contemporáneo de Andrade, pero que á la inversa de este representó la escuela subjetivista, casi con exclusión de toda otra. Espíritu poderoso, no tanto por su amplitud como por su fuerza intensiva, no fué tan brillante como Mármol, en sus composiciones, estribando el principal mérito de éstas, en la profundidad psicológica que revela la observación cuidadosa del mundo interior. Es autor de *La fibra salvaje*, *La oración*, *El misionero* y de una infinidad de otras composiciones inspiradísimas, en las cuales palpita el sentimiento. Con razón ha dicho D. J. A. Argerich que «hay en sus estrofas un soplo vital indecible, un atractivo que no se sabe explicar satisfactoriamente, pero que circula por medio de esos cantos que se insinúan en el alma y la llenan de calor, de calor artístico, no obstante ser una contemplación triste y empapada en lágrimas, de la vida pasajera» (2).

Juan Chassaing, uno de los poetas más vehementes y correctos de la época, conocidísimo en América por su inspirada composición *A mi bandera*, que bastaría por sí sola para inmortalizar el nombre de su autor. Carlos Guido y Spano, todavía vivo para gloria de las letras argenti-

(1) *Glorias argentinas*.

(2) *América Literaria*.

nas, cultista de la forma, que sabe contornear sus versos según los modelos clásicos y darles un relieve, una frescura y una novedad inexplicables; lo prueba el placer siempre igual con que se leen sus *Hojas al viento* y sus *Ráfagas*, compilaciones de piezas maestras en las que se hermanan el gusto más exquisito y la ternura más delicada: *Al pasar*, *Nenia* y *á mi hija Maria del Pilar*, son sin duda sus más bellas composiciones.

Después de la poesía, uno de los géneros literarios que ha alcanzado mayor desenvolvimiento entre nosotros, es la oratoria, cuyo periodo más brillante está comprendido precisamente dentro de la época que vengo tratando. No siéndome posible hablar largamente acerca de los oradores argentinos, me limitaré á enumerarlos é indicar solamente la acción que han ejercido :

D. Guillermo Rawson es sin duda una de las figuras más caracterizadas en el foro argentino; su palabra mesurada, revela al hombre de grandes talentos y profunda preparación científica; sus discursos han sido mirados como de los más perfectos que en América se hayan pronunciado.

El Dr. D. Dalmacio Vélez Saarsfield, versadísimo en Ciencias Económicas y en Jurisprudencia, fué también un orador notable por su facilidad de expresión, así como por la amenidad y sal ática que realzan sus discursos. Uno de los más memorables es el que pronunció en la Convención de Buenos Aires en 1853, al presentar la Constitución reformada y el tratado por medio del cual se resolvía que esa provincia examinaría la Carta federal y que sus objeciones serían discutidas en una Convención Nacional de que Buenos Aires sería parte. «Vana pretensión sería llamar ciceroniana á aquella oración en que lo patético y el recuerdo de las pasadas desgracias conmovieron tan profundamente al auditorio. Pertenece más bien al carácter de la oratoria de Burke, el célebre orador inglés, y más, á aquel discurso en que previendo los desastres que traería la guerra declarada á las colonias

inglesas, por un Parlamento y un pueblo enceguecidos por el orgullo, apelaba en vano al respeto de las libertades inglesas, aquella rica herencia de que nadie había despojado á los colonos, que por serlo no habían dejado de ser ingleses » (1).

D. Juan A. Argerich llama á Velez Saarsfield el más grande de nuestros oradores parlamentarios; y en efecto si ha tenido iguales, no ha sido hasta hoy superado.

D. Nicolás Avellaneda es también un eminente cultor de la palabra hablada, sus oraciones se caracterizan por el refinamiento y el corte cadencioso; muchas de ellas son memorables por la intención patriótica que las inspiró y por las consecuencias que produjeron.

El General Mitre es otro de nuestros más famosos oradores.

El mayor elogio que de sus discursos parlamentarios y de sus arengas puede hacerse es el decir que, como su vida toda, ellos han sido consagrados al mejoramiento material y moral del país. Como piezas literarias, los discursos del General Mitre, merecen ser puestos junto á los de Rawson por la elegancia, la concisión y la profundidad.

D. Pedro Goyena y D. José M. Estrada, pertenecen también al número. Ambos han dignificado con su autorizada palabra la cátedra argentina, dejando un recuerdo imborrable en sus discípulos y compañeros.

Y por último, Aristóbulo del Valle, uno de los hombres de más vasta preparación en su tiempo y uno de los espíritus más cultos y delicados, cierra dignamente el cuadro de la oratoria argentina en los últimos años.

El género histórico ha sido regularmente cultivado en esta parte de América, si bien no todas las obras que se han producido merecen el nombre de históricas, tomando este término en el sentido que hoy alcanza en las letras. Sobre asuntos históricos escribieron á partir de la

(1) SARRIENTO, *Biografía del Dr. D. Dalmacio Vélez Saarsfield*.

tiranía, Juan M. Gutiérrez, Domínguez, Saldías, Lucio V. López y Vicente Fidel López, Mitre y algunos otros más. Diré algunas palabras acerca de cada uno de ellos.

Cuando se habla de D. Juan M. Gutiérrez no es posible considerarlo como historiador, ni como poeta, ni como periodista únicamente, porque su acción es múltiple; es la acción de los hombres civilizadores que no consagran su actividad á un solo asunto, sino que los abarcan todos, cuando es necesario.

D. Juan M. Gutiérrez, cuyo nombre es quizá uno de los más populares, al par de los de Rivadavia y Sarmiento, aun cuando por su carácter no fué reformador ni revolucionario, hizo obra de revolución y de reforma y esto en trabajos de tanto mérito que aun hoy son como los fundamentos de nuestra historia intelectual.

En los primeros años de la tiranía, la prédica contra Rosas, no tuvo ni pudo tener mayor eficacia: exacerbados los ánimos por el estado de cosas reinante, encendidas las pasiones y mal preparados aún los hombres para hacer frente á la lucha seria, toda la grito que se alzó para combatir al tirano fué más lirismo que otra cosa. Era necesario tomar un camino distinto, preparar al pueblo para la organización definitiva del país, una vez que se le hubiera hecho libre de la dictadura opresiva que sobre él pesaba; pocos eran sin embargo los que tan juiciosamente discurrían y los que en el silencio del destierro, se preocupaban de inspirar en sus obras, un juicio sereno y un criterio patriótico. A ese escaso número pertenece Gutiérrez: Miembro de la *Asociación de Mayo*, emigró más tarde á Montevideo, colaborando allí, junto con Lamas, Alberdi, Goyena, Rivera Indante y otros argentinos, en varios periódicos opositores. Consiguió así mismo, en la vecina ciudad, ser premiado en un concurso poético por su *Oda á Mayo*; y dedicó buena parte de su tiempo á compilar las principales poesías escritas en el Río de la Plata, acompañándolas de algunas noticias acerca de sus autores.

Pasó luego á Europa junto con Alberdi y en unión con él compuso durante el viaje su poema *El Edén*.

Pero su verdadera acción como hombre ilustrado, empieza á hacerse sentir desde su establecimiento en Chile, donde desempeñó puestos importantes al frente de la educación. Durante su permanencia en esa República y en la del Perú, publicó la *América poética*, colección notable de las principales producciones debidas al estro de los sud americanos; y publicó en Revistas de importancia de las del Pacífico y del Comercio de Lima, juicios críticos sobre los autores nacidos en el continente.

A la caída de Rosas regresó á su patria, donde trabajó activamente como hombre público, por espacio de veinticinco años, consagrando al servicio de su país la más decidida voluntad y firme empeño.

Pero aun en medio de los arduos trabajos políticos y de sus deberes como representante del pueblo, como Secretario de Estado ó como plenipotenciario, éste hombre excepcional encontró algunos momentos que dedicar al trabajo intelectual. Preocupado siempre con la idea de que es necesario ilustrar al pueblo, si se quiere asegurar la organización de las naciones, fundó *El Nacional Argentino* y al mismo tiempo que vertía en él sus ideas de patriota, dirigía á la juventud en los estudios universitarios, fundaba la *Escuela de Abogados*, ponía la Constitución del 53, al alcance de todos, escribía bibliografías de los más grandes hombres americanos, ya sea en la milicia ó en las letras, realizaba con su valiosa colaboración las Revistas de *Buenos Aires* y del *Río de la Plata*, escribía una *Historia Argentina* para uso de la juventud y se ensayaba en la producción de poesías, de las cuales merecen mencionarse la que dedicó á San Martín y el poemita *El Capitán de Patricios*, « especie de idilio con lágrimas, cuyos personajes figuran en las inmediaciones más pintorescas de Buenos Aires » (1).

(1) ZINNY. D. Juan M. Gutiérrez. — Su vida y sus escritos.

Con razón se ha llamado á Gutiérrez *el patriarca de las letras en la Argentina*, porque su acción ha sido múltiple y eficaz; laborioso como pocos, inspirado en el bien de su patria, á él se debe que hombres como Miralla y Rojas hayan sido reconocidos poetas de valor; él fué el primero que se ocupó entre nosotros de examinar la literatura colonial americana; en él encontraron Echeverría, Luca, Juan C. Varela y un sin número de escritores argentinos, el más consagrado y afectuoso de los críticos; en una palabra: es el patriota desinteresado y entusiasta por todo lo que sea nacional, que no reconoce obstáculos cuando se trata del engrandecimiento de su patria.

Para considerar á Gutiérrez y poder apreciar el valor de su acción en las letras de la República, no basta citar algunas de sus composiciones: es preciso tomarlo en el conjunto de su obra; solo así pueden abarcarse las existencias que como la suya, se proyectan á manera de focos de luz, irradiando claridad no en cada uno de sus rayos aislados, sino en la zona total á que alcanza su poder iluminador. He aquí porque, aun cuando fué más historiador que otra cosa, he preferido reseñar brevemente las principales etapas de su larga carrera civilizadora, más bien que considerarlo en algunas de sus obras.

D. Luis Domínguez, á quien hemos considerado antes como poeta, fué también un historiador muy reputado: Su *Historia Argentina*, obra desgraciadamente inconclusa, se recomienda por la exactitud y la sobriedad del estilo.

Adolfo Saldías ha escrito una *Historia de Rosas* que no se recomienda por su imparcialidad y que deja algo que desear en cuanto á su estilo.

Lucio V. López, es autor de una prolija *Historia Argentina* que se extiende desde el descubrimiento hasta el Virreynato, obra que no luce grandes dotes literarias pero que es un texto aceptable.

Vicente F. López, lleva publicados ya varios volúme-

nes sobre la misma materia; pero á la inversa del antes mencionado, descuella por su estilo ameno y fácil, lo que contribuye á realzar los méritos que provienen de la exactitud histórica.

Y por último al General Mitre debemos la Historia Argentina más completa que poseemos. Aun cuando los títulos de sus principales obras sean: *San Martín* y *Belgrano*, ambas compendian dos largos periodos de nuestra historia, periodos que personifican y aun explican, las dos figuras gigantescas á cuya memoria levanta monumentos impecederos.

En otros géneros literarios podemos mencionar algunos escritores de verdadero mérito. A ese número pertenece Sarmiento, autor del *Facundo*, obra que no es de Historia propiamente dicha, tampoco de filosofía social ni puramente literaria, pero que contiene todos los elementos, viniendo á formar un conjunto admirable, único entre nosotros del que pueda decirse como de *El Quijote* que ofrece lectura y material intelectual para todas las edades y para todas las épocas.

Cuando se habla de hombres civilizadores por excelencia, de esos espíritus geniales que en todos los pueblos marcan un derrotero seguro á la marcha vacilante de los acontecimientos, es preciso conceder entre nosotros el primer puesto á D. Domingo F. Sarmiento, cuya vida de propagandista, de educador y de hombre público, llena el largo espacio de cincuenta años

Dotado de una inteligencia excepcional y habiendo tenido la fortuna de figurar en épocas propicias al desenvolvimiento de las grandes iniciativas, Sarmiento pudo ser y fué una de las figuras de más acentuado relieve en nuestro país, y su acción, de proyecciones infinitamente mayores que la de Gutiérrez. De aquí, que aunque inspirados en idénticos ideales de civilización y mejoramiento social, no puedan ponerse el uno junto al otro, sin forzar un tanto la comparación. El genio de Sar-

miento es más semejante al de Bilbao y más aún al de Bello, con la ventaja sobre ambos, de haber unido al trabajo paciente del Sociólogo y del Educador, el trabajo activo del Estadista y del Magistrado. Espiritu culto y elevadísimo, quizá el más lúcido, después de Rivadavia, cuya obra continúa y completa, Sarmiento tuvo, como pasión dominante, la civilización del pueblo, y esa preocupación lo acompañó siempre é inspiró todos sus actos, lo mismo los del obscuro maestro de escuela en el rincón de una provincia, que los del primer magistrado de la República. Dejando á un lado lo que corresponde al hombre público, me ocuparé solo del escritor, pues en Sarmiento tal distinción es posible, desde que las obras escritas por su mano, constituyen por si solas la suficiente gloria para una existencia.

En esa faz de su vida, el período más importante es aquel durante el cual, émigrado de su país, pasó á engrosar la brillante falange argentina que se había radicado en Chile y que desde allí mantenía relaciones intelectuales y políticas con la que en Montevideo esperaba, como aquella, el momento de poder regresar á Buenos Aires, entreteniéndose sus ocios en la producción literaria.

En Chile, Sarmiento era periodista, empleado y crítico, tomaba parte activa en la vida social del país, proponía reformas en la educación pública y trazaba á la luz de sus recuerdos, el cuadro de nuestra descomposición política y el estudio más completo de nuestra vida nacional.

Pocas existencias hay tan genuinamente nacionales como la suya: conocedor profundo de la época llena de contrastes, en que le tocó vivir, vinculose con el pasado por los mirajes de su espíritu y con el futuro por su visión genial y casi profética del porvenir, que le permitió señalar rumbos certeros en el sentido del progreso. No hay pues que extrañar que en sus obras se refleje la historia argentina de una manera clara y completa: Sarmiento ha podido darse cuenta de los grandes antecedentes históricos que presidieron á los hechos que

relata, porque estudió prolijamente sus componentes individuales, lo que ha hecho que muchas de sus obras sean miradas como lo más genuinamente argentino que se haya escrito.

Además de *Facundo*, produjo Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*, *Vida del Fraile Aldao* y algunas otras obras de menos importancia que las citadas.

En todas se revela un hombre de vastos conocimientos y un estilista de primer orden. Más adelante diré algunas palabras acerca de sus producciones.

D. Juan B. Alberdi, pertenece á la misma generación de Gutiérrez, y como él fué un espíritu cultísimo y profundo, que sirvió al país con dedicación admirable. García Mérou hace su biografía en estas líneas: «Maestro de la ironía, analista implacable y severo, polemista que hiere y mata al adversario sin imprecaciones ni furores teatrales, desgarrando apenas su epidermis con la punta de su estileto florentino. La suavidad y dulzura femeninas de sus modales esconden un alma ardiente y un cerebro de poderosa amplitud. Toda la vitalidad de su cuerpo elegante y fino se encuentra en su pensamiento genial, en su talento crítico que todo lo penetra y todo lo desmenuza, en sus adivinaciones de organizador, que en obras monumentales arroja las bases de nuestra constitución política, ilustra los fundamentos de nuestro derecho público provincial y del sistema económico más apto para desenvolver nuestra prosperidad, rivalizando en el curso de sus escritos con Tocqueville y con Laboulaye, con Guizot y con Herbert Spencer. La rigidez de sus opiniones y hasta cierto punto el exclusivismo de su criterio político, lo apartan de la patria cuando sus luces le eran más necesarias y lo relegan á la soledad del gabinete de estudio, desde donde sigue palpitante la marcha tumultuosa de nuestra democracia. Sus panfletos inflamados, despiertan odios tenaces y resistencias implacables; pero él no flaquea un instante en la contienda, luchando en defensa de los principios de la libertad

hasta la última hora de su vida pura y luminosa, torturada por la ingratitud y la indiferencia de una generación que solo después de su muerte empieza á conocer la superioridad innegable de su genio» (1).

En la novela han descollado algunos escritores de mérito tales como la Gorriti, Lucio V. López, Navarro Viola, Ocantos, Miró y unos pocos más.

Tal es, tomada en sus personalidades de mayor relieve, la evolución literaria argentina.

(1) *Ensayo sobre Echeverría.*

SEGUNDA PARTE

Examen de los elementos literarios Americanos

CAPITULO XVI

El elemento descriptivo en las letras americanas

Importancia y desenvolvimiento del elemento objetivo en las diversas literaturas.—Obras que le dan cabida.—La descripción de la naturaleza en las letras americanas.—Composiciones que de ello se ocupan.—*Al Niágara, Al Tequendama.*—*A un arroyo.*—*Aures.*—*Silva á la Agricultura, Memoria sobre el cultivo del maíz.*—*La Cautiva.*—*La Pampa.*—*Las tardes de Abril.*—*Los trópicos.*—Fragmentos descriptivos de la *Odissea del Alma, La oración por todos, María, En el Teocalli de Cholula, El Tempe Argentino, Tabaré; Las mariposas, La Garza,* descripción del caballo en la *Silva á Flores* y en el *Gonzalo de Oyón.*—Enumeración de otras obras descriptivas.

De las tres fuentes en que se inspiran las obras artísticas: Dios, el hombre y la naturaleza, ninguna ha suministrado mayor número de elementos que la última. El artista de todos los tiempos y países experimenta la necesidad de identificarse con el medio en que vive y de hacer pasar á sus obras, en cualquier forma que sea, las diversas manifestaciones de la naturaleza que le rodea.

El valor de este factor literario, que se ha denominado *objetivo*, no necesita ciertamente ser demostrado: basta

citar las *Geórgicas* de Virgilio y las *Eglogas* de Garcilaso, para comprender los grandes elementos de belleza que encierra.

La descripción de la naturaleza tiene un valor considerable; en efecto: aún cuando el mundo físico aparezca en las obras artísticas bastante modificado por el elemento *subjetivo* que interviene en su interpretación, pues el temperamento, la raza, la edad, la ilustración y otras mil circunstancias determinan de la impresión que un mismo objeto produzca en los individuos que lo contemplan, ella constituye uno de los principales factores de la nacionalización en literatura.

Todas las naciones tienen un cierto número de obras en las cuales la descripción de la naturaleza es el objeto primordial, y esas obras son miradas siempre, sino como las más inspiradas, al menos como las más nacionales.

Y se comprende que así sea: los sentimientos, los intereses, las pasiones de los individuos, tendrán una modalidad peculiar en cada país, pero en realidad tienen un fondo común, que es lo que hace igualmente interesantes para los hombres de todas las naciones, las obras literarias que de ellos se ocupan. Un pueblo no podrá gloriarse de tener una literatura propia, si no cuenta en ella con obras en que el elemento objetivo entre como parte principal en su constitución.

Y es tan importante ese factor, á tal punto contribuye á determinar y explicar los fenómenos sociales y morales, que se le ha dado cabida en obras de diversos géneros, tales como la Novela, la Historia, la Poesía, etc., es indudable que en las producciones poéticas es donde tiene más amplia cabida, puesto que por su carácter y forma, son las que mejor se prestan á la pintura de las cosas naturales y á las reflexiones que origina su contemplación.

La literatura americana ha concedido también algún espacio al elemento objetivo. Colocado el artista en medio

de una naturaleza espléndida, rodeado por todas partes de pampas dilatadas, de ríos como mares, de montañas inaccesibles y de bosques impenetrables, experimenta esa melancolía que comunica la contemplación de las cosas superiores, y siente, por consecuencia, la necesidad de cantarlas.

La Poesía, sobre todo, ha sacado partido de la observación de la naturaleza.

En el deseo de demostrar que las letras americanas pueden ostentar con orgullo piezas descriptivas de mérito, muchas de las cuales contribuyen á su nacionalización, mencionaré en el presente capítulo, un cortísimo número de ellas, lo que para mi objeto es suficiente.

Una circunstancia ocasional ha venido á favorecer el desarrollo de la poesía descriptiva americana: debido á las luchas políticas que han sacudido el Continente durante largo tiempo, los más grandes poetas americanos han pasado una buena parte de su vida en el destierro, lo que por razón natural, ha sublimado el sentimiento patriótico hasta convertirlo en nostálgico; en tales condiciones, la naturaleza del suelo natal, de suyo hermosa, se aparece á los ojos del proscrito con la más espléndida brillantéz que pueda concebir la fantasía, y el justo afecto que inspira, se eleva con la ausencia á tal grado de intensidad, que si no arrastra al poeta al falseamiento, lo hace un pintor colorista de primera fuerza, que dice con Peza:

¡ Ah si mi sueño realizar pudiera !

Cuán dichoso sería !

Sonar amor al pie de una palmera

Allá en los bosques de la patria mía.

.....
Sentir como se arrulla la paloma

Que en platanar sonante se ha hospedado,

Y ver que el floripondio abre callado

Urnas de nieve rebosando aroma.

Del liquidámbar, árbol pebetero,

Reposar á la sombra dulcemente,

Y refrezcar con gozo el labio ardiente
En los frutos del alto cocotero.
Escuchar en la noche susurrando,
Entre blancos nelumbios y juncales,
El arroyo que pasa refrescando
Los verdes y floridos cafetales.
Ver las pomas de oro
Que esmaltan el manglar, y en la callada
Selva, escuchar el ritmo tan sonoro
Del sinsonte que sueña en la enramada
.....

La belleza proverbial del Continente americano es sin duda una de las causas que han hecho que sus principales escritores, hayan consagrado algunas de sus composiciones mejores, á ensalzar sus maravillas.

El hombre americano, en sus perigraciones á través de las regiones escarpadas ha visto una corriente de agua que mansa en un principio va a precipitarse de pronto en una cima, produciendo un estruendo indiscriptible y levantando columnas de vapor que los rayos solares matizan con los colores del iris; y si ese hombre ha tenido espíritu de gran poeta, ha tomado la lira para cantar *Al Niágara* con Heredia:

Sereno corres majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego;
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente;
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo; mil olas,
Cual pensamientos rápidos pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan

Y entre espuma y fragor desaparecen,
; Ved! Llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua; vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino; sube,
Gira en torno y al éter
Luminosa pirámide levanta
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta

La ciencia no excluye la poesía; pruebas de ello dió Caldas, uno de los hombres más reputados en América por su ilustración y talento, en su brillante descripción del Tequendama, que en nada cede á las mejores que en prosa y verso se han hecho en América. Hela aquí:

« El Bogotá, después de haber recorrido con paso lento y
« perezoso la espaciosa llanura de su nombre, vuelve rápida-
« mente su curso hacia el Occidente y comienza á atravesar
« por entre el cordón de montañas, que están al S. O. de Santa Fe.
« Aquí, dejando esa lentitud melancólica, acelera su paso, for-
« ma olas, murmullo, espumas, y rodando sobre un plano in-
« clinado, aumenta por momentos su velocidad. Corrientes im-
« petuosas, golpes contra las rocas, saltos, ruido majestuoso,
« suceden al silencio y á la tranquilidad. •

« En la orilla del precipicio, todo el Bogotá se lanza en masa
« sobre un banco de piedra; aquí se estrella, aquí dá golpes
« horrorosos, aquí forma hervores, borbotones y se arroja en
« forma de plumas diverjentes, más blancas que la nieve, en
« el abismo que lo espera. En su fondo el golpe es terrible y
« no puede verse sin horror. Estas plumas vistosas que for-
« maban las aguas en el aire, se convierten de repente en
« lluvia y en columnas de nubes que se levantan á los cielos-
« Parece que el Bogotá acostumbrado á recorrer regiones ele-
« vadas de los Andes, ha descendido á pesar suyo á esta pro-
« fundidad y quiere orgulloso, elevarse otra vez en forma de
« vapores.»

La hermosa descripción que antecede solo puede compararse en poesía á la de J. J. Ortiz que se le parece mucho como puede verse por el siguiente fragmento :

Manso y tranquilo y cosegado corre
Lleno de majestad, y de repente,
Cual dragón infernal, alza la frente,
Sacude enfurecido
Las vedijudas greñas,
Se asoma al borde del abismo y brama,
Y se lanza iracundo
De un abismo á otro abismo más profundo
En sábanas lumbrosas de albá espuma,
A ser despedazado entre las peñas.
La roca al golpe gime;
Hiervè la onda atormentada y gira,
Se rompe, se revuelve, se comprime
Con clamoroso y desigual estruendo,
O como quien se queja y quien suspira;
Y como el humo de una gran hoguera
A torbellinos al Olimpo sube
De clara niebla en argentada nube;
Y el poderoso acento
De soledad en soledad, de un monte
A un monte más lejano lleva el viento.

Otros escritores de menor arranque lírico, pero tan inspirados como los que preceden, han producido también notables piezas descriptivas de objetos naturales. Citaré solo algunas de las innumerables que se encuentran en la Antología completa de América.

Rafael Mendive contempla un arroyo que se desliza susurrando dulcemente por una pradera de flores y lo canta así :

; Cuán lento vas arroyo cristalino
Con expresión sencilla,
Rizando en tu camino
La verde alfombra de flotante lino
Que blando crece en tu espumosa orilla !

¡ Cuán ricas de ilusión resbalan solas,
Ceñidas de amapolas
Y blancas azucenas,
En dulces giros, las modestas olas
Que nacen en tus márgenes serenas !

.....
El cespéd blando y la feraz llanura
Te ofrecen regaladas
Su cándida verdura ;
Y en grato son las auras perfumadas
Tranquilas besan tu corriente pura

.....
Y ageno de ansiedad y de pesares
Por selvas y palmares,
Sin respirar congojas,
Tranquilo vas al seno de los mares,
Cubierto siempre de fragantes hojas.

Al lado de esta composición cuyos versos se delizan con la misma placidez y suavidad de las ondas del arroyo, debe ponerse la de Gutiérrez González, *Aures* que dice :

De peñón en peñón, turbias saltando
Las aguas de Aures descender se ven,
La roca de granito socavando,
Con sus bombas haciendo estremecer

Los helechos y juncos de la orilla
Temblozos condensan el vapor,
Y en sus columpios trémulos vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se vé colgado en sus abismos hondos
Entretejido el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimión

.....

Pero no son los ríos, ni sus bruscas caídas entre las rocas, lo que más caracteriza el suelo americano; su verdadera originalidad está en los bosques y en los desiertos, únicos en el globo; está en la riqueza de sus zonas agrícolas; y son precisamente esos caracteres los que, como elementos objetivos, han encontrado mayor espacio en las letras americanas. No se me oculta que mucho, muchísimo queda aún por explotar en esos veneros inagotables; pero la señal del trabajo está dada, la senda ha sido abierta y no han de faltar seguramente exploradores atrevidos y animosos que hagan caer al golpe de su ingenio, los obstáculos que ocultan á nuestra vista, una buena parte de las riquezas profusamente derramadas en esta tierra de bendición.

Preocupación cónstante de los hombres más altamente colocados en la esfera de la intelectualidad americana, ha sido la de despertar en los hijos de las nuevas naciones, el amor á las cosas naturales, á los trabajos del campo sanos y fructíferos por los que en general no se siente gran atracción entre nosotros. En esa campaña bienhechora corresponde una buena parte á los literatos, y, dicho sea para gloria de las letras americanas, los poetas más eximios que las han cultivado, se han inmortalizado por obras que han revestido ese carácter social. Tres son los que pueden con justicia reclamar los primeros puestos: Bello, Gutiérrez González y Echeverría.

Don Andrés Bello, inspirado por la naturaleza de los trópicos, debió pensar que faltaba á su gloria, un poeta que la cantase; y quizá él mismo no fué indiferente á ese título de *Marón americano, cantor de las mieses y los rebaños*. Este propósito, y el deseo de inspirar á la juventud el amor á las labores pacíficas y honradas del campo, lo movieron sin duda á producir su *Silva á la Agricultura de la zona tórrida*, que Ferrer del Río califica de *soberbia* y que es una de las mejores poesías que se haya escrito en América y una de las más brillantes descripciones de la naturaleza tropical.

Veamos algunos de los cuadros descriptivos que contiene.
Se dirige á la zona ardiente y le dice:

Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das á la hirviente cuba;
No de purpúrea fruta, ó roja ó gualda,
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno, y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano,

Enumera sus riquezas en estos términos:

Tú das la caña hermosa
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales;
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Emula es de la lumbre del záfiro

.....
Para tus hijos la procerá palma
Su vario feudo cría
Y el ananás sazón su ambrosía,
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomos la patata educa;
Y el algodón despliega al aura leve,
Las rosas de oro y el vellón de nieve

.....
Y para tí el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hincha su grano,
Y para tí el banano
Desmaya al peso de su dulce carga

.....

La visión de la juventud laboriosa, consagrada á los trabajos á que la invita con sus palabras, le hace ver á los peones que, *armados de corvas hoces, invaden la espesura de la floresta opaca* y derriban rápidamente al *ceibo americano que gime bajo los golpes del hacha* y rinde por fin su copa, de donde huye el ave *dejando la prole implume*; y poco después exclama:

¿Qué miro? Alto torrente
De sonora llama
Corre y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama;
El raudó incendio á gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube.
Aglomerando nube sobre nube;
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozania,
Solo difuntos troncos,
Solo cenizas quedan, monumento
De la dicha mórtal, burla del viento.

A esta pintura magistral del incendio en los bosques americanos, hace suceder un cuadro risueño y no menos verdadero, el del crecimiento lozano de las mieses, objeto de tantos afanes:

Más al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces,
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenadas haces

Y acaba con la pintura de la abundancia y satisfacción, que es el premio á la labor. Véanse estos tres versos virgilianos:

Y bajo el peso de los largos bienes
Con que el colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.

El pensamiento de glorificar los trabajos agrícolas y de elevar un cántico á la feracidad de la tierra ameri-

cana, está constantemente en el espíritu de Bello, pues, aun en la *Alocución á la poesía* tiene algunas líneas descriptivas de la fuerza de estas :

De tus racimos la variada copia
Rinde el palmar, de azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Como Virgilio (y esto no importa una comparación debió pensar Bello que ya bastante tiempo había durado la guerra y que era llegado el momento de que se *concediera algún honor al arado y á la falce transformada en rigida espada*. Esto le llevó sin duda, como al divino mantuano, á ensayar la musa de los campos, y como él debió decirse en un momento de íntima satisfacción ;

Ascraeumque cano Romana per oppida carmen

Después de Bello, corresponde el primer lugar entre los cantores de la naturaleza americana, á Gregorio Gutiérrez González, que aunque movido por propósitos más modestos, quiso también, como el poeta venezolano, ensalzar el trabajo humilde pero provechoso de los campos.

Como pintor de la naturaleza es admirable. Júzguese por estas estrofas en que describe el maíz :

Contemplad una mata. A cada lado
De su caña robusta y amarilla
Penden sus tiernas hojas arqueadas,
Por el ambiente juguetón mecidas.
Su pie desnudo los anillos muestra
Que á trecho igual sobre sus nudos brillan,
Y racimos de dedos elegantes
En los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,
Más rectas y agrupadas hacia arriba,
Donde empieza á mostrar tímidamente
Sus blancos tilos la primera espiga.

.....
Se despliegan al sol y se levantan
Ya doradas, temblando las espigas,
Que sobresalen cual penachos jaldes,
De un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote,
Que muellemente al despuntar se inclina;
El manso viento con sus hebras juega
Y cariñoso el sol las tuesta y riza

.....
Los chócolos se ven á cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas.

Describe los árboles en un cuadrito de pocas estrofas
que desborda de colorido :

Los árboles sacuden sus bejucos . .
Cual destrenzada cabellera rubia,
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

De sus copas galanas se desprende
Una constante embalsamada lluvia,
De frescas flores, de marchitas hojas,
Verdes botones y amarillas frutas.

El azuceno, el floro-azul, el caunce
Y el yarumo en el bosque se dibujan,
Como piedras preciosas que recaman
El manto azul que con la brisa undula.

Y sobre ellos gallarda se levanta,
Meciendo sus racimos en la altura,
Recta y flexible la altanera palma
Que aire mejor entre las nubes busca.

También Gutiérrez González ha consagrado parte de su poema á describir las faenas de los peones encargados del desmote y del incendio de los troncos inútiles, y en nada cede á Bello.

En lugar del ligero calabozo
La hacha afilada con su mano empuñan,
Miran atentos el cañón del árbol,
Su comba ven, su inclinación calculan.

Y á dos manos el hacha levantando,
Con golpe igual y precisión segura,
Y redoblando golpes sobre golpes
Cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves
Rápidamente por el aire cruzan,
A cada golpe el árbol se estremece,
Tiemblan sus hojas, y vacila....y duda.

Tembloroso un momento cabecea,
Cruje en su corte y en graciosa curva
Empieza á descender, y rechinando
Sus ramas enlazadas se apañuscan.

.....
Lame la llama con su inquieta lengua
La blanca barba á los tendidos palos,
Prende en las hojas y chamizas secas,
Y se avanza temblante, serpenteando.

Vese de lejos la espiral del humo
Que tenue brota, caprichoso y blanco,
O lento sube en copos sobre copos
Como blanco algodón escarmenado.

En fin, sería necesario copiar todo el poemita para dar idea exacta de la belleza de sus cuadros descriptivos, que son sin duda del número de los que más acertadamente reflejan la naturaleza americana.

La tercer grande obra descriptiva (entiéndase que con el orden observado no quiero establecer gradaciones en

el mérito de las tres producciones que estudio) es *La Cautiva* de Echeverría.

Consecuente el poeta argentino, con su idea de que la poesía está llamada á desempeñar un papel civilizador en los pueblos, y de que para realizarlo, ella debe ser el reflejo de sus peculiaridades, se propuso en *La Cautiva* contribuir á ese fin.

Fué Echeverría el primero de nuestros poetas que miró el desierto como una paleta de riqueza poética inagotable. «El desierto—dice—es nuestro pingüe patrimonio y debemos poner nuestro conato en sacar de su seno no solo la riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también, poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra libertad nacional.»

Antes de Echeverría, las pinturas que de nuestras pampas se habían hecho, nada tenían de local; desde la publicación de *La Cautiva*, un nuevo horizonte se abre ante los ojos atónitos de los poetas americanos, horizonte que aun no se ha abarcado en toda su extensión, tan vasto es.

El mérito del poema en lo que á su exatitud descriptiva se refiere, lo prueba el hecho de que un alemán lo haya traducido para dar en su país, idea del desierto argentino, así como el éxito que alcanzó en Europa, donde fué reimpresso muchas veces é imitado por varios poetas.

Es que Echeverría, á la inversa de la mayor parte de los poetas, en los cuales prima la imaginación, era un observador prolijo que supo, gracias á esa condición esencial de su espíritu, interpretar la naturaleza en un poema realmente magistral, como obra descriptiva.

En la pintura del desierto prevalece un tinte de melancolía, que envuelve los seres y las cosa y que da la nota precisa del sentimiento que domina el ánimo en medio de esas vastas soledades, donde el silencio y la quietud, apenas interrumpidos, infunden un apocamiento penoso, que no es precisamente el dolor, pero que dista mucho de ser la alegría.

Con razón ha dicho, uno de los más grandes literatos argentinos contemporáneos que, todos los rumores y todos los accidentes de la Pampa, se encuentran expresados en el poema, porque en realidad tiene toda la fidelidad de una tela maestra.

Siendo *La Cautiva*, una composición tan conocida que casi es popular, creo innecesario hacer aquí transcripción alguna.

Junto á la pintura del desierto hecha por Echeverría merece colocarse la de J. V. Lastarria, de lo cual solo reproduciré algunas líneas.

« ¡ He aquí un mar inmenso, estático, solidificado, que tiene
« horizonte por más que uno avance en su verde superficie, la
« cual también se agita á impulsos del viento; un mar donde el
« sol aparece y se pierde en las líneas circulares en que descansa
« el cielo; un mar que también tiene sus misterios, sus ruidos
« pavorosos ó risueños, sus tempestades, sus torbellinos, sus
« días de calma ó de esplendor !

« La Pampa Argentina es una de las facciones más notables y
« curiosas de nuestro continente es el reino del silencio, en donde
« la naturaleza reposa triste y taciturna, inmóvil y agobiada !

« Colocado allí, el hombre se vé más alto que todo lo que le
« rodea. Le parece mirar el cielo de cerca y su vista no encuen-
« tra obstáculo para abarcar el espacio. Mas ese sentimiento
« superior no es risueño: es altivo, serio, callado. No hay allí
« nada risueño, dulce, encantador. Los pájaros que muy de
« tarde en tarde aparecen, no cantan: se quejan, gimen ó silbar
« con dolor. Las vizcachas, que abundan, gruñen como el cer-
« do; y durante el verano, los insectos zumban, la cigarra mo-
« lesta. La flexible culebra, la horrorosa iguana, se arrastran
« calladas. De cuando en cuando, allá á lo lejos se divisa un pa-
« de gamos, algún avestruz. Pero en invierno, nada se vé, nada
« se oye que anuncie la vida

« Nada más triste que la Pampa en invierno. La vida huye
« del suelo y del aire; la grama descolorida se eleva apenas y no
« alcanza á cubrir la champa de sus raíces; y los campos que
« en verano se cubren de margaritas encarnadas ó moradas, de

« resedá, clavélinas y anémonas moldores, están desnudos y son
« tierra muerta y oscura.

« Todo ha enmudecido, el silencio es aterrador; la naturaleza
« ha perdido su brillo: solo se vé el desierto en toda su inmen-
« sidad. Parece que al retirarse de allí las aguas del mar, deja-
« ron estampado el sello del océano para eterna memoria.»

Corto sería el espacio de un libro si se quisiera estudiar detenidamente á todos los escritores americanos que han escogido como asunto, la naturaleza, pintando cuadros estimables de determinadas regiones, cuya contemplación fué su objeto preferente. No puedo hacer ese estudio y por otra parte no es necesario tampoco que lo haga, para probar que en América, el género que me ocupa, si ha podido generalizarse aun más ha tenido dignos cultores. Sin embargo, mencionaré las composiciones más importantes con que cuenta; en ese orden, la literatura americana.

Juan Diéguez, el sentido poeta guatemalteco, se extasia ante la naturaleza que despliega toda su riqueza en una serena tarde de Abril, y la canta en estrofas realzadas por los colores fuertes y los aromas penetrantes de los bosques de América. Citaré solo algunas:

Cuájanse los cafetos de jazmines,
De escarlata el granado se salpica,
La pasionaria de verdor tan rica
Tiende á Flora fresquísimos dosel;
Y la columna del esbelto dátil
Tapiza la pitahaya trepadora,
Con lujosos florones la decora
Pendientes del crimado capitel.

Y el plátano sus lábaros tremola,
Sus anchos abanicos la palmera,
Y sacude la verde cabellera
El desmayado, lánguido saüz;
Se ostentan las pomposas *floripundias*
Que cual ebúrneas campanillas penden,
De albura ricas y de olor trascienden
Y el *trébol* y las *flores de la cruz*

Y en balsámicas ráfagas envía,
Blanda esencia más suave que la rosa,
Como la rubia miel, dulce y sabrosa
El meliflúo, silvestre *suquimay*;
Y el colibrí de lindos tornasoles
De flor en flor revuela susurrando,
Y en torno de ellos, con rumor más blando;
Mil abejas vagarosas hay.

José Mármol peregrino por el destierro y forzado á recorrer países extraños, ha encontrado en la contemplación de la naturaleza, el molde donde vaciar las concepciones de su imaginación atrevida. Lo enamora la luz de los trópicos y canta su pujante hálito de vida de una manera inimitable.

¿ A dónde está el acento que describir pudiera
El alba, el medio día, la tarde tropical.
Un rayo solamente del sol en el ocaso
O del millón de estrellas, un astro nada más ?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir
En una catarata de fuego, despeñada
En olas perceptibles que bajan del zenit.

.....
Y con la misma llama que abrasa, vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sién,
E hidrópica de vida, revienta por los poros
Vejetación manando para alfombrar su pie.

.....
Y cuando por las tardes, al soplo de la brisa
Se parten las montañas flotantes de vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor á él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sién.

Numa P. Llona pinta la alborada en estos versos :

Al oriente del cielo, aún tenebroso
Tiñe ya leve azul el horizonte,
Y su rayo indistinto y misterioso,
Bajando oblicuo del lejano monte,
Baña los mudos campos en reposo ;

Bajo su influjo con gentil sonrisa
Lentamente la tierra despertando,
De su niebla despójase indecisa,
Cual de velo importuno ; y ya la brisa
Pasa, ramas y flores columpiando.

Orlado el río de salvajes cañas
Que unen lianas y agrestes madre selvas
Con sesgo curso y músicas estrañas
Desciende entre las ásperas montañas,
Que al fondo cubren azuladas selvas.

Entre el follaje del vecino huerto
Corren las fuentes con parleras ondas ;
Y el coro de las aves, ya despierto,
Salta y entena el matinal concierto
Bajo las verdes y temblantes frondas.

El crepúsculo esa hora bellísima en que la naturaleza aparece realzada por la melancolía que le comunican el silencio y la media luz, ha sido tema favorito de los literatos americanos; de entre el sinnúmero de composiciones destinadas á cantarlo, solo mencionaré algunas.

José M^a. Heredia, desde lo alto de la pirámide choluteca, se siente envuelto por ese ambiente poético de la caída de la tarde, que describe así :

Era la tarde, su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre hierbas y árboles dormía
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él ; un arco inmenso
Que del empireo en el zenit finaba,

Como espléndido pórtico del cielo,
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alma noche ó el brillante día,
¡Cuán es dulce tu paz al alma mía!

Superior á esta descripción es la que del mismo objeto
hace Andrés Bello en su imitación de Victor Hugo, *La
oración por todos*. Léase

¡Mira! su rueda de cambiante nácar
El Occidente más y más angosta,
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena, aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador, la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral

Brotó del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra, el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza y la alquería;
Y á los destellos últimos del día,
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fuga,
El día es para el mal y los afanes;
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oración y paz.

.....

Al lado de esta descripción poética y sentida, merece colocarse este cuadrito que es una página de la *Maria de Isaacs*.

« Descendí á las anchas vegas del río, donde acercándose á las
« llanuras es menos impetuoso; formando majestuosas curvas,
« al principio por en medio de colinas púlcramente alfombradas,
« de las cuales ruedan á unírsele, torrentes espumosos, sigue
« luego acariciando los follajes de los carboneros y guayabales
« de la orilla, desapareciendo después bajo las últimas cintas
« montañosas, donde parece decir en murmullo sus últimos adio-
« ses á la soledad; y al fin lejos, muy lejos, en la pampa azul,
« donde en aquel momento, el sol al esconderse tornasolaba de
« púrpura y oro su manto undoso. Al regresar, ascendiendo
« por los tortuosos senderos de la ribera, la noche estaba enga-
« lanada ya, con todos los esplendores del estío. Las espumas
« del río, tenían una blancura brillante y las ondas mecían los
« cañaverales como diciendo secretos á las auras que venían á
« peinarles los plumajes. Los no sombreados remansos del río,
« reflejaban en su fondo, temblorosas las estrellas, y donde los
« ramajes de las selvas de una y otra orilla, se enlazaban for-
« mando pabellones misteriosos, el fondo sombrío reflejaba la luz
« fosfórica de las luciérnagas errantes. Solo el zumbido de los
« insectos nocturnos turbaba aquel silencio de los bosques soño-
« lientos; pero de tiempo en tiempo, el bujío, guardián celoso de
« las espesuras, revoloteaba á mi alrededor, haciéndome oír su
« silbido siniestro.

Un carácter distinto, pero así mismo muy hermoso, ofrece la pintura de *La caída de la tarde*, de Marcos Sastre, quien desde su barquilla contempla la puesta del sol y la llegada de la noche en medio de las aguas serenas del Paraná, y de la feracidad prodigiosa de sus islas. Dice así:

« El sol no irradia ya un calor ardiente; su luz no ofusca nues-
« tra vista; ya no es sino un globo de oro, cuyo limbo toca el
« borde aparente de la tierra. Magnificado y despojado de sus
« rayos, parece un nuevo astro más grandioso y bello que cuando
« resplandece en el meridiano. Brillantes nubes nacaradas le
« componen un doseí, desplegándose con las formas más gra-

« ciosas, teñidas de púrpura y de azul, contorneadas por un filete
« de oro diáfano y luciente. La cortina del gran dosel es del
« más subido escarlata en torno del sol, y pasando por los mati-
« ces intermedios, siguen el morado y el jacinto, confundiéndose
« al fin con el límpido azul celeste de nuestro cielo.

.....
« La entrada de la noche es la hora en que más se difunden
« los olores. Abren las flores sus cálices al relente y á las brisas
« de la tarde, y radiosas, parecen dar al sol un tierno adiós, exha-
« lando sus más suaves perfumes.

.....
« El sol se ha ocultado bajo el horizonte; las nubes han per-
« dido sus galas y el cielo su esplendor; la débil luz del crepúsculo
« precede al manto oscuro de la noche. La meditación, acom-
« pañada de un vago sentimiento de melancolía, ha reemplazado
« las efusiones de nuestro gozo.

.....
Zorrilla de San Martín, tiene estas estrofas, dedicadas
á cantar el mismo objeto :

El sol va descendiendo lentamente
Y sus rayos oblicuos,
Como ligeros seres embozados
En diáfanos cendales amarillos,

Van y vienen, flotando entre los árboles,
Se bañan en el río,
Se arrastran por el campo ó escondiendo
El rastro de su vuelo fugitivo,

Van á posarse en el *ombú* lejano,
A cuyo lado mismo
El *urunday* envuelto en los vapores,
Duerme á la sombra el sueño vespertino.

En la nube de bordes inflamados,
De su agrandado disco
El sol oculta una mitad; la otra
Alumbra el campo con su triste brillo.

Al desprenderse entero de las nubes,
Desciende como el ígneo
Escudo de batalla de un arcángel
Que cruza lentamente lo infinito,
Dejando tras de sí por los espacios,
Sobre un campo rojizo,
Trozos inmensos de armaduras de oro
O jirones de púrpuras encendidos.

La naturaleza animada en los seres que la pueblan ha sido también admirablemente reflejada en la literatura de América. Ya es Gutiérrez Nájera que contornea sus versos dándoles la ligereza y el movimiento del objeto cantado:

Ora blancas, cual copos de nieve,
Ora verdes, azules ó rojas
En miriadas esmaltan los aires
O en los pétalos frescos retozan,
Leves saltan del cáliz abierto,
Como prófugas almas de rosas,
O con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.

Ya es Diéguez que describe en cuartetas que parecen más bien esculpidas que escritas.

¡ Oh ! tu de la onda inmaculado lirio,
Melancólica reina del estanque,
Tan silenciosa, tan inmoble y límpida
Cual si te hubieran cincelado en jaspe, etc

O pinta un cuadro vigoroso lleno de vida :

Seguido de su lúbrico serrallo,
Con marcial arrogancia y donosura,
Trota el joven sultan de la llanura,
El alazán de belicoso ardor ;
La grey, balando por la verde falda,
Baja en tropel al son del caramillo,
Y el estropeado, tierno corderillo
También bala en los brazos del pastor.

Ya es Olmedo que pinta la actitud del caballo, en estas pocas líneas :

Y el caballo impaciente
De freno y de reposo,
Se indigna, escarba el suelo polvoroso ;
Impávido, insolente
Demanda la señal, bufa, amenaza,
Tiemblan sus miembros, su ojo reverbera,
Enarca la serviz, la alza arrogante,
De prominente oreja coronada,
Y al viento derramada
La crin luciente de su cuello enhiesto,
Ufano dá, en fantástica carrera,
Mil y mii pasos, sin salir del puesto.

Pintura que solo puede compararse, en nuestra literatura, con la de Arboleda :

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espeza cola encoje zozobrado ;
Tiembla de pies y manos zozogado,
Bufa, poniendo en arco la cerviz.
La inquieta oreja hacia el peligro vuelta
Y el anchó pecho cándido de espuma,
Brotá de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos
¡ Oh ! mil veces cobarde y maldecido,
Exclama el castellano enfurecido :
Quieras ó no conmigo morirás !
Y al acero llevando la impia diestra
Va á desnudarle, el alazán lo siente
Y partiendo al sonido de repente
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

En esta compilación cabe también el examen de las composiciones descriptivas de objetos artificiales y de cuadros en que el hombre es parte; aunque lo digno de mención que en estos sentidos se ha producido en Amé-

rica, es bien poco, pueden mencionarse como modelos *La locomotora* de Salaberry y las descripciones de batallas contenidas en los cantos de Olmedo y de Juan Cruz Varela.

He dicho y vuelvo á repetir que sería pequeño un volumen, si se quisiera hacer una recopilación algo prolija, de todo lo que prosistas y poetas americanos han producido en el género descriptivo.

No he pretendido sino dar una idea del valor y la importancia que tiene en la literatura del continente, el elemento objetivo, escogiendo para ello algunas de las piezas de primer orden que posee.

Si se quisiera hacer un trabajo completo sobre esta interesante materia, habría qué comenzar por traer á cuento los cuadros descriptivos de la naturaleza americana, comprendidos en las obras de los escritores de la época de la conquista. Entre esas obras debidas á la pluma de los españoles y de los americanos, suministrarían mayor acopio de elementos: la *Elegia de varones ilustres*, de D. Juan de Castellanos, *La Argentina*, de Barco Centenera, *La Araucana*, de Ercilla, *El arauco domado*, de Oña, *La Oda al Paraná*, de Lavardén, *La Rusticatio mexicana*, de Landívar, las obras científicas de Caldas, de Lozano, de Ulloa, y los *Viajes á la América del Sud*, de D. Félix de Azara.

Enseguida habría que hacer un examen prolijo de las producciones posteriores á la Independencia, cuando empiezan los trabajos por nacionalizar la literatura. *Cecilia Valdez*, de Villaverde, algunas poesías de José Eusebio Caro, de Fallón, de Lozano, de Juan C. Gómez y de Mármol, fragmentos de *Carumurú* y de *Celiar*, la obra casi entera de Marcos Sastre, *Al Illimani* de Cortés, fragmentos de las de Sarmiento, la Gorriti, Juan M.^a Gutiérrez, Estrada, Lastarria, Quesada, Vaca Guzmán, y un sinnúmero de producciones en las que á cada paso se encuentra reflejada la naturaleza de América, darían

materiales de primer orden para realizar ese trabajo, cuya importancia se comprende fácilmente.

Al hacer ese estudio completo se pondría de manifiesto que, si bien la literatura americana ha sabido emplear con exactitud los tonos descriptivos, muchos detalles de la naturaleza han pasado inadvertidos para ella; nuestras regiones montañosas no han sido reflejadas en obras de mérito, nuestros ríos, que ora corren torrentosos, ora se deslizan magestuosamente á través de inmensas llanuras, no han inspirado composiciones inmortales; nuestras riquezas naturales no han merecido preferente atención por parte de los cultores de las letras; quedan en fin, grandes extensiones por recorrer, si se quiere que la literatura americana sea la interpretación de su naturaleza

Sin embargo, el elemento descriptivo está dignamente representado en las letras de América, y sin duda llamado á un porvenir quizá no lejano.

CAPÍTULO XVII

La pintura de costumbres en las letras americanas

La pintura de costumbres. — Obras en que tiene cabida. — *La Novela*, su desenvolvimiento en América. — Novelas realmente americanas: *La María de Isaacs*; su valor en las letras. — *Cecilia Valdez*, carácter social é histórico. — *Sab*, *Manuela* y otras novelas colombianas de menos importancia. — *Amalia*, *La Mazorca*. *Sueños y Realidades*, novelitas que comprende; sus bellezas y exactitud. — *La Bolsa*. — *Caramurú*. *Cumandá*. — Otras novelas. — *El Teatro*, su ausencia en América. — Algunos ensayos dramáticos: *Guatimoztín*, *la Conjuración de Almagro*, *Siripo*, *Mangoré*, *Dido*, y *Argia*, *El poeta*, y *El Cruzado*, *Los amores del poeta*, *Las convulsiones*, etc. — Tradiciones y leyendas más importantes; *El Campanario*, los cuentos de Montúfar, *Celiar*, *Tradiciones*, de Palma, etc. — Pintura de tipos nacionales: las producciones de Gutiérrez. *Facundo*, *El Fraile Aldao*, *Recuerdos de Provincia*. — Literatura gauchesca.

Tarea casi imposible es separar en absoluto los géneros literarios, cuando se trata de las literaturas modernas, en las cuales, los elementos que las constituyen se entremezclan y confunden, apareciendo á veces en el poema heróico rasgos novelescos, y en el teatro, pinceladas líricas. Por tanto he querido abarcar con el epígrafe que encabeza estas líneas, todas aquellas producciones que de un modo ú otro, tienen como fin principal poner de manifiesto nuestras costumbres, reflejándolas con verdad. Las obras que pueden entrar en este estudio, son por lo tanto: la novela, el teatro, la tradición, la leyenda y la pintura de tipos originales de nuestras naciones, las memorias y auto-biografías. En los dos primeros géneros, el reflejo de las costumbres, aparece de una manera distinta, mientras que en los demás, se le encuentra como incidente.

Ninguna de las formas de composición citadas, ha al-

canzado en América, un desenvolvimiento notable, pudiéndose decir con verdad que nuestras costumbres están pobremente representadas en las letras. Muchas de las novelas y dramas escritos en América, tienen como asunto hechos ocurridos en Europa; sus personajes hablan piensan y actúan como franceses ó ingleses; esto se explica talvez con la influencia que los modelos europeos han ejercido sobre nuestra literatura. El estudio de esas producciones no nos interesa por el momento: me limitaré, pues, á mencionar aquellas en las cuales están reflejadas nuestras propias costumbres, nuestra historia ó nuestros hombres, realmente nacionales.

La Novela es, de todos los géneros mencionados, el que ha alcanzado mayor desenvolvimiento en las letras americanas, aún cuando ese desenvolvimiento esté muy lejos de ser aún digno de atención. Fuera de una que otra novela verdaderamente original, inspirada en los hechos de la vida de nuestras ciudades, no tenemos mucho de que enorgullecernos cuando se habla de *novela nacional*. Sin embargo esas pocas producciones nos salvan de una carencia absoluta y nos hacen concebir la esperanza de que el género novelesco florezca espléndidamente en nuestro suelo, en un día quizá no distante.

La *María* de Isaacs, tan universalmente conocida, está sin duda á la cabeza de la novela americana.

Este romance altamente idealista, pintura de escenas sencillas que se desenvuelven dentro del marco prestigioso de la naturaleza tórrida del Cauca, ha alcanzado con justicia, no solo en América, sino también en Europa, una popularidad asombrosa. *María* tiene un doble valor: para nosotros, los americanos, el de ser el reflejo de nuestra vida social; para los hombres de gusto y sentimiento en toda la tierra, el de expresar de una manera perfecta los afectos más tiernos, en la más artística de las formas literarias.

«*María*—dice D. Santiago Estrada—será en todas partes un acto de presencia de la ignorada América. Impresa por la admiración en la mente, y por el sentimiento impresa en el alma de los que la lean, circularán de *María* tantas ediciones como lectores la humedezcan con sus lágrimas» (1). Esta novela es demasiado conocida para que sea necesario detenerse en su examen.

El espectáculo de la existencia misera de los esclavos africanos, empleados en los trabajos del ingenio y condenados á una servidumbre pesada é ignominiosa, ha dado nacimiento en Cuba á dos novelas muy reputadas: *Cecilia Valdez*, de Cirilo Villaverde y *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Aun cuando ambas tienen un mismo teatro de acción y son pinturas más ó menos análogas, como que es uno mismo el asunto que las inspira, la novela de Villaverde es indiscutiblemente superior á la de la Sra. de Avellaneda, tanto en exactitud como en colorido. Ningún juicio más completo y sintético que el que Manuel de la Cruz hace de *Cecilia Valdez*, en estas líneas:

«*Cecilia Valdez* que vivirá como el *alma mater* de la novela cubana, es un lienzo colosal en que se agita toda una época, el mundo en miniatura de Cuba colonia de España, desde 1812 á 1831. La pintura del martirologio del africano, supera en verdad y desinterés á la lírica pintura de la autora de *La Chosa de Tom*.

Cada actor habla el lenguaje de su clase, de su condición, de su psicología; cada personaje procede ó se produce como se lo imponen su carácter y las determinaciones del medio; el asunto es una serie de procesos afectivos, que crea, desarrolla y desenlaza la esclavitud como disolvente social, y que se funden en un proceso principal que los contiene á todos. Todo es verosímil, histórico, humano, producto de los elementos

(1) Juicio crítico.

combinados que dieron esas tintas y esos perfiles á las generaciones de cubanos. Esos personajes característicos, esas naturales encarnaciones de fenómenos psicológicos, son exponentes fidelísimos de la raza, en un momento odioso de su historia, favorecida por circunstancias excepcionales y colocada en un suelo pródigo, bajo el cielo cubano; son lo mismo, frutos de la tierra y de la atmósfera de la colonia, frutos indígenas»

Y concluye con estas palabras:

«El historiador que hiciera un estudio del alma cubana, tendría que buscar en *Cecilia Valdez*, los documentos para su labor; en ella hallaría una fase importantísima y los orígenes de muchos fenómenos morales del alma cubana contemporánea» (1)

Como Villaverde, la señora de Avellaneda basó su novelita, *Sab*, la mejor de las que se deben á la pluma de esta fecunda escritora, en la pintura de los dolores y vejaciones á que la raza esclavizada se halla sujeta; los caracteres son quizá poco precisos en esta obra. Carlota es demasiado candorosa, el espíritu especulador y mercantilista de Jorje es más bien un símbolo, la silueta de Enrique es indecisa, y no se sabe nunca á que atenerse respecto á su carácter; la figura del mulato Sab, es talvez la más verdadera; en él lucha la grandeza del alma con la humillación á que condena al hombre, la condición de esclavo. Sab es el siervo que se ha elevado sobre el nivel general de los hombres de su clase, por la inteligencia y el corazón, pero á quien su color hace imposible salvar el círculo de fuego que lo condena á eterna degradación. Las pasiones tormentosas del mulato, están descritas con admirable maestría, y la vida de la sociedad cubana, se halla exactamente reflejada en el romance. En fin, la obra de la señora de Avellaneda, aunque sencilla por su argumento, revela á la vez que un conocimiento profundo de las condiciones sociales de su país,

(1) *La América Literaria*.

una imaginación vivísima y aptitudes nada comunes para el manejo de los episodios novelescos.

La pintura de costumbre, que forma la base de la novela y que contribuye poderosamente á la nacionalización de las letras, ha sido objeto de preferente atención por parte de los escritores colombianos. Además de la obra de Isaacs, podemos mencionar en el género novelesco, *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro, obra escrita según las reglas de la más estricta naturalidad. La lectura de sus cuadros, nos hace asistir á las conversaciones familiares entre los individuos del pueblo, nos lleva á presenciar sus faenas y sus regocijos, y aun cuando la acción propiamente dicha no sea de las más originales, ni de las que sostienen la atención por el interés creciente de los episodios emocionantes, es en conjunto un noble esfuerzo, hecho en favor de las letras americanas. El estilo sencillo, la dicción fácil y la pintura exacta de los caracteres dan un encanto particular á esta obra.

Otros autores colombianos han escrito también cuadros de costumbres populares, pero ninguno ha alcanzado el renombre de Isaacs y de Díaz: *Tránsito* de Silvestre, descripción de escenas colombianas, *El Doctor Temis* de Gaitán, *Atahualpa*, novela histórica de Pérez, y *El Oidor de Santa Fe*, de J. J. Ortiz, son las producciones más importantes después de las dos citadas más arriba.

Al par que en Colombia y Cuba, en la República Argentina, se ha cultivado la novela con algún éxito, relativamente á las demás naciones americanas. Poco es sin embargo lo verdaderamente nacional que en el género puede citarse.

Los acontecimientos ocurridos durante la época de la tiranía han inspirado, por su misma naturaleza dramática, algunas novelas y relaciones históricas dignas de mención. El autor de los *Cantos del Peregrino*, uno de los muchos hombres notables de la época víctimas de la persecución y del destierro, reunió sus recuerdos respecto á los hechos que tuvo ocasión de presenciar en

Buenos Aires, componiendo con ellos un cuadro de sangre, en el que hace se muevan los personajes de una novela de escaso valor. *Amalia* es el nombre de esa producción debida á la pluma de Mármol. La obra que nos ocupa es de un fuerte colorido, y seguramente se han exagerado en ella las sombras, á fin de que las figuras del cuadro resalten más. Fuera de esto, la acción se desarrolla con facilidad; el estilo, aunque más poético de lo necesario en una obra de ese género, es pintoresco y animado; si no vale mayormente como novela propiamente dicha, *Amalia* tiene el mérito innegable de ser el reflejo casi exacto de una época característica de nuestra vida social.

Los mismos hechos han inspirado *La mazorca* novela de Eduardo Gutiérrez.

Entre los escritores argentinos que han tratado asuntos históricos y locales, debemos mencionar á D^a Juana Manuela Gorriti, mujer cuya vida agitada y llena de trabajos, no le ha impedido hacer de las letras un objeto de afectuosa consagración.

Su fama descansa, sobre todo en sus novelitas publicadas bajo el título de *Sueños y realidades* en 1865. Comprende ese libro, un buen número de narraciones cortas; muchas de ellas históricas y casi todas basadas en la pintura local de las costumbres y naturaleza del país. Posee la Gorriti, condiciones inmejorables como novelista. No pertenece, como Jorge Sand—dice Torres Caicedo—á una escuela filosófica, ni como esta tiene los refinamientos del arte y del estilo; pero en cambio posee el sentimiento de lo bello y de lo bueno que distinguió á la autora de *Margarita ó Lós dos amores*, la malograda Sofía Gay. Sin la corrección del lenguaje de Fernán Caballero, tiene como esta afamada escritora española, el amor á la verdad y á la sencillez, y sin ser realista describe fielmente la naturaleza, animándola con las tintas de lo ideal».

De todas sus narraciones no se sabe cual elogiar más,

pues en todas campean un estilo natural y un profundo sentimiento de verdad que encantan :

El Guante Negro es un drama de la época de la tiranía, en que tienen cabida todos los sentimientos desde el tierno de una madre, hasta el exaltado del deber, junto al cual son nada los lazos de la sangre.

La hija del mazorquero es la pintura del sacrificio y de la abnegación más completos, contrastando con el furor de los degolladores entregados á su obra de extérminio.

El Lucero del manantial ha sido considerado generalmente como la obra mejor de la Gorriti, aun cuando en ella haya sido falseada la verdad histórica. No puede darse un episodio más dramático y conmovedor que aquel en que se pinta la desesperación de una madre, cuyo hijo es fusilado por orden de su propio padre que le desconoce.

Una noche de agonía es una descripción conmovedora en su misma sencillez y realizada por las tintas locales que hermocean el cuadro. Su argumento es la huida de un joven prisionero de los soldados de Maza, á través de los campos catamarqueños y su refugio en casa de una campesina, que le salva de una muerte segura.

En resumen Juana Manuela Gorriti tiene derecho á ser considerada como una de las más notables novelistas americanas, tanto por el sello de originalidad que imprime á sus obras, como por la composición misma y el sentimiento que las anima.

Una de las novelas más genuinamente argentinas « el único documento literario que refleja con verdad un período singular de la vida bonaerense » es *La Bolsa*, obra de José M. Miró, autor que firmó con el nombre de Julián Martell, esta producción, la única que desgraciadamente nos queda de su inteligencia privilegiada. *La Bolsa* es un estudio social de los más perfectos que entre nosotros se haya hecho; en ella pinta Martell el engrandecimiento

rápido, el encumbramiento social producido por los especulaciones felices de la Bolsa, y luego la rápida caída desde una altura colosal, la pérdida de la fortuna, de la honra, de la razón misma, y como consecuencia el desquiciamiento del hogar. Todo esto está pintado con mano segura, como por quien ha estudiado de cerca los hombres y las instituciones de la época; los tipos son acabados, lo mismo los más nobles que los más ruines; el trapizondista, el usurero, el adulador, todos esos seres bajos que pululan en las grandes capitales, como la nuestra, los que se dirigen siempre allí donde hay á quien explotar, y que saben echar sus redes en las mejores ocasiones, todos aparecen allí de cuerpo entero, junto á caracteres bien templados y á espíritus ofuscados por el brillo de la rueda de la Bolsa, que tan fácilmente multiplica los caudales, como los reduce á la nada.

La parte novelesca de *La Bolsa* es de poca importancia en el libro; todo el interés dramático depende de las situaciones morales de los personajes y de las etapas por que pasan á través de un corto espacio de tiempo. A estos méritos añade el de ser el reflejo fidelísimo de nuestras costumbres sociales.

Además de las novelas citadas se han escrito en América, otras muchas que sería imposible estudiar detenidamente sin abarcar muchas páginas.

De ellas, algunas se basan en tradiciones nacionales. Tal es, por ejemplo, *Caramurú* de Magariños Cervantes, novela romántica destinada á referir los hechos del *gaucho* de ese nombre y pintura de uno de esos idilios entre un *gaucho* y una *pueblera*, asunto tan frecuentemente explotado en la literatura del Plata. --

En el Ecuador, el escritor prosista y poeta, Juan León Mera, produjo una novela, *Cumandá*, de la cual dice Valera en sus *Nuevas Cartas Americanas* que ninguna de las novelas escritas en América, que ha leído, es más americana y á la vez española, mejor trazada y escrita. El argumento de esta novela lo constituyen los amores

de Cumandá, cristiana robada y criada entre indígenas y de Carlos, el hijo de un misionero. El medio diferente en que ambos jóvenes se mueven, da lugar al autor para describir las costumbres de los indígenas y pintar las luchas que entre estos tienen lugar.

Describe también con admirable colorido, la naturaleza ecuatoriana y encuentra fácilmente el tono preciso para trazar escenas conmovedoras, sobresaliendo en ese sentido, la pintura de la fuga, de la heroína á través de las selvas. La novela es trágica por su desenlace y romántica por la forma; el estilo es elegante y propio.

En suma, Cumandá es uno de los ensayos más importantes que se haya hecho en América con el objeto de crear el género novelesco.

La loca de la guardia, de V. Lopez, *El médico de San Luis*, de la García, *Brenda y Soledad*, de Acevedo Díaz, *Martin Ribas*, *Un drama en el campo* y *El pago de las deudas*, de Alberto Blest Gana, *El hogar en la Pampa* de Santiago Estrada, *La gran aldea* de Lucio V. López, *Leon Saldivar*, de Carlos M^a Ocantos, *Martin Flores*, de Samper, y algunas otras composiciones más, completan el cuadro de la novela en América.

El teatro no ha alcanzado en la literatura americana, ningún desenvolvimiento; las causas de este fenómeno son sin duda muy varias, debiendo apuntarse como la principal, que siendo este género de los más complejos que existen, requiere para su cultivo épocas dadas en que la evolución social haya llegado á un cierto grado y hasta el presente, no ha conocido ninguna nación del continente.

Los pocos ensayos que entre nosotros se han hecho y se han representado sino con escasa aceptación, lo se explica, porque siendo extranjeros siempre los artistas que deben interpretarlos, no están en condiciones de comprenderse con sus autores. Es pues necesario proceder á organizar ante todo un teatro verdade-

ramente americano, para poder confiarle la representación de las obras que en América se produzcan, necesidad que ha sido comprendida ya por algunos pueblos; entre nosotros, por ejemplo, se ha emprendido ya esa tarea, cuyos frutos ansiamos todos gustar cuanto antes.

Como quiera que sea, la producción de piezas dramáticas es muy escasa en América y no tiene valor, sino como esfuerzo laudable; no hay un solo drama que pueda llamarse realmente perfecto, y si solo ensayos más ó menos felices. Aun cuando algunos se han preocupado de llevar al teatro asuntos americanos, los más han tomado argumentos de la historia y de la vida europeas, sin pensar que ese género literario es el que está llamado á reflejar, con más exactitud, las peculiaridades de los diferentes pueblos. ¿Porqué son siempre gustadas las comedias de Aristófanés y de Plauto, sino porque son la reproducción de los hábitos sociales, de los gustos é ideas griegos y romanos de la época en que fueron escritas?

Las grandes tempestades que levantaba la representación de las obras de Plauto, no eran producidas por otra cosa que por el enojo de la muchedumbre que se veía en su conjunto y en sus individualidades, reflejada en la escena con todos sus pequeños defectos y sus grandes vicios, ó por el entusiasmo que en ella despertaba la reproducción de sus hechos notables y de sus hermosas cualidades.

Lope de Vega es el más popular de los hombres de letras en España, por idéntica razón, y Molière es el alma de la comedia francesa, porque ha sabido reflejar las tendencias de la sociedad de su tiempo, como ningún otro lo ha hecho.

El teatro, en el sentido que lo entendieron esos eximios maestros, está todavía por crearse en América. Dramas que sean pinturas de costumbres propias, no existen. Algunos asuntos históricos antiguos ó modernos han dado origen á piezas tales como *Guatimozín* de Fernán-

dez Madrid, *La conjuración de Almagro*, de Blest Gana, *Siripo* y *Mangoré*, de Lavardén y Echeverría respectivamente y *Capoulicán II* de Sanfuentes.

Otros ensayos de mayor mérito son las tragedias de Juan Cruz Varela: *Dido y Argia*, *El poeta* y *El Cruzado* de Mármol, *Los amores del poeta* de Carlos Bello, *Las convulsiones*, comedia muy celebrada de Varga Tejada, y las tentativas de Chavero, Rodríguez Galván y Fernando Calderón.

Considero inoficioso extenderme en el examen de esas producciones, puesto que ellas no merecen benevolencia sino en razón de ser esfuerzos bien intencionados en pró de las letras americanas.

Las tradiciones y las leyendas que en otros países ocupan gran parte de la literatura, no han sido miradas en América con mayor deferencia. Apenas si pueden mencionarse algunos trabajos al respecto. Verdad es que nuestros pueblos son todavía muy nuevos y que no han tenido tiempo de formarse aún esas leyendas que cuentan siglos de existencia; pero así y todo, ya hay algunos materiales que pueden tener cabida en la literatura.

Tradiciones tomadas de los pueblos indígenas que nos precedieron en el continente, tenemos algunas diseminadas en diversos libros; recientemente se han hecho algunas colecciones que mucho nos honran.

Las que más abundan son las de la época del coloniaje. Tales son por ejemplo, *El Campanario*, de Sanfuentes, del cual transcribiré algunas estrofas, para dar idea de su valor, como pintura de costumbres:

Cuando el siglo diez y ocho promediaba
Cierta marqués vivía en nuestro suelo,
Que las ideas y usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo;
Quiero decir, que la mitad pasaba
De su vida, pensando en irse al Cielo:
Viejo devoto y de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras,

Y amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas
O á Paris se alabase de bonito.
Sobre la filiación de casi todas
Las familias de Chile, era perito,
Y de cualquier conquistador, la historia
Recitaba fielmente de memoria.

.....
Como ningún quehacer le daba prisa,
Dormía hasta las ocho este magnate ;
En su oratorio le decían misa
Y tomaba después su chocolate ;
La comida á las doce era precisa,
Y la siesta después, y luego el mate,
Y tras esto, por vía de recreo,
Iba á dar en calesa su paseo.

.....
En el año una vez sus posesiones
Visitaba el marqués, por el verano,
Ejerciendo en sus siervos, y peones
La amplia jurisdicción de un soberano ;
Y luego, á los primeros nubarrones
Que le anunciaban el invierno cano,
Excento de molestias y pesares
Tornaba con gran pompa á sus hogares.

Al mismo autor pertenece *Inami* pintura de un idilio trágico entre un español y una india, durante el tiempo de la conquista.

Montúfar compuso algunos cuentos que llamó tradiciones guatemaltecas, de las cuales *El Reloj* es la más celebrada. Véanse estas estrofas en que describe una fiesta colonial :

Al son de chirimías y atabales,
Los de Tlaxcala claros descendientes,
Llevando á cuestras arcos triunfales,
La marcha precedían diligentes.

Bellas plumas de pavos y quezales
Coronaban los arcos relucientes,
Y otros indios vestidos de soldados
Los custodiaban, de arcabuz armados.

A caballo seguía la nobleza
En unión del ilustre Ayuntamiento,
Ostentando su brillo y gentileza
En selecto y lucido regimiento.
Cada corcel llevaba en la cabeza
Un penacho ó florón; el paramento
Era de plata y oro, y enrizadas
La cola y crín con cintas enlazadas. . .

Cerraba la brillante cabalgata. .
La Audiencia y la real Cancillería,
También bordado el traje de oro y plata,
Más vistoso que el sol á media día,
Vestido el Presidente, de escarlata
Con más ostentación que un rey venía,
Trayendo á su derecha en el bridón
Al alférez real con el pendón.

Celiar de Magariños Cervantes es un noble esfuerzo del fértil escritor uruguayo, por nacionalizar la poesía; este sencillo poemà se basa también en una tradición popular.

Juana M. Gorriti es autora de una preciosa composición novelesca *La quema*, cuyo asunto es una leyenda peruana muy conmovedora.

Uno de los escritores más originales de América, Ricardo Palma, ha dado á luz varias series de *Tradiciones*, para las cuales ha utilizado los papeles del tiempo del coloniaje, que guardan los archivos del Perú. De una de esas series, dice Valera: « Anécdotas, leyendas, cuentos, cuadros de costumbres, artículos críticos, todo se sucede con rapidez, prestando grata variedad á la obra, cuya unidad estriba en que todo concurre á pintar la sociedad, la vida y las costumbres peruanas, desde

la llegada de Francisco Pizarro hasta casi nuestros días.» (1)

Las Tradiciones de Palma han llegado á hacerse populares en América: *Las lloronas de Viernes Santo, Pan, queso y raspaduras, El Clarin de Canterac y El alacrán de Fray Gómez*, pertenecen sin duda al género de las más bellas.

Julio Arboleda, basa su célebre poema *Gonzalo de Oyón*, en una tradición oscura del siglo XVI, en la cual entran en lucha los conquistadores españoles.

Y en fin, algunos otros escritores americanos ensayan con más ó menos felicidad este género literario cuyas principales producciones en América hemos nombrado hasta aquí.

La pintura de tipos originales de las naciones nuevas, ha sido objeto de alguna atención, por parte de los escritores de América: *Hormiga Negra, Los hermanos Barrientos, Juan sin tierra y El Rastreador*, son retratos animados y novelescos, pero basados en la historia, debidos á la pluma de Eduardo Gutiérrez. *Facundo y El Fraile Aldao*, constituyen la nota más alta que se haya dado en nuestra tierra, en ese género que participa de la verdad y de la ficción novelesca.

Facundo Quiroga ó Civilización y Barbarie, es uno de los libros más importantes que se ha escrito en América. Toda la vida argentina de esa época, el choque de las razas indígenas con la española, está comprendido en él.

Sarmiento describe el aspecto físico de nuestro país como no lo ha hecho ninguno: Echeverría pinta la Pampa solamente, mientras que Sarmiento describe toda la República; pinta la lucha del llano con la selva, todos los accidentes de nuestra vida física que á su vez explican

(1) *Nuevas Cartas americanas.*

las tendencias de la raza que ocupa el territorio; para explicar el conjunto histórico de nuestras luchas civiles, estudia la índole de los hombres que han actuado en esa época y graba como en bronce las figuras del *rastreador*, del *gaucho malo* y del *baqueano*. Facundo no es otra cosa que un *gaucho malo* en la más amplia acepción de la palabra: él se subleva contra los convencionalismos sociales y en el fondo, su anhelo es la reivindicación de la clase desvalida y humillada.

El Fraile Aldao es una pintura exquisita del carácter refinado y sanguinario del caudillo de Cuyo.

Sarmiento es autor de otra obra: *Recuerdos de Provincia*, que no puede ser clasificada ni en el número de las novelas ni en el de las obras históricas: es más bien una auto-biografía en la que tienen cabida la descripción de la naturaleza argentina, la pintura de cuadros de costumbres sencillas de aldea y las expansiones delicadas de una inteligencia superior y de un corazón tiernísimo.

Con razón se ha dicho que ese libro constituye la aureola de Sarmiento y nuestra mayor gloria literaria.

Al número de las obras que se ocupan de la pintura de costumbres americanas, debemos añadir las producciones en las cuales se ha procurado reflejar la vida popular, los hábitos de las campañas y de los desiertos. Las composiciones de Ascasubi, Hidalgo, Hernández y algunos otros escritores que han buscado su inspiración en el relato de las escenas populares y gauchescas, pueden ser citadas como las más notables en su género. Muchos han visto en ellas nuestra literatura realmente nacional; sin detenerme á examinar aquí esa opinión, diré tan solo que tales composiciones no reflejan la manera de ser de nuestra sociedad, sino la de una mínima parte de ella que podrá ser todo lo poética que se quiera, pero que está destinada á desaparecer totalmente, merced á la acción del progreso que se hace cada día más sensible entre nosotros.

Como puede verse, nuestra literatura es pobre en lo que á pintura de costumbres se refiere; no es este género uno de los menos difíciles y nada tiene de extraño, por lo tanto, que no haya adquirido su completo desenvolvimiento en una literatura tan nueva como la de América.

Esperemos que el gran acopio de datos suministrados por los acontecimientos de nuestra vida civil y política, triunfe al fin de todas las dificultades y de nacimiento á obras que nos reflejen tales como somos por nuestro origen y nuestras tendencias.

CAPÍTULO XVIII

El elemento subjetivo en las letras americanas

El mundo psicológico. — Su intervención en las obras artísticas. — Importancia de la literatura subjetiva en América; sus varias formas. — Literatura mística, erótica, patriótica y elegíaca. — Obras más importantes. — Su valor. — Literatura filosófica. — Su desenvolvimiento en América. — Producciones más importantes.

Aún cuando el mundo físico es una de las fuentes que más elementos artísticos suministra, una parte muy considerable de estos, provienen del mundo psicológico del individuo, es decir de las ideas que agitan al artista en el momento de producir su obra. La literatura que se inspira en ese orden de fenómenos, se denomina *subjetiva*.

En todos los pueblos, el arte tiene sus manifestaciones subjetivas lo mismo que objetivas y si en algunos aquellas son más numerosas que estas se debe solo al temperamento psíquico de los individuos que los componen y muchas veces también, al medio físico en que se desenvuelven.

En la literatura americana, el elemento subjetivo ocupa el lugar preferente, lo que se explica, en parte, por la naturaleza expansiva y sensible de la raza latina y en parte, por las condiciones de vida que le son peculiares.

Tres asuntos de naturaleza subjetiva han cantado de preferencia los literatos americanos: *Dios*, el *amor* y la *patria*, y de las composiciones que se ocupan de los dos últimos, sobre todo, podrían hacerse colecciones voluminosas. Pero desgraciadamente, si ha habido verdadero

entusiasmo y sincera exaltación en los cantores de esos afectos, que son los más intensos del corazón humano, muy pocas veces el cuidado y la corrección han andado parejas con ese entusiasmo y esa exaltación legítimas, de suerte que si bien se ha escrito mucho en los géneros *místico*, *erótico* y *patriótico*, es relativamente poco lo que puede citarse como digno de elogio. Y se explica que así sea: cuando el artista se inspira en los objetos exteriores, sus sentimientos aunque conmovidos, no lo son tanto como para impedirle volver sobre sus pasos y corregir lo que claramente le parece defectuoso. Otra cosa sucede cuando lo que expresa son sus propias emociones, los arrebatos de su fe ó los entusiasmos de su patriotismo, porque aquí aparecen ya las pasiones más ó menos ciegas, á cuyo calor es muy difícil ver claro y mucho menos notar defectos y deficiencias, en lo que es la expresión espontánea de los afectos personales. Solo un artista de condiciones superiores, un espíritu perfectamente preparado por el estudio serio y por el hábito de someter la emoción á las exigencias del arte, puede escapar á los inconvenientes que el género ofrece, sin sacrificar la corrección á la espontaneidad ni esta á aquella. Los hombres de letras en América no pertenecen por lo general á la clase de los artistas de escuela; formados merced á su propio esfuerzo, no disciplinados en el estudio paciente y metódico, aun cuando se hallen dotados de facultades superiores, están en peores condiciones que los europeos para utilizarlas en provecho del arte.

Solo un pequeño número de escritores, que bien pueden llamarse geniales, han logrado hacerse superiores á los obstáculos naturales y producir obras maestras cuyo fondo lo constituyen las pasiones, subordinadas al pasar por el tamiz de la expresión, á las leyes del buen gusto más severo y del arte más exquisito.

Al estudio de esas piezas es pues á lo que concretaré este capítulo, convencida de que aunque sean pocas,

bastan para probar que el elemento subjetivo está dignamente representado en las letras de América.

La literatura mística que en España tuvo su más alto representante en Fray Luis de Leon, no ha sido en América objeto de atención preferente. El misticismo se aviene poco con la naturaleza móvil del espíritu criollo; las producciones que pueden citarse son, más bien que místicas, simplemente religiosas; algunas de ellas no carecen de valor literario y de arranque lírico, razón por la cual les dedicaré algunas líneas:

García Tejada que floreció en una de las épocas de mayor lustre para las letras colombianas, nos ha dejado este soneto que si bien es algo flojo, en sus últimos versos ha merecido con justicia, la admiración de todos.

A JESÚS CRUCIFICADO

A vos, corriendo voy, brazos sagrados,
En la cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estais abiertos.
Y por no castigarme estais clavados
A vos, ojos divinos, eclipsados
De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
Que para perdonarme estais despiertos
Y por no confundirme estais cerrados.
A vos, clavados pies, para no huirme,
Á vos, cabeza baja, por llamarme,
Á vos, sangre vertida para unirme,
Á vos, costado abierto, quiero unirme
Á vos, clavos preciosos, quiero atarme
Con ligadura dulce, estable, y firme.

Olavide hace en sus *Poemas Cristianos* la descripción de la vida tranquila del hombre que ama á Dios y respeta sus leyes. He aquí algunos versos:

Los que atados con rígidas cadenas
En sus torpes placeres desreglados
Buscando las delicias hallan penas

Y sudan por hacerse desdichados,
No se imaginan que en oscuro asilo,
Donde no hay resplandor ni nacen flores,
Puede habitar un ánimo tranquilo
Que no envidia tan frívolos errores.

Y más adelante :

Pero anda á preguntar al alma pura,
Que en su cabaña oscura,
Sin galas, diversiones ni paseos
Habita sin temor y sin deseos ;
Al alma simple, al corazón derecho
Que amando todo lo que Dios ha hecho,
Y más que todo á Dios, viviendo justo,
Le sirve con placer, le ama con gusto.

Sor Juana Inés de la Cruz. una de las poetisas más célebres en América, tiene algunas poesias místicas, reputadas como superiores á las de Sta. Teresa y Fray Luis de Granada.

En la época moderna, Abigail Lozano, el melancólico cantor de la naturaleza, tiene una alabanza á Dios muy conocida, que empieza así :

Señor, en el lejano murmullo de los mares
Oí de tus palabras la augusta majestad,
Oíla, susurrando del bosque en los pinares
Y en la de los desiertos callada soledad.

Bello en su *Oración por todos*, ha dejado estrofas de un profundo sentimiento religioso. Véanse las que siguen :

Ve, hija mía á rezar por mí; y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste :
Piedad, señor, del hombre que criaste ;
Eres Grandeza, eres Bondad, ¡perdón !»
Y Dios te oirá ; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente
Al trono del Eterno, la oración.

Todo tiende á su fin ; á la luz pura
Del sol, la planta ; el cervatillo atado
A la libre montaña ; el desterrado
Al caro suelo que le vió nacer.
Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma ;
Y la oración, en alas de paloma,
A la morada del Supremo Ser.

Quando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita, y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria et dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agobia de culpa y de pesar.

Ruega por mi y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un angel compasivo, que del Cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz ;
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía
Como arde el incensario ante la Cruz.

José Eusebio Caro entona en el Bautismo de su primer hijo, un canto, que si bien participa del carácter científico, es también un elogio á la Religión Cristiana :

Ven, y en las vivas aguas del Bautismo,
Recibe ; oh ! niño de cristiano el nombre,
Nombre de amor, de gloria y de heroísmo
Que hace en la tierra un semi-dios del hombre.

Manuel Carpio es autor de una admirable paráfrasis del Decálogo, titulada : *El Monte Sinai*, de la cual tomo algunas estrofas :

El sensible Jehová que compasivo
Mostró en Belén un corazón tan blando

Y en el lóbrego huerto suspirando
Por los hombres oró bajo el olivo;

Aquel Señor que de una cruz pendiente
De dolor agoniza y de congoja,
Que con sangre y sudor el monte moja
Y muere como víctima inocente :

Para dar en las vastas soledades
Sus leyes á Judá, bajó tremendo,
Volando entre tiniebla y fuego horrendo
Como vuelan las negras tempestades.

Y por último *Gabriel* de la Concepción Valdés, ha producido la nota más alta que en América se haya dado en lo que se refiere á la poesía mística. Su *Plegaria á Dios* es á un mismo tiempo, un himno de alabanza, un grito de dolor, arrancado por la injusticia de que los hombres le hicieron víctima y un arranque de admirable resignación cristiana. Hela aquí:

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente ;
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el hombre manchar quiere mi frente.

Rey de los Reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio :
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dio, luz á los cielos,
Fuego al sol, giró al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada,
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece ;
Y aún esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad, creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría,
Ve al través de mi cuerpo el alma mía,
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

.....
Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío ..
Ultranjen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi éxistencia.....
Cúmplase en mi voluntad; Dios mio!

Pero vuelvo á repetirlo, la poesía mística, en el verdadero sentido de la palabra, no ha tenido grandes cultores en América.

No así la literatura erótica: raro es el escritor que ha dejado de ensayarse en este género, y algunas de las composiciones debidas á su inspiración, se han hecho realmente célebres en el mundo de las letras; tales son por ejemplo: *María* de Isaacs, *Mi amor* de Pombo, *La Agitación*, de Ventura de la Vega, *Una lágrima de felicidad*, de J. E. Caro, *La Flor de la caña*, de Valdés, *Nocturno*, de Acuña, *Julia*, de Gutiérrez González, las *Pasionarias*, de Flores, *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín, *Deseos*, de E. Lillo, *La Creación*, de Andrade y muchas otras producciones que sería prolijo enumerar.

A las composiciones realmente eróticas hay que agregar otras que se limitan á cantar los sentimientos tiernos tales como los recuerdos de la infancia, las dulzuras del hogar y los afectos del suelo natal.

En ese número están comprendidas algunas producciones de verdadero mérito en la literatura americana.

Aures, de Gutiérrez González, es de lo más bello y patético en el género sentimentalista. La ternura más natural fluye de estos versos:

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco azulado el humo del hogar ;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es agena la casa paternal.

Los mirajes de un pasado feliz del que no quedan más
que los recuerdos le hacen prorrumpir en esta reflexión
justísima :

Son un prisma las lágrimas, que prestan
Al pasado su mágico color ;
Al través de la lluvia, son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

Arráncase por fin á esa visión que lo seduce y lo tortura,
exclamando :

¡ Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Hereditad de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, ¡ Adios !

Nada puede darse de más tierno y dulce que esta estrofa ;
leyéndola se recuerda sin querer la frase de Boileau :

*Rien n'est beau que le vrai,
Le vrai seul est aimable.*

Olegario V. Andrade tiene una poesía delicadísima, *La vuelta al hogar*, que dice :

Todo está como era entonces,
La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas,
Y las ramas con sus nidos.

Todo está, nada ha cambiado,
El horizonte es el mismo ;
Lo que dicen esas brisas
Ya otras veces me lo han dicho.

Ondas, aves y murmullos
Son mis viejos conocidos,

Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros.

.....
Solo el niño se ha vuelto hombre
Y el hombre tanto ha sufrido,
Que al volver trae en el alma
La soledad y el vacío!

Numa P. Llona, en su *Odisea del alma*, trae á la mente esta visión del hogar en que pasara su juventud:

.....
Vuelvo á ser niño! veintinueve años
Para mí no han pasado de dolores,
De inquietudes y acerbos desengaños.....
En torno á la heredad de mis mayores
Mujer al alba inquieta, los rebaños.

.....
En la vecina estancia á mis abuelos
Oyendo estoy, que con murmullos graves,
Alzan sus diurnas preces á los cielos,
Y en el jardín despiertos con las aves,
Juegan ya mis hermanos pequeñuelos

Por los patios y vastos corredores,
La agitación percibo y los afanes
De labriegos que aprestan sus labores,
Entre confusos rústicos rumores
Y el agudo ladrido de los canes.

.....
Y presidiendo á esa campestre escena,
Trasunto de los tiempos patriarcales,
Grave, afectuosa, musical, serena,
Con acentos sublimes é inmortales,
La voz sagrada de mi madre suena!

.....
Florencio Balcarce nos ha dejado en su conocida composición *La partida*, composición que ha logrado más larga vida que su infortunado autor, una página de melan-

colia íntima en la que fluctúan el dolor que el alejamiento de la patria le produce y la esperanza de tornar á ella. Citaré solo algunas estrofas.

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal,
Veré solo en torno desdén altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Mas odio y desdenes son precio mezquino,
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y algunos instantes robando al destino,
Llevar mis ofrendas ; oh gloria ! á tu altar

Entonces mil veces feliz me diría
Si viese la lumbre del sol que me crió ;
Si el agua bebiese del río que un día
El pie de mi cuna bramando lamió.

.....
Amigos, si os llama talvez el acaso,
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso :
No todos, no todos, se olviden de mí.

Adios, dulce sombra del techo paterno,
Adios, compañeros de infancia feliz,
Amigos queridos, mi adios es eterno
Adios, Buenos Aires, mil veces y mil.

Heredia en sus *Placeres de la melancolía* dice :

Patria !... Nombre cual triste delicioso,
Al peregrino mísero que vaga - -
Lejos del cielo que nacer le viera !
¡ Ay ! ¿ Nunca de tus árboles la sombra
Refrescará su dolorida frente ?
¿ Cuándo en la noche el músico ruido
De las palmas y plátanos sonantes
Vendrá feliz á regalar mi oído ?
Mis ojos anhelantes,
Miran á Cuba, y á su nombre solo
De lágrimas se arrasan. Por la noche

Entre el ronco rujir del viento airado,
Suenan el himno infeliz del desterrado;
O si el oceano inmóvil se adormece
De Junio y Julio en las ardientes calmas,
Ansioso busco en la distante brisa
La voz de sus arroyos y sus palmas.

Juan de Dios Peza ha escrito sus bien conocidos cantos del hogar, y Carlos Guido y Spano tiene su popular poesía *A mi hija María del Pilar*, única en América por la delicadeza con que el asunto está tratado.

A las composiciones mencionadas habría que agregar algunas otras, tales como: *Cuadro del hogar* de Gutiérrez Nájera, algunas páginas de *Recuerdos de Provincia*, *Ida y vuelta*, de Juan C. Gómez, *En el hogar*, de Martinto, etc., etc.

Sabido es que el género patriótico es uno de los más cultivados en las diversas literaturas; pero así mismo es uno de los más difíciles, si se ha de atender al carácter nacional de la obra; en efecto: salvo raras excepciones, los cantos patrióticos tienen todos una fisonomía común que hace que cambiados los nombres de los personajes y lugares, ellos puedan ser aplicados á cualquier pueblo. Es necesario, para que sean originales, que el autor esté penetrado de los sentimientos que animan á la colectividad, en el momento en que se producen sus hechos heroicos, y esa compenetración es muy difícil en los tiempos presentes, en que la vida se hace más y más individual; de aquí que aún cuando en todas las literaturas haya un buen número de producciones patrióticas, muy pocas de entre ellas puedan citarse como modelos intelectuales.

Entre nosotros sucede lo mismo; nuestra literatura patriótica que cuenta apenas noventa años es una de las más abundantes; pero de todas las piezas que forman su conjunto, solo un corto número son dignas de sobrevivir á sus autores. El sentimiento patriótico, por lo mismo que es uno de los más complejos, ha dado origen á

numerosas obras de diversa especie; la novela, el drama, la historia y la poesía le dan perfecta cabida. Mencionaré solo las piezas en que se han cantado las glorias nacionales, con entonación bastante vigorosa como para que su eco se conserve á través de las generaciones. Con respecto á la novela y el drama, he mencionado ya en otro capítulo las producciones en las cuales el elemento patriótico constituye el fondo; de la historia hablaré más adelante, ocupándome en este capítulo tan solo de la poesía y la oratoria. El primer lugar corresponde sin duda en aquella al canto: *A la Victoria de Junín*, de José J. Olmedo. Ningún hecho de armas ha sido cantado en América con la valentía y el corte clásico de esa victoria.

Para dar idea de sus bellezas literarias, citaré algunos pasajes.

Describiendo la valentía y el furor de los combatientes traza este cuadro magnífico:

Ya el formidable estruendo
Del atambor, en uno y otro bando,
Y el son de las trompetas clamoroso
Y el relinchar del alazán fogoso
Que, erguida la cerviz y el ojo ardiendo
En bélico furor, salta impaciente,
Do más se encrúelece la pelea,
Y el silbo de las balas que rasgando
El aire, llevan por doquier la muerte;
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros,
Que al sol reflectan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
O en torrentes de sangre arrebatados,
Y el violento tropel de los guerreros,
Que más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado
Mueren mas no se rinden... todo anuncia
Que el momento ha llegado
En el gran libro del destino escrito,

De la venganza al pueblo americano,
De mengua y de baldón, al castellano

La acción de Junín es glorificada en estos términos :

Mas los sublimes montes cuya frente
A la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades, á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse ;
Los Andes... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Jamás se moverán. Ellos burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De libertad y de victoria heraldos,
Que con eco profundo,
A la postrema edad dirán del mundo :
«Nosotros vimos de Junín el campo :
Vimos que al desplegarse
Del Perú y de Colombia las banderas
Se turban las legiones altaneras,
Huye el fiero español desavorido,
O pide paz rendido.
Venció Bolívar, el Perú fué libre ;
Y en triunfal pompa, Libertad sagrada,
En el templo del sol fué colocada.

La entrada de los vencedores á Lima, le hace poner en boca del Inca, cuya imagen se levanta ante los combatientes prediciéndoles nuevas victorias, estos versos que son como un himno triunfal :

« Abre tus puertas, opulenta Lima,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador, que rodeado
De pueblos numerosos, y aclamado
Angel de la esperanza
Y genio de la paz y de la gloria,
En inefable majestad se avanza

Bolívar vive glorificado para la posteridad en estos versos admirables.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junin domina,
Que el campo desde allí mide y el sitio
Del combatir y del vencer desina ;
Que la hueste contraria observa y cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y á los más bravos, á morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar su presa
Que entre el rebaño mal seguro paze?
Quién el que ya desciende
Pronto y apercebido á la pelea?
Preñada en tempestades, le rodea
Nube tremenda, el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de la gloria ;
Su voz, un trueno, su mirada, un rayo.
¿Quién, aquel que al trabarse la batalla
Ufano, como nuncio de victoria,
Un corcel impetuoso fatigando
Discurre sin cesar por toda parte?
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

En suma, el Canto de Olmedo es el mayor esfuerzo que se haya hecho en América por producir la nota épica en la literatura patriótica. Si por su forma externa esa producción no puede llamarse un poema heróico, las ideas en él desenvueltas y la expresión valerosa, constituyen materiales suficientes para un Himno de primer orden.

Después del canto *A la Victoria de Junin*, la composición más entusiasta y vigorosa, es sin duda el *Himno Nacional Argentino*, y casi estoy por decir que, como arranque lírico entusiasta, es la primer composición americana. Escrito cuando la Independencia era aún un problema, tiene el aliento atrevido de la esperanza, único sentimiento que sostenía el valor de los patriotas, y todo

el orgullo indomable que les comunicaban los triunfos obtenidos. Al cuadro de las glorias nacionales, no falta una nota en esa magnífica composición; todo lo que de heroico, de pujante, de noble y de exaltado hay en ese movimiento de un pueblo que se levanta libre á la faz de la tierra, tiene en ella su más alta expresión.

Así como Olmedo unió su nombre á la gloria de Bolívar, Juan C. Varela y Olegario V. Andrade, unieron los suyos á las de Alvear y San Martín respectivamente.

Las dos composiciones: *Canto á la victoria de Ituzaingo* y *San Martín*, siguen dignamente al canto de Olmedo.

Del valor del primero de los dos himnos pueden dar idea los siguientes fragmentos.

Pinta la intrepidez y la grandeza de los héroes de la jornada, en estos términos :

Mas no ciego furor, razón serena,
De Alvear los esfuerzos dirijja,
Y del rudo soldado la osadía
Ora estimula más, ora refrena ;
Su ánimo imperturbable no se inmuta
Y en el confuso caos, mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
Del medio de la lid, llamando á Brandzen,
« Allí (dijo) el combate es más sangriento
Y nuestra patria, amigo, este momento
Entre el honor y la ignomia lucha »
No dijo más; el héroe que le escucha,
Fiero, orgulloso de que así lo mande
Y allí lo envíe donde el riesgo es grande,
A la arena con ímpetu descende :
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.

La visión final de Belgrano bajando á coronar la frente de Alvear, termina con estos versos inspirados :

«Basta de sangre

(El héroe prorrumpió), que este es el día,
En que en otro Febrero
Rendir vió Salta el pabellón ibero
Y cubrirse de honor la patria mía;
Este estrago terrible, este escarmiento
Es sacrificio á mi memoria digno,
Y digno de la patria el vencimiento.
Argentinos, triunfad». Dijo y benigno
A la sien de Alvear, en el momento
Hizo el lauro bajar que le adornaba
Y la visión desapareció en el viento.

El Canto lírico *A San Martín*, tiene, como casi todas las composiciones de Andrade, un carácter más bien objetivo que subjetivo; el émulo de Víctor Hugo tiende á la personificación por una necesidad de su espíritu, y así como en la *Atlántida* personifica á la raza latina y en *Prometeo*, á la libertad del pensamiento, en *San Martín* personifica la independencia del continente americano; de aquí que su personalidad como poeta se anule hasta cierto punto, para dar lugar á la figura grandiosa del guerrero que se destaca como un imponente monumento de granito erigido á la libertad, en la cima más alta de los Andes; no obstante ese carácter aparentemente objetivo de la obra, la he colocado en el presente capítulo, porque su inspiración no le viene al poeta del exterior, sino de la admiración entusiasta y patriótica que llena su alma al recuerdo de las hazañas del héroe de Chacabuco y del Callao. Hecha esta salvedad voy á decir cuatro palabras acerca del Canto que nos ocupa.

Andrade no es el pintor de batallas; sus estrofas no dan idea precisa del empuje de los ejércitos, ni del valor de los soldados; hacen más bien la síntesis, la alegoría de los hechos gloriosos: en diez líneas da cuenta de la sorpresa de Cancha Rayada y de la victoria de Maipo:

¡ Reguero de laureles !

Solo una vez el sol de su bandera,

Palideció con fúnebre desmayo :
Aquella ingrata noche de la historia
Que cruzó como nube pasajera,
Barrida por cien ráfagas de gloria.
Para borrar sus sombras encendimos,
Con corazas y yelmos y cañones,
En el llano de Maipo inmensa hoguera,
A cuya luz brotaron dos naciones.

Los pensamientos grandiosos que agitan la mente de San Martín, al emprender su marcha sobre Chile, están condensados en estos versos:

¿En qué piensa el coloso de la historia
De pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
En pueblos libres y en cadenas rotas ;
Y con la fe del que á la lucha lleva
La palabra infalible del destino,
Se lanzó por las ásperas gargantas
Y lo siguió rujiendo, el torbellino

La última estrofa del Canto es una de las columnas que sostienen la inmortalidad del héroe argentino :

¡ No morirá tu nombre !
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía ;
Está escrito en la cima y en la playa,
En el monte, en el valle, por doquiera :
Que alcanza de Misiones al Estrecho,
La sombra colosal de tu bandera !

Andrade ha ensalzado las glorias patrias, de una manera más ó menos alegórica, en *El Nido de Cóndores*, *Atlántida*, *Mi patria* y *El 11 de Setiembre*, encontrando siempre para contarlas, acentos entusiastas ; pero la composición patriótica que le ha merecido mayores elogios, es sin duda, el Canto *A Paisandú*, obra juvenil

en que ha vaciado todo el fuego de su corazón exaltado. Citaré solo una de sus más bellas estrofas, que hace recordar, no sé porqué, la caída de Missolonghi :

Van á asaltar la formidable valla
Donde del libre la bandera ondula...
¡No! que empieza de nuevo la batalla.
Y un torrente de fuego y de metralla
Contesta : « ¡ Paisandú no capitula ! »

· Zorrilla de San Martín en su *Legenda patria* alza un himno á la batalla de Sarandí :

¡ Sarandí ! ¡ Sarandí !... Santa memoria,
Primicia del valor, ósculo ardiente
Que imprimieron los labios de la gloria
En nuestra joven ardorosa frente !
Yo al pronunciar tu nombre,
De hinojos, la cabeza descubierta,
Entre las cuerdas de mi lira siento
Que nace, crece y estridente estalla,
Todo el fragor de las solemnes horas
Que escucharon la voz de tu batalla...

Muchas serían las composiciones patrióticas que podrian citarse, y entre ellas no pocas de valor real ; tales son por ejemplo : *El himno del Granadino*, de J. E. Caro, que pertenece el número de las mejores composiciones de este eminente poeta ; *Al 18 de Setiembre*, de D. Andrés Bello, uno de los himnos más hermosos que se hayan escrito en América, pues al entusiasmo que lo inspira se une la corrección y el esmero de la forma ; *La Banderu Argentina*, de Chassaing, composición de las más populares entre nosotros, digna del elogio que se le ha hecho diciendo que merece la inmortalidad al igual del objeto que canta ; y un gran número de himnos patrióticos y nacionales de reconocido mérito debidos á Echeverría, Mármol, Gutiérrez y otros poetas.

La circunstancia de haber sido muy encarnizadas en América las luchas por la independecia y la organiza-

ción, ha hecho que muchos literatos de relevantes cualidades, llevados por la exaltación del patriotismo irritado ó por el odio de partido, hayan dejado desbordar sus iras en sus composiciones, sin oponerles ninguna valla. Ese origen tienen un gran número de producciones de sabor acre y viso sangriento que desagradan, hoy que las pasiones se han calmado y que los hombres ó las instituciones, contra los cuales iban dirigidas como saetas envenenadas, ya no existen.

Muchas de esas composiciones son realmente artísticas y por otra parte, ellas muestran una faz de nuestra literatura: no estará por lo tanto demás, mencionar siquiera sea algunas de las mejores:

Es bien conocida aquella de Heredia, que dice:

Nos combate feroz tiranía
Con aleve traición conjurada
Y la estrella de Cuba eclipsada,
Para un siglo de horror, queda ya;
Que si un pueblo su dura cadena
No se atreve á romper con sus manos,
Bien le es fácil cambiar de tiranos,
Pero nunca ser libre podrá.

Los cobardes ocultan su frente,
La vil plebe al tirano se inclina
Y el soberbio amenaza, fulmina
Y se goza en victoria fatal.
¡Libertad! á tus hijos tu aliento
En injusta prisión más inspira;
¡Colgaré de sus rejas mi lira
Y la gloria templarla sabrá!

Si el cadalso me espera, en su altura
Mostrará mi sangrienta cabeza;
Monumento de hispana fiereza
Al secarse á los rayos del sol;
El suplicio al patriota no infama;
Y desde él mi postrero gemido,
Lanzará, del tirano al oído,
Fiero voto de eterno rencor.

El autor de *Jicontecal* y de la *Flor de la caña*, tiene también un soneto, *El Juramento*, que es un anatema lanzado contra la dominación española :

A la sombra de un árbol empinado,
Que está de un ancho valle á la salida,
Hay una fuente que á beber convida
De su líquido puro y argentado,
Allí fui yo, por mi deber llamado,
Y haciendo altar la tierra endurecida,
Ante el sagrado Código de vida
Extendidas mis manos, he jurado :
Ser enemigo eterno del tirano,
Manchar, si me es posible mis vestidos
Con su execrable sangre, por mi mano
Derramada con golpes repetidos,
Y morir á las manos de un verdugo,
Si es necesario, por romper el yugo.

De Mármol son populares las composiciones que escribió contra Rosas, sobre todo la que contiene aquellos famosos versos :

Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas
Pero, como argentino, las de mi patria ¡No!

Todas esas composiciones y otras que podrían citarse están inspiradas en el sentimiento patriótico, pero no ya en toda su pureza, pues se mezcla con él y lo adultera, un vivo deseo de venganza, que por lo general, no contribuye en nada al mérito de las piezas, sino que, por el contrario, las hace menos gustadas.

Un género literario que ha alcanzado en América, desenvolvimiento análogo al de la Poesía patriótica, es la Oratoria, nacida y desarrollada al calor de los mismos sentimientos que á ésta inspiran. En algunas repúblicas americanas, la Oratoria ocupa uno de los primeros lugares en las letras ; tal ocurre en Cuba, por ejemplo, de cuyos oradores he tenido ocasión de hablar ya.

En el Ecuador se ha hecho notar Montalvo con sus *Catilinarias*; en Bolivia, Olañeta; y entre nosotros, la Elocuencia, iniciada brillantemente por Mariano Moreno, ha tenido altos representantes en el foro, en el Parlamento y en la Cátedra. Los nombres de Rawson, Velez Saarsfield, Avellaneda, Mitre, Goyena y del Valle, son pruebas elocuentísimas de su existencia.

Ahora bien: la mayor parte de las piezas de primer orden debidas á la elocuencia americana, son de carácter puramente subjetivo, lo que se debe en gran manera á las condiciones, en medio de las cuales se han desenvuelto las sociedades de América y á la agitación producida en los espíritus por las luchas separatistas y de organización, que durante tanto tiempo han conmovido á las naciones nuevas. Salvo un corto número de oraciones y discursos que versan sobre asuntos que afectan apenas los sentimientos nacionales y los intereses con ellos relacionados, la Oratoria americana está representada por piezas vibrantes de patriotismo y de entusiasmo, muchas de las cuales han decidido cuestiones de importancia vital para los pueblos del Continente.

Con razón puede decirse que el género oratorio, de suyo más subjetivo que objetivo, afecta ese carácter quizá en América más que en ninguna otra parte.

La literatura elegíaca no ha alcanzado gran desenvolvimiento entre nosotros; pocos son los escritores que han producido composiciones notables sobre asuntos de esa naturaleza. A ese escaso número pertenece Lafinur, autor de los tres *Cantos Fúnebres*, escritos con motivo de la muerte de Belgrano. En las poesías de que hablo se deja ver un profundo conocimiento de los clásicos y se desprende de sus versos un sentimiento melancólico, sincero y adecuado.

Veáanse algunos de ellos:

; Acabó la virtud! Polvo y ceniza
Caen en el rostro que la misma muerte

No logró conturbar! La tumba triste
Es el último carro de los héroes.

.....
Belgrano ya no alienta ; Oh ! que elocuentes
Son sus miradas lánguidas, sus formas
Escuálidas y tristes !
Así descansa el ave hermosa y pura
Sus plumas y matices recogiendo,
Pronta á volar á la suprema altura
Y mostrarnos sus alas replegadas
De oro y azul celeste salpicadas.

.....
¿ Porqué tiembla el sepulcro y desquiciadas
Las losas del sepulcro derrepente
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven ?
El luto se derrama por el suelo,
Al Angel entregado de la muerte
Que á la virtud persigue ; ella medrosa
Al túmulo volose para siempre,
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
Fatal á los tiranos, ni la hueste
Repite de la patria el sacro nombre,
Decreto de victoria tantas veces.

.....
Como puede verse, aunque muy escasamente cultivado en América el género elegíaco, está representado por piezas de algún valor literario. Y esto es tanto más de señalar, cuanto que en las diversas literaturas europeas, son en general muy pocas las composiciones elegíacas de verdadero mérito.

El género que nos ocupa es sin duda uno de los que ofrece mayores dificultades, pues se necesita para cultivarlo, estar dotado, de una sensibilidad exquisita y de un gusto delicado que impida caer en el falseamiento, en la afectación ó en la vulgaridad, escollos todos igualmente temibles.

Además de los *Cantos Fúnebres*, son dignas de mención las siguientes producciones: *Á la muerte de Maria*, *A de Borbón*, composición de Olmedo; *En la muerte de D. Diego Portales*, elegía muy apropiada debida al estro de Mercedes Marín del Solar; otra composición también elegiaca de Maitín, escrita con motivo de la muerte de su esposa. En todas esas composiciones se revelan el buen gusto y el sentimiento.

Carlos Guido y Spano, uno de los poetas argentinos más queridos, es autor de dos elegías; *Nenia*, poesía bellísima, casi popular, cuyo nombre armoniza perfectamente con el asunto tratado, y la otra: á *D. Martín de la Quintana en la muerte de su hijo Hugo*.

Fuera de esto, poco bueno se ha producido en el género.

Réstanos ahora examinar la literatura filosófica en América. Propiamente hablando, ella casi no existe entre nosotros, fuera de uno que otro ensayo que para implantarla se ha hecho. Dejando para tratarlas en otro capítulo las obras realmente filosóficas, me ocuparé en éste de las producciones literarias que han dado cabida á ese elemento subjetivo. Entre ellas las hay sencillamente morales, de intención metafísica y propiamente filosóficas. Veamos algunas de ellas

El P. Juan Aguirre, guayaquileño que vivió á mediados del siglo XVIII, es autor de una carta *A Lisardo*, en la que desenvuelve cuestiones de alta filosofía; superior á esa pieza, como forma, es su soneto *A una rosa*, de cuyo final dice D. J. M. Gutiérrez que sobrepuja al de la composición que sobre el mismo tema escribió Rioja. El concepto moral que encierra es profundo y elevado. He aquí el soneto:

En cuna de esmeraldas nace altiya
La bella rosa, vanidad de Flora,
Y cuanto en perlas le bebió á la Aurora
Cobra en rubís del sol la luz activa.
De nacarado incendio es llama viva,

Que el prado ilustra en fe de que la adora ;
La luz la enciende, el sol sus hojas dora
Con bello nácar de que al fin la priva,
Rosas, escarmentad ; No presurosas
Anheleis á este ardor ; que si autoriza
Aniquila tambien el sol ; Oh ! rosas
Naced, lentas huid ! y no en la prisa
Os consumais floridas mariposas
Que es anhelar á arder, buscar cenizas.

Del mismo autor es el bellissimo romance, *Á la inconstancia del mar*, que dificilmente puede ser superado como reflexión moral :

Ayer, en rocas de nieve
Dragón de plata le ví,
Tan soberbio que temí,
Ser sorbo á tu onda leve ;
Y hoy tan humilde se mueve
Tu resaca, que dudé
A ese peñasco que vé
De tu soberbia la mengua,
Si lo lames como lengua,
Si le adoras como pie.

Bien tus engaños expresas,
Mar, que divididos en cascós,
Ayer bravo, herías peñascos
Y hoy humilde, arenas besas,
A que mudables empresas
Te expones monstruo arrogante,
Hoy callado, ayer bramante,
Advirtiéndome así al prudente,
Que jamás hubo creciente
Que no parase en menguante

¿ Para qué fué amenazar
Con tantas furias ayer,
Si tu soberbio crecer
Ha sido para menguar ?
Bien te pudiste acordar
(Cuando, sierpe embravecida

Amenazabas mi vida)
De este cobarde reposo ;
Pero ¿ Cuándo el poderoso,
Se acuerda de su caída ?

.....

Pesado en su composición *El sepulcro*, encara así el problema de los destinos humanos :

¿ Que es nuestra vida ? Una ilusión perpetua ;
A nuestro lado asisten incesantes
La dicha y la desgracia. Al golpe alterno,
Imágenes amables ó espantosos,
Espectros. Unas veces seducidos
Corriendo vamos tras la leve sombra
Con la risa en los labios ; otras, llenos
De súbito pavor, el paso errante
Volvemos hacia atrás ; hondos abismos
Doquiera se hallan y la torpe huella
Tropieza y se hunde.

.....

En el obscuro seno,
Morada del horror y sombras vagas,
Do las generaciones desaparecen
Como vapor ligero, y se aniquila
Triste y marchita la creación entera,
Yacen también á nada reducidos
Del hombre los altivos pensamientos.

.....

El mismo convencimiento de la nada de la vida y de las grandezas, inspira estos versos de la magnífica composición de Heredia *En el Teocalli de Cholula* :

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De Occidente en el cielo.
; Gigante del Anahuac ! ¿ Cómo el vuelo
De las edades rápidas, no imprime
Alguna huella en tu nevada frente ?

Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el Norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatían
Cual ora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y crefan
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruina
Al yermo Anahuac; alzáranse en eila
Nuevas generaciones y orgullosas
Que fuiste negarán...

Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello tan brillante que habitamos
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué..

Y más adelante, después de reflexionar sobre la suerte que cupo á los aztecas, que en otro tiempo eran los señores orgullosos y sanguinarios de ese suelo del Anahuac y que en esos momentos yacen olvidados, expresa su pensamiento, acerca del poder nivelador de la muerte, en estos versos:

Si, que la muerte, universal señora,
Hiriendo al par, al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico, el olvido
Tu insesantez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.

Ignacio Ramírez es autor de una poesía *Por los muertos y por los desgraciados*, que recuerda aquella *Epistola moral á Fabio*, que el ilustre Quintana calificó de *casi perfecta*: La composición de Ramírez pinta en estos términos la brevedad de la vida:

¿Qué es nuestra vida sino un tosco vaso
Cuyo precio, es el precio del deseo
Que en el guardan Natura y el Acaso?

Cuando agobiado por el mal le veo,
Solo en las manos de la sabia tierra
Recibirá otra forma y otro empleo.

El final es una profesión de fe materialista.

Madre naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza;
Nací sin esperanzas ni temores,
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

Rafael Nuñez, parodia á Montaigne en sus dudas morales. He aquí algunas estrofas de su *Que sais-je?*

No sé si lo que llaman heroísmo
Es virtud, embriaguez ó fanatismo,
Odio, ambición, delirio, saciedad...
En la noche que forman las pasiones,
No alcanzo de mis propias emociones,
A saber la verdad.

.....
A veces avaricia es la largueza,
Reserva y disimulo, la franqueza,
La inocencia y candor, malignidad;
El intrépido arrojo, cobardía,
La prudencia, denuedo y osadía,
Impiedad, la piedad.

No sé lo que deseo, lo que busco;
A veces con la luz misma me ofusco.
A veces en tinieblas veo mejor;
A veces el reposo me fatiga;
Cuando me muevo, á veces, se mitiga
De mi sangre el hervor.

¡Oh! confusión ¡oh! caos. ¡Quién pudiera
Del sol de la verdad, la lumbre austera
Y pura, en este limbo, hacer brillar!

De lo cierto y lo incierto ¡quién un día
Y del bien y del mal conseguiría
Los límites fijar!

A otro género pertenece la inspirada poesía de Domingo
Arteaga Alemparte, *Oda al dolor*, que dice :

¡Ah! vivir es luchar! infatigable
Atleta de la vida, el ser humano
Y el Universo la espaciosa arena.
Sentado sobre trono incontrastable
El dolor, taciturno soberano,
Preside por doquier la gran escena.

Dolor, sombrío déspota del mundo!
Cuando cruel desatas
Tus negros huracanes y arrebatas
El humano destino al iracundo
Mar de la adversidad y desventura,
En olas de amargura
La existencia anegada
Semeja frágil nave que acosada
Por la furia del pérfido océano,
Ora se alza hasta el cielo, ora se lanza
Hasta el fondo del mar, lóbrego arcano.

.....
Mas pasó la tormenta. En la ribera
El náufrago sus rotas vestiduras
Enjuga alegre, y su alma estremecida
De ardiente gratitud, de fe sincera,
Adora y glorifica en las alturas
Al Dios de amor que el móvil de la vida ,
Dolor, puso en tus manos,
Y el secreto te dió de la grandeza
Del bien, de la belleza,
De la dicha y virtud de los humanos.

.....
Como del Nilo la corriente deja
En la egipcia campaña,
El fértil limo que las mieses cría,
Así ¡Oh dolor! cuando por fin se aleja

Del corazón tu saña,
Deja en él la feraz melancolía,
El creador, el almo sentimiento,
Patria de la celeste poesía,
De la imaginación freno y aliento,
Luz del arte, esplendor de la belleza.
Clave con que descifra el pensamiento,
De la naturaleza
El múltiple lenguaje grandioso,
Su eterna vida y su eternal reposo.

Más valerosa aun que esta composición es la de Echeverría sobre el mismo tema, que concluye con algunas estrofas llenas de virilidad; júzguese por las dos que siguen :

No temas, no, que me espante
Tu fuerza y poder gigante,
Aunque frágil caña soy.
Mi alma es símil á la roca,
Cuya frente el cielo toca,
Siendo mañana lo que hoy

.....
Ven, que tal vez atesora
Alguna fibra sonora
Mi pecho aun lleno de ardor,
Que á tu inhumana porfía,
Exhalará una armonía
Capaz de darme alegría
Y de vencerte ¡ oh dolor !

Y para que no falte ninguna de las tendencias filosóficas en la literatura de América, tiene también sus poetas materialistas, de entre los cuales, Sellén y Acuña merecen ser mencionados especialmente. El primero tiene una composición *Panteísmo* de la cual copio aquí algunos versos :

En todo un alma existe : desde el grano
De la menuda arena que invisible.

Se arrastra allá, en el fondo del oceano,
Hasta la sierra ingente é inmovible

.....
En todo un alma universal palpita;
Lo anima todo un mismo y soio aliento:
Todo en concierto armónico se agita,
Y de todo se exhala un pensamiento.

.....
Es la sangre que corre por mis venas
La savia de las plantas, de las flores;
Sus goces tienen como yo, sus penas,
Y hallan eco en mi pecho sus dolores.

.....
Que la vida es el fénix que renace
De sus propias cenizas: donde quiera
Que la inerte materia se deshace,
Solo la forma de existir se altera

Y si la muerte en algo imprime el sello,
Allí también la indestructible esencia
Germina de otro ser, allí el destello
Fulgura de otra luz, de otra existencia

.....
En la fuente, en la flor, en su perfume
En la nube, en el astro revivimos:
El aliento vital no se consume.
Y en todo palpitantes existimos.

Pero por encima de todos los poetas filosóficos de América, está Manuel Acuña, que vive por una sola de sus composiciones: *Ante un cadáver*, poesía que puede calificarse de filosófico-científica.

Obviando los obstáculos que tal género ofrece, Acuña ha sabido—como dice Caicedo—sacar raudales de poesía de elementos tan prosaicos como la descomposición de la materia y sus transformaciones sucesivas. Presente en el anfiteatro á la autopsia y disección de los cuerpos humanos, su inteligencia profunda debió remontarse á la consideración del contraste que existe entre los esfuerzos

y las luchas por la vida y la frialdad casi feroz de aquel acto realizado con la despreocupación más completa.

La omnipotencia de la muerte niveladora y veraz, le inspira estos tercetos admirables:

¡ Y bien ! Aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.

Aquí, donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
A que está sometida la existencia.

Aquí, donde derrama sus fulgores
Ese astro, á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.

Aquí, donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la superstición se desvanece.

Pone luego frente á frente, la creencia idealista y el materialismo en que estaba empapado :

Miseria y nada más... dirán al verte,
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba en donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida,
Se acercarán á tí y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida.

Pero no, tu misión no está acaba,
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos, es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos,
Cuando al querer medirla, le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.

Entra enseguida á examinar las formas diversas y pasajeras que el ser toma en su larga peregrinación á través de la vida y de la muerte :

Tú, sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ageno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Describe con maestría, como de lo que antes fué un ser humano, brotarán ahora, el trigo, las flores y las mariposas, y como, aunque el pensamiento, la fuerza y la fe concluyan en la puerta del sepulcro, la materia prosigue su existencia en el seno de la tierra. La cuarteta fina es un admirable resumen de sus ideas, y todo un axioma de materialismo triunfante :

Que al fin de esta existencia transitoria,
A la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de forma, pero nunca muere.

Como puede verse, el elemento subjetivo se halla representado bajo todas sus formas en las letras americanas. Si en algunas de ellas no ha alcanzado aún amplic desenvolvimiento, en cambio puede presentar en otras, obras de mérito innegable, de las que solo he mencionado un número reducido, en razón de los límites restrictivos de mi trabajo. Así mismo me he limitado á enumerar en este capítulo las obras poéticas, en las cuales el elemento subjetivo prevalece, sin hacer otra excepción que en lo que se refiere á la Oratoria; no quiero significar con ello que no se encuentren producciones de carácter subjetivo en otros géneros literarios cultivados en América; pero como de ellas me ocuparé en otro capítulo ó me he ocupado ya, he creído deber omitir aquí toda consideración al respecto.

CAPÍTULO XIX

El elemento científico en las letras americanas

Causas á que obedece la escasez de obras de aliento en la literatura americana. — Obras históricas principales. — Evolución del género histórico en América. — Ciencias sociales; los escritos de Montalvo, Labra, Arango, Betancourt Cisneros, Luz Caballero, Bello, Bilbao, Sarmiento, Alberdi, Avellaneda y otros. La crítica literaria: Torres Calcedo, Batres Jáuregui, Vergara, Amunátegui, Vaca Guzmán, Lastarria, Sosa, Medina, etc. La Didáctica en América: Obras de Bello, Cuervo, Marroquin, Tanco, Ortiz, Caldas, Restrepo, etc.

La existencia agitada de las naciones americanas junto con cierta modalidad propia del espíritu criollo, han hecho que hasta ahora se haya concedido muy poca atención á los trabajos literarios serios, que revelan pacientes investigaciones y observaciones cuidadosas. Nuestra bibliografía en los géneros histórico, didáctico y en general, en todos aquellos que pueden llamarse con propiedad géneros mixtos, en razón de que bajo su forma artística, ocultan un fin científico y por lo tanto interesado, es muy pobre. La crítica literaria no tiene casi existencia entre nosotros; nuestros libros son recibidos en general, con santa indiferencia, sin que el ambiente literario se conmueva mayormente; los estudiantes americanos beben la ciencia en obras extranjeras, pues rara vez se escribe para ellos un libro, á no ser de enseñanza primaria; y por lo que respecta á las cuestiones sociales y á los problemas históricos, solo muy de tarde en tarde aparecen artículos aislados, suscritos por hombres de letras americanos.

La Literatura americana, como ya he tenido ocasión de demostrarlo, es una selva de poesía, en la que abundan

riquezas no despreciables; fuera de ella, apenas si se encuentran algunos rastros de esfuerzos aislados en los demás géneros literarios. Este fenómeno, que entre nosotros se produce, se observa más ó menos en todas las literaturas: la de España, lo mismo que la nuestra carece del género filosófico y la Historia tiene allí muy pocos aunque eximios representantes; En Francia no existe la epopeya; Italia es pobre en el género novelesco. Nada de extraño tiene pues, que las naciones americanas, todavía en formación, carezcan de algunas formas literarias. Pero no hay que creer que sea únicamente la juventud de nuestras sociedades, lo que haya impedido se desenvuelvan entre nosotros los géneros mixtos: el carácter móvil é impaciente de la raza latina, se ha combinado en América con un cierto espíritu de mercantilismo, que hace vivir muy de prisa y que roba el tiempo á las altas especulaciones del pensamiento. No hay duda de que, operado quizá con el tiempo, un cambio en los ideales que hoy por hoy lo son todo, mediante el influjo de generaciones nuevas, preparadas por el estudio y la observación para lanzarse al campo de las ciencias, se producirá una reacción á su favor; pero por el momento, nuestra literatura científica es de escasa importancia, á pesar de lo cual mencionaré los principales escritores que se han ocupado en América de cuestiones históricas, sociales, didácticas, etc, siquiera sea para no dejar ese vacío en el estudio que vengo haciendo.

Fuera de los poemas históricos, escritos durante la época del coloniaje y que han sido mirados por escritores contemporáneos, como fuentes históricas de la mayor importancia, se produjeron, como sabemos, durante el mismo período de la vida americana, otras obras cuyo objeto no fué ya el hacer gala de habilidad poética, sino el relatar los acontecimientos militares ó civiles de que el autor había sido testigo presencial; tales son las *Cartas* de Valdivia y las de Cortés, *La Histórica*

relación, del P. Ovalle, la *Historia del Abate Molina*, las obras del anticuario Veytía, reconstructor paciente de la historia de los primeros años de la dominación indígena en el Anahuac, la *Historia de Méjico*, de Clavijero, cuya importancia y exactitud le han sido reconocidas por competentes autoridades americanas y europeas, las *Noticias historiales*, del P. Simón, la *Historia General del Nuevo Reino de Granada*, de Piedrahita, y la de Caracas de Oviedo y Baños.

Todas estas obras y otras del mismo género, que sería prolijo enumerar, se limitan á referir de una manera minuciosa, á veces pesada, los acontecimientos ocurridos en las colonias; algunas traen digresiones morales, pero es rarísima la que apunta alguna consideración filosófica desprendida de la observación de los hechos; en ninguna se analizan las causas, ni se tienen en cuenta los factores que determinan los actos humanos, en una palabra, a Historia, tal como se la considera desde hace mucho tiempo en las naciones europeas, es decir, como un género más científico que artístico, no aparece aún en las crónicas coloniales.

Iniciadas las luchas por la emancipación, una nueva época se abre para la Historia en América. En el relato de los acontecimientos políticos, de cualquier orden que sean, empiezan á intervenir las pasiones y los intereses; las nuevas sociedades se habitúan poco á poco, á pesar los hechos históricos y á hacer inducciones posibles. La Historia deja de ser desde entonces la simple narración cronológica de los hechos producidos, para convertirse en expansión de los sentimientos vibrantes; el elemento científico hace su aparición así insensiblemente en las obras históricas americanas.

A ese nuevo período pertenecen muchos trabajos de importancia: Restrepo hace la *Historia de la Revolución colombiana*; Enrique Piñeyro es autor de varios opúsculos históricos, de los cuales el más elogiado es *La Revolu-*

ción cubana; José A. Saco, escritor de grandes condiciones didácticas, se preocupa ardientemente de las cuestiones sociales de alto interés; el espectáculo de la esclavitud en Cuba, le sugiere su obra, *Historia de la esclavitud*, uno de los más prolijos estudios sociales, que ha sido reputado por Mr. Dana como el primero en su género. La vida agitada que este autor, como casi todos los hombres de pensamiento, ha llevado en Cuba, le ha impedido condensar sus ideas en obras fundamentales; las publicaciones de Nueva York y de la Habana, tales como *El Mensajero Semanal*, la *Revista bimestre cubana*, y otras, han honrado sus columnas con los trabajos de crítica histórica, debidos á la pluma de éste enciclopedista y reformador, que más tarde ha reunido esos varios artículos, en un folleto titulado, *¡Papeles sobre Cuba*. En ellos propone para su patria un gobierno autónomico, basado en el tipo anglo-canadense; combate toda anexión posible de Cuba, aun con los Estados Unidos, haciendo notar los inconvenientes que ello traería á la conservación de la raza española en esa importante fracción del continente americano. Como se ve, Saco participa del carácter del historiador y del sociólogo.

Trabajos igualmente importantes y de valor científico son los innumerables bosquejos históricos de Vicuña Mackenna, luchador inquebrantable que ha consagrado la mejor parte de su vida á relatar los hechos de la vida política chilena así como á reflejar los caracteres de sus principales patricios; y las obras del mismo género debidas á Barros Arana, uno de los hombres más preparados de Chile, cuyos escritos no han sido rectificadas jamás. De sus trabajos, el más importante es la *Historia general de Chile*, obra monumental que contiene todo lo que en materia de historia antigua y moderna de Chile, existe.

Entre nosotros, á partir del movimiento separatista, se escriben algunas notables obras históricas.

Don Luis Domínguez es autor de una *Historia Argentina*, muy reputada por el rigor con que han sido consultadas las fuentes y por el espíritu crítico que la anima.

Estrada en sus *Lecciones sobre la Historia de la República Argentina*, hace una obra que, aparte de su valor literario, tiene uno científico no despreciable.

El nunca bastante deplorado Lucio V. López, compendia en estilo claro y elegante, la historia colonial de nuestro país. Alberdi da, en su conocida obra, las bases para la organización de la República; Angel J. Carranza es autor de una útil monografía histórica sobre *La Revolución del 39, en el Sud de Buenos Aires*.

Quesada estudia la organización administrativa de las colonias, en su libro: *El Virreynato del Rio de la Plata*, apuntando datos para servir en la cuestión de límites entre la Argentina y Chile. Adolfo Saldías escribe la Historia más completa de Rosas, estudiando detenidamente la época, el carácter del tirano y las luchas de los partidos; y por último Zuviria en sus *Anales contemporáneos* y en *Los Constituyentes del año 1853*, refleja la política de toda una época histórica.

En todas estas obras, se nota ya la aparición del elemento científico: se toman en cuenta los diversos factores que intervienen en los acontecimientos históricos y se hacen las inducciones y deducciones, de acuerdo con los elementos de juicio suministrados por los hechos mismos; pero sin duda alguna, las obras históricas argentinas que más se asemejan á las que en estos últimos tiempos se han escrito en Alemania, Francia é Inglaterra, son las debidas á la ilustración y á la labor de dos hombres, venerables por todos conceptos en la vida pública é intelectual de nuestro país; me refiero al General Mitre y á don Vicente F. López, autores de trabajos demasiado conocidos para que sea necesario me detenga á examinarlos aquí.

Las dificultades de todo género que han impedido se forme en América una literatura histórica, han sido

obviadas en parte por los autores de biografías y memorias, obras que aunque de menos valor, son útiles para dar á conocer determinados personajes, cuyo carácter explica á veces épocas enteras de nuestra historia.

Al número de esos escritores pertenecen: Arróniz autor del *Manual de bibliografía mejicana*, galería de los hombres que se han distinguido en las ciencias, la milicia ó las letras, en Méjico. Alberdi se ha ocupado de Belgrano y de Quiroga; Espejo ha escrito algunos *Rasgos histórico-biográficos de Pringles*, D. Juan M. Gutiérrez tiene un crecido número de estudios sobre hombres notables americanos, siendo los más importantes de estos trabajos los dedicados á San Martín, Rojas, Luca, Miralla, Pedro de Oña y Peralta Barnuevo. Lamas es autor de un libro *Bernardino Rivadavia*, escrito con motivo de su primer centenario, y en el cual da cabida á todo aquello que puede contribuir á la glorificación del patricio argentino. El General Paz publicó su *Auto-biografía* que lo mismo que las *Memorias póstumas* de Paez, constituyen documentos históricos de gran valor. D. Mariano Pelliza obediendo al loable propósito de dar á conocer al pueblo argentino, los hechos de sus hijos más ilustres, ha compuesto una serie de biografías, de las cuales merecen mencionarse: *Dorrego ó La Historia de los partidos*, *Alberdi* y *Monteagudo*. José M. Samper hace la historia de la vida del libertador Simón Bolívar; Sarmiento la de, Vélez Saarsfield; Vicuña Mackenna la de San Martín; Zinny la de J. M. Gutiérrez y la de Pueyrredón, Vergara la de Nariño, Altamirano la de Flores y Bilbao la de Salaberry.

Tales son las producciones históricas americanas más importantes. No me detengo á estudiarlas con mayor detenimiento porque salvo muy pocas excepciones, no revisiten aún carácter realmente científico, limitándome por eso á hacer ese apunte bibliográfico que aunque muy incompleto, basta para dar idea de lo que se ha hecho en América, en materia de Historia.

Los trabajos sobre Ciencias Sociales son más numerosos que los históricos, debido á que los espíritus, fuertemente agitados por los acontecimientos políticos y por las luchas civiles que originó la organización de las nuevas naciones, han buscado la solución de los problemas sociales, en los estudios comparativos. Sin embargo no hay en las naciones americanas un solo hombre que pueda reclamar con justicia el título de filósofo ó de sociólogo; hay sí notables estadistas, más importantes como hombres de acción que como escritores; unos pocos han dejado las huella de su influencia en escritos más ó menos ocasionales, mereciendo citarse en ese sentido los siguiente:

Juan Montalvo en el Ecuador, Labra, Arango, Betancourt Cisneros, Luz Caballero y Varela en Cuba, Bello y sobre todo Bilbao en Chile, Sarmiento. Avellaneda y Alberdi, en la Argentina. Los escritos de estos hombres superiores que han trabajado ardientemente por la organización de las naciones americanas, se hallan diseminado en periódicos y revistas; algunos los han condensado en libros determinados, pero son los menos. Aunque muchos de ellos poseyeron altas cualidades literarias que embellecieron sus escritos, ninguno se preocupó mayormente de otra cosa que de llegar al fin por el cual luchaba, de suerte que no sería justo pedirles pulcritud en el estilo, ni esmero en la forma; el mérito de esas obras depende más de las ideas, que de la exterioridad con que se presentan.

La Crítica Literaria es sin duda uno de los géneros menos cultivados en América. Algunos hombres de ilustración se han propuesto salvar esa deficiencia que se nota en nuestra literatura, y han escrito estudios sobre determinados autores y aun sobre la literatura de una época ó de una república; pero esos estudios son desgraciadamente muy poco numerosos; muchos [se reducen á la simple enumeración de las obras ó á entonar un coro de alabanzas que cae sobre todos y sobre todo, ofuscando así al que quiere apartar lo bueno de lo mediocre y

hacer un recuento de lo que realmente existe en nuestra literatura. .

Entre los que se han ocupado de Crítica Literaria, mencionaré solo á: Torres Caicedo, autor de los *Ensayo biográficos y de critica literaria*, donde apunta datos importantes sobre la vida y escritos de Olmedo, Caro, Arboleda; Echeverría, Balcarce y otros muchos literatos americanos, á Batres Jáuregui que compendia en un pequeño libro, la historia de la literatura americana, obra que, aunque muy incompleta, suple las deficiencias sobre todo en lo que se refiere á la literatura centro-americana á J. M. Vergara y Vergara, que tiene la gloria de haber unido su nombre á la mejor historia de la evolución literaria en Nueva Granada; á los hermanos Amunátegu que se han dedicado también á la biografía literaria, al igual de Caicedo; sus estudios acerca de las obras de Valdés, Echeverría y Heredia son los más importantes.

Además de estos escritores, merecen citarse: Vaca Guzmán que ha hecho loables esfuerzos por sacar algún partido de la escueta literatura de su patria, para la composición de su *Historia de la literatura boliviana*, obra que, á haber sido otros los materiales de trabajo, hubiera alcanzado justa notoriedad; Lastarria, cuyos *Recuerdos Literarios*, son una historia crítica del desenvolvimiento intelectual chileno, desde el año 43 hasta el movimiento iniciado en 1859 por un grupo de hombres de buen gusto y de talento; Medina que acopia en tres gruesos volúmenes un sinnúmero de datos para la historia de la literatura colonial de Chile; Sosa, dedicado en Méjico á la tarea de estudiar las producciones literarias y los hombres de letras de su tiempo; Juan M. Gutiérrez, que es entre nosotros uno de los críticos más incansables; su pluma ha estado siempre dispuesta á escribir la historia de todo aquel que en América haya producido alguna obra literaria de valor; Rojas, Miralla, Luca, Caviedes, Olavide, Ayllón, le deben sus mejores biografías; Estrada autor de un trabajo *Miscelanea* en que analiza las obras

de Andrade, de la Gorriti, de Hernández y de algunos otros autores argentinos; Pacheco Zegarra analizador prolijo de las producciones quichuas, especialmente del *Ollantay*; José L. Mera, que ha publicado una *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía del Ecuador*.

A estos trabajos hay que agregar multitud de juicios críticos sobre obras literarias determinadas, que han visto la luz en diferentes revistas, que han servido de prólogo á las obras mismas ó que acompañan á las Antologías más ó menos completas que existen en América.

La Crítica Literaria está muy lejos de revestir entre nosotros el carácter que la hace tan estimable en las naciones europeas; falta para ello que se tomen en cuenta los factores sociales que hacen de las obras de Macaulay, Taine, Menéndez y Pelayo, Lista, Prescott, Markham y otros, verdaderos documentos psicológicos importantísimos cuando se quiere conocer el desenvolvimiento literario de los pueblos. Por otra parte, la mayoría de esos estudios críticos que poseemos, preciosos como fuentes de información, no tienen, literariamente hablando, gran valor

Correspóndeme ahora hablar del desenvolvimiento que en América ha alcanzado un género que, aunque incluido generalmente por los tratadistas, entre los literarios, rara vez reúne condiciones que lo hagan digno de tal inclusión: me refiero al género didáctico.

Pocas son las obras que se han escrito en América sobre asuntos de esa clase. Fuera de la *Gramática* de Bello, de la cual se ha dicho que está mejor escrita que la de la Academia, de las *Apuntaciones críticas* sobre el lenguaje bogotano, obra de Cuervo lo mismo que el *Diccionario de regimenes*; del de *Galicimos*, de Baralt, de los tratados de *Ortografía*, *Ortología* y *Métrica castellanas*, de Marroquín, de las obras geográficas de Tanco, Ortiz y Restrepo, del *Influjo del clima sobre los seres organizados*, de Caldas, y de algunos otros trabajos cien-

tíficos de Ulloa, Lozano, Vergara y otros hombres ilustrados de América, nada se ha producido en materia didáctica.

Con estas últimas pinceladas cierro el cuadro en que he pretendido dar una idea somera, del grado de desenvolvimiento que han alcanzado en América, los géneros literarios que toman de las ciencias sus principales elementos.

Como al principio lo dije, ese desenvolvimiento es aún insignificante entre nosotros; muchísimas causas lo justifican, siendo quizá, la principal de ellas, la poca importancia que en América se concede á los estudios superiores, apenas iniciados en algunas de nuestras repúblicas.

CAPÍTULO XX

Evolución de las letras americanas é influencias extranjeras que la determinan.

Las diversas influencias extranjeras en la literatura de América. — Filiación de las principales escuelas. — Influencia española durante la conquista; el gongorismo: razones que explican su reinado en América. — Escritores americanos que sufrieron el influjo del mal gusto. — La reacción: su origen en España; cuando se produce en el Continente; quienes la representan. — La literatura de la Revolución, su valor, modelos que se imitan. — El romanticismo en Europa; su introducción en América y su rápido desenvolvimiento. Principales escritores románticos. — El falso romanticismo; estragos que ha producido. — La tendencia nacionalista en las letras americanas. — Opiniones más autorizadas. — La literatura popular y la gauchesca. — Porvenir de las letras americanas

Propóngome demostrar en este capítulo, que la literatura americana en casi todos sus momentos, ha sido la imitación, no siempre servil, de la de otros países más autorizados por la edad, la ilustración ó el buen gusto. Este hecho no es una peculiaridad propia de las naciones de América: en todos los tiempos, las sociedades, aun las que pueden llamarse cultas, han estado sometidas á las influencias más ó menos eficaces de otras. Francia en su periodo de mayor esplendor no pudo escapar á la sugestión de las producciones españolas del *siglo de oro*: Corneille imitó á Alarcón y á Guillén de Castro, Molière á Tirso de Molina; España sufrió la acción de Italia, hasta el punto de serle deudora del nacimiento de su poesía lírica, y la de Francia, durante el reinado de la Casa de Borbón. De Alemania recibió Francia el romanticismo que tan esplendidos frutos produjo.

Si sobre literaturas ya formadas como las que acabo

de mencionar, se han hecho sentir las influencias extranjeras, nada tiene de extraño que en la americana, aún en formación, hayan encontrado fácil eco las escuelas que se han dividido el dominio de las letras en el Viejo Mundo y cuyas producciones vienen á nuestro continente, prestigiadas por el origen ó la novedad.

Estudio por demás interesante y de gran utilidad sería el que se propusiera seguir á las letras americanas durante su evolución completa, señalando sus esfuerzos y decaimientos; al hacerlo se pondría de manifiesto que en materias literarias, como en muchas otras cosas, América no ha hecho más que seguir las huellas marcadas por otras naciones. No me permiten los límites de mi trabajo, hacer esa revisión histórica de una manera completa; me limitaré pues á bosquejarla rápidamente, apuntando apenas las escuelas principales que han florecido en América y á señalar su origen fuera de ella. Esto servirá á la vez de resumen á todo lo hasta aquí estudiado.

He dicho, en uno de los primeros Capítulos, que cuando España realizó la conquista y colonización del Nuevo Mundo, empezaba para aquella su época de mayor esplendor, tanto en el orden material como en el moral. En los dos siglos que siguieron al descubrimiento de América, las letras españolas realizaron su más completa evolución. La lírica con toda la variedad de formas aportada de la poesía italiana por Boscán, se contorneó delicadamente en las estrofas de Garcilaso, de Herrera y de Leon; el idioma llegado á un alto grado de opulencia, vino á ser como el oro líquido, que vaciado en los moldes de concepciones nuevas, hizo surgir toda una Creación poética digna del Olimpo.

El teatro nacional hizo su aparición con Lope, y sus sucesores lo llevaron á la perfección más acabada.

La Novela y la Historia alcanzaron también su momento más propicio.

La lucha entre las escuelas literarias existentes, dió

mayor ductilidad á la forma y más profundidad al concepto. Pero no hay que olvidar tampoco que en medio de esa floresta de obras perfectas, cuyas líneas y acentos purísimos, que las hacían dignas del Arte, contribuían á darles mayor realce, hace su aparición otra escuela cuya influencia corruptora se ejerce aún despues de desaparecida, y que combatida tenazmente por los discípulos de las sectas literarias más sensatas, logra deslizar sus extravíos entre las leyes del buen gusto; gangrenando así gran parte de la literatura de su tiempo. Pero en España, la acción de Góngora y de los conceptistas no puede ser muy determinante; encerrada entre las dos falanges del buen gusto, que la preceden y la siguen, el culteranismo, estaba forzosamente destinado á morir, dejando una que otra huella y cuando mucho una esperanza de retorno.

En América las cosas debían pasar de muy distinta manera. Entre los muchos beneficios que el Nuevo Mundo debe á la conquista española, los más importantes son sin duda los de su idioma y civilización; pero no hay que olvidar que América, en momentos en que la invadió España, no poseía sino uno que otro centro de semi-cultura, que aun persistiendo en los miembros de la familia americana, que se pusieron bajo la égida de España, era por su carácter, completamente opuesto al de las poblaciones europeas, la menos apropiado para hacerlos capaces de asimilarse los productos de esta última. Por otra parte, durante mucho tiempo, los que vinieron á colonizar estas tierras, pertenecían á las clases ínfimas de la sociedad española, ó por lo menos, eran guerreros muy valerosos, pero poco al cabo del movimiento intelectual de la Península; si los conquistadores hubieran procedido todos de las clases españolas más cultas, representada en América por unos cuantos gobernantes, sacerdotes y viajeros, se hubiera necesitado sin duda menos tiempo para poner á las poblaciones nuevas de acuerdo con el estado intelectual de la Metró-

poli; pero así y todo hubiera persistido el inconveniente creado por el pequeño grado de evolución á que la intelectualidad americana había llegado, desde el momento de su aparición en la escena del mundo. Júzguese pues de lo difícil de la empresa, dadas las circunstancias que he apuntado.

Tales como ocurrieron las cosas, sucedió que aún cuando desde muy temprano, los colonos comenzaron á producir conatos de obras literarias, tuvieron que recurrir, para hacerlo, á los modelos españoles, asimilándose á medias sus elementos y como todavía no estaban en condiciones de concurrir con otros propios, tomados de la naturaleza local ó de las ideas y sentimientos personales, se limitaron á copiar más ó menos servilmente las obras que caían en sus manos. Si al seguir de cerca los modelos hispánicos hubieran sabido escogerlos, y en lugar de imitar á Góngora hubieran imitado á Rioja, por ejemplo, otra cosa habría sido, y aún cuando nada pudiera señalarse de original en las producciones americanas de esa época, no se podría menos que reconocer que tal trabajo había servido de escuela para el porvenir, viniendo á ser como una especie de preparación clásica muy útil; pero sea porque, dada la clase de la inmigración española, el mal gusto era la tendencia que más generalmente se importaba, sea porque esa tendencia encontraba más acogida en el espíritu infantil de la colonia, el hecho es que hasta el siglo XVIII, cuesta mucho encontrar en América, obras que no le hayan pagado mayor ó menor tributo. Hemos visto que Méjico, una de las colonias en que el movimiento literario fué más activo, produjo en Sor Juana Inés de la Cruz, su poeta más eminente, un specimen acabado de la literatura conceptista. El mismo Padre Aguirre, tan celebrado por sus obras morales, no pudo escapar á la influencia de esa escuela y dejó que se mezclaran en su *Caida de Luzbel*, las imágenes mitológicas con las bíblicas, creando á veces con sus propias palabras verdaderos laberintos

donde el lector se pierde sin remedio. Juan de Castellanos es gongórico también en gran parte de su poema. No digamos nada del Perú en que el contacto español es más inmediato: ¿Quién ha representado el gongorismo en América mejor que Ayllón en su poema á los sacerdotes mártires, donde sobran los filigranas y falta el buen sentido? Hasta Barnuevo pagó su tributo á la moda reinante y nada menos que en su mentado canto: *Lima Fundada*.

Chile tampoco se vió libre de esa plaga literaria; sus poemas heróicos y sus mismas historias están salpicadas de lunares inconfundibles. El Río de la Plata fué quizá el que sufrió menos la contaminación de que hablamos, sin duda porque en sus colonias no se empezó á producir sino muy tarde, cuando la racha del culteranismo había casi completamente pasado; *La Argentina* de Barco Centenera y los versos de Maciel, son casi las únicas composiciones gongorinas.

Hay sin embargo que hacer una salvedad: aun cuando el mal gusto en todas sus formas produjo verdaderos extragos en la literatura colonial americana, muchos hijos del Nuevo Mundo hicieron loables esfuerzos en pro de las buenas letras; quizá los favorecieron circunstancias especiales, tales como una educación en el extranjero, el conocimiento de obras de valor efectivo, ó simplemente una inteligencia superior capaz de emprender la reacción; como quiera que sea, es indudable que esos hombres existieron y que algunos de ellos se llamaron, Olavide, Alarcón, Saavedra Guzmán, Navarrete, Rodríguez Fresle, Caviedes, Mendoza, Molina y Ovalle.

Al comenzar el siglo XVIII, las letras españolas se hallaban en completa postración: el culteranismo había invadido todos los géneros, lo mismo la poesía que la didáctica, la oratoria que la crítica. En ese estado de cosas concluyó el reinado de la casa de Austria con la muerte de Carlos II, y comenzó el de la de Borbón con

Felipe V. Educado este príncipe en la corte de Luis XIV, era natural que al hacerse cargo del gobierno deseara trasplantar á España las costumbres de la sociedad francesa, soñando con hacer de las letras españolas, un trasunto fiel de las de Francia. Con ese fin, creó la Academia Española, que preparó la Gramática de la lengua Castellana. Poco tiempo después hizo su aparición en España un preceptista, Luzan, que como Boileau publicó la *Poética* ó sea el Código á que los escritores debían sujetarse; y Hervás, autor de la *Sátira* contra los malos literatos, obra semejante en un todo á la del autor francés que la inspira.

El movimiento iniciado por Felipe V, gana terreno bajo el reinado de su sucesor Fernando VI, quien establece *La Academia del buen gusto*, institución cuyos fines eran análogos á los del *Hôtel de Rambouillet*; pero es principalmente bajo el reinado de Carlos III que alcanza su culminación.

La particular atención que tanto el monarca como sus ilustrados ministros, dedicaron á las mejoras administrativas, á la reacción política y á la instrucción del pueblo, dieron por resultado que el espíritu público se elevara y aspirase á producir, como produjo, un movimiento literario que no carece de importancia.

Como en el *Siglo de oro* de la literatura española, tres escuelas distintas se dividen el terreno de las letras; la primera, denominada *clásico francesa*, no era sino la que desde Felipe V venía sosteniendo la introducción de las tendencias francesas en la literatura de España: la encabezaban Morantín, Cadalso Iriarte y Samaniego, autores cuyas producciones son bien conocidas. La segunda pretendía mantener las tradiciones literarias de la Península, pero su principal sostenedor Huerta, no alcanzó á formar escuela, por carecer, para ello, de la autoridad que dá el genio. La reacción contra el predominio de las letras francesas sobre las españolas, debía venir de otra parte, y corresponde la gloria de haberla provocado

á un grupo de literatos salmantinos: Meléndez, Quintana, Cienfuegos, Jovellanos y Moratín (hijo) fueron las figuras culminantes en ese movimiento, por tantos conceptos feliz para las letras españolas.

Esta escuela tomó gran número de elementos, propios de las dos opositoras, y conciliando lo bueno que ambas tenían, dió nacimiento á una literatura vigorosa, flexible y tierna que revistió todas las formas y abordó todos los asuntos, lo mismo los de las ligeras anacreónticas que los del himno y de la égloga.

De modo que el siglo XVIII, que había empezado siendo de ruina para las letras peninsulares, acabó siéndolo de esplendor soberano.

Veamos ahora lo que ocurría en América por ese mismo tiempo.

Debido á razones que apunté en el Capítulo II, la instrucción, sobre todo la superior, no estaba en América muy difundida, en los primeros siglos de la conquista. Ya avanzado el siglo XVIII comenzaron á crearse los establecimientos de enseñanza secundaria, en no pocos centros que hasta entonces habían carecido de ellos; comenzó á hacerse oír la voz de los colonos en algunos periódicos: la imprenta penetró en casi todas las ciudades, la juventud egresada de las aulas empezó á dedicarse al estudio de los clásicos latinos y españoles, y como resultado de esta actividad hasta entonces desconocida en las colonias, surgieron hombres dedicados á las ciencias ó á las letras, y lo que es más importante, empezaron á escribirse las primeras obras que tienen verdadero valor en nuestra historia literaria.

Pero, como es natural, la influencia de los que habían restablecido el buen gusto en las letras españolas, no se hizo notar en América, sino después de trascurrido el siglo XVIII, es decir al acercarse ya para los pueblos del nuevo continente el momento de sus luchas por la independencia.

Ese influjo de los escritores españoles vino pues á

unirse en América, con el que ejercieron los pensadores franceses de la Revolución. El campo de su vida política y el de su vida literaria, fueron iluminados al mismo tiempo por los resplandores del pensamiento democrático y por los de la restauración literaria. Al finalizar el siglo XVIII no se nota pues en América, como en España, un lozano florecimiento artístico, y fuera del movimiento más científico que literario, operado en Nueva Granada, el resto del Continente no ofrece nada de extraordinario si no es una juventud que en el silencio de los claustros se prepara ansiosa para una nueva lucha.

Los primeros años del siglo XIX se caracterizan en América por el aumento de los elementos de progreso.

En todas las colonias de importancia hay ya establecimientos de enseñanza superior, donde se estudia el Derecho, la Retórica y la Filosofía; empiezan á aparecer los primeros órganos de la opinión; en Nueva Granada es el *Semanario*, en el Perú, *El Mercurio Peruano*, en Buenos Aires el *Telégrafo mercantil*, etc. y el *Semanario de Agricultura y Comercio*; la juventud ensaya sus fuerzas en el ejercicio de las letras; se publican sin tanta dificultad obras de importancia relativa, y las Revistas engalanan sus columnas con poesías y artículos, cuyos autores, ya más sazonados, conocen el terreno que pisan. En esos momentos ya se ha producido la Revolución, francesa, las colonias inglesas han puesto en ejercicio sus legítimos derechos, la Europa entera está conmovida por los sacudimientos de las tempestades políticas; por otra parte, las colonias españolas han obtenido mayores franquicias comerciales desde el reinado de Carlos III, pudiendo por esta circunstancia ponerse en íntimo contacto con los países del Viejo Mundo y especialmente con Francia é Inglaterra; de ellos le vienen ráfagas de pensamientos nuevos en plena florecencia; sus obras literarias llegan á manos de los colonos y son gustadas con la fruición que fácilmente se comprende. De aquí que

se verifique en las letras americanas, un cambio que no puede llamarse radical, pero que está en vías de serlo.

Las composiciones que en esos años se escriben son ya productos del conocimiento de los buenos modelos; se presta atención á la forma y los pensamientos se visten con imágenes poéticas de buen gusto. Aparece, en fin, en las diversas colonias americanas, una generación de hombres de letras, ligados entre sí por la vinculación de la sangre. Aunque nacidas en distintos puntos, uno mismo es el espíritu que informa las obras de Lavardén y de Madrid, uno mismo el propósito civilizador que mueve á Luz y Caballero y á Moreno, una misma la tendencia científica de Unanue y de Caldas. Ese espíritu, ese propósito y esa tendencia, son el producto del movimiento iniciado en las esferas intelectuales, por la Revolución francesa, modificado al pasar á las colonias por la acción de la metrópoli y del medio ambiente.

Una vez producida la lucha separatista, esos elementos se combinan con la excitación de las pasiones y los intereses puestos en juego para conseguirla.

La literatura de la Revolución no da, salvo en Cuba, sino pocas notas de alto valor; fuera de algunos himnos patrióticos y cantos guerreros, de los cuales muy raros son los que tienen más mérito intrínseco que ocasional, nada se produce en América durante el período de las luchas por la independencia que sea digno de mención. Es necesario que se restablezca más ó menos la calma, para que la ilustración literaria sea utilizada en cantar los hechos históricos, los sentimientos personales ó la naturaleza física.

Después de conseguida la independencia y cuando pueden libremente leerse las obras extranjeras, es cuando la literatura americana empieza á ensayarse, eligiendo indistintamente sus modelos.

Aquel grupo de literatos salmantinos que determinan la reacción de las letras españolas durante el reinado de Carlos III, á partir del primer tercio del siglo XIX van

á hacer sentir su influencia en las de repúblicas hispano-americanas, junto con la de los escritores franceses de la misma época.

El dulce y melancólico Cienfuegos, cuyas estrofas revelan la emoción más profunda y la delicadeza de su alma ardorosa, tiene en Heredia un digno continuador, si bien algo más vigoroso; el genio de Olmedo, el de Juan Cruz Varela y el de Luaces encuentran su modelo en Quintana; Rousseau da origen á una larga familia de literatos que tiene por principales miembros á Caro, Bilbao, Mariano Moreno, y Matta; Meléndez renace en Pombo, en Valdés y en Gutiérrez y González; Voltaire y Diderot son los predecesores inmediatos de la obra principal de Acuña; y por último, la musa del inmortal Chenier, tienta á no pocos jóvenes entusiastas que aunque no se acercan jamás al maestro, lo siguen de lejos.

Otro tanto sucede en la Historia, solo que como se narran hechos propios, las obras tienen menos semejanza con las españolas y francesas, salvo en lo que se refiere al estilo.

Corto reinado tuvo sin embargo en América la escuela clásica, cuyos principales sostenedores fueron los arriba nombrados; y la causa fué esta vez, como todas, el haberse puesto de moda en Europa otra tendencia distinta.

No habían transcurrido aún los quince primeros años del siglo XIX, cuando hace su aparición en el Viejo Mundo una nueva escuela literaria: el romanticismo, cuya bandera estaba pronta á cobijarlo todo en materia literaria, siempre que en lo que á su sombra se pusiera, hubiese belleza y buen gusto. El romanticismo proponía que se rompiesen todos los preceptos de escuela y se tomasen los elementos constitutivos de la obra literaria, de todos los órdenes de cosas, dando amplia cabida al elemento objetivo, lo mismo que al mundo psicológico individual. Introducida en Francia por Mme. Staël, continuada por Chateaubriand, Victor Hugo, Beranger, Musset, Gautier y otros, en España por Zorrilla, Espronceda,

López de Ayala, el duque de Rivas, Gallegos, Lista y Martínez de la Rosa, el movimiento romántico tiene su razón de ser en la necesidad que sentían los espíritus de libertarse de las trabas impuestas por los preceptistas, destinadas á detener los vuelos geniales de la inspiración,

Desde 1818 la lucha entre clásicos y románticos se hizo encarnizada, sobre todo en Francia, quedando al fin la victoria por los últimos.

Muy pronto esa nueva escuela tan brillantemente inaugurada en Europa, se extendió á América; algunos hombres ilustres del Continente, tales como Bello, Echeverría, Baralt y García de Quevedo, tuvieron ocasión de ponerse en contacto con los maestros del romanticismo; y es indudable que las formas brillantes y atrevidas de la nueva literatura los sedujeron por completo, y les hicieron concebir la idea de implantar, cada uno en su patria, esa tendencia literaria que daba amplia cabida á los elementos físicos de la naturaleza americana, y á las ideas y sentimientos de las nuevas naciones.

Entusiasmados con tan noble propósito, los que tuvieron el acierto de quedarse en los justos límites del romanticismo, tal como había sido en su origen, lo introdujeron en América y es entonces cuando aparecen esas bellas composiciones de un género hasta ese momento desconocido entre nosotros y que se llaman: *Silva á la Agricultura de la Zona tórrida*, *Alocución á la Poesía*, *La Cautiva*, *A Colón*, etc.

Inmediatamente que el romanticismo hizo su aparición, el espíritu americano, que por naturaleza es idólatra de la libertad, se familiarizó con él, se asimiló sus producciones, y en el correr de algunos años ya casi no hubo sino escritores románticos. Para honra de la escuela nueva y para gloria de los eximios literatos que la introdujeron en América, muchísimos de los discípulos estuvieron muy cerca de sus maestros.

Bello, que por una feliz providencia, unía á una inteligencia luminosa una sólida preparación literaria, es tal

vez en América el más acabado representante del romanticismo, tal como lo entendió Víctor Hugo; él fué un cultor delicado de la forma, un conocedor profundo del idioma; no desdeñó los modelos de la antigüedad clásica, pero cantó en sus versos asuntos de interés nacional, y si no tuvo el arrebató lírico de su maestro, se mantuvo siempre dignamente como su más inteligente discípulo.

He dicho que para honor del romanticismo y de sus introductores en América, un gran número de ingenios formaron la falange literaria tan brillantemente iniciada, y voy á recordar siquiera sean los nombres y las obras de esos románticos americanos, que aunque deriven de modelos europeos, tienen cierta originalidad en razón de los asuntos que tratan:

El mismo propósito que movió á Bello á producir su poema *América*, del que solo nos quedan dos fragmentos, inspira á Gregorio Gutierrez Gonzalez su *Memoria sobre el cultivo del maíz*, composición evidentemente romántica, puesto que rompe con las costumbres literarias más generales, introduciendo elementos didácticos, hasta entonces casi desterrados en absoluto de las obras poéticas.

Diéguez en las *Tardes de Abril*, Mármol en *Los Trópicos*, Numa Pompilio Llona en la *Odisea del alma*, Zorrilla de San Martín en *Tabaré*, Peza en *Tras de los mares*, están animados del mismo deseo. Las escenas de costumbres nacionales, tienen igualmente cabida dentro de la poesía americana: lo prueban el poemá de Arboleda, *Gonzalo de Oyón*, las tradiciones de Montúfar y Sanfuentes, el *Jicotecal* de Plácido, y otras composiciones del mismo género.

Los arrebatos líricos de Víctor Hugo, tan bien seguido por Bello, en *La oración por todos*, aparecen de nuevo, aunque algo exagerados en Mármol y en Andrade. La nota de la idealidad dada por Gautier en su *Espirita*, renace en la *Maria* de Isaacs. Otros poetas van á bus-

car su inspiración en los libros bíblicos ó en las literaturas extranjeras, en la inglesa, italiana, y aun en la indígena: Pesado imita á Petrarca, reproduciendo el *Cantar de los cantares* y glosa producciones nahuatlts en *Los aztecas*. Montúfar imita los cuentos de Casti, Mármol el *Child Harold* de Byron, Ramírez escribe anacreónticas vaciadas en el más perfecto de los moldes griegos, Figueroa es un epigramático de primer orden, y Zenea es el Musset americano.

Como puede verse, uno de los mayores beneficios que el romanticismo hizo á las letras de América, fué el de poner á su alcance, elementos de todas las literaturas.

Pero tras este bien, vino un gran mal, mal que, sea dicho en honor de la verdad, no afligió solo á las letras americanas, sino también á las europeas y sobre todo á las francesas y españolas.

Como el romanticismo, que abrió las puertas á toda innovación, no puso otra restricción que el buen gusto, las producciones literarias que carecieran de él tenían que caer forzosamente en la extravagancia. Esto es precisamente lo que sucedió en América: Zorrilla y Espronceda fueron los poetas románticos que más apasionaron á la juventud; lo que sobre todo se imitó de esos poetas fué, el sentimentalismo, que muy pronto se exageró hasta convertirse, en los versos de los literatos americanos, en una melopea llorona y antipática eterna repetidora de una misma nota de excepticismo desesperado. La devoción poco razonable, á veces insensata que esos poetas tuvieron por Zorrilla, está puesta de manifiesto en esta quintilla de Maitín al autor de la leyenda de Don Juan:

Ah! permite que te admire,
Que pruebe tu inspiración,

Que si deliras, delire,
Con tus suspiros, suspire
Y llore con tu dolor.

Y en verdad, los poetas que al igual de Maitín no vieron claro en las obras de genios como Zorrilla, para tomar de ellas lo bueno y adaptarlo á su propia manera de pensar y de sentir, lloraron y suspiraron al estilo del maestro español, pero no lo hicieron mejor que lo que lo hacen aquellos que invitados á un entierro se creen obligados á gemir al igual de los deudos.

¡Qué bien les dijo Juan Vicente Camacho en aquellos versos!

Poetas que al escribir
Echais el llanto á rodar
¿No veis que tanto llorar
Al cabo da que reir?

Y en efecto, si nada conmueve más que el verdadero dolor, que encuentra siempre para expresarse la forma elocuente y sentida, nada es más grotesco que los visages del que se esfuerza en aparentar dolores que no le alcanzan.

De todas maneras, el romanticismo fue más benéfico que perjudicial al desenvolvimiento de las letras americanas; los lunares que afearon su reinado entre nosotros, están casi borrados por los resplandores de las obras que á su influjo brotaron.

Los grandes literatos americanos que se afiliaron al romanticismo y formaron escuela, iniciaron en el Continente la tendencia nacionalista de las letras americanas. El propósito de constituir una literatura realmente propia, ha movido á gran número de hombres superiores á producir trabajos serios encaminados á ese fin: se ha re-

conocido la necesidad de que las nuevas naciones se independicen, intelectual lo mismo que políticamente. Varias tendencias se han dividido la opinión al respecto. Algunos han creído que para llegar á ese resultado es necesario romper con cuantos vínculos ligan nuestra literatura á las de Europa, creando una que tenga más semejanza con la vida primitiva de nuestras sociedades; la literatura gauchesca y la popular satisfacen esa necesidad, según los que de tal modo piensan.

Otros han visto con más claridad en el asunto y convencidos de que por nuestro origen somos más europeos que indígenas, y que por nuestra intelectualidad creciente estamos cada día más cómodos en el movimiento del progreso, han pensado que no hay razón para producir tan brutal desgarramiento.

Los que así piensan, sostienen que la Literatura Americana, podrá contener á la gauchesca, solo como la expresión de una modalidad social, pero que por el idioma de que se sirve, por las formas que emplea y por su historia misma, ella está estrechamente vinculada con la española, sin contar las influencias que ha sufrido y sufre por parte de las literaturas de los pueblos europeos, á causa del comercio intelectual que con ellos sostiene. No es, sin embargo el purismo riguroso lo que este criterio aconseja; las modalidades propias de nuestra vida social, la naturaleza americana, la historia de nuestros pueblos, las tradiciones indígenas, la vida de las campañas, los neologismos, cuya introducción sea necesaria para referirse á objetos solo existentes en América, y todo esto, junto con lo que hay de común en todos los pueblos psicológicamente hablando, cabe perfectamente en la literatura americana sin desvirtuarla en lo más mínimo. No es necesario buscar el exotismo en las expresiones, ni leyendas obscuras y sin interés, aun para nosotros mismos, á fin de constituir lo que puede llamarse una literatura nacional.

Hoy las influencias clásica y romántica han dejado de primar en las letras americanas, para hacer lugar á las de otras escuelas aun no arraigadas entre nosotros, quizá porque no se conforman con nuestra naturaleza.

No es posible predecir lo que será la literatura de las nuevas naciones, de aquí á algunos años, ni si el siglo que se inicia presenciara el orto de sus astros de primera magnitud; pero nada nos impide esperar que asi sea. Alguien ha dicho que el siglo XX. será el siglo de América.

CONCLUSIÓN

Llego ahora al punto capital de mi trabajo, que es el de determinar, en presencia de los elementos examinados, si ellos son suficientes para constituir una literatura realmente americana. Diversas son las opiniones que al respecto se han emitido: quienes aseguran que tal literatura, en el verdadero sentido de la palabra no existe, ya que las producciones debidas á los hombres de letras americanos, no alcanzan á constituir un conjunto de alto valor, en el cual estén representados los diversos géneros ⁽¹⁾; quienes encuentran elementos constitutivos de esos géneros, diseminados en obras de diversa naturaleza, ó piensan que la carencia de algunos de ellos no basta para negar la existencia de una literatura americana ⁽²⁾; quienes reconocen á ésta una paternidad española incuestionable ⁽³⁾; quienes, en fin, se esfuerzan por probar que ella es, no una derivación inmediata de la española, sino una entidad independiente ⁽⁴⁾. Sin entrar á examinar lo que de verdadero ó de falso tengan estas opiniones tan opuestas, me propongo apuntar aquí las conclusiones que el curso de mi estudio me obliga á aceptar.

Ante todo, entiendo que una literatura puede y debe llamarse nacional, como ya lo he manifestado al principio: 1º, si está constituida por un número de obras, suficientes en cantidad y calidad, para representar la intelec-

(1) Gral. B. Mitre—Carta publicada en «La Nación», del 31 de Enero de 1888, (2) Dr. Calixto Oyuela—Respuesta á esa Carta, (3) Menéndez y Pelayo—*Antología de los poetas hispano-americanos*, (4) D. Juan M. Gutiérrez—*Revista del Rio de la Plata*.

tualidad de la nación: 2º, si en ellas figuran los elementos constitutivos de los diferentes géneros literarios: 3º, si esas obras tienen un grado de originalidad tal que puedan ser miradas como producciones nacionales.

Veamos ahora si la literatura americana llena estos requisitos.

En lo que se refiere al primer punto está demás decir que es perfectamente relativo. Dada la corta existencia de las naciones americanas, se ha producido en ellas un número de obras no despreciable. Más adelante veremos hasta qué punto ellas representan la intelectualidad nacional.

Se ha dicho con mucha frecuencia que la literatura de América se reduce á uno ó dos géneros solamente, siéndole los demás del todo desconocidos. Si ha de atenderse á la división admitida por los tratadistas, nada más cierto; pero es que hay que tener en cuenta que en las obras modernas tal división no puede hacerse de una manera absoluta; en una misma obra se compenentran y entremezclan á veces dos ó más géneros distintos; la Poesía abarca en ocasiones los dominios de la Novela; el Teatro invade el terreno de la Historia, la Didáctica ofrece caracteres similares á los géneros literarios puros. Obedeciendo á un criterio más justo conviene averiguar, cuando se estudia una literatura moderna, si en ella están los elementos de los diversos géneros, aun cuando las obras que los comprendan no puedan ser clasificadas dentro de ellos. En los últimos capítulos de esta incompleta monografía, hemos visto que en mayor ó menor grado, están representados en América los elementos que constituyen los distintos géneros literarios. Hay en diversas obras americanas, materiales que, á haber alcanzado una mayor condensación, bastarían para dar existencia innegable á la Novela y la Historia; la Lírica y La Oratoria tienen ya personería propia; y si el Teatro, la Epica y la Didáctica, no existen casi en absoluto, hay

que tener presente que tampoco existen en la mayor parte de las literaturas modernas.

Pasemos ahora al tercer punto, que es sin duda, el más importante y el que ha dado origen á mayores controversias.

Sabido es que las distintas sociabilidades ofrecen caracteres también distintos, en lo que se refiere á la manera de ser de sus individuos, caracteres que dependen indudablemente del medio físico en que aquellos se desenvuelven y de la conformación psicológica de los mismos, circunstancias ambas que les dan una manera propia de pensar y de sentir. Esos caracteres distintivos, al ser reflejados en las obras literarias, son los que van á constituir el arte nacional de los pueblos.

En la poesía lírica de Garcilaso, de León, de Quintana y de Gallegos, en el teatro de Lope, de Calderón y de Moreto, en la novela de Cervantes, en la historia de Mariana, está reflejado todo lo que constituye la diversificación de la nacionalidad española; por eso esas obras bastarían, por sí solas, para constituir la literatura de España.

Las tragedias de Shakespeare, las comedias de Molière, el romance de Manzoni, los cantos de Leopardi, no tienen únicamente valor artístico como obras literarias, sino también un valor nacional, que sino les impide ser apreciadas en todas partes donde exista el buen gusto, las hace doblemente preciosas para aquellos que ven en ellas, el reflejo de sus tendencias, de sus aspiraciones y de todo su carácter, en fin.

Aceptado este principio, tenemos que aceptar forzosamente este otro: que para que la literatura americana sea admitida como tal, es necesario que ella sea una interpretación fiel de todo lo que constituye la fisonomía distintiva de las nuevas naciones, es decir, de la naturaleza física de su suelo, de sus costumbres y de su manera peculiar de sentir y de pensar.

Hemos visto ya que, en las obras escritas en Amé-

rica, se ha dedicado alguna atención al elemento propiamente objetivo, procurando reflejar la naturaleza americana en todas sus modificaciones y aspectos. Es verdad que, cómo lo hice notar en otra parte, queda mucho por hacer, aún, en ese sentido, y que son relativamente pocas las producciones realmente objetivas que han visto la luz en América; pero dadas las circunstancias que han retardado la evolución literaria de nuestras jóvenes naciones, no es de extrañar que tal hecho se produzca. Por otra parte, decir que se ha escrito poco en materia descriptiva, no quiere decir que no se ha escrito nada, mucho más cuando lo que al respecto podemos señalar, es digno de los encomios apuntados.

Como se ve, en ese punto, la literatura americana sale, sino airosa, al menos, tampoco desairada.

Mayores dificultades aparecen en lo que se refiere á los demás.

Por el origen etnológico, las naciones americanas, son, sin duda alguna, españolas, ya que el elemento indígena ha logrado menos que el medio físico, modificar la raza hispánica trasladada á nuestro suelo.

Fuera de las diferencias individuales y de aquellas que originan en algunas sociedades, las mayores ó menores facilidades de vida, el aislamiento, el temperamento climatérico ó la mezcla con los elementos indígena y africano, la población que desde hace cuatro siglos constituye en América el factor civilizado y activo, pertenece á la raza española. Fácilmente se sigue de aquí que las modalidades intelectuales, la potencia sensible, las ideas, las tendencias y las costumbres americanas, deben ser muy semejantes y á veces idénticas á las peninsulares. Se dirá que una vez conseguida su independencia, las antiguas colonias tienden á diversificarse cada vez más de la metrópoli, hasta el punto de que hoy constituyen entidades independientes, no solo política sino también moralmente hablando. Sin entrar á discutir en principio la posibilidad de esa separación, que creo no

podrá ser un hecho mientras existá el vínculo del idioma, diré que aún cuando nuestras costumbres sociales y políticas, hayan sido algo modificadas por casi un siglo de vida independiente, y por la influencia del espíritu europeo, con el cual nos ponemos cada día en más estrecha comunicación, la literatura no ha tenido aún tiempo de dar cabida á esas modificaciones, lo que, dicho sea de paso, basta para probar que ellas no deben haber sido muy sensibles.

Quizá con el correr del tiempo, las diversas influencias europeas, operarán sobre nuestras ideas y hábitos españoles, hasta el punto de dar nacimiento con su combinación á una sociabilidad enteramente distinta; entonces la pintura de costumbres tendrá verdadero valor entre nosotros, pues revistirá caracteres propios y originales. Mientras tanto debemos contentarnos con que las obras que de ello se ocupen, nos reflejen tales como somos, es decir, como derivaciones, por nuestras ideas, carácter y tendencias, de la nacionalidad española. No quiero decir con esto que esas obras no merezcan el título de nacionales: si los acontecimientos históricos han querido que tal sea nuestra fisonomía social, nada podemos hacerle; conformémonos con ser lo que somos y aplaudamos á los escritores de pensamiento que nos presentan sin desfigurarnos, en su afán de hacernos distintos, hasta el punto de confundirnos con los salvajes: -

¿ *Existe, pues, una literatura americana?* Si con estos términos se quiere comprender una literatura independiente, sin más vinculaciones con las de los demás países, que las que nacen del continuo comercio de ideas, nada me extraño que hombres preparadísimos y bien intencionados, afirmen que ella *no existe*.

Pero si por el contrario, se quiere designar con ellos un conjunto de obras, suficientemente importantes con relación á los medios de progreso con que hasta ahora han contado las naciones nuevas, si se conviene en que basta para que sea reconocida como tal, dados el origen

y la historia de esas naciones, el que tales obras tengan toda la originalidad que nace de la libre interpretación de la naturaleza física y psicológica, creo firmemente que ella *existe*.

Para hacer esta observación me apoyo en lo que he dicho en la segunda parte de mi trabajo. Procuré allí poner de relieve los méritos que generalmente se reconocen á multitud de producciones americanas, méritos nacidos de las facultades, á veces superiores de sus autores, que les han permitido ser fieles intérpretes de la naturaleza circundante y de las emociones humanas.

La literatura existe pues en América, aun cuando sea en formación, como es lógico que suceda desde que nuestra nacionalidad misma está todavía en un período evolutivo.

Es verdad que ciertos géneros literarios tales como el Teatro, la Epopeya, la Filosofía, etc., casi no tienen representantes de importancia en América; es verdad que la Novela y la Didáctica cuentan apenas aquí con ensayos modestos y que la Historia aparece solo en unas pocas obras, fundada sobre la doble base de la ciencia y del arte; es verdad también que la Poesía Lírica ha invadido todos los campos del pensamiento, asumiendo todas las formas, á tal punto que hacer la historia de la literatura americana, es hacer, casi exclusivamente la de su Poesía. Ese desequilibrio que, como se ha hecho notar, se observa en casi todos los países, probaría tal vez que el espíritu americano es más apto para manejar las formas poéticas, que para combinar los elementos complejos del drama, para elevarse del conocimiento de los hechos á la consideración de las causas, ó para abordar las cuestiones científicas y revestirlas con las formas de la literatura amena. Tal aptitud es en parte una herencia repartida más ó menos igualmente entre todos los pueblos que proceden originariamente de los que habitaron el Lacio, y en parte también, resultado de la escasa preparación y de la carencia de estudios serios que se hacen sentir en las naciones americanas.

Análogos fenómenos se han observado siempre en las sociedades nuevas: durante los primeros siglos de la vida de los pueblos, los hombres se han dedicado á cantar las impresiones personales ó las bellezas de la naturaleza, á narrar los acontecimientos sin añadirles consideración alguna; las obras científicas de formas literarias aparecen más tarde, cuando las ideas se han formado por evolución natural.

Las naciones americanas, aunque productos de una sociabilidad ya adulta, no continúan el desenvolvimiento de sus ideas, desde el punto en que reciben sus influencias, sino que asimilándoselas más ó menos las combinan y elaboran, muchas veces torpemente y hacen retroceder algunos siglos la civilización española trasladada á su territorio. Poco á poco la asimilación se hace más completa y entonces la intelectualidad americana produce sabrosos frutos, todavía en los géneros más propios de las sociedades jóvenes.

El contacto con las demás naciones del globo, exita su actividad, pero debiendo distraer buena parte de ella en los trabajos por la organización política, no pueden conceder toda la atención necesaria á aquellos asuntos realmente intelectuales, á las producciones artísticas para las cuales no basta el genio natural, sino que se requiere la preparación metódica y la observación reposada.

Se dice que en nuestros pueblos no hay amor por los estudios serios, que el carácter americano se presta poco á la meditación científica y filosófica; pero creo que en esto, como en muchas otras cosas, el poco apego nace de la falta de hábito; una vez contraído éste no veo porqué habíamos de ser inferiores á los demás pueblos latinos. Lo que hace falta es que se dé la señal del trabajo, el cual al principio parecerá sin duda duro (mucho más duro ciertamente que el que demanda la producción poética corriente); pero poco á poco, el hábito creará la aptitud y esta la necesidad, cuya satisfacción, no lo dudo, será provista por obras de verdadero

mérito tales como las que hoy se escriben en Francia ó en Italia. Que esto está muy lejano?: no tanto como se cree. Dos ó tres generaciones educadas en principios de dedicación y estímulo bastarían para formar escuela.

Mientras llega la hora de apuntar los nombres de grandes sociólogos, historiadores y novelistas, no hay razón para negar todo honor, á los que obedeciendo á las leyes naturales de la historia, han hecho su aparición en los no menos nobles campos de la Lírica y de la Oratoria. Estos dos géneros, que priman sin disputa en la literatura americana, bastan á salvar para ella ese título de propiedad que muchos le han negado. No pretendo afirmar que hayan alcanzado su culminación, solo quiero indicar que son suficientes para hacer apreciable una literatura: Si Roma no hubiera tenido más autores notables que Horacio y Cicerón, no por eso dejaría de ocupar uno de los primeros puestos entre los pueblos más reverenciados por su cultura artística.

Es cierto que en América no ha existido escritor alguno de la fuerza de esos dos genios únicos, pero las producciones realmente notables, debidas á la pluma de poetas como: Bello, Gutiérrez González, Echeverría, Andrade, Olmedo, Peza, Pombo, Mármol, Matta, Heredia, Acuña y otros; los discursos de Rawson, Mitre, Martí, Olañeta, Goyena y Ramírez, no pueden ser arrollados sin examen por afirmaciones sistemáticas, para dejar triunfante el principio de que las letras americanas no tienen aún personalidad propia.

Y si á los autores citados se agregan los que han ensayado otros géneros menos cultivados en América, tales como Isaacs, Martell, Villaverde, Samper, la Gorriti, López, Lastarria, Mitre, Vicuña Mackenna, Zorrilla de San Martín, Montalvo, Restrepo, Caldas, Caicedo, Palma y muchísimos otros más, será fácil convencer á cualquiera, que esté dispuesto á estudiar sin prejuicios, de que América posee ya una literatura todo lo formada y

propia que puede serlo, dadas las circunstancias históricas que han presidido su evolución.

Seguramente que ella no ha alcanzado aún su pleno desenvolvimiento; quizá, como se ha dicho, no han aparecido todavía sus astros de primera magnitud, pero esto no es suficiente para negarle la existencia.

No sin motivo ha llamado la atención el hecho de que á pesar de haber desaparecido en su casi totalidad, las circunstancias que hasta ahora habían retardado la evolución de las letras en América, no se nota en ellas, un progreso efectivo. A mi ver ese fenómeno debe atribuirse á la indiferencia con que entre nosotros se miran las cuestiones de alta intelectualidad. A la inversa de la mayor parte de las naciones europeas, que dedican por igual su actividad al mejoramiento económico y al intelectual, en las de América se mira con general menosprecio todo aquello que no tenga como fin inmediato, un acrecentamiento de la riqueza material ó un adelanto mercantil. No creo que esto provenga de una inferioridad mental; pienso que más bien debe atribuirse el fenómeno á la educación que los pueblos americanos reciben, educación que tiende día á día á hacerse más práctica y menos desinteresada; los estudios científicos puros y los literarios son tenidos en menos; la juventud se apasiona rara vez por aquellos en que no ve una ventaja positiva para la vida; en los establecimientos de enseñanza superior se suprime poco á poco de los programas todo aquello que se juzga sin *utilidad práctica*; y triste es decirlo, pero hasta los mismos hombres que dedican su existencia al cultivo de las letras, consideran á menudo necesario, ponerse al abrigo de toda crítica bajo el escudo de la practicidad. Todo esto que no es más que defecto de educación, debe desaparecer después de combates más ó menos formales.

La Facultad de Filosofía y Letras está llamada sin duda, entre nosotros, á romper la primera lanza en favor de tan noble causa. Destinada á despertar y estimular el

afecto por los estudios que más interesan al hombre, y á contrarrestar en cierto modo la acción avasalladora del mercantilismo en que vivimos envueltos, su obra debe ser rica en resultados benéficos. La misma tibieza con que su aparición ha sido recibida, acrecienta su valor, porque pone de manifiesto, hasta que punto era necesaria en una sociedad que, habiendo llegado én otros órdenes de ideas, á un grado relativo de adelanto, concede tan poca importancia á cuestiones que los pueblos inmortalizados por su grandeza política, han considerado factores eficientísimos de progreso. Las instituciones de esta clase surgen en el momento en que son necesarias y aún cuando la fuerza de la inercia les resista por algún tiempo, están destinadas á triunfar en virtud de la vitalidad que las anima. Tal debe suceder con esta casa que en su propio recinto he oído llamar, *de buenos estudios*; las dificultades principales han pasado para ella, quedándole en cambio el estímulo desinteresado y la previsión patriótica de pocos, si se quiere, pero de elevados y de justos.

Esperemos su obra.

ERNESTINA A. LÓPEZ.

Admitida.

Buenos Aires, Julio de 1901.

ENRIQUE GARCÍA MÉROU

Presidente.

Rafael Castillo,

Secretario.

PROPOSICIONES ACCESORIAS

La instrucción primaria debe preparar para satisfacer las necesidades de la vida, sin dar preferencia á determinadas profesiones.

Para que la enseñanza normal realice su objeto, debe ser menos enciclopédica que profesional.

El secreto de la popularidad de Plauto está en su profundo conocimiento del carácter romano.

Eneas es el tipo del héroe pacífico, propio de la era de Augusto.

El arte debe ser una imitación de la naturaleza, pero solo de su parte característica y esencial, tratando de elevarla y de extraer de ella la mayor suma de belleza posible.

La transformación de las colonias españolas en Repúblicas independientes, es un hecho histórico, previsto en su origen por las leyes españolas.

La inmigración aceptada sin restricciones, es más perjudicial que benéfica á la sociabilidad argentina.

El factor económico determina la mayor parte de los fenómenos sociales

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN.....	13

PRIMERA PARTE

Elementos para la historia literaria americana

CAPÍTULO I. <i>La literatura aborigen en América.</i> — Intellectualidad de las razas indígenas. — Valor de las lenguas primitivas. — Desenvolvimiento literario alcanzado por las diversas tribus. — Obras escritas. — La narración en sus varias formas. — La historia. — <i>Los libros de Chilam Balam.</i> — <i>El Vopol-Vuh,</i> etc., etc.....	19
CAPÍTULO II. <i>La Conquista y el Coloniaje.</i> — Consideraciones generales acerca de la conquista española. — Las cuatro corrientes colonizadoras. — Centros á que dan origen. — Fisonomía peculiar de cada uno. — Elementos de cultura puestos al alcance de las colonias: la instrucción, la imprenta. — Influencia de la literatura peninsular. — Las primeras manifestaciones de la intelectualidad criolla.....	40
CAPÍTULO III. <i>La Revolución y las luchas por la organización.</i> — Carácter jurídico de la Revolución americana. — Su influencia	

	Págs.
en la dirección del espíritu. — La literatura de la independencia; consideraciones generales. — Las luchas civiles en las diversas repúblicas del Continente. — Su efecto en el desenvolvimiento y fisonomía de las letras. — La organización.....	54
CAPÍTULO IV. <i>La literatura en Méjico (período colonial).</i> — Importancia social de Méjico, durante el coloniaje; sus vinculaciones con España. — El siglo XVI en Méjico. — Desenvolvimiento que en él alcanzaron las letras. — Difusión de la enseñanza. — La Universidad. — Eslava y Saavedra Guzmán, etc., etc.	61
CAPÍTULO V. <i>La literatura en Méjico y Centro América (período contemporáneo).</i> — Méjico: Las letras mejicanas á partir de la Revolución. — Influencias extranjeras. — La poesía lírica, sus principales cultivadores: Prieto, Pesado, Acuña, Gutiérrez, Nájera, Díaz Mirón, Flores, Peza, Riva Palacio, Sierra, Montes de Oca y otros. — Esfuerzos por nacionalizar la novela y el teatro; ensayos más importantes, etc., etc.....	68
CAPÍTULO VI. <i>La literatura en Cuba.</i> — Carácter y tendencia de la literatura cubana en la presente época. — Movimiento intelectual. — Luz y Caballero. — La poesía lírica, su desenvolvimiento: Heredia, Plácido, Milanés, Luaces, Barola, Mendive, del Casal. — La novela: Villaverde y la Avellaneda. — La oratoria, la historia, la crítica; principales cultivadores. — Ensayos dramáticos	81
CAPÍTULO VII. <i>La literatura en Nueva Granada (período colonial).</i> — La conquista de Nueva Granada. — Jiménez de Quesada. — Las primeras producciones literarias; su carácter y forma. — D. Juan de Castellanos. — Importancia y valor de su obra. — Juicio de sus contemporáneos. — La instrucción primaria y superior en Nueva Granada. — Movimiento literario que á su amparo se produjo. — Principales hombres de letras durante los siglos XVI y XVII.....	96
CAPÍTULO VIII. <i>La literatura en Colombia (período contemporáneo).</i> — Colombia después de la Revolución. — Movimiento intelectual, sus causas. — El periodismo. — Los poetas de la Revolución: Madrid, Salazar, Urquinaona. — La literatura colombiana á mediados del siglo. — J. E. Caro, como hombre de acción y como escritor. — Carácter de su poesía, escuela, estilo, etc. — J. Arboleda; sus principales producciones, etc., etc.....	105
CAPÍTULO IX. <i>La literatura en Venezuela y Ecuador (período contemporáneo).</i> — Venezuela al comenzar el siglo XIX. — Elementos intelectuales con que cuenta. — Bolívar; su acción	

	Págs.
como político, reformador y hombre de letras.—D. Andrés Bello.—Algunos juicios sobre sus condiciones de escritor.—Sus obras en prosa: <i>La Gramática de la lengua castellana</i> , <i>El Cid</i> , etc.—Bello en la poesía.—Traducciones y poemas originales, etc., etc.....	117
CAPÍTULO X. <i>La literatura en el Perú y Chile (período colonial)</i> .—El Perú durante la dominación española.—Condiciones sociales.—Cultivo de las letras.—La erudición y el mal gusto.—Principales escritores peruanos.—D. Juan Caviedes; fondo y forma de sus composiciones.—Fray Juan Ayllón, principal representante del gongorismo en América.—El Dr. don Pedro de Peralta Barnuevo, Rocha y Benavides, etc., etc.....	133
CAPÍTULO XI. <i>La literatura en el Perú y Chile (período contemporáneo)</i> .—El Perú.—Caracteres generales de las letras peruanas en el siglo XIX.—Principales escritores: Pardo y Aliaga, Segura, Soldán Unanue, Cisneros, Salaberry, Corpancho, Fuentes, Palma y otros.—Importancia concedida á las letras: el periodismo.—La oratoria, etc., etc.....	145
CAPÍTULO XII. <i>La literatura en el Virreynato del Río de la Plata</i> .—El Virreynato del Río de la Plata.—Países que la componían.—Su progreso relativo.—Las primeras manifestaciones literarias.—Las crónicas de Schmidel y Barco de Centenera.—Los <i>Comentarios</i> de Cabeza de Vaca.—Las historias de Lozano y Díaz de Guzmán.— <i>Viajes á la América Meridional</i> , de Azara, etc., etc.....	160
CAPÍTULO XIII. <i>La literatura en Bolivia y el Uruguay (período contemporáneo)</i> .—El Virreynato del Río de la Plata fraccionado después de la Independencia.—Perjuicios producidos por ese fraccionamiento.—Bolivia, su cultura intelectual antes de la Revolución.—Escaso valor de su literatura en la época contemporánea.—Principales poetas, historiadores, novelistas, oradores, etc.—La República Oriental del Uruguay después de su independencia.—Su estrecha vinculación intelectual con la Argentina.—La poesía: Hidalgo, Bermudez, Figueroa, etc., etc.	170
CAPÍTULO XIV. <i>La literatura en la República Argentina (desde la Revolución hasta el movimiento romántico)</i> .—La Revolución de Mayo; sus efectos en el orden intelectual.—Primeras manifestaciones literarias.— <i>El Himno Nacional Argentino</i> .—Los escritores de la Revolución: D. M. Moreno; figuración política y escritos.—Principales poetas: Lafinur, Luca y Miralla.—Ventura de la Vega y su teatro, etc., etc.....	180

CAPÍTULO XV. *La literatura en la República Argentina (conclusión)*. — La poesía argentina después de Echeverría: Rivera Indarte, Mármol, Domínguez, Godoy. — La poesía gauchesca: Ascasubi, del Campo y Hernández. — Epoca posterior: Andrade, Encina, Ricardo Gutiérrez, Chassaing, Guido y Spano. — La oratoria: Rawson, Vélez Saarsfield, Avellaneda, Mitre, Goyena, Estrada, del Valle, etc., etc..... 199

SEGUNDA PARTE

Examen de los elementos literarios americanos

CAPÍTULO XVI. *El elemento descriptivo en las letras americanas*. — Importancia y desenvolvimiento del elemento objetivo en las diversas literaturas. — Obras que le dan cabida. — La descripción de la naturaleza en las letras americanas. — Composiciones que de ello se ocupan. — *Al Niágara, Al Tequendama, A un arroyo, Aures, Silva á la Agricultura, Memoria sobre el cultivo del maíz*, etc., etc..... 217

CAPÍTULO XVII. *La pintura de costumbres en las letras americanas*. — La pintura de costumbres. — Obras en que tiene cabida. — La novela, su desenvolvimiento en América. — Novelas realmente americanas. — La *María* de Isaacs. — Su valor en las letras. — *Cecilia Valdez*. — Su carácter social é histórico. — *Sab, Manuela* y otras novelas colombianas de menor importancia. — *Amalia, La Mazorca; Sueños y Realidades*: novelitas que comprende; sus bellezas y exactitud. — *La Bolsa, Caramurú, Cumandá*, etc., etc..... 219

	Pags.
CAPÍTULO XVIII. <i>El elemento subjetivo en las letras americanas.</i> —El mundo psicológico.—Su intervención en las obras artísticas.—Importancia de la literatura subjetiva en América.—Sus varias formas.—Literatura mística, erótica, patriótica y elegíaca.—Obras más importantes.—Su valor.—Literatura filosófica; su desenvolvimiento en América.—Producciones principales	258
CAPÍTULO XIX. <i>El elemento científico en las letras americanas.</i> —Causas á que obedece la escasez de obras de aliento en la literatura americana.—Obras históricas principales.—Evolución del género histórico en América.—Ciencias sociales: escritos de Montalvo, Labra, Arango, etc., etc.....	290
CAPÍTULO XX. <i>Evolución de las letras americanas é influencias extranjeras que las determinan.</i> —Las diversas influencias extranjeras en la literatura de América.—Filiación de las principales escuelas.—Influencia española durante la conquista.—El gongorismo:—Razones que explican su reinado en América.—Escritores americanos que sufrieron el influjo del mal gusto.—La reacción, etc., etc.....	300
CONCLUSIÓN	317